

VOLUMEN VI
NEUMATOLOGIA

NEUMATOLOGIA

PREFACIO

(que cada estudiante debe leer)

Neumatología es el estudio científico de cualquiera o de todos los hechos relacionados con el Espíritu. En sus más amplias ramificaciones abarca una triple división, a saber: (1) su relación a la Teología Propia, o sea, las doctrinas generales relacionadas con el Espíritu Divino —“Dios es Espíritu” (Jn.4:24); (2) la doctrina de los seres angelicales, tanto los caídos como los ángeles propiamente dichos; y (3) el estudio específico del ser inmaterial del hombre, cuya división del tema ahora se conoce con el nombre de Psicología. Siendo que la segunda de estas divisiones (la de los ángeles) se ha estudiado anteriormente bajo el tema de ANGELEOLOGIA, y la parte correspondiente a la psicología, siendo afines a la Teología Sistemática, ha sido examinada en esta obra bajo la ANTROPOLOGIA, el presente volumen estará restringido a lo que generalmente se reconoce como los aspectos estrictamente teológicos de la Neumatología. Esto apela a la consideración de la Persona y Obra del Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Bendita Trinidad.

En los primeros cuatro volúmenes de esta obra, en donde el bosquejo general de la Teología Sistemática se ha establecido, el cual es séptuple, se da reconocimiento de acuerdo a su correcto lugar en la Deidad, en la empresa total de la redención y en la vida y servicio de los salvos. Con todo, como en el caso de Cristo y más adelante, un tratamiento más completo se da a lo que de El se ha revelado del que se ha procurado en el volumen V bajo el tema de Cristología, se necesita en este punto, si este trabajo en Teología ha de llenar su propósito, de contemplar extensamente a la Persona y la Obra del Espíritu Santo. Un estudio de tal dimensión es el designio de este volumen.

Cuanto es verdad del Trino Dios lo es también del Espíritu Santo. Esta afirmación se puede hacer con la misma seguridad acerca del Padre y del Hijo y, si se observa con relación a la Tercera Persona, se avanzará hacia la comprensión correcta y estimación de la Persona y obra del Espíritu Santo. Hay un extraño descuido en cuanto a la perfecta identidad del Espíritu, y siempre ha sido, entre el público, negligencia que es deplorada por todo solícito expositor. La iglesia

cristiana, en su mayor parte carece de una enseñanza amplia y constructiva respecto al Espíritu Santo, estando en la misma posición de los doce discípulos de Juan Bautista que Pablo encontró en Efeso, cuya afirmación sincera y sin excusa fue: "Antes ni aun hemos oído si hay Espíritu Santo" (Hch.19:2). Indudablemente que algunas causas naturales existen ante el hecho de que los cristianos generalmente están tan poco informados en cuanto a este tema. (1) No falta una completa revelación sobre el Espíritu Santo; con todo, el descuido, la ignorancia, el error, son transmitidos de maestros a discípulos tan libre y efectivamente como lo es la verdad. "Y será el pueblo como el sacerdote" (Os.4:9) es un principio que podría parafrasearse de este modo: "Y será el discípulo como el maestro." De esto en una más amplia significación como un principio, Isaías escribe: "Y sucederá así como el pueblo, también el sacerdote; como el siervo, así a su amo: como la criada, a su ama; como al que compra, al que vende; como al que presta, al que toma prestado; como al que da a logro, así al que lo recibe" (24:2). Si el maestro es dado al descuido, la ignorancia y el error respecto a cualquier punto de doctrina, difícilmente se podría esperar que el discípulo corrigiera estas impresiones, excepto en varios casos cuando, habiendo repudiado el estrecho molde en el que ha sido formado, el alumno alcance un mejor entendimiento de la revelación que Dios le ha dado. Realmente, tal ha sido la experiencia de hombres que, bajo la dirección divina, han estado acordes en el alto honor de añadir algo al cuerpo de verdades reconocidas y generalmente aceptadas. ¿No se refirió Cristo a esto cuando dijo: "Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas" (Mt.13:52)?

Juzgando por la limitada mención que la doctrina del Espíritu Santo ha recibido de manos de los que han tratado de escribir obras sobre Teología Sistemática, fácilmente se descubre la razón que explica el por qué sus discípulos le dan tan poca consideración al tema. Casi cada error o énfasis desproporcionado sobre algún aspecto de parte de unos pocos, son causados por el descuido de la verdad de parte de muchos. Los errores pentecostales con su indebido uso de términos bíblicos y sus asunciones nunca se hubieran desarrollado si la correcta y completa doctrina del Espíritu Santo se hubiera enseñado regularmente en sus debidas proporciones. De la misma manera, los cultos sobre la sanidad del cuerpo existen únicamente por el énfasis que le dan, los cuales no hubieran surgido si la Iglesia hubiera reconocido y defendido lo que es la verdad en el campo doctrinal. (2) Una vez más, una razón del fracaso general en reconocer la Persona y obra del Espíritu Santo se debe al hecho que,

dentro de la posición de lo que comprende ordinariamente la verdad revelada la doctrina del Espíritu Santo no se promulga como un objeto de fe, como lo son el Padre y el Hijo. No se dice que la salvación depende de la fe en el Espíritu Santo, como en el caso del Padre (comp. Ro.4:24), o del Hijo (Jn.3:16). Solamente cuando se abordan las más profundas verdades relacionadas con el poder del Espíritu Santo dentro del creyente es cuando se vislumbra el pensamiento de la dependencia de la Tercera Persona de la Trinidad. Así ha resultado como un efecto general que el Padre y el Hijo son realmente estimados como objetos de la fe salvadora y de algún modo al Espíritu Santo se priva de la debida consideración. (3) De manera análoga, el Padre y el Hijo están constantemente asociados el uno al otro en el texto del Nuevo Testamento. Esto se debe al hecho de que en una extensa porción de los Evangelios, los que ocupan los dos quintos de todo el Nuevo Testamento, el Hijo habla como El que es enviado por el Padre y está haciendo la voluntad del Padre (Jn.14:10). Además, no hay declaraciones personales registradas que procedan directamente del Espíritu Santo (Jn.16:13); no obstante, una considerada y cuidadosa lectura del Texto Sagrado da la impresión de que el Espíritu Santo es el Poderoso Ejecutivo de la Deidad, y por tanto, Su relación tanto al Padre como al Hijo es tema de grandes proporciones. (4) Finalmente, hay una razón para el descuido general tocante a la doctrina del Espíritu Santo y se halla en el hecho que su obra como ejecutor de la Deidad a menudo se atribuye a Dios en una manera más o menos impersonal. Así la preciosa verdad de que ciertas cosas son hechas específicamente por el Espíritu Santo se pierden dentro de una generalización. De estos cuatro factores, que juntos son responsables, las más de las veces, de la falta de dársele la debida consideración a la Persona y obra del Espíritu Santo, la primera (descuido, ignorancia y error, los cuales pasan de maestros a discípulos) es la fuente más prolífica de la dificultad.

Si los hombres del púlpito hubieran predicado y enseñado esta grande línea de la doctrina ellos mismos hubieran aprendido tanto, y nadie puede calcular la pérdida en cuanto a la vida práctica cotidiana del pueblo de Dios que ha resultado al rehusársele esta verdad. La situación reconocida por todos los que conocen estas doctrinas (y casi ninguno de los pocos himnos de la Iglesia que hablan de la doctrina del Espíritu Santo son escriturales) se explica por el hecho de que no se ha dado la debida atención a este tema. Nada se puede ganar meramente deplorando las condiciones desafortunadas. Se necesita enseñanza constructiva, y tanto los pastores como los maestros harían bien en calcular el gran énfasis que debiera dársele a

este tema, de acuerdo a la extensión con que aparece en el Nuevo Testamento, más bien que caer dentro y ser parte del prevaleciente descuido de estas porciones sobre esta verdad vital. Deseamos encarecidamente que este volumen pueda servir para enseñar a alguien que a su vez pueda enseñar también a otros. Este tratado es el curso que en su desarrollo seguirá una división quíntuple: (1) El Espíritu Santo y la Trinidad, (2) Tipos y Símbolos del Espíritu Santo, (3) El Espíritu Santo y la Profecía, (4) El Espíritu Santo en relación con los gentiles e Israel; ejemplo en el Antiguo Testamento, (5) El Espíritu Santo en relación con los Cristianos. Por causa de su inmediata relación con la vida y el servicio del creyente, la última división recibirá mayor consideración.

CAPITULO I

EL NOMBRE DEL ESPIRITU SANTO

Las pruebas de la Deidad y Personalidad del Espíritu Santo se encuentran sólo en el testimonio divino que se ve en la Palabra de Dios. No hay información asequible en alguna otra parte con respecto al carácter y personalidad de ninguna de las Tres Personas que integran la Deidad. Cualquiera conclusión que pueda deducirse de una inducción del testimonio de la Biblia respecto a la Deidad y personalidad del Padre y del Hijo, la misma se deduce de una inducción respecto al Santo Espíritu. Es posible que la designación de ESPIRITU que lleva ha inducido a los hombres de todas las generaciones a suponer que El no es más que una influencia que emana de Dios, o un atributo de Dios, una perífrasis para indicar la Deidad. Tales suposiciones, sin embargo, sirven para revelar el hecho de que los hombres o bien no consideran la Palabra de Dios, o, si acaso la consideran, no se sujetan a ella. Los autores han escrito muchas páginas probando la Deidad y personalidad del Espíritu Santo. La tarea no es difícil, porque cada referencia es, directa o indirectamente, un testimonio en favor de Su personalidad y Deidad esenciales. Algunas veces se afirma que los mismos argumentos que prueban la Deidad del Hijo, el Cristo, sirven para demostrar la Deidad del Espíritu Santo, lo cual es cierto en sumo grado; pero, a pesar de eso, hay una diferencia, porque la Deidad de la Segunda Persona está comprendida con la asunción de su humanidad a través de Su encarnación, mientras que en la Deidad del Espíritu Santo no está involucrado tal hecho. El Espíritu Santo siempre mantiene un modo de acción que queda totalmente dentro de la esfera de lo que pertenece sólo a Dios. En este capítulo y en el siguiente se presentan tres clases de pruebas con respecto a la Deidad, (1) El Espíritu Santo lleva los nombres de la Deidad, (2) El Espíritu Santo exhibe los atributos y las perfecciones de la Deidad, y (3) El Espíritu Santo ejecuta las obras y ejerce las prerrogativas de la Deidad.

I. EL TRIPLE NOMBRE DE LA DEIDAD

Un correcto reconocimiento de Dios (que sólo puede adquirirse a través de las Santas Escrituras) es esencial en cada paso para la vida y

el conocimiento humanos. Aunque es cierto que Dios se ha revelado a Sí mismo, tanto a través de la Palabra Escrita como por la Palabra Viviente y que Su carácter esencial se refleja en todas Sus palabras y obras, también El se revela a través de los nombres que ha publicado como distinciones de títulos que le representan. Es importante reconocer que Dios ha revelado Sus títulos que lo representan. Es importante reconocer que Dios ha revelado Sus títulos propios, que éstos no son en manera alguna meras invenciones humanas o ideales; y para la satisfacción del Infinito estos apelativos, aunque sólo parcialmente comprendidos por el hombre, publican claramente la verdad respecto a Dios. Ni un hombre mortal, ni consejo de hombres, ni un ángel han sido nombrados para seleccionar nombres para Dios. En la cima de Su estado de santidad y en su más íntima relación con Dios, Adán fue comisionado para dar nombre a las cosas recientemente creadas sobre la tierra; pero él nunca tuvo la presunción de confeccionar un nombre para Dios. En el primer volumen de esta obra, al considerar LA TEOLOGIA PROPIA, se ha hecho una extensa consideración sobre los nombres revelados de la Deidad. Hay que agregar que mientras en el Antiguo Testamento varios títulos son reconocidos como pertenecientes a las Personas de la Deidad, el nombre pleno y completo (no nombres) es revelado en el Nuevo Testamento. Allí el título es “El Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo.” A continuación la desconcertante verdad en relación a Dios Uno cuya trina subsistencia es presentada.

Escribiendo en sus PRINCIPLES OF THEOLOGY (pág. 24) el Dr. W. H. Griffith Thomas, declara con relación a LA TRINIDAD según es enseñada en el Nuevo Testamento:

“Cuando nos hemos acercado a la doctrina mediante la experiencia personal de redención, estamos preparados para hacer una consideración completa de las dos líneas de enseñanza que encontramos en el Nuevo Testamento. (A) Una línea de enseñanza insiste en la Unidad de la Divinidad (1 Co.8:4; Stg.2:19); y (B) la otra revela una distinción entre la Divinidad (Mt.3:16,17; 28:19; 2 Co.13:14). Nosotros vemos claramente que (1) el Padre es Dios (Mt.11:25; Ro.15:6; Ef.4:6); (2) el Hijo es Dios (Jn.1:1,18; 20:28; Hch.20:28; Ro.9:5; He.1:8; Col.2:9; Fil.2:6; 2 P.1:1); (3) el Espíritu Santo es Dios (Hch.5:3,4; 1 Co.2:10,11; Ef.2:22); (4) el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son distintos el uno del otro, enviando y siendo enviados, honrando y siendo honrados. El Padre honra al Hijo, el Hijo honra al Padre, y el Espíritu Santo honra al Hijo (Jn.15:26; 16:13,14; 17:1,8,18,23). (5) sin embargo, cualquiera que pudiera ser la relación de subordinación entre las Personas en operar la redención, los tres son reputados semejantes como Dios. La doctrina de la Trinidad es la correlación, la incorporación, la síntesis de la enseñanza de estos pasajes. En la Unidad de Dios hay una Trinidad de Personas operando la Redención. Dios el Padre es el Creador y Gobernante del hombre y el Proveedor de la Redención a través de Su amor (Jn.3:16). Dios el Hijo es el Redentor, Quien se hizo hombre para el propósito

de nuestra redención. Dios el Espíritu Santo es el 'Ejecutivo de la Deidad', el 'Vicario de Cristo', Quien aplica a cada alma creyente los beneficios de la redención. Esto lo vemos bien claro en He.10:7-17, en donde el Padre quiere, el Hijo opera y el Espíritu testifica. Los elementos del plan de redención así hallan su raíz, fundamento y manantial en la naturaleza de la Deidad; y la razón obvia por qué estas distinciones que nosotros expresamos con los términos de 'Persona' y 'Trinidad' no fueron revelados anteriormente a los tiempos del Nuevo Testamento es que hasta entonces no se había consumado la redención."

No introduciremos aquí de nuevo la discusión del correcto punto de vista trinitario. El objetivo a la vista en este punto es centrar la convicción sobre la verdad de que el Espíritu Santo es uno legítimo e igual miembro del Dios Trino. En el mismo sentido en que el Padre y el Hijo son Personas, el Espíritu Santo es una Persona. Debe reconocerse, no obstante, que el término *Persona* [ὑπόστασις –comp. He.1:3) al aplicarse a cualquiera de las Tres Divinas Personas se emplea bajo necesarias y reveladas limitaciones. Estas Personas no son tres Seres separados e independientes; más bien, el pensamiento de identidad personal señala una distinción indefinible en la Divinidad, indefinible porque no está plenamente definida por Dios en Su Palabra. Los intentos que se han hecho por los hombres aun para ilustrar lo que es la verdad a la manera trinitaria en cuanto al Ser de Dios, en páginas previas, han sido rechazados, declarando que más bien conducen a la confusión, produciendo incomprensión, antes que ayuda.

En la gran comisión (Mt.28:20), se dan instrucciones para bautizar en el *nombre* –dicho nombre es *Padre, e Hijo, y Espíritu Santo*– no en los tres nombres pertenecientes a tres Personas vagamente relacionadas, sino en el único nombre que pertenece a Dios, cuyo modo de subsistencia es en el de *Tres Personas* que son identificadas como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si estas distinciones no parecen representar relaciones familiares a los hombres, se puede observar que estas no son las relaciones peculiares a los hombres. Ellas significan lo que es verdad en cuanto a Dios. Esto es peculiar a Dios sin paralelo en los asuntos humanos. El pronunciamiento de la gran comisión es uno de los más sublimes, pues declara uno de los títulos divinos, y el punto que hay que observar y enfatizar en esta conexión es que el Espíritu Santo es incluido en este nombre. El hecho de que Su nombre es el tercero en el orden no crea la más leve sugerencia de inferioridad, siendo que esta secuencia de títulos no trata de representar un grado decreciente de exaltación o de dignidad. Naturalmente, si una serie de nombres que son absolutamente idénticos con respecto al carácter de los designados es el de nombrarlos, cualesquiera que pudieran ser las razones divinas para el

orden en que los nombres aparezcan, tales como dignidad, poder, autoridad, honor y todo lo que concierne a los atributos divinos, el último podría haberse mencionado primero, y el primero podría haberse mencionado por último. Así también el segundo podría haber cambiado lugar tanto con el primero como con el último. Hay una razón para el orden en que estos nombres aparecen y que es enteramente aparte de la idea de una escala descendente en importancia. En los eternos consejos de Dios, y claro está, por lo poco que ha sido revelado a los hombres, evidentemente el mismo orden es establecido. El orden refleja lo que ha sido definido como la *doctrina de procesion*. La idea de *de procesión* (o procedencia) está basada en lo que parece ser la no complicada enseñanza Bíblica con respecto a la relación existente entre las Personas de la Deidad. En reconocimiento de las Escrituras los grandes credos han hecho explícitas declaraciones. El credo Niceno afirma: “Y yo creo en el Espíritu Santo, el Señor y dador de la vida, que *procede* del Padre y del Hijo y que juntamente con el Padre y el Hijo, es adorado y glorificado” (citado por Watson, *Theological Institute*. I, 628). Así también el credo de Atanasio, declara: “El Espíritu Santo es del Padre e Hijo, no hecho, ni creado, ni engendrado, sino *procedente* (Watson, loc. cit.). Del mismo modo los Treinta y Nueve Artículos sostienen: “El Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, es de una substancia, majestad y gloria con el Padre y el Hijo, verdadero y eterno Dios” (citado por Watson, loc. cit.). Y la *Confesión de Westminster* afirma: “En la unidad de la deidad hay tres personas de la misma substancia, poder y eternidad: Dios el Padre, Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo. El Padre no es engendrado ni procede de nadie; el Hijo es eternamente engendrado del Padre; el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo” (II y III). El Salmo 104:30 declara de la misma manera: “Envías tu Espíritu”, y Cristo dijo: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, El dará testimonio acerca de mí; . . . Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendrá a vosotros; más si me fuere os lo enviaré” (Jn.15:26 y 16:7). El Espíritu Santo es el Espíritu de Dios y de Cristo, no meramente la presencia espiritual del Padre o del Hijo; es el Espíritu del Padre porque es enviado del Padre, y es el Espíritu del Hijo en que El es enviado de Cristo. Tal como Cristo es siempre la manifestación del Padre (Jn.1:18), así el Espíritu es enviado por el Padre y el Hijo. Estos son hechos externos de la relación que, aunque poco comprendidos por los hombres, representan poderosas realidades en la Deidad.

En una introducción al libro del Dr. A. J. Gordon, *The Ministry of the Holy Spirit*, el Dr. F. B. Mayer escribe:

“El cristianismo es acosado por tres corrientes, que operan insidiosamente para desviarlo de su curso. El materialismo que niega o ignora lo sobrenatural, y concentra su atención en mejorar las condiciones externas de la vida humana; la crítica, que es hábil en el análisis y la disección, pero no puede construir un fundamento sobre el cual puedan edificar y descansar los líderes religiosos; y un buen gusto literario que se ha desarrollado en gran manera en los últimos tiempos, dispuesto a juzgar por el poder de la fuerza de las palabras o por la delicadeza de la expresión. Para todos éstos tenemos una sola respuesta; que es, no un sistema, un credo, una iglesia, sino Cristo quien murió, pero que vive eternamente y quien tiene las llaves para abrir las perplejidades, problemas y fracasos. Aun cuando la sociedad pudiera reconstruirse y ser suplidas las necesidades materiales en una forma justa, el descontento aparecería en alguna otra forma, a menos que el corazón fuera satisfecho en Su amor.

La verdad que El revela al alma y que se concentra en El es solo capaz de mitigar el hambre devoradora de la mente por los antecedentes sobre los cuales fundar su respuesta a las preguntas sobre la vida, el destino y Dios, que siempre están llamando a la puerta en demanda de solución. Y los hombres todavía tienen que aprender que el más alto poder no reside en palabras, o metáforas, o brotes de elocuencia, sino en la Palabra que mora íntimamente y que se traduce en obras, que es la sabiduría y el poder de Dios, y que tiene que ver con las regiones inferiores a aquellas con que la mente inútilmente labora. Jesucristo, el Eterno Hijo de Dios, es la única respuesta suprema a la inquietud y fatiga de nuestro tiempo. Pero El no puede, ni se revelará a Sí mismo. Cada Persona de la Trinidad revela a la otra. El Hijo revela al Padre, pero para su propia revelación, espera el testimonio del Espíritu Santo, aunque con frecuencia es dado mayormente a través de la Iglesia en forma directa. Entonces, lo que necesitamos y lo que el mundo espera, es al Hijo de Dios testificado para y revelado en toda su radiante belleza del ministerio del Espíritu Santo, al animar a los santos, y, a través de ellos, edifica el santo y místico cuerpo de Su Iglesia. Es necesario enfatizar esta distinción. En algunas partes parece suponerse que el mismo Espíritu Santo es la solución para las perplejidades de nuestro tiempo. Lo que podremos testificar en cierta edad futura no lo sabemos ahora, pero para ésta está claro que Dios, en la persona de Cristo, es la sola y divina respuesta. Aquí está el sí y amén de Dios, el Alfa y Omega, que da vista al ciego, sanidad al paralítico, limpieza a los inmundos, a los muertos vida, las buenas nuevas para los pobres, tristes y afligidos. Ahora nosotros ansiamos la graciosa dádiva del Espíritu, porque El puede tomar las cosas más profundas de Cristo y revelárnoslas. Cuando los discípulos querían conocer al Padre, el Señor les dijo: ‘El que me ha visto ha visto al Padre.’ Es Su gloria que brilla en mi faz, Su voluntad que moldea mi vida, Su propósito que se cumple en mi ministerio. Así el bendito Paraceto hace volver nuestro pensamiento y atención de Sí mismo hacia Cristo, con quien El es Uno en la Santísima Trinidad, y a quien El ha venido a revelar. A través de los siglos de la cristiandad la voz del Espíritu Santo ha testificado del Señor mediata y directamente. Directamente, en cada profundo pensamiento de la conciencia humana, en cada avivamiento religioso, en cada época de adelanto en el conocimiento de la verdad divina, en cada alma que ha sido regenerada, fortalecida y enseñada. Mediatamente Su obra ha sido efectuada a través de la Iglesia, el cuerpo de los que creen. Pero, ¡Ay! cuán

tristemente Su testimonio ha sido debilitado y estorbado por el instrumento a través del cual ha venido. El no ha podido hacer muchas obras poderosas a causa de la incredulidad que han mantenido cerrados y obstruidos esos conductos por los que El hubiera vertido su alegre testimonio a favor del ausente y glorificado Señor. Las divisiones en la Iglesia, sus contiendas sobre asuntos de relativa escasa importancia, su exageración de los puntos de diferencia, su materialismo, su amor al dinero, posición y poder, su auto estimación de riqueza y abundancia de bienes y de no tener necesidad de nada, cuando en realidad ella es pobre, y miserable, y ciega y desnuda. Estas cosas no sólo le han robado su testimonio, sino que han contristado y apagado al Santo Espíritu y nulificado su testimonio." Ps. X-XV.

Una vez más una oportuna advertencia para que no dé la impresión de tomar en cuenta que la doctrina de la *procesión* implica alguna variación entre las divinas Personas en exaltación o importancia. Se ha hecho un esfuerzo en la Teología Propia para defender la Segunda Persona de la suposición de que El, siendo la manifestación del Padre y habiendo tenido que encarnarse en forma humana, es inferior al Padre. También es importante notar que el Espíritu Santo, tal como aparece Su nombre en el título completo de la Deidad, aunque siempre enviado por el Padre y el Hijo, es eternamente igual al Padre y al Hijo. La gran revelación de que el Hijo es engendrado por el Padre y que el Espíritu procede del Padre y del Hijo, debe tomarse sin confundirla con las relaciones humanas; porque, mientras las Escrituras indubitadamente presentan la doctrina de la *Procesión*, estas mismas Escrituras positivamente anuncian la absoluta igualdad de las Personas dentro de la Deidad. En la Obra de la divina interrelación que se manifiesta en la redención, el Hijo vino al mundo para hacer la voluntad del Padre (He. 10:4-7) y el Espíritu está sujeto a ambos, al Padre y al Hijo; todavía hay que recordar que Cristo se sujetó también al Espíritu. Está escrito: "Y Jesús, lleno del Espíritu, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto" (Lc. 4:1). De esta manera, la noción humana de que el mayor ha de ser servido por el menor, es enteramente extraña en lá interrelación divina. El Hijo no es menos igual al Padre, aunque El busca la gloria del Padre (Jn. 14:13), y el Espíritu no es menos igual con el Padre y el Hijo, aunque El busca la gloria del Hijo (Jn. 16:14).

El Dr. William Cooke en su *Christian Theology* ha escrito efectivamente sobre el Nombre triple de Dios. Copiamos una parte de su tesis:

"En la gran comisión de predicar el Evangelio a toda criatura, Dios habla de sí mismo bajo una triple designación, diciendo: 'Por tanto id, y doctrinad a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.' Si en alguna parte de la enseñanza de Nuestro Señor fuera requisito un especial cuidado en el uso de las palabras, a fin de dar a los hombres un correcto

punto de vista en cuanto a Dios, era aquí: porque aquí hay una declaración del nombre de Dios; aquí hay un mandato autoritativo de dar a conocer este nombre al mundo entero; y aquí hay un mandamiento de practicar una solemne ordenanza en este nombre como un medio especial de publicarlo y perpetuarlo entre la humanidad. Este triple Nombre, entonces, no tiene un origen humano; es aplicado por nuestro Señor mismo a la Deidad, y aplicado por El como para expresar la Naturaleza Divina; y porque es expresivo de la Naturaleza Divina, El ordena que sea proclamado al mundo entero, como el nombre por el que la Deidad sería conocida y adorada por toda la humanidad. El negar este nombre es negar la autoridad de Cristo; el argüir sobre si es apropiado o no es negar Su sabiduría; el separarlo de Dios es rebelarse contra el más claro mandato de darlo a conocer. Donde quiera que el Evangelio es predicado, este triple Nombre debe ser proclamado como el Nombre de Dios; y donde quiera que se celebre el bautismo ha de efectuarse en este nombre como el Nombre de Aquel a quien recibimos y conocemos como nuestro único Dios. El Evangelio no puede ser predicado sin publicarlo, porque está expresamente especificado como una parte del mensaje del Evangelio. Se destaca como una primera y fundamental proposición en el sistema del Evangelio. Otras doctrinas se incluyen indudablemente en el mensaje divino; pero ésta no sólo se incluye, *está expresada*, y es expresada porque es la base de todas las otras verdades, y por lo tanto, debe ser el primer elemento de toda enseñanza evangélica. Siendo tal la importancia de este Triple Nombre, es satisfactorio el saber que el versículo que lo contiene es admitido por los hombres de todos los credos como auténtico y genuino. Aquí no hay discusión, ni aún puede haber diversidad de opinión. El texto que contiene este Nombre se halla en todas las copias del original griego, tanto antiguas como modernas, no importa cuánto se aleje en antigüedad. También se encuentra en todas las versiones antiguas y modernas, y la traducción del Nombre Trino de Dios en cada versión es la misma. Y claro está, que no puede darse ninguna traducción diferente, ya que el texto consta de unos pocos términos sencillos que admiten sólo una traducción literal. Esto es tan obvio, que ninguna diferencia se ha sugerido de lo que nosotros sabemos, aún por hombres de diferentes credos y opiniones. Comentaristas, gramáticos y críticos, aunque difiriendo en algunos puntos tan distantes como polos opuestos, concuerdan uniformemente en la traducción de este pasaje. Aun en las Versiones Unitarias del Nuevo Testamento, el nombre de Dios, como 'el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo', en este pasaje está traducido precisamente como lo está en nuestra Versión. Esta unanimidad, así como la genuinidad y la traducción de este pasaje es de la más alta importancia, porque reduce el terreno de la controversia y da una norma de apelación indisputable. Por tanto, tenemos solamente que someter nuestro entendimiento a la enseñanza de la sabia autoridad, a fin de obtener claros y correctos conceptos de Dios. A esta norma infalible, entonces, venimos, y colocándonos ante el oráculo sagrado, preguntamos reverentemente: ¿Quién es el Dios de los cristianos, y cuál es Su majestuoso Nombre? ¿Es El una Unidad absoluta, un ser dual, o una Trinidad? El versículo que consideramos nos da una respuesta clara, decisiva, y sin la más leve ambigüedad: 'El es el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo.' Entonces aquí se aplican tres apelativos a Dios, ni más ni menos. Cada nombre es diferente y separado del otro, y todavía conectados con la conjunción copulativa 'y'. Estamos seguros que estos tres apelativos son apropiados, porque fueron aplicados a Dios por el Gran Maestro y Salvador de la humanidad, quien vino a mostrar a los hombres quién es Dios. Pero si estos tres apelativos diferentes son apropiados, constituyendo juntos el Nombre del Siempre Bendito Dios, deben expresar algunas distinciones en la

Naturaleza Divina. Aun en estas distinciones debe haber, al mismo tiempo, una unión esencial; porque los tres nombres juntos constituyen el Nombre de El Dios Viviente y Verdadero. Guiados por este importante pasaje y el tenor general de las Santas Escrituras, sostenemos que Jehová, quien es uno en esencia, se ha revelado a Sí mismo a los hombres como subsistiendo en Tres Personas distintas, denominadas el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. No pretendemos definir o explicar precisamente la *naturaleza* de esta distinción, porque Dios no lo ha revelado. Es probable, claro está, que los términos del lenguaje humano son inadecuados para poder expresarlo, y que nuestras capacidades en esta vida son demasiado limitadas y débiles para poder recibirlo. Usamos la voz 'persona', por tanto, bajo cierta limitación —no para expresar la existencia de tres seres separados e independientes, sino para notar el hecho de una real triple distinción que existe en la Deidad. En este sentido la palabra 'persona' tiene la sanción tanto de las Sagradas Escrituras, como la de una venerable antigüedad eclesiástica, siendo la traducción de la palabra *ὑπόστασις* (hypostasis) como la usaron los Padres Nicenos, y por nuestros propios traductores cuando designaron a Cristo como el resplandor de la gloria del Padre, y la misma imagen de Su substancia (persona) (He. 1:3). La distinción en las personas de la Deidad es tal, creemos, como que implica distinto conocimiento, combinado con participación, unidad e igualdad de la naturaleza y atributos Divinos. No obstante, aquí nos encontramos con tres sentimientos opuestos, siendo nuestro deber examinarlos y refutarlos: los Unitarios, los Sabelianos y los Triteístos.

La Teoría *Unitaria* comprende dos clases de opiniones, que niegan la doctrina de la Trinidad y contienden a favor de la absoluta unidad de Dios. Los altos Arrianos sostienen que la persona (o Ser) llamada el Hijo es el jefe de las obras de Dios, aun más alto que los ángeles; pero los Socinianos lo consideran solo como un mero hombre. Como para el Espíritu Santo el sentir de los Unitarios es vago y diversificado. Algunas veces se le mira como un atributo de Dios, o una influencia que procede de El; y otras veces sólo como otro nombre de Dios mismo. Es evidente, a primera vista, que estos aspectos de la Naturaleza Divina no se derivan del triple Nombre que el Salvador aplicó a Dios en la gran comisión de predicar el Evangelio. No hay nada en las palabras para justificar la inferioridad del Hijo; nada, para sostener la noción de que el Espíritu Santo sea un atributo o una mera influencia que procede de Dios; y nada, para apoyar la idea de que el Espíritu no es sino otro nombre de Dios mismo. El significado natural y obvio del pasaje decididamente está opuesto a tales nociones. En el triple Nombre de Dios evidentemente tenemos distinción y co-igualdad combinadas; porque cada uno que es representado en ese Nombre, para nosotros está en la misma relación como nuestro Dios. Como, al parecer, los puntos esenciales de la herejía Unitaria están incluidos en el credo Sabeliano, la misma clase de argumentos escriturales que sirvan para abatir a los unos se aplicarán para trastornar a los otros . . .

La *herejía Sabeliana* está algún tanto diversificada en sus aspectos menores, pero en sus principios substanciales sostiene que la Deidad es una Unidad absoluta; que las distinciones indicadas por los términos 'Padre, Hijo y Espíritu Santo' no son reales y personales, sino nonimales u oficiales; que el Padre sólo es la Deidad en Su carácter paternal; que el Hijo es la misma Persona o Ser encarnado, o 'Dios manifestado en carne'; y que el Espíritu Santo es también el mismo Ser manifestado en Sus influencias espirituales. Ahora, esta doctrina es igualmente contraria al triple Nombre aplicado a Jehová en la Gran Comisión del Evangelio, y en la fórmula bautismal. Es, a la verdad, contraria al natural y obvio

significado del lenguaje. Es asegurar que nuestro Señor ha usado palabras sin significado; y no sólo eso, sino que las ha usado en un sentido contrario a su significado usual y propio. Porque en todos los idiomas las palabras Padre e Hijo son designaciones *personales* y nunca nominales; y decir que nuestro Señor intentaba darle un significado meramente nominal a estas palabras, mientras en todos los idiomas ellas tienen un significado personal, es decir que El empleaba el lenguaje más bien para engañar que para instruir; y no sólo eso, sino que encomendó a otros el perpetuar la misma impostura hasta el fin del tiempo; y esto, ¡en una ocasión cuando Su propósito visible era el de hacer que el Nombre de Dios fuera conocido por toda la humanidad! ¿Podemos concebir una más odiosa censura de la sabiduría y sinceridad del Maestro y Salvador de los hombres? Más aún, los apelativos aplicados a Dios en la gran comisión y en la fórmula bautismal expresan relación; y las relaciones son distintas y personales tanto como diferentes; tan personales, realmente, que no se pueden aplicar a nadie propiamente sino a personas; y tan distintas que no son intercambiables, sino fijas y permanentes en su aplicación personal. Por el hecho de la relación de un padre a su propio hijo incluye a ambos en una personalidad que no puede ser resuelta dentro de una metáfora, y una distinción que no puede permutarse; ambas relaciones están fundadas en la misma naturaleza de las cosas, y son eternamente inmutables. Un padre no puede ser idéntico a su hijo, y un hijo no puede ser idéntico a su propio padre. Estos términos, por tanto, aplicados a la Deidad implican necesariamente ambas, distinción y personalidad; y, consecuentemente, la teoría Sabeliana es falsa. Igualmente clara es la distinción y personalidad del Espíritu Santo, porque, ya que se resuelva dentro de un atributo de Dios, o dentro de una influencia que procede de Dios, o dentro de otro nombre para el mismo Padre; implicaría los más groseros absurdos y contradicciones. El Espíritu Santo no sólo se distingue del Padre y del Hijo por un nombre distinto, sino que está asociado al Padre y al Hijo en la ordenanza del Bautismo; y de aquí las herejías Sabeliana y Unitaria implican que el 'bautismo ha de ser administrado en el Nombre del Padre, y de una criatura y de una influencia'; o sea 'en el Nombre del Padre, y de una criatura, y el Padre.' ¿Podemos concebir absurdos más evidentes? ¿Podemos inventar un insulto más grosero contra el gran Maestro y Redentor de la humanidad? Con este sistema de interpretación ¿no serían las Escrituras el más absurdo y falaz volumen que jamás se haya escrito? Por una parte debemos admitir tales desatinos y blasfemias, o rechazar las teorías que las comprenden. Más aún, el hecho que el bautismo es una ordenanza religiosa implica la personalidad del Espíritu Santo, porque ha de ser efectuado en Su nombre, tanto como en el Nombre del Padre, y el del Hijo. Ahora bien, el Ser en cuyo nombre es efectuada una ordenanza religiosa, debe ser capaz de aprobar y aceptar la ordenanza ejecutada en su nombre. Pero poder aprobar y aceptar implica inteligencia. E inteligencia y conciencia no son las propiedades de un atributo, o de una influencia, sino de una existencia real y personal. Así el hecho de que el bautismo se ordena efectuarse en el Nombre del Espíritu Santo presupone su personalidad, tanto así como se implica la personalidad del Padre y la del Hijo. Mas adelante, las evidencias de la personalidad del Espíritu Santo, como se exhiben en Sus atributos, se aducirán cuando entremos a discutir sobre Su Deidad. Los sublimes hechos registrados en conexión con el bautismo del Redentor son evidencias sorprendentes de la distinción y la personalidad de cada Uno de los Tres Gloriosos. Cuando nuestro Señor condescendió a recibir esta ordenanza de manos de Juan, los cielos fueron abiertos, y el Espíritu Santo descendió como

una Paloma y reposó sobre El, y una voz que procedía del cielo abierto decía: 'Tú eres mi Hijo amado, en quien tengo contentamiento' (Mr. 1:10, 11). Aquí estaba una visible y audible demostración de la distinción y personalidad de cada una de las Tres Gloriosas Personas. Aquí estaba la presencia del Hijo Encarnado, sometién dose al rito del bautismo; la presencia del Santo Espíritu, descendiendo en forma de una paloma, y llenando Su Humanidad con poder consagrador; y la presencia del Padre, dando testimonio de Su encarnación y proclamando Su complacencia en El. Por lo tanto, el Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Padre y el Espíritu Santo es distinto de ambos; así que, la distinción es real, no nominal; personal, no oficial. Esta gran exhibición de las Tres Personas en el bautismo del Salvador es una ilustración práctica de la distinción y personalidad propuestas en la fórmula de nuestro propio bautismo, y desmenuza en mil fragmentos las herejías Sabeliana y Unitaria.

Otra teoría errónea es la de los *Triteístas* que sostienen que no hay tres personalidades simplemente, sino que son tres Seres separados e independientes; o, en otras palabras, tres Dioses en vez de Uno. No es poco homenaje a la verdad cuando es atacada por sentimientos diametralmente contrarios unos a otros; porque en su oposición naturalmente se destruyen mutuamente; y al destruirse el uno al otro, establecen la doctrina verdadera. Los Unitarios y Sabelianos sostienen la Unidad Divina; pero niegan la Trinidad. Los Triteístas por el contrario, sostienen que la Trinidad es tan evidente que niegan la Unidad Divina, y aseguran la existencia de tres Dioses. La verdad íntegra no es sostenida por ninguno, pero una parte de esta verdad es sostenida por ambas facciones. Los errores de cada uno están en lo que los otros niegan, y la verdad, en lo que cada uno sostiene. Las Escrituras afirman claramente que Dios es tanto Uno en un sentido como lo es Tres en otro sentido. Y como ellos sostienen ambos puntos de vista, los dos tienen que ser verdad; y como toda verdad debe armonizar, existe un sentido en el que la Trinidad es compatible con la Unidad. Por tanto, la doctrina sólo es ortodoxa cuando no niega ni el uno ni el otro aspecto, sino que los combina y los armoniza; que reconoce al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo tan real y personalmente distintos; y todavía esencialmente Unidos. Esta es la doctrina *Trinitaria*, que sostiene una pluralidad, no sólo de nombres, sino de personas que tienen distinta conciencia con mutua participación de los mismos atributos y esencia (5a. ed., pgs. 67-73)."

Obviamente, el Nombre Trino —Padre, Hijo y Espíritu Santo— incluye y exhibe todo lo que entra en la doctrina de la Trinidad. Por el momento, esa doctrina puede ser reconsiderada en vista al reconocimiento de igual posición y honor que pertenecen a la Tercera Persona al lado de la Primera y de la Segunda. Como ya se ha demostrado bajo la Teología Propia, cuando la discusión se centró en el modo trinitario de la existencia de la Deidad, el Antiguo Testamento es el registro concerniente a un Dios con escaso reconocimiento de Tres Personas, mientras que el Nuevo Testamento es el registro concerniente al carácter y realizaciones de las Tres Personas con reconocimiento de Su Unidad esencial. Ningún judío de los primeros siglos, ni estudiante sea de esta o de la pasada generación podría echar de menos el significado de la forma plural del Nombre *Elohim*. Como el Dr. Griffith Thomas ha señalado en la cita anterior,

no fue el propóstio divino descubrir desde el principio todo lo que estaba latente en la doctrina de la Trinidad. En esta revelación, así como en muchas otras, están “primero, hierba; luego, espiga; después, grano lleno en la espiga” (Mr. 4:28). Así la revelación esencial respecto a Dios principia con la intimación que presenta la forma plural de *Elohim*. Sin señalar una razón para rechazar esta antigua creencia de que el nombre *Elohim* implica la Trinidad, ni descubrir otra razón del por qué para esta terminación en plural que amerita el tema, los teólogos modernos han buscado rehuir el reconocimiento de que la Trinidad se ve en este nombre *Elohim*. Comunmente se acepta que el nombre Jehová, siendo singular, es una representación de la unidad de Dios. Está escrito: “Jehová nuestro Dios (*Elohim*), Jehová uno solo es” (Deut. 6:4, V. M.). No obstante, en Génesis 11:6-9 está escrito que el mismo Jehová dijo: “Vamos, descendamos y confundamos allí mismo su lengua.” Como es corriente, cuando han de acontecer grandes transformaciones, claro está por cierto, el cumplimiento es garantizado por las Tres Personas; es decir, cada una por separado puede acreditarse de haber hecho lo que ha sido hecho. Así, mientras en diferentes tiempos y lugares de la Escritura se dice de cada Persona haber creado cosas que existen, el sabio Salomón ha dicho: “Y acuérdate de tus Creadores en los días de tu juventud” (Ecl. 12:1). El plural *Creadores* está en armonía con la revelación completa de la Biblia, en relación con la creación.

Otro reconocimiento de pluralidad dentro de la Deidad, como se establece en el Antiguo Testamento, se encuentra en la triple imputación de la adoración proferida por los seres angelicales registrada en Isaías 6:3: “¡Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de Su gloria!” (V. R.). Después que Isaías hubo testificado, “¡Ay de mí! que soy muerto, porque siendo hombre de labios inmundos y habitando en un pueblo de labios inmundos, mis ojos han visto al Rey, Jehová de los ejércitos”; y cuando los labios del profeta hubieron sido limpiados con un carbón ardiendo sacado del altar, fue cuando el Señor preguntó: “¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?” El *Jehová* singular es así puesto a la par del pronombre plural nosotros. Entonces sigue la predicción relativa a la ceguera de Israel, ceguera que es citada varias veces en el Nuevo Testamento. Es un registro completo de un evento desde la triple atribución de alabanza hasta el juicio contra Israel. Siendo que el contexto no permite división, es importante notar que en Juan 12:41, al hablar de Cristo, el Hijo de Dios, se dice en relación a esto, la visión de gloria de Isaías: “Estas cosas dijo Isaías cuando vio Su gloria y habló de El”; y otra vez en Hch. 28:25, respecto a la misma visión, se implica que fue el Espíritu Santo quien habló a Isaías. Por

tanto, se llega a la conclusión que fue el Padre, el Hijo y el Santo Espíritu quien habló cuando dijo Jehová: “¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?” El hecho importante que de aquí surge es que el Espíritu Santo está tan esencialmente representado en todas estas revelaciones de Isaías, como lo están el Padre o el Hijo. ¿No es El el Objetivo cuando el tercer “santo” es pronunciado? Todavía, otra vez la bendición del Antiguo Testamento (Nm. 6:24-26), corresponde perfectamente a la bendición del Nuevo Testamento en 2 Corintios 13:14. Cuando estas dos bendiciones se leen juntas, la similitud es evidente: “Jehová (el Padre) te bendiga y te guarde” — “El amor de Dios . . . sea con todos vosotros”; “Jehová (el Hijo) haga resplandecer Su rostro sobre tí y tenga de tí misericordia” — “La gracia del Señor Jesucristo (sea con vosotros);” “Jehová (el Espíritu) alce a tí Su rostro y ponga en tí paz” — “La comunión del Espíritu Santo (sea con vosotros).” A menos que los hechos sean pasados por alto, es bueno considerar cómo la Persona y obra del Espíritu están mencionados definitivamente en el Antiguo Testamento. Sólo cabe citar unos pocos pasajes: “El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Gn. 1:2); “Mi Espíritu no contendrá para siempre con el hombre” (Gn. 6:5); “Tu Espíritu es bueno” (Sal. 143:10); “No por fuerza, ni por poder, sino con mi Espíritu, dice Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6); “El Espíritu de Jehová me hizo” (Job 33:4); “Derramaré mi Espíritu sobre toda carne” (Jn. 2:28); “No quites de mí tu Santo Espíritu” (Sal. 51:11).

Yendo más específicamente al Nuevo Testamento, se descubre que el progreso de la doctrina Trinitaria alcanza su final y suprema revelación en Hechos, las Epístolas y el Apocalipsis, en donde se hace referencia a la Tercera Persona bajo el título de Espíritu cuando menos 125 veces; y en cada referencia se ve su actuación con toda la autoridad divina, sabiduría, y gracia. En todos estos pasajes se le ve separado del Padre y del Hijo. Este gran volumen de verdad y revelación distintivas serán consideradas más ampliamente en posteriores divisiones de este volumen.

II. TITULOS DESCRIPTIVOS

Al concluir en este lugar la discusión de la Tercera Persona tal como se indica por su lugar en el nombre completo de la Deidad, puede decirse que todos los nombres con que el Espíritu es conocido también son meros títulos descriptivos. Es llamado *El Espíritu* porque es espíritu; es llamado *Santo* porque es santo hasta lo infinito; es identificado como *El Espíritu de Dios* porque El pertenece a la Deidad; es llamado *El Espíritu de Cristo* porque por

Cristo El fue enviado al mundo. En su libro *The Doctrine of the Holy Spirit (La Doctrina del Espíritu Santo)*, el Dr. Juan F. Walvoord presenta un precioso estudio sobre los nombres de la Tercera Persona. Esto bien puede incluirse aquí:

“Un examen de la revelación Bíblica sobre el Espíritu Santo indicará que en ninguna parte Le es dado un nombre formal, tal como el que tenemos para la Segunda Persona, el Señor Jesu-Cristo; pero en cambio le son dados títulos descriptivos, de los cuales el más común en las Escrituras y más usado es el de *Espíritu Santo*. Como Su persona es espíritu puro, al que nada material es esencial, en la Biblia se revela como el *Espíritu*. El adjetivo descriptivo *santo* se usa para distinguirlo de otros espíritus, que son criaturas. Un estudio de las referencias al Espíritu Santo por varios títulos en la Biblia revelarán algunos hechos significativos. Las palabras básicas en el original también son usadas con referencia a otras entidades distintas del Espíritu Santo. En el Antiguo Testamento, sin embargo, *ruach* se usa más de cien veces para el Espíritu Santo. La cuestión de interpretación entra en el problema. Cummings presenta una lista de ochenta y ocho referencias al Espíritu Santo en el Antiguo Testamento (*Through the Eternal Spirit*, p. 36). La Standard American Version de la Biblia por medio de letras mayúsculas indica considerablemente más que esto. De cualquier modo, los ejemplos son numerosos y bien distribuidos en el Antiguo Testamento. Cummings anota que el Pentateuco tiene catorce referencias (ninguna en Levítico); que Isaías y Ezequiel tienen quince cada uno, y que las referencias están distribuidas a través de veintidós de los treintinueve de los libros del Antiguo Testamento (Loc. Cit.). El conciso sumario de Cummings sobre la importancia de estas referencias bien pueden ser citadas: ‘Es imposible decir que los pasajes crecen en número o en claridad con alguna característica especial de los libros de la Escritura. Parecen no tener relación especial con la cronología, como aparecen particularmente en Isaías (750 A. C.), en Ezequiel (590 A. C.), y en los libros de Moisés. Tampoco podemos trazar relación alguna con la comparativa espiritualidad de los libros, aunque Isaías aparece tan a la cabeza en esta lista; siendo así que Ezequiel se coloca primero, y Jueces tiene siete, Salmos tiene sólo seis, Deuteronomio sólo una y 2 Crónicas, cuatro. Pero es posible discernir que cada uno de los inspirados escritores han captado algún aspecto especial de la persona o de la obra del Espíritu Santo, que está repetido en sus páginas. En Ezequiel, por ejemplo, es la acción del Santo Espíritu que transporta al profeta corporalmente a los lugares en donde se le necesitaba, lo que sucede en seis de las ocasiones de las quince apuntadas arriba. En Jueces es la llenura de coraje o fortaleza a lo que se alude en cada uno de los siete pasajes. En Exodo es como el Espíritu de sabiduría que El es considerado especialmente. En Su oficio como el dador de la inspiración profética se habla más constantemente en los libros de Samuel y Crónicas. En Isaías y en los Salmos la doble enseñanza concerniente al Espíritu es su conexión con el Mesías, por una parte, y lo que pudiera llamarse sus cualidades personales, tales como el ser contristado u ofendido por ingratitud o rebeldía, por la otra (*Ibid.*, págs. 37 y 38). En el Nuevo Testamento las referencias al Espíritu Santo son aún más numerosas. La palabra para Espíritu en el Nuevo Testamento, *πνεῦμα*, se encuentra en 262 pasajes, según Cummings, distribuidos por la mayor parte de los libros del Nuevo Testamento (*Ibid.*, p. 44). Para citar a Cummings, ‘Los Evangelios contienen 56 pasajes; los Hechos de los Apóstoles, 57; las Epístolas de San Pablo, 113; y los otros libros, 36’ (*Loc. cit.*). De estos hechos se puede ver claramente que hay

una consistente referencia al Espíritu Santo desde el Génesis 1:2 hasta Apocalipsis 22:17, y hay una clara inferencia de que hay un constante y adecuado ministerio del Espíritu Santo para cada dispensación. Los títulos del Espíritu Santo como se traducen ordinariamente son objeto de una significativa clasificación que proporciona un interesante fondo a la doctrina.

De los muchos títulos y variaciones que se refieren al Espíritu Santo, dieciséis revelan su relación a las otras Personas de la Trinidad. Se hallan once títulos relacionados con el Padre: (1) *El Espíritu de Dios* (Gn. 1:2; Mt. 3:16); (2) *El Espíritu del Señor* (Lc. 4:18); (3) *El Espíritu de Nuestro Dios* (1 Co. 6:11); (4) *Su Espíritu* (Nm. 11:29); (5) *El Espíritu de Jehová* (Jue. 3:10); (6) *Tu Espíritu* (Sal. 139:7); (7) *El Espíritu de Jehová el Señor* (Is. 61:11); (8) *El Espíritu de nuestro Padre* (Mt. 10:20); (9) *El Espíritu del Dios vivo* (2 Co. 3:3); (10) *Mi Espíritu* (Gn. 6:3); (11) *El Espíritu de Aquel* (Ro. 8:11). Se encuentran cinco títulos que relacionan al Espíritu Santo con el Hijo: (1) *El Espíritu de Cristo* (Ro. 8:9; 1 P. 1:11); (2) *El Espíritu de Jesucristo* (Fil. 1:19); (3) *El Espíritu de Jesús* (Hch. 16:7 V. R. y Nouvelle Edition Revue avec Paralleles, 1954 -N. del T.); (4) *El Espíritu de Su Hijo* (Gá. 4:6); (5) *El Espíritu del Señor* (Hch. 5:9). Siendo que hay alguna distinción en el significado de varios títulos, lo principal en su significado es sacar la relación del Espíritu Santo como la Tercera Persona de la Trinidad, afirmando todos Su Deidad y procesión.

En los títulos se da abundante revelación para mostrar Sus atributos. A lo menos diecisiete de estos títulos indican los atributos divinos de Su Persona. (1) La unidad del Espíritu se revela en el título, *Un Espíritu* (Ef. 4:4); (2) La implicación del título *Siete Espíritus* es perfección (Ap. 1:4; 3:1); (3) Se afirma la identidad del Espíritu Santo y la Esencia de la Trinidad en el título *El Señor es el Espíritu* (2 Co. 3:18). (4) *La eternidad del Espíritu Eterno* (He.9:14). (5) *Espíritu de Gloria* connota Su gloria, siendo la misma que la del Padre y del Hijo (1 P. 4:14). (6) *Espíritu de Vida*, afirma la vida eterna del Espíritu (Ro. 8:2). Tres títulos afirman la santidad del Espíritu: (7) *Espíritu de Santidad* (Ro. 1:4), posiblemente una referencia al espíritu humano santo de Cristo; (8) *Santo Espíritu* (Sal. 51:11; Mt. 1:20; Lc. 11:13), el título más formal y más frecuentemente usado; (9) *El Santo* (1 Jn. 2:20). Cinco de los títulos del Espíritu Santo se refieren a Su participación como autor de la revelación y de la sabiduría: (10) *Espíritu de Sabiduría* (Ex. 28:3; Ef. 1:17); (11) *Espíritu de Sabiduría e Inteligencia* (Is. 11:2); (12) *Espíritu de Consejo y de Fortaleza* (Is. 11:2); (13) *Espíritu de Conocimiento y de Temor de Jehová* (Is. 11:2); (14) *Espíritu de Verdad* (Jn. 14:17). La trascendencia del Espíritu se indica en el título, (15) *El Espíritu Libre* (Sal. 51:12). El atributo de gracia se encuentra en dos títulos, (16) *Espíritu de Gracia* (He. 6:29) y (17) *Espíritu de gracia y de oración* (Zac. 12:10).

Muchos de los títulos que indican sus atributos también indican sus obras. En la discusión de los títulos que revelan Sus atributos puede advertirse que el *Espíritu de Gloria* (1 P. 4:14) se compromete a llevar a la gloria a los santos. *El Espíritu de Vida* (Ro. 8:2) es el agente de la regeneración. *El Espíritu de Santidad* (Ro. 1:14), el *Espíritu Santo* (1 Jn. 2:20) es nuestro santificador. *El Espíritu de Sabiduría* (Ef. 1:17) el *Espíritu de Sabiduría y de Inteligencia*, el *Espíritu de Consejo y de Fortaleza*, el *Espíritu de Conocimiento y de Temor de Jehová* (Is. 11:2) hablan de diferentes ministerios de Dios en la enseñanza, guianza y fortalecimiento de los santos. *El Espíritu de Verdad* (Jn. 14:17) tiene una idea similar. El Espíritu como el manifestador de la gracia, se revela en los títulos, *Espíritu de Gracia* (He. 10:29) y *Espíritu de Gracia y Oración* (Zac.

12:10). En adición a los precedentes, se le dan dos títulos al Espíritu afirmando Su obra. (1) *El Espíritu de Adopción* (Ro. 8:15) tiene referencia a nuestra adopción como hijos. (2) *El Espíritu de Fe* (2 Co. 4:13), aunque quizá impersonal, y en este caso no refiriéndose al Espíritu Santo como tal, si se admite como una referencia, indica el ministerio del Espíritu de producir fe en nosotros. Otro título del Espíritu Santo y que no incluye el nombre *espíritu*, no obstante, es el de *Consolador* (Paracletos) *παράκλητος*, según Thayer, cuando se usa en su sentido más lato, significa 'un auxiliador', 'socorredor', 'ayudador', 'asistente'; así el Espíritu Santo fue destinado a tomar el lugar de Cristo con los apóstoles (Greek-English Lexicon of the New Testament, pág. 483). Frecuentemente se encuentra en el Nuevo Testamento (Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7). Revela al Espíritu Santo como uno que está siempre listo para ayudar a los cristianos. Los muchos títulos del Espíritu Santo con sus múltiples significados hablan elocuentemente de las bellezas de la Persona y las maravillas de Sus atributos. Los muchos aspectos revelados hablan de Su Persona infinita, igual en poder y gloria con el Padre y con el Hijo (Págs. 15-19)."

Si se citaran muchas otras Escrituras combinadas entre sí, probarían que los títulos de *Dios*, *Jehová*, *el Dios de Israel*, *Jehová Dios*, *el Dios de los Espíritus*, se refieren al Espíritu Santo. Es cierto que en la divina estimación, el Espíritu Santo es Uno de los Tres Gloriosos, con la misma autoridad y exaltación que pertenecen a la Deidad.

CAPITULO II

LA DEIDAD DEL ESPIRITU SANTO

Si acaso pareciere dudosa la personalidad del Espíritu Santo a algún creyente, no se debe a falta alguna en el Texto Sagrado de presentar a la Tercera Persona como tal. En lo que atañe a las Escrituras, el Espíritu se exhibe en conexión con todas las acciones y características que pertenecen a una Persona divina. De acuerdo con el relato presentado en la Biblia, el Espíritu Santo, aunque visto en acción constantemente, nunca se ve en otra forma aparte de aquella en que aparece constituyendo la Deidad. En esto, como se ha observado antes, hay una amplia lista de distinciones que anotar entre lo que comprende la Cristología y lo que entra en la Neumatología. Un tratamiento digno de la doctrina de Cristo demanda el reconocimiento de Su nacimiento humano, Su cuerpo, alma y espíritu humanos, ciertas limitaciones humanas, Su muerte, Su resurrección, Su actual presencia en el cielo en un cuerpo glorificado, y Su regreso de nuevo, en forma visible, a la tierra. Ninguno de estos rasgos distintivos han estado relacionados directamente con el Padre o el Espíritu Santo. Por tanto, con fiadamente se afirma que toda la esfera de actividades del Espíritu, así como la de Su propia Persona, está enteramente dentro de la esfera que concierne a la Deidad. De igual manera, si las acciones y las características reveladas pueden imitar la personalidad, la personalidad del Espíritu Santo es sustentada por la evidencia más que la del Padre, ya que el Espíritu es el ejecutivo, el Creador del universo, el Autor divino de las Escrituras, el Generador de la humanidad de Cristo, el Regenerador de los que creen y la fuente directa de todo factor vital en la vida espiritual del cristiano. No obstante, cosa singularmente extraña, en todas las generaciones los hombres se han rendido ante una rara incertidumbre con respecto a la realidad de la Persona del Espíritu Santo. Parece como si del todo no se leyese las Escrituras o, si se leyeran, que la mente humana fuera en sí incapaz de percibir las más sencillas y obvias verdades respecto a este Miembro de la Deidad. Siendo que todos los hombres están afectados en algún grado con la incapacidad para recibir la verdad revelada sobre este tema, se convierte en un valioso motivo de oración para que El, cuya obra es patentizar al creyente las cosas relativas al Padre y al Hijo, se evidencie a Sí mismo también.

I. ATRIBUTOS DIVINOS

Es la responsabilidad de cualquier obra que ha de servir como libro de texto de presentar, hasta donde sea posible, todos los hechos implicados, aún los más obvios. Así es imperativo que a lo menos algunos de los atributos del Espíritu Santo serán incluidos como evidencia respecto a Su perfección divina. Tomándolos todos en cuenta, el intento incluiría un recuento de todos los atributos de Dios, ya mencionados en la Teología Propia, porque todo atributo de Dios se aplica al Espíritu Santo tan plena y libremente, como al Padre y al Hijo.

1. ETERNIDAD. “...Cristo, quien por el Espíritu Eterno se ofreció sin mancha a Dios” (He. 9:14).

Se verá que en esta breve declaración de tan solo doce palabras todas las Tres Personas de la Deidad están nombradas y que sería verdaderamente forzar la razón alegar que en tal pasaje la identidad de la Tercera persona es incierta. De acuerdo a las teorías humanas, no se podría leer en el texto que Cristo por Su propio espíritu, o que por un atributo, o por mera influencia, se ofreció a Dios. La construcción del texto, así como la estúpida empresa que se dice que ha de ser acometida, requiere una Persona tan grande en un punto como se demanda de las otras dos. El Hijo se está ofreciendo a Sí mismo; el Padre está recibiendo; y todo es ejecutado por el Espíritu Eterno. ¿Sería posible demostrar que la obra del Espíritu en esta vasta empresa es menor que la del Hijo o que la responsabilidad del Padre en recibirla? El término *eterno*, que con toda propiedad puede también asignarse a Dios el Padre o a Dios el Hijo, aquí es aplicado al Espíritu Santo. Puesto que este atributo solo a Dios puede ser aplicado, se concluye que el Espíritu es Dios.

2. OMNIPOTENCIA. “Porque Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo muerto en la carne, pero vivificado por el Espíritu” (1 P. 3:18).

La resurrección de Cristo es acreditada al poder energético del Espíritu Santo en este pasaje. Se afirma no menos de veinticinco veces que Cristo fue levantado por el poder del Padre (comp. Hch. 2:32; Gá. 1:1), y una vez que Cristo dijo en relación a Su propia vida: “Tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar” (Jn. 10:18). Así mismo Cristo dijo: “Destruid este templo (Su propio cuerpo), y en tres días lo levantaré” (Jn. 2:19) No obstante, la inmensurable omnipotencia que puede levantar los muertos es atribuida al Espíritu Santo. Esta es sólo una de las realizaciones a que puede hacerse referencia. En verdad, todas las obras del Espíritu, como se indicará, son obras que demandan

omnipotencia divina.

3. OMNIPRESENCIA. “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿y dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás Tú; y si en el abismo hiciere mi estrado, he aquí, allí Tú estás. Si tomare las alas del alba, y habitare en el extremo de la mar, aún allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra” (Sa. 139:7-10).

Aun cuando no todo el contexto está citado aquí, se ve por el trozo precedente que la referencia es al Espíritu Santo, la Tercera Persona. El es Omnipresente. Siempre ha sido omnipresente en la creación entera; pero también es cierto que ahora, principiando con el día de Pentecostés y continuando hasta el arrebatamiento de la Iglesia, El reside en el mundo (Ef. 2:18-22).

4. OMNISCENCIA. “El Espíritu escudriña todas las cosas, aún lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Co. 2:10, 11).

Jamás nada se ha escondido del discernimiento escudriñador del Espíritu Santo, ni aún “lo profundo de Dios”. Más allá de lo que puede significar *lo profundo de Dios*, la imaginación humana no puede descubrir. El texto declara definitivamente que el hombre sin ayuda no puede conocer las cosas de Dios (comp. v. 14); pero el Espíritu conoce todas las cosas. Se hace referencia a los ilimitados confines de la Omnisciencia, y nadie puede negar que, si el conocimiento que posee el Espíritu alcanza lo profundo de Dios, de la misma manera todo lo demás sería comprendido por El. Quien así sondea el más profundo océano de la verdad y el entendimiento, es capaz también de discernir los pensamientos y las intenciones del corazón humano. Los que son tentados a pecar en lo secreto bien pueden recordar que nada está oculto al Espíritu de Dios. De igual modo es consolador saber que El observa plenamente cada propósito sincero, haya o no la habilidad para ejecutarlo.

5. AMOR. “El fruto del Espíritu es amor” (Gá. 5:22).

El atributo del amor pertenece al Espíritu Santo en grado de infinidad. Más aún, El es quien ejecuta las cosas de Dios. Así El literalmente ama con *divina* compasión a través de aquel en quien El habita. En tanto que ésta es una provisión de inapreciable ventaja para el cristiano, el punto por reconocerse es que el Espíritu ejerce la medida completa del amor divino. El es Su fuente.

6. FE. “El fruto del Espíritu es . . . fe” (Gá. 5:22).

La referencia aquí no es a la actitud de *fe*, como quizá se sugiera en la Authorized Version (Versión Autorizada); más bien se dice del Espíritu que reproduce en el creyente la fidelidad divina. Todos los

pactos de Dios, Sus promesas y sus predicciones, hablan de Su fidelidad. “El permanece fiel.” “Grande es tu fidelidad.” El Espíritu Santo participa plenamente de estos atributos divinos.

7. VERACIDAD. “Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad” (1 Jn. 5:6).

Cristo previamente había llamado al Espíritu Santo “el Espíritu de Verdad.” Así puede observarse que el Espíritu no sólo posee la verdad: El es el Fiel Testigo de la verdad. Como tal, El es el autor divino de las Escrituras y en ellas ha testificado de la verdad. Una mentira contra el Espíritu fue castigada instantáneamente con la muerte (Hch. 5:1-11). Por tanto, la verdad está vital e infinitamente relacionada al Espíritu Santo.

8. SANTIDAD. “El Espíritu Santo.”

Cualesquiera que pudieran ser las distinciones dentro de la Trinidad, no puede haber duda de que las Escrituras ponen un énfasis peculiar en la pureza y santidad de la Tercera Persona. El mismo título de “Espíritu Santo, da testimonio de esta solemne realidad. Más adelante en este volumen se demostrará que el Espíritu es el que trata directamente con la naturaleza pecaminosa en el creyente, de entre las Tres Personas; y es el único poder que existe por el que esa naturaleza es siempre controlada. La verdad de que El es santo y que El, por quien Cristo ha obrado trayendo a juicio la naturaleza pecaminosa, El mismo en sí nunca ha sido deslustrado ni en sombra por el mal que suprime, también se hará claro. Al principio se ha indicado cómo le fue inflingida la muerte instantánea a dos personas en el comienzo de la presente dispensación porque presumieron mentir al Espíritu Santo. Apoyándonos en la misma verdad con relación a la distintiva santidad del Espíritu, se recordará que fue un pecado contra “el Espíritu Santo” que nunca podría ser perdonado. Sobre esto Cristo dijo: “Por tanto os digo: todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonada; pero al que hable contra el Espíritu Santo no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (Mt. 12:31, 32). Es imposible para el carácter íntimo de una Persona de la Deidad el ser más santa que el de Otra; la distinción debe recaer en algún modo dentro de la esfera de la responsabilidad oficial del Espíritu. Siendo el Divino ejecutivo, la Tercera Persona puede tener un nombramiento especial para manifestar, así como para defender la infinita santidad de Dios. Es con la misma propiedad, entonces, que los seres angelicales tributan a los Tres Benditos la adoración de “Santo, Santo, Santo es Jehová de los ejércitos.”

II. OBRAS DIVINAS

El Dr. William Cooke, al presentar este tema en su *Christian Theology*, escribe:

“Hemos visto las obras de la creación atribuidas al Padre y al Hijo, y la misma autoridad se le atribuye al Espíritu Santo. Después del ‘fiat’ que hizo existir al universo, la primera agencia que encontramos empleada en la confección del universo es la del Espíritu Santo. Antes que los cielos y la tierra recibieran su forma —cuando la masa caótica estaba informe y vacía y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, el Espíritu de Dios se *estaba moviendo* o cobijando la inerte y confusa masa, penetrándola con Su omnipotente y vivificante energía, impregnando el cúmulo de cosas con apropiadas cualidades, afinidades y leyes; arreglando y disponiendo el todo de acuerdo con su inerrable sabiduría y placer soberano. En cada acto sucesivo de energía creativa participó el bendito Espíritu porque, dice Job, ‘Su Espíritu adornó los cielos’ (26:13), y Eliú dice: ‘El Espíritu de Dios me creó y el aliento del Todopoderoso me dio vida.’ Así, si las obras gloriosas de la creación han sido exhibidas como una prueba de la existencia y Deidad del Padre y del Hijo, de igual modo es una prueba de la Deidad del Espíritu Santo. La maravillosa economía de la Providencia implica la misma agencia omnipotente y omnipresente como la obra de creación. Es, realmente, una creación continua; una renovación o reproducción perpetuas. El piadoso salmista reconoce este hecho y atribuye la obra al Espíritu Santo. Hablando de la absoluta dependencia de Dios de todas sus criaturas, dice: ‘Escondes tu rostro, se turban, les quitas el hálito, dejan de ser y vuelven al polvo. Envías tu Espíritu, son creadas y renuevas la faz de la tierra’ (Sal. 104: 29, 30). Así cada nueva primavera, y cada generación sucesiva de hombres y de animales inferiores, como una nueva creación, es una declaración de la presencia del Espíritu y de su omnipotente energía. En la economía de la Gracia el Espíritu ejecuta una parte benigna y conspicua. El inicia, lleva adelante y completa la obra de la Salvación en los corazones de Su pueblo. Es imposible estimar la inmensa suma de bien moral y espiritual que resulta de Su influencia santa sobre el corazón humano. El es el gran manantial de luz y de gracia para el mundo: la fuente de santidad, amor y gozo; y, exceptuando el don de Cristo, la dádiva de Su agencia es la más grande y más importante bendición jamás concedida a nuestro mundo caído.” —pgs. 154, 155.

Aun cuando mucho ha sido insinuado anteriormente en estos volúmenes sobre la obra del Espíritu Santo y mucho de lo que todavía aparece ha de ser sobre este mismo tema, para un análisis del aspecto presente de la verdad es esencial indicar en orden algunas de las obras del Espíritu Santo que porporcionan evidencias respecto a su Deidad. Estas obras que vamos a enumerar las encaramos con este propósito a la vista. Después, las enumeraremos de nuevo y clasificaremos cuando el carácter esencial de cada una de ellas haya de ser considerado.

1. CREACION. Es verdaderamente significativo que en los primeros dos versículos de la Biblia dos Personas de la Deidad son

mencionadas, Dios y el Espíritu de Dios. La combinación de la Primera y la Tercera Personas es mucho menos frecuente que la combinación de la Primera y la Segunda, como en el Salmo 2:2 y constantemente en el Nuevo Testamento. Se dice que Dios creó, mientras que “el Espíritu de Dios se movía (cobijaba como incubando) sobre la haz de las aguas.” Si hay alguna división implícita en la obra creativa no está claro. En el Salmo 39:6 está escrito: “Por la Palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos, por el aliento de Su boca”, y Job declara: “Su Espíritu adornó los cielos, Su mano creó la serpiente tortuosa” (26:13). Se ha indicado anteriormente que a cada Persona de la Deidad se le acredita la creación de todas las cosas; de consiguiente, siendo que el Espíritu Santo es el Ejecutor del propósito divino, es lógico esperar Su parte en la creación. Por su incubación, El produjo todo ser viviente. De esta obra específica del Espíritu Santo Mathew Henry escribe en su *comentario*: “El Espíritu de Dios fue el primero en moverse. *“Se movía sobre la haz de las aguas.”* Cuando consideramos la tierra informe y vacía pensamos en el valle lleno de huesos muertos y secos. “¿Pueden vivir éstos?” ¿Puede esta confusa masa de materia ser formada en un mundo bello? Sí, si el Espíritu de Vida que procede de Dios entra en ella, (Ez.37:9). Ahora hay esperanza con respecto a esto; porque el Espíritu de Dios empieza a obrar, y si El obra, ¿qué cosa o quién puede estorbarlo? Se dice que Dios hizo el mundo por Su Espíritu (Sal.33:6; Job 26:13), y por el mismo poderoso obrero se ejecuta la obra de la nueva creación. El se movía sobre la haz del abismo, como Eliseo se tendió sobre el niño muerto, *como la gallina que junta sus polluelos debajo de sus alas*, y revolotea sobre ellos para calentarlos y acariciarlos (Mt.23:37); como el águila que alborota su nidada y revolotea sobre sus pichones (es la misma palabra que se usa en Dt.32:11). De aquí aprendemos que Dios no solo es el autor de todo ser viviente, sino que es la fuente de la vida y la causa de la acción (Gn.1:2). Aquí se insinúa un paralelo con la obra del Espíritu al producir la nueva creación espiritual del presente, y la creación del nuevo cielo y la nueva tierra, se ve al Espíritu trabajando poderosamente en las primeras dos, pero ningún dato se nos da en cuanto a Su participación en la última. Dwelling, en el contraste entre la creación y la evolución, *The Companion Bible*, afirma:

“La introducción al Génesis (y a toda la Biblia), Génesis 1:1-2:3 atribuye todas las cosas al Dios viviente, creando, haciendo, actuando, moviendo y hablando. No hay lugar para evolución sin una franca negación de la revelación divina. Una tiene que ser verdad, la otra falsa. Todas las obras de Dios fueron declaradas ‘buenas’ por siete veces (Gn. Gn.1:4,10,12,18,21,25,31). Son

'grandes' (Sal.111:2; Ap.15:3). El hombre parte de la nada. Principia en el desamparo, ignorancia e inexperiencia. Todo su trabajo procede del principio de la *evolución*. Este principio se ve únicamente en los asuntos *humanos*; desde la choza hasta el palacio; desde la canoa hasta el trasatlántico; desde el azadón y el arado hasta los taladros mecánicos, segadoras y atadoras, etc. Pero los pájaros hacen sus nidos en la actualidad lo mismo que al principio. Al momento que pasamos la línea divisoria y entramos en la esfera divina, no se ve ni una traza o vestigio de evolución. Hay crecimiento y desarrollo *dentro de*, pero no paso, cambio o evolución entre una y otra especie. Por otra parte, *todas* las obras de Dios son *perfectas* . . . La evolución es sólo una entre varias teorías inventadas para explicar los fenómenos de las cosas creadas. Los científicos admiten que ninguna de estas teorías cubren todo el terreno; y el reclamo más grande hecho por la Evolución, o Darwinismo, es que 'abarca más campo que todas las otras.' La Palabra de Dios reclama que cubre *todo el terreno*, y la única manera de contradecir este reclamo es negando la inspiración de la Biblia a fin de debilitarla. Este es el trabajo especial emprendido por la así llamada 'Alta Crítica', que basa sus conclusiones en proposiciones y razonamientos humanos, en lugar de basarse en las evidencias documentadas de los manuscritos, como lo hace la Crítica Textual." — Vol. I, apéndice 5.

El Creador ha declarado cómo fue hecho y Su testimonio demanda la atención.

2. CONTENCION. Jehová dijo: "No contendrá mi Espíritu con el hombre para siempre, porque él es carne" (Gn.6:3). La maldad de los días anteriores al diluvio y la renuencia para atender a la predicación de Noé aceleró esta predicción de parte de Jehová. Estima su completo cumplimiento para el tiempo futuro, cuando las ofertas divinas de misericordia y de gracia y su poder restringente sean quitados de la tierra (2 Ts.2:7,8). La restricción del Espíritu está estrechamente relacionada con Su obra de redargüir (Jn.16:7-11).

3 INSPIRACION. Hay ciertas empresas divinas de las que se dice haber sido ejecutadas por las Tres Personas de la Deidad, notablemente, la creación, la muerte de Cristo y Su resurrección; y hay empresas divinas que pertenecen específicamente a Uno u Otro de los miembros de la Deidad. El Padre da al Hijo —no se podría decir que el Hijo da al Padre, o que el Espíritu da al Hijo o al Padre. El Hijo se encarna, muere y es levantado de la muerte, asciende al cielo y vendrá otra vez. Aunque ellos cooperan en lo que pertenece al Hijo, no hay la menor insinuación de que el Padre o el Espíritu se hayan encarnado, muerto, ascendido al cielo, o que vendrá otra vez a la tierra. Hay obras cuya ejecución corresponden sólo al Espíritu Santo. El propósito de este capítulo del presente volumen es enumerar a lo menos diecisiete de estas obras específicas del Espíritu Santo. Tres de las cuales son de suma importancia, siendo que están en la esfera de la generación y producción, especialmente, la inspiración de las Escrituras, la generación de la humanidad de Cristo

y la regeneración de los que creen de entre los perdidos. Parece probable que la parte que tiene el Espíritu en la producción de la Palabra Viviente y su parte en la producción de la Palabra Escrita están por encima del nivel de aquel acto creativo por el que un alma es regenerada. La estimación humana en la esfera de tales valores puede únicamente ser considerada como una opinión finita. Puesto que en la producción de la Palabra Viviente el Espíritu añade la humanidad y en la producción de la Palabra Escrita el Espíritu añade la divinidad, se seguiría (según el mismo modo finito de razonar) que la inspiración de las Escrituras es la más grande empresa del Espíritu específicamente Suya. Siendo que la verdad procede de Dios y así está finalmente contenida en los oráculos Divinos, el carácter, autoridad y dependibilidad de esos Oráculos vienen a ser un asunto fundamental. Naturalmente el problema completo relacionado con la inspiración de las Escrituras nuevamente se levanta en este punto; pero es el propósito del tema general únicamente de señalar aquello que es obra peculiar del Espíritu Santo y observar en esa obra la evidencia de Su Deidad. Que las Escrituras son perfectas, siendo, en el lenguaje original, las mismas palabras de Dios, como se ha asegurado y defendido en el Primer volumen, bajo Bibliología; el propósito aquí es demostrar que el Espíritu Santo es el autor divino de esos oráculos. Una mente imparcial, suficientemente instruida y capacitada para evaluar relativamente cualquier obra de Dios, normalmente esperaría tal producción de las Escrituras, y como la de todas las otras obras divinas, el resultado ha de ser infinitamente perfecto. Que las Escrituras en los escritos originales son la infalible Palabra de Dios (una obra maestra del Espíritu Santo) frecuentemente es demostrado en la apología, al examinar el texto mismo. Ese esfuerzo ha sido hecho por muchos hombres fieles, y de modo concluimos, nada menos que por S. R. L. Gaussen, en un volumen publicado en inglés en 1842, titulado *Theopneusty*. En su definición introductoria de la palabra *Theopneustia*, declara:

“Así como Dios, quien haría conocer a Sus elegidos, en un libro eterno, los principios espirituales de la divina filosofía; ha dictado sus páginas durante diez y seis siglos, a sacerdotes, reyes, guerreros, pastores, publicanos, pescadores, escribas, tejedores de tiendas. Su primera línea, su última línea, todas sus instrucciones, comprendidas o no, vienen del mismo autor, y eso es suficiente para nosotros. Quienesquiera que hubiesen sido los escritores, y cualquiera la comprensión del libro, todos ellos han escrito con una mano fiel, dirigida, en el mismo rollo, bajo el dictado del mismo maestro, para quien mil años es como un día; tal es el origen de la Biblia. Yo no desperdiciaré mi tiempo en preguntas vanas; sencillamente estudiaré el libro. Es la palabra de Moisés, la voz de Amós, la palabra de Juan o de Pablo; pero es la mente de Dios y la Palabra de Dios.

Tendríamos una idea muy errónea entonces, al afirmar que ciertos pasajes de la Biblia son de los hombres y algunos otros, de Dios. No, cada versículo sin excepción es de los hombres; y cada versículo sin excepción es de Dios; sea que hable directamente en su propio nombre, o bien que emplee toda la personalidad del escritor sagrado. Y como dice San Bernardo, en cuanto a las buenas obras de los regenerados, 'que nuestra voluntad no ejecuta ninguna de ellas aparte de la gracia; pero que la gracia también no ejecuta ninguna de ellas sin nuestra voluntad'; así podemos decir que en las Escrituras Dios no ha hecho nada sino a través del hombre y que el hombre no ha hecho nada sino por el Señor. En efecto, hay un perfecto paralelo entre la *Theopneustia* y la gracia eficaz. En las operaciones del Espíritu Santo al redactar los escritos sagrados y las del mismo Espíritu en la conversión de una alma y el hacer que ésta ande por las sendas de la santidad, en ciertos respectos el hombre es enteramente pasivo, en otros, enteramente activo. Dios ejecuta cada cosa; el hombre las hace todas; y podemos decir de todas estas obras, como San Pablo dijo de una de ellas a los filipenses: 'Dios es que obra en vosotros así el querer como el hacer por Su buena voluntad.' Y vemos que en las Escrituras el mismo trabajo se atribuye simultáneamente a Dios y al hombre. Dios es quien convierte y el hombre se convierte; Dios circuncida el corazón, dando un corazón nuevo, y el hombre es quien debe circuncidar su propio corazón y hacerse un corazón nuevo. 'No solamente porque debemos emplear los medios para alcanzar tal efecto', dice el famoso Presbítero Edwards en sus admirables observaciones contra los arminianos, 'sino porque este mismo efecto es nuestra actuación, tanto como nuestro deber; Dios produciéndolo todo y nosotros efectuándolo todo...' Teóricamente, podríamos decir que una religión podría ser divina sin la inspiración milagrosa de sus libros. Podría ser posible, por ejemplo, concebir una cristiandad sin *Theopneustia*; y quizá podría concebirse que todo otro milagro de nuestra religión fuera un hecho, excepto ese. En esta suposición (que es totalmente falsa), el eterno Padre hubiera dado a Su Hijo al mundo; el Verbo, creador de todo, hecho carne, hubiera sufrido la muerte en la cruz por nosotros; y hubiera enviado al Espíritu de sabiduría y poderes milagrosos sobre sus apóstoles; pero todos estos misterios de la redención, una vez cumplidos, hubiera abandonado a esos hombre de Dios la tarea de escribir según su propia sabiduría; y sus escritos nos hubieran presentado solamente el lenguaje natural de sus iluminaciones sobrenaturales, de sus convicciones y de su caridad. Un orden de cosas tal es indudablemente una vana suposición, diametralmente opuesto al testimonio de las Escrituras, así como a su propia naturaleza; pero, sin observarse aquí, eso no explica nada; y que, milagro por milagro, eso de la iluminación no menos inexplicable que la *Theopneustia*; sin adelantarnos a decir que la Palabra de Dios posee un poder divino peculiar de ella; tal orden de cosas, si hubieran sucedido, nos hubieran expuesto a innumerables errores y sumergido en la más tremenda incertidumbre. Sin seguridad alguna contra la imprudencia de los escritores, no hubiéramos sido capaces de dar a sus escritos la autoridad que ahora la Iglesia concede a los de Agustín, Bernardo, Lutero, Calvino, o de una multitud de hombres iluminados en la verdad por el Espíritu Santo. Somos sabedores lo suficiente de cómo muchas palabras imprudentes y erróneas proposiciones manchan las más bellas páginas de estos admirables escritores. Y aun los Apóstoles (en la suposición que acabamos de hacer), hubieran estado sujetos aún más que ellos, a serios errores, puesto que ellos no hubieran podido tener, como en el caso de los doctores de la iglesia, una palabra de Dios, por medio de la cual pudieran corregir sus escritos. Y ya que fueron impelidos a formar su propio vocabulario de la ciencia de la religión, pues sabemos que una

ciencia está más que medio formada cuando se establece su vocabulario. ¡Cuán fatales errores, qué penosa ignorancia, qué inevitable imprudencia hubiera necesariamente acompañado en su caso, una revelación sin *Theopneustia*; y en cuántas deplorables dudas hubiera quedado la Iglesia! Errores en la selección de los hechos, errores en la estimación de los mismos, errores al establecerlos, errores en la expresión de las relaciones que guardan con las doctrinas que contienen, errores en la expresión de estas mismas doctrinas, errores de omisión, errores de lenguaje, errores de exageración, errores en la adopción de prejuicios nacionales, provinciales y partidarios, errores en la anticipación del futuro y en la estimación del pasado. Pero, gracias a Dios, no sucede así con nuestros libros sagrados. Estos no contienen errores, todos sus escritos son inspirados por Dios. ‘Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo’; ‘no en palabras de humana sabiduría, sino en la enseñanza del Espíritu’; a fin de que ninguna de estas palabras fueran descuidadas, y estamos llamados a respetarlas y a estudiarlas aun la más pequeña ‘j’ y el ‘tilde’ más diminuto; porque esta escritura es ‘purificada como la plata probada siete veces en el fuego’; ‘es perfecta.’ Estos acertos, testimonios mismos de la Palabra de Dios, contienen precisamente nuestra última definición de *Theopneustia*, y nos conduce a caracterizarla finalmente como ‘ese poder inexplicable del Espíritu Divino ejercido primeramente sobre los autores de las Escrituras para guiarlos hasta en el empleo de las palabras que habrían de usar, y para preservarlos de todo error así como de toda omisión’”— Págs. 36-39.

Más determinante e impreso es el argumento en favor de la inspiración, basado sobre el obvio carácter divino del Texto Sagrado mismo, es el hecho de que la Sagrada Escritura es el producto de Dios, el Espíritu Santo. Las obras de Dios son infinitamente perfectas y dignas de El, por supuesto. Por tanto, se asume que la Biblia, siendo obra de Dios, es excepcional, siendo, como lo es, el monumento literario del Espíritu Santo. Al pensar que existan errores o imperfecciones, el primer impulso de una mente verdaderamente devota sería investigar si la dificultad no surge de la esfera finita del entendimiento humano. El elemento humano en la Palabra Escrita no arriesga más la infinita excelencia del elemento divino en esto que la humanidad de Cristo, la Palabra Viviente haría, arriesgando su propia Deidad. Creer que la Biblia es un documento infalible es honrar a Su Autor, el Espíritu Santo; es respetar lo que la Biblia reclama de sí misma y convenir en las conclusiones de devotos eruditos de todas las generaciones. Sabemos que los saduceos negaban la resurrección, negación que realmente no altera el hecho de la resurrección, pero solo urgió a Cristo a decirles: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios.” Toda Escritura es *Theopneustos* [Θεόπνευστος] declaración hecha en 2 Timoteo 3:16, la que incluye toda la Biblia. Las Escrituras se originan en Dios y son Su propio aliento. En el versículo precedente Pablo relata que Timoteo desde la niñez ha conocido las sagradas escrituras (letras) (γράμματα). Toda Escritura (γραφή) compuesta, como

realmente lo es, de letras sagradas, es inspirada por Dios. De acuerdo con lo que afirma Pedro: "Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P.1:20,21). La palabra *profecía* como la usa Pedro en este pasaje abarca a toda expresión inspirada por Dios, es decir, que no se limita sólo a predicación. Incluye tanto relatos como pronósticos; comprende toda escritura. De la misma manera, las declaraciones que las Escrituras exponen deben ser interpretadas tal como se relatan y a la luz de todas las otras Escrituras. La profecía no surgió en tiempos pasados, ni en ningún otro tiempo, de la voluntad del hombre. Los santos hombres de Dios hablaron guiados o conducidos por el Espíritu de Dios. El propio testimonio de los profetas es más revelador y convincente. Dijeron: "La boca del Señor lo ha dicho." "El Espíritu del Señor habló por mí, y Su palabra fue en mi lengua." "Palabra del Señor vino sobre mi." "Y Jehová puso palabra en la boca de Balaam." "Que por boca de tu siervo David has dicho. . ." "Que el Espíritu Santo habló antes por boca de David." "Las cosas que Dios había hablado por boca de todos sus profetas." Es muy claro el testimonio de la Biblia respecto a sí misma de que es la obra del Espíritu Santo, sus palabras son la infalible palabra de Dios y es, por tanto, en su perfección tan apropiada para el cielo como lo es para la tierra.

4. EL ENGENDRAMIENTO DE CRISTO. Qué pudo haber sido la obra del Espíritu al impartir la vida en la creación no nos es revelado. Además, la fase de la obra del Espíritu que ahora consideramos es enteramente aparte de Su obra en la regeneración. El magno acto de la generación del Espíritu Santo aconteció cuando efectuó la humanidad de Cristo. Con mucha frecuencia se asume que María contribuyó con su humanidad y que el Espíritu contribuyó con Su Divinidad; pero un momento de reflexión nos descubriría que la Deidad de Cristo le fue propia en toda la eternidad, y por tanto no fue originada al tiempo de Su concepción. El encarnó cuando su Persona eterna tomó la forma humana. También es cierto que en esta instancia, como en cualquiera otra gestación humana, María no podría haber contribuido más de lo que está asignado a la mujer en la maternidad; ella nutrió y desarrolló la vida que le fue encomendada. El Espíritu hizo que la humanidad de Cristo se originara y ese es un acto de generación. Así lo declara la Escritura: "Y respondiendo el ángel dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios" (Lc.1:35).

5. REDARGUIR. La obra convincente del Espíritu Santo es triple:

de pecado, de justicia y de juicio, y mucha luz se vierte sobre el carácter de este ministerio esencial del Espíritu Santo, cuando se observa que el fin que El cumple es el impartir la comprensión de los hechos, entendimiento que resulta en una iluminación esencial para una inteligente aceptación de Cristo como Salvador personal. La declaración que Cristo hizo sobre este punto en el discurso del Aposento Alto dice así: “Pero yo os digo la verdad. Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando El venga convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (Jn. 16:7-11).

Este desarrollo de la verdad no se dirige a los inconversos, aún cuando describe una obra del Espíritu Santo en favor de ellos; se dirige a los salvos y provee inapreciable instrucción con relación al factor más vital en todo esfuerzo misionero. Mucho se ha dicho al principio con respecto a este ministerio del Espíritu y el mismo tema debe considerarse más adelante. Suficiente se habrá dicho aquí si se ha indicado que esta triple convicción es el método divino de destruir el velo que Satán ha echado sobre la mente de cada persona inconversa. Acerca de esta ceguera se ha escrito: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, para los que se pierden está encubierto, en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:3, 4). En el acto de quitar este velo de la mente de los incrédulos, se obtiene una clara visión del pecado de rechazar a Cristo, una visión de justicia derivada del invisible Cristo en gloria, y del perfecto juicio en la cruz. Que este juicio se efectúa enteramente en interés de los no salvos constituye un reto para la fe. Por eso viene a ser, no algo para persuadir a Dios que haga, sino el creer en algo que El ya ha hecho. En efecto, la única responsabilidad humana indicada en todas estas escrituras terminantes es fe. Es el creer algo cuando se hace la declaración respecto a la justicia imputada, justicia que es la parte de todos los salvos. Es como pedir a la fe aceptar y descansar en la revelación de que Cristo ha llevado el pecado individual. El único pecado que queda es “que no creen en mí”, es decir en Cristo. Este ministerio de redargüir del Espíritu Santo no es de condenación o de impresionar al pecador con su pecaminosidad; por el contrario, es un mensaje de buenas nuevas que proclama que Cristo ha muerto, “el justo por los injustos”, y que se ha provisto una perfecta base y aceptación ante Dios en el Hijo resucitado de Dios. Parte de la obra

convinciente del Espíritu es la conveniente amonestación de las consecuencias necesarias si este ménsaje no es creído.

6. **RESTRICCION.** En la edad presente hay dos ministerios del Espíritu en favor de los inconversos, que son: el de convicción, y el de restricción. El ministerio de convicción que acabamos de considerar, se dirige al individuo, y la única esperanza es que él se vuelva inteligente y suficientemente a Cristo, reconociéndolo como su Salvador; mientras que el ministerio de *restricción* se dirige a todo el *cosmos* o mundo en su totalidad. Como el vocablo *cosmos* implica, tiene que hacer con el impedimento del mal cuanto sea posible en el mundo. Evidentemente este refrenamiento no tiene en mira evitar toda iniquidad, algo que efectuaría sin impedimento; pero es más bien, un ministerio por el cual el mal es retenido dentro de ciertos límites divinamente predeterminados. El que impide será quitado a su debido tiempo, y entonces sigue una tribulación sin precedentes, un período de siete años, antes que el Rey regrese para ejercer autoridad absoluta en la tierra. Durante estos siete años se demostrará el verdadero carácter de la iniquidad. Claramente se asevera que la restricción es para el fin, que el hombre de pecado no se revelará sino hasta el tiempo señalado por Dios, ese tiempo es el de la gran tribulación. Ese período de angustia no es algo impuesto sobre la humanidad desde afuera; es simplemente la reacción de la iniquidad cuando la presente restricción divina sea removida. Es imposible estimar lo que la iglesia en la tierra, los gobiernos y la sociedad en general deben a esta incesante influencia de impedimento del Espíritu Santo. La Escritura que sustenta este tema, dice: “Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene (al hombre de pecado) a fin de que a su debido tiempo se manifieste; porque ya está en acción el ministerio de iniquidad (desorden, desobediencia); sólo que hay quien (el Espíritu) al presente lo detiene (restringe) hasta que a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu (aliento) de Su boca, y destruirá con el resplandor de Su venida (2 Ts. 2:6-8).

7. **REGENERACION.** La palabra *παλιγγενεσία*, traducida *regeneración*, se usa sólo dos veces en el Nuevo Testamento. En la primera ocasión (Mt. 19:28) el Señor habla de la restauración de todas las cosas para con Dios, lo que El mismo ha ya efectuado (comp. 1 Cõ. 15:24-28). No se dice que esto sea una obra del Espíritu Santo, sino más bien una obra del Hijo. La segunda vez se halla en Tito 3:5, que dice: “Nos salvó no por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, sino por Su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo.” Para estar seguro, la verdad que se expresa con este término

se explica en muchas Escrituras y bajo varias formas, pero siempre como una obra del Espíritu Santo. El trasfondo de la doctrina de la regeneración es su necesidad que surge del estado universal del hombre caído. Ya que la necesidad es universal, la demanda por la regeneración es imperativa en el caso de cada individuo que nace en el mundo. Nadie puede exceptuarse aparte del Cristo de Dios. En su conversación con Nicodemo, cuando éste vino a Él de noche (Jn. 3:1-21), Cristo no reconoció nada aceptable a Dios del carácter modelo y logros en el judaísmo de este legislador de Israel. Fue a esta persona a quien Cristo le dijo: "No te maravilles de que te dije, os es necesario nacer otra vez" (o, de arriba); y Cristo dijo con el mismo propósito: "Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es." Como la generación humana engendra una vida "según su naturaleza", así la regeneración divina significa el impartir una vida procedente de Dios, que es enteramente extraña a la del hombre caído. Es la naturaleza divina. Es "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col. 1:27). El Señor dijo: "El ladrón no viene sino para hurtar, y matar, y destruir; Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Jn. 10:10). Más de ochentaicinco pasajes del Nuevo Testamento sostienen esta realidad de una vida divina impartida. Ningún cambio en el estado humano podría ser concebido que pueda ser tan inaccesible y efectivo como eso de un real nacimiento en una legítima y verdadera relación filial con Dios. Esta provisión constituye el supremo mensaje de Dios al hombre. La regeneración individual, hasta donde el testimonio de las Escrituras nos indica, es una provisión del Nuevo Pacto. Aunque los Israelitas estaban relacionados correctamente con Dios como tales por el nacimiento físico, anticiparon para el futuro la recepción de la vida eterna como una "herencia" (comp. Mt. 19:29; Lc. 10:25-29; 10:18-30). Tocante a la relación de Israel a la regeneración personal por el Espíritu Santo, Juan L. Nuelsen escribe en la INTERNATIONAL STANDARD BIBLE ENCYCLOPEDIA: "Sea que la promesa divina se refiera al final de los tiempos Mesianicos, o que se realicen en una fecha más temprana, todas se refieren a la nación de Israel como tal, y a los individuos solamente hasta donde ellos sean participantes en los beneficios conferidos a la nación. Esto es cierto aún en donde las bendiciones profetizadas son sólo espirituales, como en Isaías 60:21, 22. Por tanto, la masa del pueblo de Israel está todavía tan escasamente enterada del hecho de que las condiciones en las que estas promesas divinas han de ser alcanzadas, son más que ceremoniales y rituales" ("Regeneration", IV, 2547). El Evangelio escrito por Juan en su capítulo inicial establece que una cosa nueva ha entrado en la línea de la experiencia humana. Este

EL FUTURO
INVADE
EL PRESENTE

pasaje declara: “Mas a todos los que le recibieron a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (vs. 12, 13); y Pedro describe así a un cristiano: “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre” (1 P.1:23). Como para la responsabilidad humana en la regeneración Cristo dijo a Nicodemo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a Su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El crea no se pierda, más tenga vida eterna”, (Jn. 3:16). Como este tema ha de ser considerado más adelante en otra conexión, con todo, será suficiente agregar que el ser nacido de Dios significa una inducción al orden de seres celestiales. Ninguno, ciertamente, está ahora en capacidad de comprender la realidad del hecho en la que Dios es el que regenera y, por tanto, el Padre legítimo por toda la eternidad, y el que en El cree viene a ser hijo legítimo regenerado por toda la eternidad. La salvación incluye una nueva creación (2 Co. 5:17), la que es efectuada por el Espíritu Santo como el ejecutor de la Deidad.

8. ILUMINACION. Detrás de la iluminación del Espíritu Santo de los creyentes está la triple condición de necesidad que la reclama, siendo que todos los miembros de la familia humana están incapacitados en su poder natural para entender por causa del pecado, así mismo por el velo que Satán ha puesto en sus mentes (vea 2 Co. 4:3, 4), y para poder comprender la verdad, siendo de carácter celestial, no puede ser percibida aparte de una revelación personal de dicha verdad operada en la mente y el corazón por el Espíritu Santo. La Divinidad plena hizo provisión con la que el creyente pueda llegar a conocer las cosas de Dios, y todo lo que entra en relación con El requiere un sistema de pedagogía muy distinto de cualquiera otro conocido en este mundo y totalmente fuera de la línea de la experiencia dentro de la que el hombre natural pudiera entrar. Mucho ha sido hecho ya en este aspecto del ministerio del Espíritu Santo bajo el tema de Bibliología, y el mismo tema será considerado en forma más exhaustiva en sección posterior de este volumen. La Iluminación es específicamente un trabajo ejecutado por la Tercera Persona, y, tan pronto como El abre el entendimiento hacia las Escrituras, El mismo descubre aquello que El ha originado; aun cuando Cristo declaró que el Espíritu guiaría al creyente a toda verdad, aclaró que el Espíritu no origina el mensaje que imparte, porque El no hablaría de sí mismo, sino que hablaría todo lo que oyere (Jn. 16:13). En este caso es Cristo quien origina el mensaje. Cristo introdujo esta particular declaración con las Palabras: “Aún

tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar.” Así en la esfera de “toda verdad”, “cosas que han de venir” y, “todo lo que tiene el Padre”, el mensaje surge con el “Hijo” y es repartido en la mente y corazón de los creyentes por el Espíritu en quienes mora. A este propósito el Apóstol declara: “Hemos recibido el Espíritu que proviene de Dios” (1 Co. 2:12). La posición dentro del corazón del creyente que ahora ocupa el Espíritu Santo asegura la más estrecha relación, de modo que El, el Espíritu mismo, es así capaz de crear impresiones en la conciencia del cristiano que parecen haber ocurrido sólo en su propia mente finita. Toda verdad espiritual debe ser impartida por el Espíritu morador en esta forma. Este aspecto particular de verdad, o triple grupo de “cosas”, serán conocidas por el creyente por medio de la revelación que el Espíritu Santo ejecuta. De esto afirma el Apóstol: “Antes bien, como está escrito: cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Co. 2:9, 10). Usando anteriormente el mismo término como aquí, esto es, “cosas”, Cristo implica que “toda verdad” debe ser mostrada al creyente por el Espíritu Santo (Jn. 16:12-15). La apelación práctica que los cristianos confrontan aquí revela la necesidad de un ajuste del corazón y la vida a la mente y la voluntad del Espíritu Santo para que todo progreso en el aprendizaje espiritual no sea estorbado.

9. PARACLETO. Cuando los traductores cambian de traducción a interpretación el resultado puede torcerse fácilmente. En Su discurso del Aposento Alto (Jn. 13:1-17:26), por ejemplo, Cristo se refirió al Espíritu Santo varias veces como Paracletos (παράκλητος). La Versión Autorizada (en inglés) traduce la palabra por ‘Comforter’ (en español, consolador), que es el resultado de la interpretación; esto es, Paracleto, que significa *ayudador*, o uno que es llamado al lado como una ayuda, y, en este caso, el Todo Suficiente. Esto envuelve la idea de *consolar*, pero restringirla sólo al acto de consolar, es inadecuado. En la magnitud del significado de este título descriptivo se podrían incluir casi todas las actividades del Espíritu, según se presentan en esta sección del capítulo II. Por tres años y medio Cristo había sido el Paracleto para aquellos a quienes estaba hablando, El era el Todo Suficiente. Cuando estaba para dejarlos les prometió ‘otro Paracleto’. De consiguiente, se sigue que lo que Cristo había sido para ellos, el Espíritu Santo lo continuaría siendo. En su WORD STUDIES el Dr. M. R. Vincent lo discute en la forma siguiente:

“Únicamente (usado) en el Evangelio de San Juan y la primera epístola del

mismo escritor (14:16, 26; 15:26; 16:7 y 1 Jn. 2:1). De *παρά παρὰ* al lado de, y *kaleo καλέω* citación, llamar. De aquí, originalmente *Uno que es llamado a otro lado para ayudarle*, como un abogado en una corte de justicia. El último uso Helenístico de *παρακαλεῖν* y *παράκλησις* que denota el acto de confortar y confortación dio motivo para la traducción de confortador o consolador, que es dado a cada paso en el Evangelio, pero que se cambia a Abogado en 1 Jn. 2:1, de acuerdo con su significado uniforme en el griego clásico. El argumento en favor de esta traducción es conclusivo en todo respecto. Se argumenta que la traducción *Confortador* se justifica por el hecho que, en su sentido original significa más que un mero *consolador*, derivándose del latín *confortare* (*fortalecer*), y que confortados, por tanto, uno que fortalece la causa y el valor de sus clientes en el tribunal; pero como observa el Obispo Lightfoot, la historia de esta interpretación muestra que no se ha alcanzado por este proceso, sino que surgió por un error gramatical, y que por eso esta relación únicamente puede ser aceptada como una apología posterior al hecho y no como una explicación del hecho. El Espíritu Santo es, por tanto, por la palabra *παράκλητος*, de la cual *Paracleto* es una transcripción, representado como nuestro *Abogado* o *Consejero*, 'quien sugiere verdaderos razonamientos a nuestras mentes', y verdadera dirección a los actos de nuestras vidas, quien convence a nuestro adversario, al mundo, del error, y defiende nuestra causa ante Dios nuestro Padre. Hay que notar que Jesús tanto como el Espíritu Santo están representados como Paracletos. El Espíritu Santo es el que había de ser el *otro Paracleto*, y esto concuerda con la afirmación de la Epístola, 'Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo', Compare Romanos 8:26 y vea Lucas 6:24. Note también que la palabra *otro* es *ἄλλον* y no *ἕτερον* que significa *diferente*. El Abogado que había de ser enviado no es *diferente* de Cristo, sino *semejante* a El mismo." -II, 243, 244.

En el título *Paracleto* hay abundante evidencia tanto para la personalidad como para la deidad del Espíritu Santo. En sus *Lectures on the Doctrine of the Holy Spirit (Disertaciones Sobre la Doctrina del Espíritu Santo)*, William Kelly escribe:

"Pero comprendo que la palabra 'Confortador' algunas veces falla (quizá para la mayoría falla) para dar una adecuada noción de qué es lo que nuestro Señor Jesús realmente quiso que deduzcamos al hablar así del Espíritu Santo. Naturalmente, nosotros de ello podemos colegir, que el término fue usado en relación a tristeza, que indica a una persona que nos consolaría en medio de las miserias de este mundo. Y, a la verdad, el Espíritu Santo nos consuela y nos conforta. Pero esto es apenas una parte pequeñísima de las funciones que la palabra 'Paracleto' da a entender. Esta es la expresión, si alguien pudiera dar al efecto una palabra equivalente en nuestro idioma, de la palabra exacta empleada por nuestro Señor. Pero el significado de la palabra 'Paracleto' no es meramente 'Confortador', sino alguien que está identificado con nuestros intereses, uno que se encarga de toda nuestra causa, uno que se compromete para vernos a través de todas nuestras dificultades, quien en todas maneras llega a ser nuestro representante y nuestro gran agente personal que gestiona todos nuestros negocios en nuestro lugar. Este es el significado del abogado, *Paracleto* o confortador, cualquiera de estos equivalentes que pueda ser preferido. Entonces, manifiestamente tiene un extenso significado incomparable, además de

‘abogado’ por una parte, o ‘confortador’ por la otra: los incluye a ambos, pero va mucho más allá de cualquiera de ellos. En efecto, es Uno que es absoluta e infinitamente competente para sobrellevar cualquier cosa que El pueda hacer a nuestro favor, cualquiera que fuere o pudiese ser el límite de nuestra necesidad, cuál sea nuestro deseo en cualquier dificultad, cualesquiera sean las exigencias de la gracia de Dios para la bendición de nuestras almas. Tal es ahora el Espíritu Santo; y cuánta bendición es tener tal Consolador. Pero note aquí que nunca antes fue conocido. Ya he sugerido, y aún expresado plenamente la convicción, que nunca será conocido de nuevo, concediendo completamente, hasta cierto punto, un mayor derramamiento de bendiciones en el mundo venidero. Pero la presencia personal del Espíritu aquí en la tierra como una respuesta a la gloria de Cristo en la presencia del Padre, tal estado de cosas nunca puede ser repetido. Mientras el Sumo Sacerdote está en el cielo, el Espíritu enviado a la tierra concede una celestial entrada a Su gloria así como a la redención; cuando el Sumo Sacerdote venga a Su trono terrenal, el Espíritu derramado entonces dará un testimonio adecuado en esta tierra sobre la cual estará reinando el Señor.” pgs. 87, 88.

10. TESTIMONIO. “El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Ro. 8:16). En esta obra distintiva el Espíritu Santo realiza en el creyente lo que ha sido tomado por fe. No es, por consiguiente, regeneración, o la obra del Espíritu regenerando al creyente, sino la conciencia de esta nueva realidad, el reconocimiento cristiano de lo que el Espíritu ha obrado en la regeneración. Los que han creído en Cristo llegan en su propio derecho a ser hijos de Dios (Jn. 1:12), y el mismo Espíritu testifica que esta gran verdad se ha cumplido. Juan declara en su primera carta (5:10): “El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo.” La ventaja y bendición de esta obra del Espíritu Santo no puede ser evaluada. El campo íntegro de la evidencia experimental de la regeneración es importante, aunque también lleno de peligro, si es que la confianza se ha hecho descansar en la inestable experiencia más bien que en la inalterable Palabra de Dios. Una verdad siempre ha de ser considerada, esto es, que el testimonio del Espíritu, como todos Sus ministerios que se relacionan con la experiencia de la vida, será obstaculizado y, a tal grado, imperfecto para el cristiano que no está en la correcta relación con Dios. Así el más rico testimonio del Espíritu Santo con respecto a la filialidad no es experimentado en su totalidad por todos los salvos y esto simplemente porque Su testimonio es estorbado. Hay muchos en el mundo que son salvos pero que carecen de esta clase de seguridad. En una esfera más amplia el Espíritu, siendo *El Espíritu de Verdad* y el autor divino de las Sagradas Escrituras, es el Testigo Especial de Dios. Como el Hijo manifiesta a Dios tanto por Su vida en la tierra como por Su ministerio en el cielo, así el Espíritu manifiesta a Dios, por Su testimonio escrito y por la iluminación a través de la cual dicho

testimonio puede ser comprendido.

11. UNCIÓN. Morar, y ungir son términos sinónimos en Neumatología y, por tanto, dependen de las mismas porciones bíblicas para expresar su exacto significado. Tan cierto como es que cada creyente es habitado por el Espíritu Santo, así seguramente cada creyente es ungido por el Espíritu. Sin referirse a ninguna clase de cristianos, cuáles éstos sean, el Apóstol Juan escribe: “Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en El”, (1 Jn. 2:27). No podría haber tal cosa como un cristiano que ha nacido del Espíritu y que ha sido hecho participante de la naturaleza divina, que no haya sido ungido por recibir el Espíritu. La doctrina de la morada y unción del Espíritu Santo nos insta a un estudio imparcial, y será considerado en otro capítulo.

12. BAUTISMO. Mientras priva una trágica confusión relativa a varias actividades del Espíritu Santo, debida mayormente a la falta de considerar todo lo que las Escrituras declaran sobre un tema determinado, ningún aspecto de Su obra en favor de los cristianos es o ha sido tan pervertido, si se considera en su totalidad, como Su bautismo. La palabra *bautizar*, más distorcionada por prejuicios religiosos que cualquiera otro término, necesita una cuidadosa definición. Esto se hace en otras partes de esta obra sobre teología. Bien podría agregarse aquí, sin embargo, que la palabra βαπτίζω en sus varias formas presenta un uso primario y uno secundario. El uso primario que en sí no lleva implicación de que sea usado más a menudo o que sea de mayor importancia, indica un literal envolvimiento dentro de un elemento y así llega a quedar sujeto a ese elemento. Hay que distinguir esta palabra de βάπτω (Bapto), de la que sumergir es el significado primario, por el cual se incluyen dos acciones, la de meter y la de sacar. Por otro lado, βαπτίζω (Baptizo), como ya se ha mostrado, significa inmersión o sumergir, que implica únicamente el acto de meter sin referencia a ser sacado. Su significado secundario sin duda se deriva del significado primario, ya que representa a un objeto que ha sido puesto bajo la influencia de otro completamente distinto de cualquier envolvimiento físico o inclusión. Tal es, en verdad, el bautismo de arrepentimiento, el bautismo para remisión de pecados, el bautismo en el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; el bautismo por la copa del sufrimiento, el bautismo de Israel por “Moisés en la nube y en la mar”, y el bautismo por el Espíritu de Cristo. En ninguno de éstos hay la más remota sugerencia de sumersión y emersión momentánea.

Lo que es más deseado y plenamente asegurado con respecto a la unión con Cristo es que no habrá remoción ya sea en el tiempo o en la eternidad; aun cuando no hay un envolvimiento físico o inclusión, sino que ha de estar clasificada como en el uso secundario de la palabra βαπτίζω (baptizo) en el que una cosa es puesta bajo el poder e influencia de otra. Por el bautismo del Espíritu de Cristo, y por tanto, estando en Cristo, participa de todo lo que Cristo es. Esta unión vital es la base de cada posición y posesión en la que todo hijo de Dios ha entrado. Obviamente, es un grave error confundir el bautismo que el Espíritu ejecuta con cualquiera otra experiencia, cuando El une al creyente con Cristo; o bien, confundirlo con la llenura del Espíritu, por cuyo ministerio la experiencia y el poder para la vida y el servicio cristiano son asegurados. Ya que todo lo que es vital en la relación del cristiano con Dios depende de esta unión con Cristo, es siempre el punto del ataque satánico a fin de estorbar cualquiera recta comprensión de ella. Aparte de esta unión que asegura la imputación de los méritos de Cristo, no habría base para entrar al cielo y estar delante de Dios.

13. SELLO. La presencia del Espíritu en el creyente viene a ser una identificación distintiva, no observada ni utilizada como tal en las esferas humanas, sino más bien una marca de discriminación divina como Dios la mira. “El Señor conoce a los que son suyos” (2 Ti. 2:19), y ¿mayor marca de reconocimiento podría cualquier individuo llevar ante la vista de Dios que la de que él es templo del Espíritu Santo? Así, siendo habitado por el Espíritu el creyente está sellado. Del mismo modo, el sello habla de una garantía completa. Ser sellado pertenece a los que son justificados y perfeccionados para siempre en Cristo. Así, el sello también indica seguridad. El que sella se hace responsable por el objeto sobre el cual se impone el sello. En el caso del creyente “él está sellado para el día de la redención.” Mucho de lo sugerido por la función del sello se presenta en Jeremías 32:9-12. El Apóstol Pablo declara: “El cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (2 Co. 1:22); “En el cual esperasteis vosotros en oyendo la palabra de verdad, el Evangelio de vuestra salvación; en el cual, desde que creísteis fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Ef. 1:13). “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual estáis sellados para el día de la redención” (Ef. 4:30).

14. LLENURA. El ministerio del Espíritu Santo conocido como llenura, es el propio centro del completo tema de la vida espiritual. Es el Espíritu cumpliendo en el creyente todo lo que El vino a ejecutar en ese corazón. Este ministerio representa dos esferas diferentes de realización. En su lado negativo, la vida espiritual clama

por una liberación del poder de los tres grandes enemigos, el mundo, la carne y el diablo. Por su lado constructivo o positivo, la vida cristiana demanda la manifestación de la gracia divina, nada menos que la demostración de las virtudes o poder de aquel que llamó al creyente de las tinieblas a Su luz admirable. En otro capítulo posterior de este volumen estos dos aspectos de la vida espiritual serán investigados y se le dará la debida consideración a la gran porción de las Escrituras comprendidas en el tema. Se hará una exposición del plan y la provisión divina por la que el creyente puede ser salvo del poder y dominio del pecado, así como del hábito y práctica de pecar, siendo que hay un arreglo de parte de Dios por el que los no salvos pueden llegar a serlo así de la pena del pecado como de su estado de perdición. La vida que es libertada no puede explicarse por medio de las cualidades humanas, o de nuevas disposiciones del carácter, o bien como algo accidental cómo se ha efectuado tal cambio. Descansa completamente en el poder todo suficiente del Espíritu Santo, poder que es asequible a los que siguen el plan preciso de Dios que El ha revelado. Muy pocos son los que afirman que hay un plan preciso para la salvación de los perdidos; no obstante, por otra parte, muy pocos han despertado a la verdad, igualmente evidente, de que Dios tiene un procedimiento específico por qué el poder del Espíritu Santo puede realizarse en la vida diaria del creyente. Aunque tan descuidada, esta forma de vida dependiente del Espíritu es vital para el creyente más allá de toda medida.

15. INTERCESION. Un pasaje céntrico se consagra a la intercesión del Espíritu Santo, este es Romanos 8:26-27: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.” Sobre este pasaje Dean Alford escribe:

“El Espíritu Santo de Dios que mora en nosotros, conociendo nuestros deseos mejor que nosotros mismos, El es quien suplica en nuestras oraciones, elevándonos a más altos y más santos deseos de lo que nosotros podemos expresar, con palabras que solamente pueden hallar expresión en gemidos y deseos: véase el versículo siguiente. Crisóstomo interpreta las palabras del don espiritual de la oración, y agrega: ‘Porque el hombre que es favorecido con esta gracia al estar orando con ahinco, suplicando a Dios con muchos gemidos mentales, pide lo que es bueno para todo.’ Calvino entiende que el Espíritu nos sugiere las mismas palabras de la oración aceptable que *de otro modo no hubieran podido ser expresadas por nosotros*. Macedonio dedujo de este versículo que el Espíritu Santo es una *criatura*, e inferior a Dios, porque *El pide a Dios por nosotros*. Pero como hace notar Agustín: ‘El Espíritu Santo gime no

en sí mismo, consigo mismo, en la Santa Trinidad, *sino en nosotros*, en que El nos hace gemir.” Aquí no se habla de intercesión en el cielo, sino de una súplica en nosotros por el Espíritu morador, de una naturaleza superior a nuestra comprensión o lenguaje. Pero (opuesto a la palabra *indecible*, los gemidos son, a la verdad, indecibles para nosotros, pero . . .) El que escudriña los corazones (Dios) sabe cuál es la mente (*intento o empeño*, escondido en tales gemidos) del Espíritu. Se presenta una dificultad en la traducción de la siguiente cláusula. La partícula con que principia puede significar ya *porque* o *que*. Si ha de ser *casual*, *porque* El (el Espíritu) suplica por los santos de acuerdo a la voluntad de Dios, y pareciera que *sabe* debe tener el significado de *aprueba*, de otro modo la conexión no será clara; y así Calvino y otros la han traducido de esta manera: ‘*Sabe cuál es la mente del Espíritu, que El clama*, etc. *con* (o, de acuerdo a) Dios.’ Pero he de confesar que la otra traducción me parece mejor ajustarse al contexto; y no veo que el significado ordinario de la palabra *sabe* necesita ser cambiado. La seguridad que tenemos que Dios, el escudriñador del corazón, interpreta los gemidos inarticulados del Espíritu en nosotros —no es, estrictamente hablando, Su Omnisciencia, sino *el hecho que el mismo Espíritu que así clama*, lo hace de acuerdo con Dios, en cumplimiento del propósito divino, y en conformidad a la buena voluntad de Dios. Todos estos ruegos del Espíritu son oídos y contestados aun cuando fueren en *palabras inarticuladas* (o indecibles). Debemos extender la misma consoladora seguridad a las imperfectas y equivocadas expresiones verbales de nuestras oraciones, las que en sí mismas no son contestadas porque nos dañarían, sino que la respuesta es a la voz del Espíritu que habla a través de ellas, las que nosotros *expresaríamos*, pero *no podemos*. Compárese 2 Co. 12:7-10 como un ejemplo en el caso del propio Apóstol” *New Testament for English Readers*, nueva edición sobre Ro. 8:27.

Esta provisión divina para el correcto y efectivo ejercicio de la oración debiera ser asido y reclamado como un privilegio del nuevo nacimiento por cada uno de los hijos de Dios. Tan importante es la parte del Espíritu Santo en el privilegio de la oración que una cita más que explica esta escritura citamos aquí, tomada de W. R. Newell:

“Y de la misma manera también hemos leído que ‘nosotros que tenemos las primicias clamando en nosotros’ esperando aquel día bendito de la ‘libertad gloriosa de los hijos de Dios.’ Estas palabras ‘así mismo’ se refieren a esa operación del Espíritu dentro de nosotros, que nos hace, en una verdadera simpatía, uno con los gemidos de la creación por nosotros. ‘Así mismo’, entonces, con esta verdadera maravillosa ayuda, el Espíritu ayuda a nuestra ‘flaqueza’ en su ignorante y débil trato con Dios. Note la palabra ‘flaqueza’ en número singular, porque nosotros no tenemos nada más que flaqueza. No sabemos cómo orar como conviene. ¡Oh, cuidado con la parlería e insinuante locuacidad del predicador ‘modernista’ y de los ‘elocuentes’ discursos ante Dios! No así con Pablo y los verdaderos santos de Dios, que tienen el Santo Espíritu. En ellos hay el verdadero sentido de absoluta e infinita necesidad, y a la par de esto el sentido de ignorancia e incapacidad. Con todo, todavía queda el sentimiento de la ilimitada ayuda del Espíritu Santo — ¡bendito sea Dios! *El mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles*. Sabemos que Cristo intercede por nosotros a la diestra de Dios, pero aquí es el Espíritu el que está haciendo la intercesión (dentro) de nosotros, el Espíritu que conoce la vasta

necesidad abismal de cada uno de nosotros, conoce esa necesidad hasta el mínimo detalle posible. *Gemidos indecibles*, expresa de una vez la vastedad de nuestra necesidad, nuestra total ignorancia e incapacidad, y el infinito interés del bendito Espíritu que mora en nosotros. 'Gemidos', ¡qué palabra! y para ser usada por el Espíritu del Todopoderoso mismo! ¡Cuán somera es nuestra apreciación de lo que es hecho, tanto por Cristo a nuestro favor, y por el Espíritu en nosotros! 'Indecibles', indica entonces las necesidades nuestras, de las que nuestras mentes nada saben, y que nuestro lenguaje no podría alcanzar a expresar si percibiéramos tales necesidades. Pero es parte del gran plan de Dios en nuestra salvación que esta oración efectiva tuviera su lugar. Orando, el preciso significado de lo que nosotros no podemos captar. Hombres de Dios han testificado en cuanto al espíritu de oración que los postra dentro de profundos y a menudo, continuos y largos 'gemidos'. Creemos que tal conciencia de la oración del Espíritu dentro de nosotros se incluye en este versículo, pero la parte más importante o principal de los gemidos del Espíritu en nosotros, quizá nunca alcance la conciencia de nuestro espíritu. *Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el intento del Espíritu porque conforme a la voluntad de Dios demanda por nosotros*. Aquí es Dios el Padre el que 'escudriña los corazones'. ¡Cómo temblamos al pensar en tal escrutinio divino! Pero Dios está 'escudriñando los corazones' para saber cuál es el intento del Espíritu Santo morador en relación a un santo, para saber por qué cosa gime el Espíritu a favor de aquel santo, a fin de poderla suplir El. Porque en el plan de salvación, Dios el Padre es la Fuente; Cristo, el Canal; y el Espíritu, el Agente. Porque conforme a la voluntad de Dios demanda por nosotros (los santos). Sentimos que las palabras introductivas 'la voluntad de' antes de la palabra *Dios* solo oscurecen el significado. 'Conforme a Dios' — ¡cuán inclusiva, bendita expresión, incluyéndonos nosotros así como a nuestra salvación y bendiciones, enteramente dentro del amor y poder divinos. No sabemos pedir como conviene, pero el Espíritu pide por nosotros 'conforme a Dios', conforme a Su naturaleza (de la que somos participantes); conforme a nuestras necesidades, las que El conoce; conforme a nuestros peligros, que El vigila; de acuerdo a todos los deseos que El tiene para con nosotros." *Roman's Verse by Verse*, págs. 326 - 327.

16. SANTIFICACION. La raíz de la palabra *santificación* significa, ser puesto aparte, ser clasificado y específicamente calificado hacia la realización de un fin particular. Según se presenta en las Escrituras, la santificación es triple: (a) la posicional, o separación que ocurre cuando el que cree es unido a Cristo por el Espíritu Santo y así viene a estar en Cristo. En relación a esto dice la Escritura: "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Y atestíguanos lo mismo el Espíritu Santo" (He. 10:14, 15). Ninguna clasificación en el cielo o en la tierra es más distintiva, trascendente, o verdadera que la que opera el Espíritu cuando une al individuo con Cristo. Este mismo aspecto posicional de la santificación se expone también en otros tres pasajes: "Mas de El sois vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justificación y santificación y redención" (1 Cor. 1:30); "Mas nosotros debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor,

de que Dios os haya escogido desde el principio para salud, por la santificación del Espíritu y fe de la verdad” (2 Tes. 2:13); “Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesu-Cristo . . .” (1 P. 1:2). (b) La santificación también es experimental, en la que por el poder del Espíritu Santo que operando dentro del hijo de Dios uno es vigorizado tanto para ser librado del pecado como para ser efectivo en cada actitud correcta y en el servicio. La santificación progresiva o experimental se ha dicho que es la voluntad de Dios para cada creyente, y esto es razonable. Escrito está: “Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación, que os abstengáis de fornicación: que cada uno de vosotros sepa tener su vaso en santificación y honor” (1 Ts. 4:3, 4). El progreso en la madurez del carácter por obra del Espíritu puede ser logrado solo y a través de la Tercera Persona en la Deidad. (c) La santificación todavía será obtenida o realizada en su tercera y última forma; es decir, los cristianos serán presentados sin falta ante la presencia de Dios (comp. Ef. 1:4; Jud. 24) y conformes a la imagen de Cristo (comp. Ro. 8:29; 1 Jn. 3:1-3). Así se revela que la santificación es la obra del Espíritu Santo. Otras Escrituras revelan que el Espíritu Santo, aun cuando infinitamente santo, es libre para encargar todos sus ministerios al creyente —aun a pesar de su naturaleza caída y sus fracasos— siendo que Cristo no solo murió *por* los pecados del creyente, sino para que éste muriera *al* pecado.

17. COMO UNA PRENDA. Este tema final de la lista, recuerda el pensamiento de un compromiso de matrimonio. Todas estas ilimitadas bendiciones juntas son aseguradas por la presencia y el poder del Espíritu Santo en el creyente; son como las arras o prenda, una previa experiencia de la gloria celestial que ha de venir. Una prenda es la prima (primer pago) — semejante en calidad, pero sólo una fracción en cuanto a cantidad, aunque una muestra exacta de la totalidad — de la segura experiencia del creyente en el cielo. Escrito está: “El cual también nos ha sellado, y dado la prenda del Espíritu en nuestros corazones” (2 Co. 1:22). “Mas el que nos hizo para esto mismo, es Dios; el cual nos ha dado la prenda del Espíritu” (5:5). “Desde que creísteis fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia, para la redención de la posesión adquirida para alabanza de Su gloria” (Ef. 1:13, 14).

CONCLUSION

Esta lista de las actividades del Espíritu Santo ha sido presentada en esta sección con el fin de demostrar Su personalidad y Deidad. Ninguna de las promesas y garantías citadas arriba podrían ser

efectuadas en lo mínimo por otro poder que no sea el de Dios. Así se ha evidenciado que el Espíritu Santo es una Persona y Uno de los Tres de la Deidad.

CAPITULO III

TIPOS Y SIMBOLOS DEL ESPIRITU SANTO

Aunque la Biblia abunda en metáforas, símiles, símbolos, parábolas, alegorías y emblemas —una clasificación de las siete figuras del lenguaje o discurso— es necesario recordar que detrás de cada forma de expresión hay verdad oculta, verdad que no ha de ser subestimada por la forma en que es presentada. Todas estas varias formas de expresión que emplea la Biblia son directamente seleccionadas y utilizadas por Dios, el Espíritu Santo. Ellas en ningún sentido representan únicamente las meras nociones literarias de los hombres. Es más que un pasajero interés que el Espíritu Santo mismo se presenta bajo diferentes tipos y símbolos. Los símbolos y tipos que anunciaba a la Segunda Persona se han efectuado y cumplido concretamente, en forma visible a través de Su encarnación; pero la Persona y obra de la Tercera Persona quedan en oculto de lo que lo inteligible y lo invisible siempre implica. En vista que el conocimiento en cuanto al Espíritu Santo depende mayormente de lo que se dice de El más bien que de lo que se ve o se siente, es necesario prestarle atención a cada insinuación. Aunque en las Escrituras hay buen número de símbolos secundarios, la lista que se da aquí se circunscribe a los siguientes, que son muy notorios, o que describen mejor al Espíritu Santo.

I. ACEITE

Como el aceite se usaba para sanar, para confortar, para iluminar y para ungir con determinados propósitos, así el Espíritu Santo, sana, conforta, ilumina y consagra. En la ofrenda de flor de harina, denominada oblación de presente, de Levítico 2:1-16, en la que Cristo es tipificado en Sus perfecciones humanas, el aceite aparece primero mezclado con flor de harina, y luego derramado sobre ella. Todo esto típicamente anticipa la vida y el ministerio de Cristo en Su relación singular con el Espíritu Santo, relación mantenida aquí en la tierra — una relación en la que la humanidad de Cristo fue sustentada y sus acciones, investidas de potencia por el Espíritu Santo. De igual modo era posible, y hubiera sido natural, para Cristo haber sostenido Su humanidad por el Poder de Su propia Deidad; además, como

hombre, de ser sostenido por el Espíritu Santo y no por la Segunda Persona, y siendo que Cristo es el hombre ejemplar y el hombre ideal de Dios, se requiere que El también se apoyara en el Espíritu Santo con respecto a cada necesidad y limitación que presentara su humanidad. En tipo (Lv. 2:4, 5, 7) la flor de harina es mezclada con aceite, sugiriendo que, con respecto a Su humanidad, Cristo fue engendrado por el Espíritu Santo; y, otra vez (Lv. 2:1, 6, 15), el aceite derramado sobre la harina anuncia la unción de Cristo por el Espíritu Santo, como se efectuó en Su bautismo. Hay un real significado en la ordenanza del sacerdote, en la limpieza del leproso (Lv. 14:10-32), habría de aplicarse el aceite en la forma prescrita específicamente. La obra de Cristo en la sanidad física, como en la transformación espiritual, fue operada por el poder del Espíritu Santo. La limpieza del leproso es un tipo de los más evidentes en cuanto a Cristo, ya que prenuncia la salvación del pecado. C. H. Mackintosh dice lo siguiente:

‘Y el sacerdote tomará del log del aceite y lo echará en la palma de su mano izquierda: y mojará su dedo derecho en el aceite que tiene en su mano izquierda, y esparcirá del aceite con su dedo siete veces delante de Jehová: Y de lo que quedare del aceite que tiene en su mano, pondrá el sacerdote sobre la ternilla de la oreja derecha del que se purifica, y sobre el pulgar de su pie derecho, sobre la sangre de la expiación por la culpa: y lo que quedare del aceite que tiene en su mano, pondrá sobre la cabeza del que se purifica; y hará el sacerdote expiación por él delante de Jehová’ (Lv. 14:15-18). Así, no solo son limpiados nuestros miembros por la sangre de Cristo, sino también consagrados a Dios en el poder del Espíritu. La Obra de Dios no es sólo negativa, sino positiva. El oído es ya no más el vehículo para comunicar contaminación, sino para estar prontos para oír la voz del Buen Pastor; la mano no es ya más usada como un instrumento de injusticia, sino para extenderse en actos de justicia, de gracia y de santidad; el pie no es ya más para hollar las sendas del vicio, sino para andar en los caminos de los santos mandamientos de Dios; y, finalmente, el hombre en su totalidad es para ser consagrado a Dios en la energía del Espíritu Santo. Es en gran manera interesante ver que ‘el aceite’ fue puesto sobre la sangre de la ‘ofrenda por la culpa (sacrificio por el pecado).’ La sangre de Cristo es la base divina de la operación del Espíritu Santo. La sangre y el aceite van juntos. Como pecadores, nada sabríamos del último aparte de la base de la primera. No se podrá poner aceite sobre el leproso hasta que la sangre del sacrificio por el pecado fuera aplicada primero. ‘En el cual también desde que creísteis fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.’ La exactitud divina del tipo evoca la admiración de la mente regenerada. Cuanto más de cerca lo escudriñamos, cuanta más luz de la Escritura concentramos sobre el tema, tanto más de su belleza, fuerza y precisión se percibe y se goza. Todo, como justamente debe esperarse, está en la más hermosa armonía con la entera analogía de la Palabra de Dios.” *Notes on Leviticus*, Amer. ed., pgs. 258-59.

Otra vez, en Exodo 40:10, 13 y 15 se registra el requisito con respecto a tres ungimientos particulares: el del altar, que habla de la

muerte de Cristo por el Espíritu eterno; el de Aarón como Sumo Sacerdote, que habla del Espíritu reposando sobre Cristo (Is. 61:1); y el de los hijos de Aarón, tipo de los creyentes de esta dispensación y cuya unción contempla la presente relación del Espíritu Santo con los cristianos. En la teocracia antigua, los reyes fueron ungidos (comp. 1 S. 16:12) como oficiales que fueron (comp. 1 S. 10:1); y todo esto indica la autoridad directa de Dios sobre Su pueblo en esa forma de Su gobierno.

Un tipo igualmente bello del Espíritu Santo se nota en el hecho que el aceite servía como una fuente de luz. A los israelitas se les ordenó proveer el aceite para las luces en el tabernáculo (comp. Ex. 25:6). Dos verdades vitales están implicadas en esta tipología especial, como son: que Dios Espíritu Santo es la luz esencial y que el creyente ha de andar a la luz que el Espíritu Santo vierte sobre su mente y corazón, y haciendo así los creyentes mismos son “como luces en el mundo.” La luz que los cristianos pueden esparcir es una manifestación de la presencia y poder del Espíritu Santo en sus vidas. En las luces de los tiempos antiguos había aceite, llama y pábilo, que servía como intermediario entre el aceite y la llama. Tenía que haber contacto entre el aceite y el pábilo, así éste habría de estar libre de partículas de carbón. Tenía que despabilarse para permanecer limpio. Esta verdad tan esencial es obvia para toda efectividad espiritual. Las diez vírgenes de Mateo 25:1-13 fueron o sabias o fatuas de acuerdo con su preparación espiritual, hecho que el aceite simboliza en la parábola. Cinco habrán de ser excluidas del palacio del Rey cuando El vuelva a la tierra, y cinco van a encontrarlo con la preparación debida y entrarán con El en el palacio. Las vírgenes representan a Israel sobre la tierra esperando el retorno del Mesías con Su Esposa (comp. Lc. 12:35, 36; Sal. 45:8-15).

Aparecen otros tres temas todavía en conexión con la tipología que representa el aceite. En el Salmo 45:7 hay referencia al “óleo y gozo”. “El fruto del Espíritu es gozo.” Mientras que en Salmo 104:15 se prescribe el aceite para hacer brillar el rostro, y en Salmo 23:5 David alaba a Dios que ha “ungido su cabeza con aceite”, todo lo cual es un presagio de la presencia y poder del Espíritu en el creyente.

Escribiendo del aceite como un símbolo del Espíritu Santo, el Dr. Juan F. Walvoord declara:

“Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento el Espíritu Santo frecuentemente se halla en este tipo. En el tabernáculo, el aceite de oliva puro que mantiene ardiendo continuamente la lámpara en el lugar santo habla elocuentemente del ministerio del Espíritu Santo en la revelación y la iluminación, sin el cual el pan de la proposición (Cristo) hubiera quedado

invisible en la obscuridad, y el camino hacia el lugar santísimo no se hubiera aclarado (Ex. 27:20, 21). El aceite jugó un papel importante en los sacrificios (Lv. 1-7). Se usó en el ungimiento de los sacerdotes y en la consagración del tabernáculo (Lv. 8). Se usó para instalar en su oficio a los reyes (1 S. 10:1; 16:13; 1 R. 1:39; etc.). En adición a estos usos sagrados, se usaba como alimento, (Ap. 6:6), medicina (Mr. 6:13), y aún como un medio de intercambio (1 R. 5:11) —Vea *International Standard Bible Encyclopedia*, s. v., Oil. Los ejemplos de referencia al aceite en el Antiguo Testamento exceden en número a los del Espíritu Santo. Según la Concordancia de Young hay 175 referencias al aceite en el Antiguo Testamento y una docena de veces en el Nuevo, siendo las más notables: Mt. 25:3-8; He. 1:9; Stg. 5:14. Una referencia interesante en Jn. 3:34, que habla del Espíritu que no se 'da por medida' en Cristo. De los distintos usos del aceite en la Biblia podemos llegar a la conclusión que el aceite habla de la santidad, santificación, revelación, iluminación, dedicación y sanidad." *The Doctrine of the Holy Spirit*, págs. 22 y 23.

II. AGUA

Este elemento tan común y tan vasto en el mundo sirve como tipo de juicio (Ej.: el diluvio, la destrucción en el Mar Rojo, y los ríos descritos por Cristo en Mt. 7:25), de la Palabra de Dios (comp. Jn. 3:5; Tit. 3:5; 1 Jn. 5:6, 8), y del Espíritu Santo. En Su conversación con la mujer samaritana, Cristo habló del agua que El daría como "agua de vida", la cual es simbolizada en el tipo como corrientes de aguas. El Espíritu Santo está tipificado por el agua, y este cuerpo de verdad es realmente extenso. Como el agua es esencial para la limpieza, satisfacción, renovación y refrigerio, así el Espíritu Santo es vital para el hijo de Dios. Este tema general se puede dividir en tres partes: (a) El Espíritu aplica la sangre de Cristo para toda limpieza, (b) el Espíritu como morador, y (c) las manifestaciones del Espíritu fluyendo. Estas tres divisiones aquí son consideradas más extensamente. (a) El aspecto de limpieza está tipificado por el baño de los sacerdotes en conexión con su iniciación en su oficio sacerdotal. Ellos entonces eran bañados enteramente y una vez por todas por el Sumo Sacerdote (comp. Ex. 29:4; Lv. 8:6), baño que representa el lavamiento una vez por todas de la regeneración operada para el sacerdote creyente a su entrada tanto a su estado de salvo como a su servicio para Dios como sacerdote. Así también, hay una limpieza constante para el cristiano en su andar, el cual se anticipa en tipo, por la limpieza provista por el sacrificio y las cenizas de la vaca roja (Nm. 19:2 y sig.). El antitipo del Nuevo Testamento está declarado en 1 Jn. 1:9: "Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda

maldad” (comp. Ef. 5:26). Es el Espíritu Santo el que aplica la sangre de la limpieza. Como un acto simbólico, Cristo lavó los pies de los discípulos (Jn. 13:1-17). (b) Como el Santo Espíritu morador, Cristo le dijo a la Samaritana: “Mas el que bebiere del agua que yo le daré será en él una fuente que salte para vida eterna” (Jn. 4:14). El Espíritu Santo que habita en el creyente es una realidad y Su presencia, una bendición inconmensurable, en todos los que El está siempre activo. Como un pozo artesiano, El está “vertiendo” para vida eterna. La vida eterna es no sólo ganada y lograda por la operación del Espíritu Santo, sino que es mantenida, como son todas sus manifestaciones, por el Espíritu. (c) Con relación al Espíritu fluyendo, la promesa de Cristo, según San Juan 7:37-39, es central. Allí está escrito: “En el postrer día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en El; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.” El río mismo es interpretado por algunos como un tipo aparte del Espíritu Santo, y, en tal caso mucho se debe al río predicho por Ezequiel que saldrá de la misma presencia de Jehová en la Era por venir (Ez.47:1-12), simbolizando el vasto aumento de las bendiciones y poder del Espíritu en aquel día.

La gran mayoría de los cristianos interpretan el agua, o ritual, el bautismo como un signo externo o símbolo de la obra interna del Espíritu Santo en el creyente. Por tanto, para algunos, este tipo (el agua) representa todos los aspectos de la obra del Espíritu Santo en el cristiano; para otros está más específicamente relacionado al bautismo del Espíritu. Entre los últimos se cree que el “un bautismo” de Efesios 4:5 se refiere al bautismo por el Espíritu Santo, pero también incluye su señal externa o símbolo, ambos, el real y el ritual, juntos combinados para formar el “un bautismo.” El acceso del Espíritu al creyente con todo lo que Su graciosa presencia garantiza está simbolizado (según se cree) por la aplicación del agua en el bautismo; y esto, a su vez, corresponde completamente con el uso típico del agua a través de todo el Antiguo Testamento (comp. Is.52:15; Ez.36:25). Un rasgo encomiable de esta interpretación del rito bautismal se ve en el hecho de que ningún bautismo diverso, separado o independiente se ha apartado del bautismo por el Espíritu Santo el cual obligaría a reconocer los dos bautismos —el del Espíritu y el ritual— a la luz de la aserción de la Escritura que hay “un bautismo”. En toda esta verdad respecto a bautismo, por los que así lo interpretan, el agua viene a ser una vez más, un emblema del Espíritu Santo.

III. EL FUEGO

Con referencia al fuego como un símbolo del Espíritu Santo, el finado F.E. Marsh, de Londres, escribe:

“A menudo encontramos que un símbolo puede representar dos o más cosas. León, por ejemplo, se usa como una metáfora en cuanto a Cristo y a Satán, y aun con sus diferencias, porque mientras se usa para expresar el valor y hazañas de nuestro Señor, simboliza la crueldad y ferocidad de Satán (Ap.5:5; 1 P. 5:8). El fuego también es usado para diferentes cosas. Es un símbolo de la presencia del Señor, en consecuencia, Jehová apareció a Moisés ‘en llama de fuego’ (Ex.3:2). El fuego es señal de la aprobación divina. Así en conexión con el tabernáculo (Lv.. 9:24), en la dedicación del templo (2 Cr.7:1), y en el Monte Carmelo, vino fuego del cielo y consumió el sacrificio como muestra de la aprobación y aceptación de Dios (1 R.18:38). El fuego está asociado con la protección de la presencia de Dios, de aquí que era como ‘una columna de fuego’ para los hijos de Israel para iluminarlos y defenderlos (Ex.13:21), y El promete ser ‘un muro de fuego’ para Su pueblo (Zac.2:5). El fuego es un símil de su disciplina y de la prueba. Cuando el Señor purifica a los hijos de Leví, lo hace como un joyero purifica al oro, por la acción del fuego (Mal.3:3); y cuando Cristo escudriña a las siete iglesias, se describe como ‘una llama de fuego’ (Ap.1:14); y cuando los creyentes son probados se les recuerda que ‘la prueba de vuestra fe’ es ‘mucho más preciosa que el oro, el cual perece, se prueba con fuego’ (1 P. 1:7). Y así mismo se nos recuerda que ‘Nuestro Dios es fuego consumidor’ (He.12:29). El fuego es un emblema de la Palabra de Dios, que arde y calienta. La declaración de Dios a Jeremías fue: ‘He aquí que yo pongo mis palabras en tu boca por fuego’ y después, cuando el profeta resolvió no hablar la Palabra, tuvo que confesar: ‘Y dije: No me acordaré más de El, ni hablaré más en Su nombre; no obstante, había en mi corazón un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo y no pude’ (Jer.5:14; 20:9). El fuego habla del juicio de Dios. Cuando los hijos de Aarón trajeron el fuego extraño en su atrevido egoísmo, ‘salió fuego de delante de Jehová y los quemó’ (Lv.10:2); también el fuego es una emblema del Espíritu Santo, porque es comparado a ‘Siete lámparas de fuego que ardían delante del trono’ (Ap.4:5), y cuando descendió en el Pentecostés se compara a ‘lenguas repartidas como de fuego’ (Hch.2:3). Directa e indirectamente el poder del Espíritu puede ser comparado con el fuego. El ardor del servicio, la llama del amor, el fervor de la oración, la sinceridad del testimonio, la devoción de la consagración, el sacrificio de la adoración, y el poder ígneo de su influencia, se atribuyen al Espíritu.”- *Emblems of the Holy Spirit*, 2a. Ed. pgs. 114,115.

IV. VIENTO

El aliento de Dios es comparado al viento, y pudiera ser como un juicio (comp. Is.40:24), o como una bendición. Las Escrituras, por ejemplo, son aliento divino. Después de Su resurrección, Cristo sopló sobre sus discípulos y dijo, “Recibid el Espíritu” (Jn. 20:22). Así también cuando fue creado el hombre, Dios sopló en la forma sin vida y el hombre fue un alma viviente. Cristo comparó la obra del

Espíritu a la acción del viento al hablar con Nicodemo y le dijo: “El viento de donde quiere sopla y oyes su sonido, más no sabes de dónde viene ni a dónde va”, así es cualquiera que es nacido del Espíritu” (Jn.3:8). Asimismo el Espíritu movió a los santos hombres de la antigüedad para escribir el Texto Sagrado. Ellos fueron *traídos* como una nave es impelida por el viento. Pedro afirma: “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21). El Espíritu vino en el Pentecostés “como un viento recio que soplaba” y así viene como un poder animador y vivificante para salvar a los perdidos.

V. PALOMA

Fue en el bautismo de Cristo cuando el Espíritu Santo descendió sobre El en forma corporal como paloma. De este momento importante de la vida terrenal de Nuestro Señor, Juan el Bautista declaró: “Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí, porque era primero que yo. Y yo no le conocía; más para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre El. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquel me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre El, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios” (Jn.1:30:34). Hay muchos detalles en que el Espíritu Santo puede ser comparado a una paloma. Como por el carácter de una paloma, C.H. Mackintosh en sus *Notes on Genesis*, escribe acerca de la paloma que Noé dejó ir del arca:

“Y sucedió que al cabo de cuarenta días, que Noé abrió la ventana del arca que él había hecho: y soltó un cuervo, que anduvo de aquí para allá, hasta que las aguas se secaron de sobre la faz de la tierra.’ El ave impura se escapó y halló, no hay duda, un lugar en donde descansar en algún cadáver flotante. No buscó de nuevo el arca... . ‘No así la paloma. Ella no encontró dónde descansar y regresó a él dentro del arca... y otra vez él envió la paloma fuera del arca, y la paloma regresó a él en la tarde; y he aquí que traía en su pico una hoja de olivo.’ ¡Precioso emblema de la mente renovada la que, en medio de la desolación circundante, busca y encuentra su descanso y su porción en Cristo; y no sólo eso, sino también se ase de las arras de la herencia y suministra la bendita prueba de que el juicio ha terminado, y que una tierra renovada está plenamente a la vista. Por el contrario, la mente carnal puede descansar sobre cualquier inmundicia. Las ‘hojas de olivo’ no tienen para ella ninguna atracción. Puede hallar para sí todo lo necesario en una escena de muerte y desolación, y por lo tanto no se

preocupa de pensar en un mundo nuevo y en sus glorias; pero el corazón que ha sido instruido y ejercitado por el Espíritu de Dios sólo puede descansar y gozarse en aquello en que El descansa y se regocija. Descansa en el Arca de Su salvación 'hasta el tiempo de la restauración de todas las cosas.' Que así sea tanto para tí como para mí, amado lector — que Cristo sea el descanso interior y la porción de nuestros corazones, que así no podamos buscarlos en un mundo que está bajo el juicio divino. La paloma regresó a donde Noé, y esperó su tiempo de descanso; y nosotros siempre encontraremos nuestro lugar con Cristo, hasta el tiempo de Su exaltación y gloria en la edad que está por venir. . . 'El que ha de venir vendrá y no tardará.' Todo lo que necesitamos en este caso, es un poco de paciencia. Que el Señor Dios dirija nuestros corazones en Su amor y en 'la paciencia de Cristo'." 4a. Ed. pgs. 104,105.

Este emblema, como todos los demás que se encuentran en las Escrituras, es escogido directamente, indicado y usado como tal por Dios, Espíritu Santo.

VI. ARRAS

Mirando hacia ese estado glorioso en la eternidad que espera cada hijo de Dios, hay un anticipado sabor de eso que le es otorgado al creyente. Esos dones inmensurables y gracias del Espíritu Santo en los que los cristianos pueden entrar ahora, son sólo una prenda de aquellas bendiciones, de aquella incomparable plenitud, que espera libertarnos de esta esfera de vida. Los frutos que trajeron los espías de la tierra prometida eran una prenda de lo que la tierra almacenaba para el pueblo del Pacto. Las joyas que el siervo de Isaac le puso a Rebeca fueron una prenda de todas las riquezas y el honor de Isaac. Nada puede añadirse a lo que ya ha sido prometido, cuando se ha dicho que "todas las cosas son vuestras", y que vosotros "sois coherederos con Cristo." Con todo, es indispensable notar que los dones y las bendiciones no son la prenda. Otra vez, como en la relación que los creyentes tienen con Cristo, la atención se centra no en las cosas, gloriosas por cierto, sino en Una Persona.

VII. SELLO

Este tema, que habla de la propiedad y autoridad del Espíritu sobre el creyente, y de su seguridad y parte para el día de la redención, ha sido considerado anteriormente y será contemplado más extensamente en otro capítulo de este volumen.

VIII. EL SIERVO DE ABRAHAM

Aún queda un tipo sobresaliente del Espíritu Santo, presentado en

Génesis 24:1-67. Es la parte del siervo fiel que envió Abraham para conseguir una esposa para su hijo Isaac. Siendo que en las Escrituras no se da nombre real al Espíritu Santo, sino que se le conoce solamente por títulos descriptivos, tampoco a este siervo se le ha dado nombre alguno. Indudablemente que era el damasceno Eliezer, mayordomo de la casa de Abraham (Gn.15:2); más con todo, no se le da nombre para que el tipo sea completo. Abraham es un tipo de Dios el Padre en muchos respectos, aquí y en otras partes, como Isaac es tipo del Hijo de Dios. El siervo es enviado a un lugar distante para asegurar una esposa para el hijo. Cada paso en este viaje y todo lo que se cumplió está saturado de abundantes sugerencias relativas a la misión presente del Espíritu Santo en el mundo y el llamamiento de la esposa de Cristo. El finado Dr. George E. Guille en un folleto titulado "Isaac y Rebeca", escribe:

"En este capítulo 24 de Génesis son prominentes tres personas: un padre, el hijo y su siervo. El padre y el hijo están ocultos en su casa, la del padre, en Canaán, mientras que el siervo viaja en busca de la esposa. Canaán es la bien conocida prefiguración del cielo, a donde Cristo ha ido a preparar un lugar para la llegada de Su esposa, por quien el Padre ha enviado al Espíritu Santo a la escena de donde Su hijo fue rechazado. En todo el capítulo (67 versículos) se muestra cuanto del corazón de Dios se manifiesta en la historia —cómo está preocupado en la obra de Su Espíritu; solicitando y ganando almas para El." — Continuando con una descripción del viaje que Rebeca hizo con el siervo el Dr. Guille escribe: "El cabalgar en camello no es placentero, y el desierto no tiene encanto, pero una cosa hizo una delicia cada hora del viaje: el siervo que había jurado a su señor el traer una esposa, estaba allí, indicando el camino que conducía hasta Isaac y alentando el corazón de Rebeca al hablarle de él. Una y otra vez él refirió la historia de su nacimiento milagroso, de su voluntario sacrificio en el Monte Moria, de su posición, honor y riqueza como hijo amado y heredero de Abraham, y de su personal amabilidad y dignidad. . . ¡Oh, alma! , ¿conoces tú de la experiencia espiritual de lo que esto es sólo una figura? El Espíritu que te ganó para Cristo, está morando en tu corazón, y está guiándote en el camino hacia el verdadero Isaac. Y a cada paso del viaje El tiene un bendito ministerio que efectuar. El tomará las cosas de Cristo y te las mostrará" (pgs. 15, 26,27).

CONCLUSION

El invisible, el que nunca ha sido manifestado como lo fue Cristo, excepto en la forma en que fue identificado por Juan el Bautista, mediante el símbolo corporal, como en forma de paloma, sin embargo, es presentado bajo tipos y símbolos o emblemas con el fin de que El pueda llegar a ser real al hijo de Dios y que sus muchas características puedan ser reveladas.

CAPITULO IV

EL ESPIRITU SANTO Y LA PROFECIA

En el sentido más amplio de este tema, el Espíritu Santo es (1) El autor de la Profecía y (2) El mismo es el sujeto de la predicación. Estos dos aspectos de la verdad bien pueden ser considerados separadamente.

I. EL AUTOR DE LA PROFECIA

Luego se observará que la palabra *profecía*, como se usa aquí, está contemplada en su extenso significado que incluye la predicación y la predicción. En la primera idea está incluida la total revelación de Dios, mientras que en la última se incluye solamente lo que es predicción. Esta distinción demanda completo reconocimiento de la primera tanto como de la segunda.

Dios ha hablado. Su voz ha sido escrita y forma el texto de la Escritura. La producción de la Biblia es distintamente una tarea encomendada al Espíritu Santo de Dios. Fue el Espíritu Santo el que produjo las palabras del Padre y las del Hijo para que fueran escritas; porque el Espíritu es el anotador de todo lo que está escrito. En la unidad que existe en la Divinidad, el Padre puede hablar de las Escrituras como “mi palabra” (Is.55:11) y, de la misma manera, la palabra del Hijo puede ser indicada así (Col.3:16); pero el Espíritu Santo permanece como el autor del Texto Sagrado, quien registró estas palabras.

En el trabajo sobre Bibliología se ha tratado de modo extensivo y en cierta forma completa este tema. Una repetición de esta tesis general no es necesaria aquí. El Dr. J. F. Walvoord enfoca este tema de tal manera que bien puede aquí ser incorporado. El afirma:

“De los muchos ministerios del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, hay pocos que atañen tan de cerca a los cristianos como el de la inspiración de las Escrituras del Antiguo Testamento. Siendo que las doctrinas peculiares del Cristianismo en gran parte están en las revelaciones del Nuevo Testamento, es patente aun para un casual observador, que el Nuevo Testamento está basado en el Antiguo, y que el uno sin el otro no constituye una revelación completa o satisfactoria. La doctrina de la inspiración, que tiene que ver con la formación de las Escrituras, no difiere en mucho en los dos Testamentos. La doctrina de la inspiración de las Escrituras ha sido la posición histórica de la mayor parte de las

iglesias protestantes, como lo testifican abundantemente sus credos. Cualquiera que sea el grado latente de incredulidad entre sus ministros o los laicos, y cualesquiera sean los desacuerdos que puedan haber entre los grupos denominacionales sobre otras doctrinas, las iglesias protestantes oficialmente han sostenido la doctrina de la inspiración de las Escrituras. Esto ha sido el tema de largas discusiones y argumentos, con todo, se han propuesto diferentes puntos de vista en cuanto a la inspiración.

No se puede aquí acometer una discusión completa de esta doctrina. La importancia de la inspiración de las Escrituras, aunque tácitamente negada por algunos en los últimos tiempos, es fácilmente sostenible. Es un asunto de tremenda importancia el si las Escrituras, son un producto sobrenatural de la Palabra de Dios, o si son una colección de trabajos de hombres, conteniendo los errores que se deben esperar en cualquiera obra humana. Como escribe Boettner: 'Se ve fácilmente que el asunto de la inspiración es de vital importancia para la Iglesia Cristiana. Si ella tiene un cuerpo definido y autoritativo de Escritos a los cuales acudir, es una tarea comparativamente fácil formular su doctrina. Todo lo que tiene que hacer es buscar las enseñanzas de las Escrituras y reunir las en su credo. Pero si las Escrituras no son autoritativas, si han de ser corregidas y editadas, y algunas partes han de ser rechazadas abiertamente, la Iglesia tiene un problema mucho más serio, y no puede haber fin de opiniones contradictorias, ya sea con respecto al propósito de la Iglesia o del sistema de doctrinas que ella tiene que sustentar' (*The Inspiration of the Scriptures*, p. 10). El propósito de la presente discusión no es intentar la explicación de los argumentos que sustentan la inspiración de las Escrituras. Los argumentos procedentes de fuentes externas a las Escrituras del todo no serán considerados, y las evidencias bíblicas serán discutidas sólo hasta donde ilustran la obra del Espíritu Santo. Lo que la Biblia dice sobre el tema es mucho más conclusivo y claro al ojo de la fe que todos los argumentos presuntuosos de los incrédulos.

El significado técnico de la *inspiración* es bien distinto de su uso común en referencia a conceptos no bíblicos. Como señala B.B. Warfield: 'La palabra *'inspirar'* y sus derivados, parecen proceder del francés, y ha sido empleada desde el principio (en los albores del siglo XIV) con un considerable número de significados, físicos y metafísicos, seculares y religiosos' (*International Standard Bible Encyclopaedia*, s.v. *Inspiration*, p. 1473). Todavía hablamos de ser inspirados por una bella puesta de sol, o de oír un sermón inspirador. Tales usos comunes, no obstante, no son paralelos con *inspiración* en un sentido doctrinal. Aun en el lenguaje ordinario concebimos la inspiración como una fuerza proveniente del exterior. Como dice Warfield: 'Subyacente a todos sus usos, con todo, está la constante implicación de una influencia exterior, produciendo en su objeto movimientos y efectos más allá de lo que le es natural, o al menos, de su poder ordinario' (loc. cit.). Volviendo a las Escrituras observamos escasez de referencias a la palabra *inspiración* hasta donde al mismo término atañe. En Job 32:8 citamos a Eliú: 'Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente le hace que entienda.' Esto puede hacer una fuerte referencia a la inspiración de la Escritura, sin embargo, es dudoso que algo de la Biblia existiera en aquella época, a lo menos en su forma presente. La otra única referencia se halla en 2 Ti.3:16, en donde nuestra versión traduce: 'Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia.' En la revisión Americana la traducción se cambia así: 'Toda escritura inspirada por Dios es también útil para enseñar, para reprensión, para corrección, para instrucción en justicia.' La versión revisada, al intentar resolver

el problema creado por la ausencia de la cópula, nada extraño en el griego, ha debilitado en gran manera el pasaje, y eso, injustamente. El sustantivo *inspiración* desaparecería enteramente del Nuevo Testamento inglés al permitirse esta traducción, y surge la impresión errónea de que hay alguna Escritura que no es inspirada. La dificultad radica mayormente en la palabra *inspiración* misma. La palabra griega *θεόπνευστος* (aliento de Dios), realmente no significa absolutamente *inspirando*. Como Warfield nota: "El término griego, con todo, nada dice de *inspirando* o de *inspiración*: únicamente habla de 'spirando' o 'spiración.' Lo que dice de la Escritura es, no que sea 'insuflada' por Dios o que es 'exhalada' por Dios, 'soplo de Dios', el producto del aliento creador de Dios. En pocas palabras, lo que se declara por este pasaje fundamental es simplemente que las Escrituras son un producto divino, sin indicación alguna de cómo ha operado Dios al producirlas, (Ibid., p. 1474). De 2 Timoteo 3:16 podemos concluir que la inspiración es la obra de Dios por la cual o a través de la cual han sido dadas las Escrituras. Después de afirmar el hecho de la inspiración, no obstante, el mismo versículo proporciona una conclusión más interesante y significativa. Por el hecho de ser las Escrituras inspiradas, son por tanto, útiles para doctrinar, redargüir, corregir e instruir en justicia. En otras palabras, la inspiración garantiza exactitud y le da autoridad divina a lo registrado.

Es en gran manera necesario revisar aquí el testimonio abundante de las Escrituras a este respecto. Cristo mismo citó frecuentemente el Antiguo Testamento como la Palabra de Dios. Los escritores reclamaron inspiración tocante a sus trabajos. El contenido de las Escrituras es tal que sus profecías tienen que haber sido el producto de la revelación divina; y sus relatos precisos, obra de la inspiración. El testimonio a favor de la inspiración en todo es de lo más conclusivo porque las Escrituras mismas no intentan probar dicha inspiración; ellas únicamente la afirman y la asumen, de la misma manera como ellas mismas asumen la existencia de Dios. Asunto de mayor observación es que las Escrituras no sólo son divinas, sino también humanas. Las palabras usadas fueron las que estaban dentro del vocabulario de los escritores. Sus propias emociones, conocimiento humano, experiencias y esperanzas entraron en las Escrituras que ellos redactaron sin comprometer en lo mínimo su inspiración. Sin duda, algunas porciones de la Escritura son dictadas, como lo indican ellas mismas, pero la mayor parte de ellas no tienen esta característica. Haciendo caso omiso del grado de influencia humana o divina en las Escrituras, el resultado es igualmente inspirado e igualmente apropiado al propósito de Dios. El examen de la obra del Espíritu Santo en la inspiración sustentarán estas evidencias a favor de la doble paternidad, divina y humana, de las Escrituras.

Una declaración apropiada del significado de la inspiración debe afirmar que Dios dirigió tan sobrenaturalmente a los autores del Texto Sagrado que sin renunciar a su inteligencia humana, su individualidad, su estilo literario, sus sentimientos naturales, o cualquier otro factor humano; Su propio mensaje para el hombre, completo y coherente, fue registrado con completa exactitud; las mismísimas palabras de la Escritura llevan la autoridad de su divino autor. Nada menos que una plenaria y verbal inspiración satisfarán las demandas de las Escrituras mismas y dan a la fe la confianza en la Palabra de Dios que es esencial para la fe y la vida." — *The Doctrine of the Holy Spirit*, pgs. 56-60.

Dentro de la línea de su propia capacidad, ningún ser humano podría escribir la Biblia. El tema principal ha de estar en armonía con el plan eterno y el propósito de Dios. Ha de comprender todo lo que

caracteriza a Dios y la eternidad futura. Ha de reconocer el intento divino en todo el campo permitido del mal y proveer una redención. Debe haber no sólo una revelación de Dios mismo, sino que ha de ser digna de El. Un momento de consideración de estos estupendos requerimientos convencerían a una mente reflexiva de la absoluta necesidad de que hay una doble paternidad con respecto a cada palabra (la del Espíritu Santo y la del agente humano) y que las Escrituras son un producto divino tan definitivamente como lo fueron las tablas de piedra escritas con el dedo de Dios.

II. EL TEMA DE LA PREDICCIÓN

Otra vez bien puede citarse al Dr. Walvoord. Sobre la Escatología con respecto al Espíritu Santo, escribe:

“La doctrina de la obra futura del Espíritu Santo prácticamente no ha llamado la atención en las obras existentes sobre teología y en libros sobre el Espíritu Santo. Buscamos en vano una exposición sobre esta doctrina en teologías regulares tales como Hodge, Strong, Shedd, Alexander, Watson, Wardlaw, Dornier, Dick, Miley, Gerhart, Valentin, Buel y el trabajo reciente de Berkhof. En obras sobre el Espíritu Santo tales como las de Kuyper, Smeaton, Moule, Cummings y Simpson, prácticamente no se menciona la referida doctrina. El factor principal responsable de este defecto es la triple división con que se enfoca la Escatología misma. La teoría Post-Milenial sostiene que el milenio profetizado se efectuará en la edad presente a través de la predicación del Evangelio, o sea un retorno ‘espiritual’ de Cristo. Si tal teoría fuera sostenida, por supuesto, el ministerio presente del Espíritu continuaría por toda la dispensación culminando en la conclusión de todas las cosas en el juicio final. En esta teoría no hay necesidad de estudiar la escatología del Espíritu Santo. Análoga situación se halla entre los llamados Amilenialistas, que sostienen que esta edad presente continuará y pasará al estado eterno sin milenio alguno. Unicamente de los Premilenialistas, que anticipan un milenio sobre la tierra después del regreso de Cristo para establecer Su Reino, se puede esperar una consideración de la doctrina, y proporcionar una exposición de ella. Con todo, en los escritos de los maestros y teólogos premilenialistas existe también un sorprendente descuido sobre esta doctrina. Entre los antiguos premilenialistas, tales como Van Oosterzee, hay poca exposición y apología de la posición premilenial, y prácticamente no se presta atención al ministerio profetizado del Espíritu Santo para el período milenal. Se le ha dado más atención a los otros grandes temas de la profecía. El resultado es que ha habido poca comprensión de la naturaleza de los ministerios del Espíritu profetizados para los períodos siguientes de la tribulación y del milenio. Es a esta tarea que ahora nos dedicamos.

La corriente posición premilenial es tomada como base de la discusión. Las Escrituras profetizan que después del regreso de Cristo por la Iglesia seguirá un período de tribulación sin precedentes, período de aproximadamente siete años, según Daniel 9:27, reducido un poco (Mt. 24:22), y dividido en mitades de tres años y medio cada uno. La última mitad es conocida como la ‘gran tribulación’ y en ella hay una expansión sin precedente del pecado y de un juicio divino sobre

el mismo. El retorno de Cristo para establecer Su reino termina de manera abrupta la tribulación y sigue el milenio en el que Cristo gobernará y establecerá la justicia y la paz universal. El mismo milenio se clausura con otro brote de pecado y con el juicio final de los impíos, y el establecimiento de los nuevos cielos y la nueva tierra introduce el estado eterno. Es en medio de estos eventos conmovedores cuando el Espíritu Santo ministra en cumplimiento de la profecía. Es claro que en la naturaleza de las circunstancias Su obra será muy diferente de la asumida en el presente a favor de la Iglesia. Mientras los pasajes de la Escritura no son tan abundantes, sí hablan con autoridad sobre puntos tan importantes.

Uno de los falsos conceptos populares del período de la tribulación profetizado es que todos los que entran en él están irrevocablemente perdidos. Es cierto que individuos que han tenido la oportunidad de oír el Evangelio y de recibir a Cristo durante la presente dispensación de gracia es improbable que acepten a Cristo en los días difíciles de la tribulación. Por otra parte, es obvio que muchos serán salvos, algunos de ellos sobrevivirán a los horrores de la tribulación para entrar al milenio y otros morirán como mártires. El rapto de la Iglesia antes del período de los siete años de tribulación se lleva a todos los cristianos de esta tierra. Inmediatamente, sin embargo, la ceguera de Israel será quitada (Ro. 11:25) y miles de Israelitas se volverán a Su Mesías tanto tiempo despreciado. Entre los gentiles también habrá convertidos de todas las naciones y lenguas (Ap. 7:9-17). Mientras el período de la tribulación se caracteriza por la maldad y la apostasía, habrá un tiempo seguido por una gran cosecha de almas. A la luz de estos hechos, uno debe esperar que en tal período el Espíritu Santo tenga un ministerio eficaz.

Indudablemente que el milenio será la más gloriosa de todas las dispensaciones. Será la más completa extensión de la justicia y caracterizarán al período la paz y la prosperidad universal. Cristo regirá toda la tierra y toda nación Le conocerá. El conocimiento del Señor será de un mar al otro mar. Durante el milenio Satán será atado, y no habrá actividad demoníaca. El hombre continuará poseyendo su naturaleza pecaminosa con su inherente debilidad, pero no habrá tentación exterior para provocarla. El ministerio de los santos resucitados en la tierra añadirá su toque distintivo a la inusitada situación. Es manifiesto que en tal período el Espíritu Santo tendrá un ministerio que excede al de las previas dispensaciones en perfección y poder, aunque el milenio será legal en su forma de gobierno, en vez de gracia como en la presente dispensación.

Las profecías que describen el milenio, a las que ya se han hecho referencias, unifican su testimonio de que la obra del Espíritu Santo en los creyentes será más abundante y tendrá mayores manifestaciones en el milenio que en cualquier otra dispensación anterior. Es evidente por las Escrituras que todos los creyentes estarán habitados por el Santo Espíritu en el milenio al igual que lo son en la era actual (Ez. 36:17; 37:14; Jer. 31:33).

La llenura del Espíritu Santo será cosa común en el milenio, en contraste a la poca frecuencia en las otras épocas, y se manifestará en adoración y alabanza al Señor y en obediencia voluntaria a El, así como en poder espiritual y en una transformación interior (Is. 32:15; 44:3; Ez. 39:29; Jl. 2:28, 29). En contraste con la apatía espiritual, frieza y mundanalidad del presente, habrá fervor espiritual, amor de Dios, santo gozo, un entendimiento universal de las verdades espirituales y una maravillosa comunión de los santos. La unidad espiritual y bendición que caracterizó a las reuniones de la Iglesia primitiva son un anticipo de la comunión de los santos en todo el mundo en el milenio. El énfasis caerá

sobre la justicia en la vida y en el gozo del Espíritu.

La plenitud del Espíritu descansará también sobre Cristo (Is. 11:2) y se manifestará en Su Persona y en Su justo gobierno de la tierra. El milenio será el despliegue final del corazón de Dios previo a la introducción del estado eterno. En él Dios es revelado otra vez como amante y justo, la fuente de todo gozo y paz; y también al final del período el hombre es presentado como rebelde de corazón contra Dios e indispuesto a someterse aun ante tal gloriosa evidencia de Su poder.

De tal revelación encontrada en las Escrituras, todos los ministerios del Espíritu que nosotros conocemos en la presente era se hallarán en el milenio, con excepción del bautismo del Espíritu, del que ya se ha demostrado que es peculiar a la dispensación de la gracia, desde el día de Pentecostés hasta el arrebatamiento. Aunque nosotros mismos en medio de la creciente apostasía en el mundo e indiferencia hacia el Espíritu, aún entre aquellos en quienes El mora, podemos avistar el día venidero; y al esperar a Aquel cuyo derecho es reinar, podemos por medio de una rendición y dependencia del Espíritu morador, encontrar en nuestros corazones y manifestar en nuestras vidas la fragancia del fruto del Espíritu." *Ibid.*, págs. 255-257, 262, 264 y 265.

La predicción más sobresaliente con relación al Espíritu Santo se encuentra en Joel 2:28-32. El pasaje es el siguiente: "Y después de esto derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual El habrá llamado." Sobre esta importante anticipación, que tan a menudo ha sido mal entendida, escribe William Kelly lo siguiente:

"Como sabemos, es la misma Escritura que el Apóstol Pedro cita en el día de Pentecostés para mostrar que la inmensa bendición de aquel día era de acuerdo con el más alto favor prometido para el reino, no esa excitación o locura moral que confunde o alucina a los hombres para atribuir poderes espirituales a otros que les han superado. Pero observe que el apóstol no afirma que esta escritura se había cumplido. El sólo dice: 'Esto es lo que fue dicho por el profeta Joel', y así es. Lo que fue prometido fue el derramamiento del Espíritu Santo. Sin decir que el acontecimiento era el cumplimiento de la profecía (el cual algunos se han arrogado para la mala interpretación de la Escritura y para opacamiento del cristianismo), él hizo ver que era de esa naturaleza y, por lo tanto, para vindicarse ante la conciencia de ellos por medio de la profecía; pero el lenguaje del apóstol es cauteloso, no así el de los comentadores. Ellos van demasiado lejos. Hacemos bien siempre en acogernos pronto a las Escrituras. Como a la promesa de que el Espíritu sería derramado sobre 'toda carne', podemos llevar en la mente que 'toda carne' está en contraste con la restricción al judío. Este

es otro aspecto que hizo el don pentecostal ilustrar tan admirablemente la escritura. Por el hecho patente que hizo Dios que hablaran en las diferentes lenguas esparcidas por el mundo gentil a los que recibieron el Espíritu Santo, no haciendo a todos los convertidos que hablaran el lenguaje judío (cosa poca si lo fuere así, como no lo es, pero tan sólo un sueño de una paradoja superficial), sino haciendo que los judíos congregados desde su dispersión entre las naciones, hablaran las lenguas de los gentiles, fue un testimonio magnífico de la gracia, que estaba saliendo hacia los gentiles para encontrarlos en donde ellos se hallaban. El juicio divino había introducido esas lenguas extrañas entre ellos, y había arruinado completamente el proyecto ambicioso de juntarse para establecer la unidad en su propia mente alrededor de la torre de Babel. Pero la gracia de Dios salió exactamente al lugar en donde el juicio divino los había colocado. Si un soplo molesto destruyó su orgullo en tantísimas fracciones, la gracia del Señor salió hacia esas fracciones y las bendijo en donde estaban, levantándolas de su estado caído. Tal es, entonces, la primera interrupción y, en realidad, el principio de un nuevo esfuerzo, el cual es suficientemente sencillo en su forma de introducción. 'Y será que después de aquellos días que Yo derramaré de mi Espíritu' — por tanto, va más allá de lo que procede y así lo acomoda más admirablemente para el uso al cual lo aplica el apóstol Pedro. Pero entonces debemos de recordar que al venir el día cuando el Espíritu Santo sea nuevamente derramado, no para reunir un pueblo para el cielo, sino para cumplir los propósitos de la gracia divina en la tierra (pues allí está la diferencia), será manifiesto que el Espíritu Santo será dado a todos los hombres juntamente sin distingos de judíos o gentiles. Así en el día de Pentecostés, siendo ellos exclusivamente judíos, se demostró mediante el milagro de las lenguas gentilicas, que Dios no quiso parar allí, sino de ir a todas las naciones. Dios nunca renunciará a ese principio. El no se limita otra vez sólo a los hijos de Israel. Otra vez bendecirá a los hijos de Israel y levantará a Judá como tal, y cumplirá cada palabra que ha prometido para su unidad y gozo. No hay ningún bien que El haya incluido en Su palabra que no se los otorgue; pero nunca más se circunscribirá a sólo los judíos en el futuro. Y por tanto, cuando el Espíritu Santo sea derramado en aquellos días, lo será estrictamente sobre 'toda carne', no en el sentido de que cada persona en el milenio tendrá el Espíritu Santo; sino que ninguna raza dejada después de aquel gran día será excluida de la dádiva del Espíritu. Ninguna clase de persona, ni edad, ni sexo, será olvidada en la gracia de Dios. Pero sería deseable notar que aquí no hay pensamiento alguno de sanidad o mejoramiento de la carne como dicen los padres y los teólogos. La luz del Nuevo Testamento demuestra la falacia de esa interpretación. La vieja naturaleza es juzgada; nuestro viejo hombre es crucificado, no renovado. Hemos muerto a nuestro estado adámico, y entrado a una nueva posición en Cristo, y somos llamados a andar de acuerdo a nuestra muerte y resurrección con Cristo. Las marcas externas mencionadas aquí precederán al día que todavía estará por cumplirse. Es un error aplicar a la primera venida los versículos 30 y 31. 'Y daré prodigios en el cielo y en la tierra' se refiere evidentemente a otra clase de cosas. 'Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová.' Habrán notables manifestaciones externas del poder divino. Dios siempre envía un testimonio antes del hecho mismo. Nunca azota a nadie antes de amonestarlo. Lo mismo hace al tratar con nosotros cada día. ¿Qué cristiano es castigado antes de recibir una amonestación del Espíritu de Dios? Siempre hay un sentimiento de culpa y una falta de comunión sensible al espíritu, antes que el Señor emita la voz que habla de su vigilante amor sobre

nuestros caminos descuidados. El siempre da la oportunidad, si puede así decirse, de establecer nuestros derechos morales; y si nosotros no apreciamos la enseñanza, entonces viene la tristeza. Así es aquí. Estas maravillas no pueden sino atraer la mente y la atención de los hombres, pero realmente no se aprovechan. Infatuados y bajo la dureza judicial ellos se harán sordos a todo y así el grande y terrible día de Jehová los sobrecogerá como un ladrón. Pero Dios, al menos, no faltará. Dios les habría anunciado que así sería, y Su pueblo se aprovechará. Habrá un remanente capacitado para ver, y preeminentemente, según sabemos, de entre los judíos, aunque de ninguna manera limitado sólo a ellos, como descubrimos en la segunda mitad de Apocalipsis 7 y al final de Mateo 25. Todavía estará el testimonio de 'toda carne' preparado para la gloria de Jehová pronto para manifestarse. 'Cualquiera que invocare el nombre de Jehová será salvo', muestra que la bendición es por fe, y por tanto, por gracia. 'Toda carne' no significa necesariamente cada individuo, sino, como sabemos por otros pasajes de la Escritura, la bendición aquí se dirige extensamente a todas las clases; esto es a todas las naciones y pueblos. Pero todo es de gran importancia, porque el sistema judaico naturalmente, tendía a limitar a Dios así como a separar las clases entre los judíos. Únicamente la familia de Aarón podía entrar en el santuario; solamente los levitas podían tocar los vasos santos impunemente; mientras que esta mayor bendición de Dios vendrá con el más indiscriminado carácter de gracia. 'Y sucederá, que cualquiera que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el Monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual El habrá llamado.' De aquí se deduce claramente, aunque hay bendición para Israel, todavía nuestro profeta Joel permanece fiel a su propósito. La ciudad de Jerusalén queda siempre en el gran centro del rey: el Monte Sion reaparece, la señal de la gracia para el reino de Jehová establecerá en aquel día." *Lectures Introductory to the Study of the Minor Prophets, 5th ed.*

En un artículo en la Biblioteca Sacra (CI: 374) sobre "El Bautismo con el Espíritu Santo" escribe el Dr. Merrill Frederick Unger: "El contexto entero de la profecía de Joel, que forma la base de la cita de Pedro en Hechos 2:17-21, enfatiza (aparte de cualquiera consideración de los eventos del Pentecostés) que estas palabras citadas por Pedro nunca se han cumplido. El Espíritu fue derramado en Pentecostés, mas no en el sentido completo de la profecía de Joel. Su venida especial para formar la Iglesia no estaba revelada en el Antiguo Testamento (Ef. 3:1-9). Joel no supo nada del Bautismo con el Espíritu, o de la formación de la Iglesia. Por tanto, el cumplimiento de este pasaje gráfico, en el tiempo de la restauración de Israel, consistirá no en el bautismo con el Espíritu, que está estrictamente confinado a la Era de la Iglesia, sino a la habitación de, y especialmente a la llenura con, el Espíritu que Joel describe como 'el derramamiento sobre toda carne' (2:28). Antes que nada se haya cumplido, no obstante, la gran invasión del Norte ha de ocurrir (Joel 2:1-10), se efectuará la tribulación (Hch. 2:19-21), se librará la batalla de Armagedón (2:12-17), y se llevará a cabo el advenimiento

de Cristo la segunda vez, resultando en una grande salvación (Jl. 2:18-27).

CONCLUSION

El Espíritu Santo es el autor de la profecía en su más amplia forma, y en su último y más mínimo detalle. Esta es la doctrina de la Inspiración que se insinúa en el mismo Texto Sagrado y que se ha defendido en esta Obra Teológica. El Espíritu Santo es asimismo el sujeto de la predicción. Su Persona y Obra son tan extensas y tan vitales para el plan íntegro de Dios, que cualquier esquema de predicción que intente proyectar el plan y propósito de Dios desde su principio, no pasará por alto los hechos que pertenecen al Espíritu Santo.

CAPITULO V

EL ESPIRITU SANTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La Neumatología tiene que ver más con la verdad del Nuevo Testamento que con la del Antiguo. No obstante, en cualquiera consideración del tema que abarque más o menos completamente toda la materia, algo del tiempo ha de consagrarse a la revelación dada antes de Cristo y de la Iglesia.

I. DESDE ADAN HASTA ABRAHAM

Siendo que la obra del Espíritu Santo relacionada con los gentiles en la era actual será tratada en este volumen (cap. VII) y en conexión con el llamamiento de la Iglesia, y siendo que cualquiera otra historia desde Abraham hasta el fin de la era del reino tiene su centro en Israel, la presente discusión necesariamente está restringida a los gentiles y a los primeros dos mil años, o más, de la historia de la humanidad, V. y gr., el período desde Adán hasta Abraham. Es bien sabido que el Espíritu Santo, siendo la agencia divina activa en el mundo, ejerce una soberanía constante sobre los negocios de los hombres de todas las clases y de todas las dispensaciones. El estupendo programa de Dios que incluye el origen, surgimiento, carácter y fin de todas las naciones, extendiéndose hasta la mínima concepción de Dios que siempre origina en la mente más oscura del individuo, es todo la obra soberana del Espíritu Santo. ¡Qué lugar tan importante en el reloj divino ha sido, es y será siempre el Espíritu Santo para todos los que entran en esta empresa universal! El período comprendido desde Adán hasta Moisés que se estudia específicamente en esta sección se discutirá bajo una doble división: (1) Las referencias directas al Espíritu Santo y (2) El Espíritu Santo como el Revelador de la Verdad.

1. REFERENCIAS DIRECTAS. Solo cinco referencias al Espíritu Santo se encuentran en la historia del largo período que precede al llamamiento de Abraham. Estas escrituras están llenas de significado y repletas de verdades sugestivas.

Génesis 1:2. “Y la tierra estaba desordenada y vacía; y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo. Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.”

Esta obra del Espíritu Santo era de reconstrucción después del cataclismo que siguió según parece indicarse aquí. Dr. James M. Gray declara:

“¿Qué era la condición de la materia inerte como se presenta en el v. 2? El primer verbo ‘estaba’ algunas veces se ha traducido ‘llegó a ser’. Léalo en esta forma y Ud. tendrá la idea de que originalmente la tierra no estaba desordenada y vacía, sino que una catástrofe aconteció y dio por resultado tal condición. Si esto es así, significa que pasó un período entre los versículos 1 y 2, suficientemente largo para dar lugar a las formaciones geológicas de las que algunos científicos hablan y una raza de hombres preadámicos, de la que otros hacen especulaciones. Sugiere también que la tierra como la conocemos ahora puede no ser más vieja de en lo que la tradición la coloca. La palabra ‘tierra’ en este versículo, sin embargo, no debe entenderse que significa nuestro globo con sus tierras y mares, los que fueron hechos hasta el tercer día, sino sencillamente, materia en general, que es, el material cósmico del cual el Espíritu Santo organizó el universo entero, incluyendo la tierra actual. ‘Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.’ ‘Se movía sobre’ significa ‘incubaba’ como un ave sobre su nido. ‘Las aguas’ significa no los océanos y mares como los conocemos, sino la condición gaseosa de la materia de la que hemos antes hablado. El Espíritu de Dios se movía ‘sobre’ las aguas, y no ‘dentro de’ ellas, mostrando que Dios es un Ser Personal distinto de Su obra. Como resultado de esta incubación, ¿qué apareció? No necesitamos suponer que Dios habló justamente como lo hace un ser humano, pero el apareamiento de la luz de en medio de la densa obscuridad hubiera parecido a un espectador como el efecto de un mandato divino (Sal. 33:6-9). En el orden natural de las cosas, la vibración es luz o produce luz, lo que ilustra la relación entre el movimiento del Espíritu sobre la materia inerte y el efecto producido.” *Christian Workers Commentary*, 6a. ed. sobre Gén. 1:2-5.

Bien podríamos citar también a Jamieson, Fausset y Brown:

“El Espíritu de Dios se movía – lit. incubando sobre ellas, como lo hace un ave cuando está empollando huevos. La agencia inmediata del Espíritu, al operar sobre los elementos muertos y discordantes, combinó, arregló y los maduró al estado de adaptarlos para formar la escena de una nueva creación. La cronología de esta nueva creación propiamente comienza al final de este segundo versículo; y los detalles del proceso están descritos en la forma natural en que un observador podría hacerlo, al contemplar los cambios que sucesivamente fueron tomando lugar” (*The Critical and Explanatory Commentary*, sobre Gén. 1:2).

Así también C. H. MacKintosh, afirma:

“El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. El se posó/incubando sobre la escena de sus futuras operaciones. Una escena oscura, en verdad; y una en la que había amplio espacio para que el Dios de luz y vida actuara. Solamente El podía alumbrar las tinieblas, hacer que brotara la vida, sustituir el caos por el orden, hacer expansión entre las aguas, en donde la vida pudiera propagarse sin temor de muerte. Estas fueron operaciones dignas de Dios.” (*Notes on Genesis*, 4th Amer. Ed., p. 4).

Job 26:13. “Su Espíritu adornó los cielos; Su mano creó la serpiente tortuosa.”

Las tres referencias al Espíritu Santo en el libro de Job están incluidas en el período pre-Abrahámico, tanto por la fecha probable del libro dentro de ese período, como por el hecho de que en este libro temprano no se hace mención alguna a otro propósito que al general propósito de Dios con la familia humana indivisa, según existía antes del llamamiento de Abraham. La referencia arriba citada es de una creación del Espíritu Santo y contiene el relato de que por Su mano el Espíritu Santo formó la “serpiente tortuosa”. Usualmente esto se toma como referencia a la Vía Láctea con sus innumerables constelaciones. La sugerencia directa del pasaje es que Dios — El Espíritu Santo, sirvió como Creador del universo material.

Génesis 6:3. “Y dijo Dios: no contendrá mi Espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; más serán sus días ciento y veinte años.”

Sobre este divino aviso Mathew Henry comenta: “La resolución de Dios, de no contender con el hombre por Su Espíritu. Entonces el Espíritu contendió por la predicación de Noé (1 P. 3:19, 26) y por un refrenamiento interior, pero fue imposible con la mayoría de los hombres; por tanto, Dios dice que *El no contendría para siempre*. Nótese: 1. El bendito Espíritu contiende con los pecadores por la convicción y admoniciones de conciencia para hacerlos volver del pecado a Dios. 2. Si el Espíritu es resistido, apagado, o rechazado, aunque lucha por largo tiempo, no lo hará para siempre (Os.4:17). 3. Están completando rápidamente su ruina aquellos con quienes el Espíritu de gracia deja de contender. La razón para esta resolución: Porque él también es carne, esto es, corrupción incurable, y carnal, y sensual, así que es tiempo perdido en contender con él. ¿Puede el negro cambiar su piel? *El también*, esto es, *todos*, el uno y el otro; todos ellos están sumergidos en el fango de la carne” (Commentary at Génesis 6:3). Aquí se introduce el tema completo del Juicio Divino. Ese juicio era para ser derramado sobre la situación inmediata descrita en el contexto; pero el pasaje también sirve como una amonestación de que el tiempo de gracia de Dios está restringido en su duración. “Hijos de Dios” — así llamados aquí (v. 2) y en Job 1:6 y 2:1 — pueden ser seres angelicales, probablemente los que no guardaron su dignidad. El juicio sobre ellos está escrito: “Porque si Dios no perdonó a los ángeles que habían pecado, sino que los echó en el infierno, para ser reservados al juicio” (2 P. 2:4). “Y los ángeles que no guardaron su dignidad más dejaron su habitación, los ha reservado debajo de oscuridad en prisiones eternas hasta el juicio del gran día” (Jud. 6).

Job 27:3 y 33:4. “Que todo el tiempo que mi alma esté en mí, y haya hálito de Dios en mis narices . . . El Espíritu de Dios me hizo, y el sopro del Omnipotente me dio vida.”

Estas dos escrituras presentan la vida humana como dependiendo enteramente del Espíritu Santo de Dios. En el primero, Job asemeja su propio aliento y vida a la inmediata presencia del Espíritu Santo; y en el último, Eliú, expresando la convicción de los hombres piadosos de su tiempo, asegura que él fue hecho por el Espíritu Santo.

Todos estos cinco pasajes sirven para establecer una indicación de lo que creían los hombres y lo que era verídico del Espíritu Santo desde el principio de la raza.

2. EL REVELADOR DE LA VERDAD. El Espíritu que produce y provee la palabra escrita del mismo modo produce y provee toda comunicación de Dios al hombre. En los días que precedieron a la era judaica Dios habló al hombre e indudablemente más a menudo y más libremente de lo que se descubre por lo que dicen las Escrituras. Un ejemplo notable es la verdad revelada a Enoc según se describe en el penúltimo libro de la Biblia; una revelación dada a Enoc que no se dice en el Antiguo Testamento que le haya sido dada. El pasaje dice: “De los cuales también Enoc, séptimo desde Adán, profetizó de esto diciendo: He aquí, el Señor es venido con sus santos millares, a hacer juicio contra todos, y a convencer a todos los impíos de entre ellos tocante a todas sus obras de impiedad que han hecho impíamente, y a todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra El (Jud. 14, 15). Hay que distinguir entre una cosa revelada por Dios que pide que no se proclame y una revelación de Dios que anticipa su proclamación. Dios habló a Adán, a Caín y a Noé, pero sin instrucción de ser transmitida a otros y preservada como una verdad reveladora. Pero El habló a los profetas con la esperanza de que el mensaje sería transferido a otros de alguna manera. Acerca de estas distinciones escribe Kuypers:

“Dios habló a otros, además de los profetas. Por ejemplo: a Eva, Caín, Agar, etc. El recibir una revelación o una visión no lo hace a uno profeta, a menos que esté acompañada del mandamiento de comunicar a otros la revelación. La palabra ‘nabi’, el término escritural que se traduce profeta, no indica una persona que recibe algo de Dios, sino alguien que trae algo a la gente. Por tanto, es un error conferir revelación divina al oficio profético” (*The Work of the Holy Spirit*, p. 70, citado por Walvoord en *The Doctrine of the Holy Spirit*, p. 46).

Ante la evidencia que tenemos a la mano sería razonable asumir que a los primeros miembros de la raza les fue dada una revelación muy completa. Mucho le fue dicho directamente a Adán. La diferencia del sacrificio ofrecido por Caín del que ofreció Abel

implica no sólo el conocimiento relativo al sacrificio por su parte, sino que indica que fueron incluidas características particulares en las instrucciones divinas. Los antediluvianos tenían suficiente luz que les sirviera de base para saber que el mundo de entonces habría de ser juzgado por su pecaminosidad. El libro de Job es rico en doctrina. Recientemente R. R. Hawthorne ha identificado más de cien doctrinas en el libro de Job y coleccionado los diferentes pasajes bajo sus encabezamientos doctrinales (*Biblioteca Sacra*, CI: 64 en adelante). Todo lo que Job tenía que vivir para Dios fue enteramente aparte aun de un versículo de la Palabra escrita. ¿De dónde aprendió Melquisedec para traer el pan y el vino que ofreció a Abraham? ¿Y a qué se hace referencia en Génesis 26:5 cuando dice: “Por cuanto oyó Abraham (obedeció) mi voz y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes? ¿Hasta dónde llegaba el conocimiento del propósito de Dios y del futuro cumplimiento de todas las cosas si la profecía de Enoc ha de ser considerada como una indicación de todos los conocimientos que se tenían en los días en que él vivió? Noé fue enseñado profundamente por Dios tanto en vista a la construcción del arca así como en relación al tabernáculo; de la misma manera en cuanto al mensaje que habría de predicar (no el suyo propio, sino el de Dios), porque él fue un predicador de justicia (2 P. 2:5). Todo eso caracteriza los primeros dos mil años o más de la historia humana resumida en los primeros once capítulos de la Biblia, de modo que cada aspecto de ese tiempo tenga apenas un débil reconocimiento en el Texto Sagrado; pero de lo que es revelado y de lo que puede deducirse ha de llegarse a la conclusión de que el Espíritu Santo entonces estaba activo al ayudar en las relaciones que existían entre Dios y los hombres. Los gentiles, o familias humanas originales, fueron favorecidos por el ministerio del Espíritu Santo.

II. DE ABRAHAM A CRISTO

Esta división de la obra del Espíritu es extensa ya que abarca la historia completa del judaísmo, según se consigna en las Escrituras, cubriendo toda la distancia entre Abraham y Cristo. Contempla propiamente toda la Biblia relativo a su inspiración, debido a la verdad que estos oráculos son, con escasas excepciones, dados por miembros de la raza judía (en el caso del Nuevo Testamento, no obstante, los escritores fueron cristianos, estrictamente hablando). Es de notarse también que la gran compañía de profetas hablaron siendo ‘inspirados’ (movidos) por el Espíritu Santo, y que a menudo oficiales y gobernantes estuvieron bajo la dirección del Espíritu de

Dios. El Espíritu descendió sobre los hombres para cumplir obligaciones divinamente encomendadas, alcanzando aún a tareas mecánicas y obras de arte. Especialmente es de observarse que no había provisión para, ni promesa de, la presencia del Espíritu Santo morando en la vida de ningún santo del Antiguo Testamento. Hay que ver en estas verdades uno de los aspectos de mayor distinción de la relación del Espíritu en la era Mosaica comparada con la edad presente. El término *soberano* describe mejor la relación del Espíritu al hombre de la antigüedad. El vino sobre ellos y se fue según Su buena y soberana voluntad. En ningún caso la fe de los hombres determinó los actos del Espíritu. En esta conexión se pueden citar dos pasajes: (1) Está la petición de Eliseo cuando habría de ser separado de Elías. El relato presenta al viejo profeta Elías acompañado del joven profeta Eliseo mientras caminaban juntos hacia el lugar de donde el primero habría de ser trasladado. Aquí sigue la descripción que a la letra dice: "Cuando habían pasado, Elías dijo a Eliseo: Pide lo que quieras que haga por tí, antes que yo sea quitado de tí. Y dijo Eliseo: Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí. El le dijo: Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fuere quitado de tí, te será hecho así; mas si no, no. Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino. Viéndolo Eliseo clamaba: ¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo! Y nunca más lo vió; y tomando sus vestidos los rompió en dos partes. Alzó luego el manto de Elías que se le había caído, y volvió y se paró a la orilla del Jordán. Y tomando el manto de Elías que se le había caído, golpeó las aguas, y dijo: ¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías? Y así que hubo golpeado del mismo modo las aguas, se apartaron a uno y otro lado, y pasó Eliseo (II Reyes 2:9-14). En esta narración Eliseo hace una petición a Elías de que "una doble porción" del Espíritu de Elías pudiera reposar sobre él. No está del todo determinado por este versículo que el joven profeta reconocía y solicitaba para sí el Espíritu Santo de Dios. Si él reconoció así al Espíritu Santo, su petición es inmediatamente considerada como "cosa difícil", lo que indicaría su carácter excepcional. Todavía permanece como una característica de esa edad, como una regla que los hombres no esperan recibir el Espíritu por pedirlo. (2) El segundo pasaje se encuentra en el Salmo 51:11 en donde David ora, "Y no quites de mí tu Santo Espíritu." Dos cosas son evidentes en seguida: el Espíritu Santo puede ser quitado de David, y David deseaba que la presencia y el poder del Espíritu Santo pudieran ser su porción por un período más largo a fin de poder servir bien a Israel como su rey. La evidencia es bien probada que, en

contraste a la provisión de la edad presente por la cual cada creyente es habitado por el Espíritu Santo y enteramente aparte de implorar esa presencia, en la dispensación pasada la relación del Espíritu a los hombres era soberana. Se ve la fuerza de esta verdad en el hecho de que, cuando al principio de Su ministerio de tres años y medio Cristo prometió el Espíritu Santo a quienes lo pidieran. El dijo: “Si vosotros siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos; ¿cuánto más vuestro Padre Celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidieren de El? (Lc. 11:13). Hasta donde el relato revela, ninguno de los discípulos jamás hizo tal petición. La oferta y todo lo que ella implica, evidentemente, era demasiado como una innovación por lo que era la condición de la época con relación al Espíritu y a la que estaban sujetos. Más tarde, al final de Su ministerio, Cristo dijo: “Y Yo rogaré al Padre, y El os enviará otro Consolador, que estará con vosotros para siempre; al Espíritu de verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le puede ver, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque El está con vosotros, y será en vosotros” (Jn. 14:16, 17). ¿Por qué, entonces, habría de orar así Cristo por el Espíritu si el Espíritu había sido la porción de los santos ya en aquella dispensación? Se observará que la porción que aquí estamos considerando sólo tiene que ver con el hecho de que la relación del Espíritu a los Santos del pasado era *soberana*. Los hombres de ese tiempo que eran discípulos de Cristo no actuaron como si hubieran estado preparados para tan gran privilegio, esto es, que el Espíritu Santo podría reclamarse pidiéndolo tan solamente. Nótese también que la presente bendición inmensurable de la indefinida habitación del Espíritu Santo se debe a la petición de Cristo y no a la súplica de persona alguna sobre la tierra. Cada referencia a la presencia del Espíritu y a Su obra en esta edad, especialmente esas referencias relacionadas con su introducción que publican y revelan el nuevo orden y carácter de esto, implica un plan enteramente nuevo para el cristiano, que provee la misma presencia y poder del Espíritu Santo en la vida de cada creyente. Estas implicaciones constituyen una indicación muy importante de la relación que el Espíritu sostenía con los santos de la antigüedad. La interpretación —por cierto muy común— que supone que los santos del Antiguo Testamento estaban en el mismo terreno de privilegios que tienen los creyentes de esta dispensación, posiblemente se debe sólo a una imperdonable falta de atención a la revelación que se ha dado sobre este punto.

Del ministerio actual del Espíritu Santo relacionado al creyente —regeneración, morada o ungimiento, bautismo, sello y llenura— a la verdad nada se dice con respecto a que los santos del Antiguo Testamento hayan experimentado algo de esto, con excepción de

pocos ejemplos bien definidos, en donde se dice que algunos individuos fueron llenos del Espíritu. Les son conferidas estas bendiciones a los santos del Antiguo Testamento solo teóricamente y sin el apoyo bíblico, por los que leen de las bendiciones del Nuevo Testamento anunciadas en el Antiguo —un error igualado, en cuanto al peligro de la sana doctrina, sólo por su contraparte, del que lee las limitaciones del Antiguo Testamento citadas dentro de las porciones del Nuevo con el designio de presentar el nuevo propósito divino en la gracia.

Con respecto a la regeneración, evidentemente, los santos del Antiguo Testamento fueron renovados; pero como no hay una enseñanza doctrinal definida relativa a la extensión y carácter de esa renovación, no se puede hacer declaración positiva alguna. En su aspecto nuevotestamentario la regeneración se provee por el impartimiento de la naturaleza divina; la persona regenerada así viene a ser del mismo linaje de Dios, un heredero de Dios y coheredero con Cristo. Resulta ser un miembro de la casa y familia de Dios. Si ha de observarse la primera regla de interpretación, la que restringe cada verdad doctrinal a la porción exacta de la Escritura a que pertenece, no se puede demostrar que esta renovación espiritual conocida por los del Antiguo Testamento, cualquiera que pudiera haber sido su carácter, resultaba en la impartición de la naturaleza divina, una verdadera filialidad, un coheredero con Cristo, o el ser colocado dentro de la casa y familia de Dios. Ese es el caso de Nicodemo, un santo perfeccionado bajo el judaísmo, siendo repetido en la experiencia de cada judío que pasó del viejo orden al nuevo. Cristo dijo a Nicodemo: “Si no nacieres de nuevo”, y este imperativo fue muy significativo. No fue dirigido a uno de la clase más baja de la sociedad judaica, sino a uno de sus gobernantes, que podría servir como supremo ejemplo a todo el que entrara en la realidad que proveía el judaísmo. Nicodemo, como Saulo de Tarso, pudo haber sido clasificado como “un hombre justo” ante la Ley Mosaica; pero para él el declarar que había sido justificado a base de una justicia imputada, por el hecho de haber sido puesto en Cristo por el Espíritu Santo, es afirmar en verdad, que no tenía fundamento, de otro modo él no hubiera tenido necesidad u ocasión de nacer de “arriba”. Debe estimarse el silencio de Dios relativo a qué constituye a uno *un hombre justo* de acuerdo con las demandas mosaicas. El naturalmente persistía en la confianza de que la justicia que es en la ley, irreprochable, si acaso hubiere provisto el sacrificio requerido; pero su verdadero estado con Dios en gran manera era determinado por el hecho de que él había nacido dentro de un pacto con el que estaba relacionado. En vano se buscará en el Antiguo Testamento el

relato de judíos que pasaron del estado de no salvos al de salvos, o de alguna declaración acerca de términos sobre los cuales tal cambio se asegurase. En otras palabras, su pacto nacional en vigencia era una tremenda ventaja espiritual; pero no puede ser justamente comparado con el actual estado del creyente que es justificado y perfeccionado para siempre, habiendo recibido *la plenitud* de la Divinidad a través de la unión vital con Cristo.

1. MORADA. Con respecto a la morada del Espíritu en los santos del Antiguo Testamento, se ha afirmado ya que el Espíritu venía y partía, de acuerdo con Su soberana relación a los hombres de la antigüedad. Su venida a ellos era para un propósito específico, como en el caso de Bezaleel únicamente para darle habilidad (sabiduría) en su trabajo como un artesano y eso, limitado a la construcción del tabernáculo. El concepto de la morada interior del Espíritu Santo por lo que el creyente ahora llega a ser un templo inalterable del Espíritu Santo, pertenece sólo a esta era de la Iglesia, y no tiene lugar en las provisiones del judaísmo.

2. BAUTIZO. De todas las funciones presentes del Espíritu Santo, ninguna es tan radicalmente extraña al Antiguo Testamento como el bautismo del Espíritu. El Antiguo Testamento nada sabe del cuerpo de Cristo, ni de la Cabeza de la Nueva Creación en el Cristo resucitado. Los hombres eran *justos y justificados* en su relación a la Ley de Moisés; pero ninguno tuvo la justicia de Dios imputada a base de una fe sencilla, excepto Abraham, quien fue tan evidentemente señalado y levantado por Dios para anticipar e ilustrar (comp. Romanos y Gálatas) la doctrina del Nuevo Testamento de la justicia imputada; así sólo de Abraham dijo Cristo: “Abraham se regocijó viendo mi día, y lo vio y se alegró” (Jn. 8:56).

3. SELLO. Otra vez, ninguna idea similar se descubre en el Antiguo Testamento. El “vínculo del pacto” era lo que ataba al judío a Jehová y esos lazos fueron reconocidos perfectamente por Jehová mismo; pero eso está muy lejos de el sello del Espíritu para el día de la redención (comp. Ef. 4:30).

4. LLENURA. La llenura del Espíritu Santo es común en ambos Testamentos; así mismo, su expresión equivalente, *el Espíritu vino sobre*; pero como la llenura del Espíritu Santo es hasta el fin para que todo el propósito de Dios en determinado objetivo pueda ser cumplido, es importante descubrir en cada caso para qué cosa precisamente estaba designada esa llenura. En el caso de los hombres de los tiempos del Antiguo Testamento el Espíritu Santo vino sobre ellos o los llenó para que pudieran efectuar algún trabajo particular, objetivo que pudo haber abarcado todo su campo de actividad, o haber estado restringido a un solo asunto. Contra todo esto, se verá

que el propósito divino en la llenura según se asegura en el Nuevo Testamento, es el más grande e ilimitado ministerio del Espíritu manifestado en cada aspecto de la vida del creyente —sus conflictos, sus victorias y sus logros. Como se ha indicado antes, se dice que el Espíritu vino sobre Bezaleel. También descendió sobre Balaam, Samsón, Saúl, el profeta Azarías y Ezequiel; y, al considerar las cosas que fueron hechas a través de esta relación, se verá que la presencia del Espíritu no fue determinada por cualidades morales o espirituales en los que así fueron bendecidos; por el contrario, como se enseña claramente en el Nuevo Testamento la llenura del Espíritu depende ahora de un ajuste completo a Su mente y Su voluntad.

En cada consideración del problema de la salvación de los santos del Antiguo Testamento, sería bueno recordar que en su forma completa, todo Israel aún será salvo cuando el Libertador venga de Sion (comp. Ro. 11:26, 27), y esto incluye a hombres de las dispensaciones Abrahámica y Mosaica que serán levantados para el juicio específico de Israel y, si son aceptados, para entrar en Su reino terrenal; más todos aquellos que sean rechazados serán excluidos y condenados en dicho juicio. Cualquier salvación realizada en tiempos del Antiguo Testamento fue operada por el Espíritu, tal como en el Nuevo Testamento el Espíritu es el Ejecutivo de todas las Obras de Dios.

Los “hombres santos de Dios” que escribieron las Escrituras del Antiguo Testamento fueron movidos por el Espíritu Santo (2 P. 1:21). Esa influencia sobre estos santos hombres representa una empresa divina muy distinta y forma una gran parte de la doctrina del Espíritu Santo como se encuentra en el Antiguo Testamento. Los profetas hablaron por el poder divino, ya sea que su mensaje haya o no quedado en forma escrita. Los profetas eran mensajeros de Dios al pueblo y sus declaraciones, si fueron decretadas por Dios fueron cumplidas por el poder del Espíritu Santo. De este modo el hecho de la revelación por el Espíritu y su doctrina afín de la inspiración están incluidas en la lista de las obras del Espíritu Santo en su relación con el pueblo judío. La declaración de que “toda escritura es inspirada divinamente” se refiere en primer lugar al Antiguo Testamento y estos Oráculos de Dios son dados casi enteramente por autores judíos. Israel le dio al mundo ambas cosas, la Palabra escrita y la Palabra Viviente. Sobre la magnitud de la inspiración el Dr. Juan F. Walvoord ha escrito:

“Un examen de los relatos del Antiguo Testamento revelará todo tipo de literatura: Historia, poesía, drama, sermones, historias de amor y el discernimiento intelectual de los pensamientos devocionales de los escritores. Es altamente significativo el que la inspiración se proyecte sobre toda esta clase de

literatura, sin reparar en el origen o el conocimiento expresado en el escrito. Naturalmente se presenta la pregunta concerniente a la relación de la inspiración a varias porciones de la Escritura. Todo intento por sondear lo sobrenatural está condenado al fracaso. El hombre no tiene el criterio para juzgar aquello que trasciende a nuestra experiencia. Sin tratar de explicar la inspiración se puede emprender un examen de su aplicación. A lo menos se pueden observar siete tipos de operaciones en la obra de la inspiración.

(1) *El Pasado Ignoto*. Ocasionalmente las Escrituras hablan con autoridad con respecto al pasado con tales detalles y sobre tales temas que serían desconocidos para el hombre. En los primeros capítulos del Génesis por ejemplo, Moisés pinta eventos ocurridos antes de la creación del Hombre, y por tanto más allá de toda conexión posible con la tradición. En Isaías y Ezequiel se hace referencia a eventos ocurridos en el cielo, fuera de la esfera del conocimiento humano y anterior a su creación. Es evidente que estas narraciones demandan tanto una revelación relativa a los hechos así como la obra del Espíritu Santo en la inspiración para garantizar su apropiada declaración. Algunos han expresado la idea en relación a los relatos de la creación de que éstos son similares en muchos detalles a las historias paganas de la misma. Es posible que la revelación haya sido dada con antelación a la data de las Escrituras sobre el tema de la creación, y que los hombres hayan agregado a, y alterado esta revelación al formar sus relatos no escriturales. La existencia de otros relatos de ella y puntos de similitud de éstos con las Escrituras en ningún modo afecta la inspiración del Génesis. El que Moisés haya o no usado documentos no tiene fuerza en la redacción de las Escrituras. Sea que se usaran documentos o bien que haya habido conocimientos de ideas paganas de la creación, o ya que la tradición hubiera contribuido con alguna verdad sobre el tema, la obra de la inspiración fué necesaria en cualquier evento para distinguir la verdad del error y para incorporar en el relato todo lo que fuera verdad, y omitir todo lo que fuera falso. Sin lugar a duda, la fuente primaria de información fue la revelación directa, y los documentos, si hubo algunos, y tales relatos tradicionales, como pudieron haber sido conocidos por Moisés, fueron absolutamente incidentales.

(2) *Historia*. Una gran parte del Antiguo Testamento se ajusta a la norma de la historia. En tales secciones el escritor está hablando acerca de eventos conocidos para muchos y concerniente a lo que otros documentos seculares pudieron haber registrado. En muchos casos el escritor está tratando con eventos contemporáneos en los que el elemento de la inspiración está prácticamente ausente. ¿Cómo puede decirse que opera la inspiración en tales Escrituras? Como en toda Escritura la inspiración nada tiene que ver con la fuente de los hechos sino únicamente con la exactitud de lo afirmado. En el relato de la historia el Espíritu Santo guió a los escritores en seleccionar los eventos que debían asentarse, la declaración propia de la historia en los eventos, y en la omisión de todo lo que no habría de ser incluido. El resultado es un relato exacto, infalible, de lo que sucedió, con énfasis en los eventos importantes para la mente de Dios.

(3) *Ley*. Ciertas porciones del Antiguo Testamento consisten en leyes que gobiernan varias fases de la vida individual y nacional. Esta clase de escritura se encuentra sobre todo, en el Pentateuco, en donde la ley es revelada en tres divisiones mayores: los mandamientos, que gobiernan la vida moral del pueblo; las ordenanzas, para gobernar su vida religiosa; y los juicios, que tratan de la vida social. En ciertos casos la ley consistía en mandamientos dados por medio de dictados, leyes que en cada detalle retenían la característica de haber sido

dictadas por Dios. En otros casos Moisés ordena al pueblo como profeta de Dios, y les da mandamientos que difícilmente puede interpretarse que se le hayan encomendado por medio del dictado; con todo, estos mandamientos tienen la misma fuerza que otros mandamientos. La inspiración opera en los escritos de toda ley en las Escrituras a fin de que las leyes expresen perfectamente la mente de Dios para el pueblo al que le son dadas. Dichas leyes son preservadas de error e incluyen todo lo que Dios desea mandar en ese tiempo. Las leyes son autoritativas y son una base apropiada para todo asunto a que conciernen.

(4) *Dictado*. Como se ha insinuado anteriormente, algunas porciones de la Palabra de Dios son citas directas de los mandamientos divinos y sus revelaciones. ¿Cómo opera la inspiración bajo estas circunstancias? La inspiración garantiza que los mandamientos y revelaciones recibidas de Dios son apropiadamente registradas y en la forma exacta como Dios quiere. Por su parte, Dios habla en el lenguaje del que escribe, usando su vocabulario y dando su mensaje en tal manera que natural o sobrenaturalmente el escritor puede recibir y registrar el mensaje de Dios. En tales porciones las particularidades del escritor son probablemente poco notables. El dictado, no obstante, no sería visto con tanta más autoridad que otras porciones de las Escrituras, aun el relato fiel del pecado humano y la repetición del discurso humano que puede no ser verdadero. La inspiración agrega al relato la estampa de un registro infalible, justificando al lector el aceptar las Escrituras con toda confianza.

(5) *Literatura Devocional*. Uno de los problemas intrincados de la inspiración es el de relacionar su operación a la escritura de la literatura devocional del Antiguo Testamento, de la que los Salmos son la mayor parte. ¿La inspiración garantiza meramente el cuadro adecuado de lo que los escritores sintieron y pensaron, o hizo más que eso? En el caso del registro del discurso humano la inspiración no necesariamente certifica la veracidad de lo que se dice. Por ejemplo, en el relato de la tentación, se registra lo que dijo Satanás, 'Ciertamente no morirás' (Gn.3:4). La inspiración garantiza la exactitud de esta cita de las palabras de Satanás; pero eso no hace que sus palabras sean verdad. En el caso de los salmistas, que fueron hombres sujetos al pecado y al error, cuyas experiencias y pensamientos no fueron necesariamente exactos, la inspiración ¿hace más que darles un registro fiel a sus escritos? La respuesta al problema se encuentra en los salmos mismos. Un examen de su contenido revelará que Dios no sólo produjo un registro inspirado de sus pensamientos para ser escritos, sino que obró en sus pensamientos y en sus experiencias, resultado en que ellos revelaron a Dios, retratando la verdadera adoración del corazón, el oído atento de Dios a la oración, el gozo del Espíritu, la carga de pecado y aun profetizaron de eventos futuros. Así David, en su propia experiencia en la que realizó la presencia de Dios, habla de Su bondad, su alabanza que trasciende los límites de su propia experiencia a la del máximo David, el Señor Jesucristo. El se regocija, diciendo: 'Alegróse por tanto mi corazón y se gozó mi gloria, también mi carne reposará segura; porque no dejarás mi alma en el seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción' (Sal.16:9,10). Mucho de lo que dijo David se aplicaba a sí mismo. El podía decir que su corazón estaba alegre, que su carne descansaría en esperanza. David sabía que su alma no quedaría para siempre en el seol. Pero cuando dijo que su cuerpo no vería corrupción, él claramente había traspasado su propia experiencia y estaba revelando la de Cristo. Pedro afirmó este hecho en el sermón el día de Pentecostés (Hch.2:25-31), y señaló la diferencia entre David y Cristo. Por tanto, se puede decir que la inspiración consiste en mucho más que registrar los pensamientos devocionales. Mientras que el proceso es

inescrutable, la inspiración hizo que se efectuara un registro exacto de los pensamientos de los escritores, siendo tales escritos preparados por la providencia divina. No todo lo que experimentaron los escritores fue incorporado en las Escrituras. La inspiración fue selectiva. Como describe tan bien Warfield: 'O considerar cómo un salmista estaría preparado para poner en verso activo un trozo de su experiencia religiosa formativa: cómo habría nacido con la precisa y justa cualidad de sensibilidad religiosa, de padres a través de los cuales recibiría la correcta inclinación hereditaria, y de quienes él adquiriría precisamente el ejemplo y disciplina correctos en circunstancias de vida en las que las tendencias religiosas se desarrollaran exactamente en sentido contrario; cómo fue él conducido a través de correctas experiencias a fin de despertar en él las emociones precisas de su llamamiento para expresarlas y, finalmente, sería puesto dentro de las precisas exigencias que lo forzarían a expresarlas,' (*International Standard Bible Encyclopaedia*, s. v. Inspiration, p. 1481). Mientras no se confundan la preparación providencial con la inspiración, se puede ver que con preparación providencial la inspiración de la literatura devocional del Antiguo Testamento cobra la naturaleza del registro de la revelación; no revelación por la voz de Dios, sino revelación por el conocimiento de Dios en el corazón humano.

(6) *El Mensaje Profético Contemporáneo*. Mucho de lo registrado como mensaje de un profeta tenía que ver con las necesidades inmediatas de su propia generación. El llevaba para ellos un mensaje de amonestación de parte de Dios; los exhortaba; dirigía sus ejércitos; les seleccionaba sus líderes; en múltiples necesidades del pueblo, por sabiduría divina, el profeta era el instrumento de revelación. En este aspecto del ministerio profético, indudablemente la Escritura registra sólo pequeñas porciones. Se da el relato sólo en beneficio de su importancia histórica, y para constituir un ejemplo viviente para la posteridad. ¿Cómo se relaciona la inspiración con este aspecto de la Escritura? Como en el caso de otros tipos de la Escritura, la inspiración es, antes que todo, selectiva. En la producción de la Escritura el escritor es guiado para incluir y excluir de acuerdo a la mente de Dios. La inspiración garantiza que lo registrado es exacto, dando al mensaje del profeta el carácter de infalibilidad. Esto es verdad aun en el caso de los pocos hombres impíos que profetizaron y que fueron guiados a hacerlo por Dios mismo. La obra de la inspiración en este tipo particular de la Escritura es similar a esa forma de operación al registrar la historia en sentido más amplio, escribiendo la historia, guiándose en la selección y relatos de la misma, y en el caso de la profecía, guiándose en la selección y declaraciones del mensaje y hechos de Dios a través de sus profetas.

(7) *Profecías del Futuro*. En la naturaleza de la profecía frecuentemente tomó el aspecto de predecir eventos futuros. Advertía de amenazas de juicio, y en medio de experiencias de castigos, pintaba la gloria y liberación que vendrían con el Mesías. Aproximadamente una cuarta parte del Antiguo Testamento está en forma de predicción. ¿Tiene la inspiración una relación peculiar con esta forma de profecía? La mayor parte de las Escrituras del Antiguo Testamento fue comprendida por los escritores. Ellos podían apreciar mucho de los salmos. Lo que ellos escribieron pasaba por sus pensamientos en sumo grado y al alcance de su comprensión. La introducción de la profecía predictiva, no obstante, trae a la escena la declaración de eventos futuros que no fueron comprendidos. Los profetas mismos confesaron que no siempre entendían lo que escribieron. Como escribe Pedro: 'Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando

qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellas' (1 P.1:10,11). La obra de la inspiración en la profecía predictiva es probablemente más evidente que en otro tipo de la Escritura. Aquí, a la verdad, la sabiduría humana no fue de valor y se demandaba exactitud de la más fina clase. Aquí puede ser probada la inspiración más severamente que en cualquier otro campo, y el testimonio de la profecía cumplida le da su voz conclusiva a la obra del Espíritu Santo que fue la causa de su escritura. La profecía predictiva requirió la revelación de Dios de tal manera que la inspiración pudiera animarlos a escribir revelando el eterno propósito y la soberana voluntad de Dios. Las visiones y los trances juegan un papel importante en algunas revelaciones de eventos futuros, y el poder de Dios a través del Espíritu Santo fue especialmente evidente.

Mientras se puedan ver aspectos distintivos de las operaciones del Espíritu Santo correspondientes a los varios tipos de Escritura, se puede llegar muy bien a la conclusión de que escritos del Antiguo Testamento. En toda ella el Espíritu guió, incluyendo al falso, abarcando todo lo que la mente de Dios dirigió, dando a la revelación adecuada presentación; a la historia, propósito en la selección y hechos auténticos; a la experiencia providencialmente dirigida, confidencial relato de los tratos de Dios con los corazones de sus siervos; a la profecía, ya un mensaje contemporáneo o bien predictivo, la exactitud infalible que la hizo la norma apropiada en donde pueda acogerse la fe. La obra de la inspiración no fue efectuada por una fuerza impersonal, por una ley de la naturaleza o por la providencia sola; sino por el Espíritu Santo inmanente, obrando en los corazones y negocios de los hombres, no sólo reveló la verdad divina, sino que produjo la escritura del Antiguo Testamento, el documento más admirable que jamás viera la luz del día, llevando en sus páginas la inequívoca evidencia de que las manos que las escribieron fueron guiadas por el inamovible, infinitamente sabio e infalible Espíritu Santo." —*The Doctrine of the Holy Spirit*, pgs. 64-70.

CAPITULO VI

EL CARACTER DISTINTIVO DE LA PRESENTE ERA

Como introducción al vasto tema de la relación del Espíritu Santo a la Era Presente —tema que ocupa lo que resta de este volumen— sería bueno indicar los cuatro períodos de tiempo que marcan las actividades del Espíritu Santo a través de toda la historia de la humanidad: (1) En el Antiguo Testamento, como se ha indicado anteriormente, la relación del Espíritu en las primeras edades fue soberana. El descendió sobre quien El quiso y para tales propósitos según Dios determinaba; y salía de ellos tan libremente como había venido, habiendo realizado sus designios. Si El llegaba a morar con un rey o con un profeta, fue únicamente porque el hecho de tal morada fue para un propósito inmediato de Dios, de aquí que no en conformidad a cierta característica de una edad de universal e inquebrantable permanencia así de hombres buenos como de útiles. En este primer período como ya se ha afirmado, se ha visto al Espíritu Santo como Creador, como el poder motor obrando en ciertos hombres que cumplieron un propósito específico de Dios, y como el autor de las Escrituras. (2) El período de transición, desde el principio del ministerio terrenal de Cristo al encarnarse hasta la predicación del Evangelio a los gentiles en la casa de Cornelio (Hch.10:44). Este período sigue estos pasos: el Espíritu Santo fue ofrecido por Cristo a todo aquel que se lo pidiera (Lc.11:13); El prometió rogar para que el Espíritu pudiera venir a ser un morador, presente interiormente en los suyos (comp. Jn.14:17,18); después de Su resurrección El sopló sobre ellos el Espíritu (Jn.20:22); ellos habrían de quedar en Jerusalén hasta ser investidos del poder del Espíritu (Lc. 24:49); el Espíritu descendió el día de Pentecostés como se había profetizado, tiempo en que los creyentes judíos (todavía el Evangelio estaba restringido a sólo los judíos en ese tiempo) fueron reunidos en un solo cuerpo espiritual (Hch.2:47); la dádiva del Espíritu Santo fue precedida por la imposición de las manos apostólicas en Samaria (Hch.8:14-17; comp. He.6:2), y el Espíritu descendió sobre los gentiles creyentes en la casa de Cornelio (Hch.10:44). Mucho de lo que sucedió en esta situación de transición llegó a ser permanente; pero la condición de la última Edad de recibir el Espíritu Santo, como lo había indicado Cristo en Juan 7:37-39, no

se estableció sino hasta que los gentiles fueron recibidos en el mismo cuerpo espiritual con los creyentes judíos. No hay registro alguno respecto a imposición de manos en la casa de Cornelio. Indudablemente esta experiencia marcó el principio de un nuevo y permanente orden para la Era actual. La más grande revelación bíblica con relación a las empresas del Espíritu Santo, no estará fuera de lugar aquí mas que asegurar que en este período se desarrolla la nueva realidad completa de que el cristiano tiene como su responsabilidad y servicio en su vida, vida y servicio que han de ser operados por el Espíritu Santo en respuesta a una fe permanente. (4) La era del Reino. Otra vez, a fin de evitar la repetición, este tema que ha constituido el objeto de páginas anteriores a este volumen (cap. IV) no se desarrollará aquí. Se recordará, no obstante, que todavía resta una edad entera de empresas específicas y benéficas por parte del Espíritu Santo; Edad que todavía es futura.

La Edad presente, que se extiende desde la primera venida de Cristo hasta Su regreso por los suyos, en algunos aspectos es distinta de los otros períodos de tiempo que ya se han estudiado.

I. UNA INTERCALACION

La Era misma es una intercalación extraña a todas las predicciones del Antiguo Testamento. Estas predicciones antiguotestamentarias trazan el curso y destino final del pueblo de Israel, de las naciones, de los ángeles y de la tierra Prometida; pero cada una de estas líneas de profecía pasan sobre la era presente del llamamiento de la Iglesia, como si no existiera. Como fundamental, se apoya en una comprensión correcta de toda la profecía bíblica, y así que, la presente dispensación no sólo no está prevista por los antiguos profetas (comp. 1 P.1:10,11), sino que no está del todo relacionada con lo que ya fue ni con lo que será.

II. UN NUEVO PROPOSITO DIVINO

Esta Era también es distintiva siendo, como lo es, el producto de un nuevo propósito divino en su totalidad, por ejemplo, la cosecha [ἐκκλησία] tanto de judíos como de gentiles, de un pueblo celestial, el cuerpo y la esposa del Cristo resucitado y glorioso, que por el poder transformador divino no sólo será calificada para residir en el alto cielo, sino que será calificada así mismo para estar asociada eternamente con las personas de la bendita Trinidad. La Esposa satisfará todo el ideal del Esposo por toda la eternidad. Nada sino una empresa de carácter divino, infinita, puede perfeccionar esta

obra. El propósito de esta Edad incomprensible señala esta dispensación como única y sin relación a ninguna otra era de la historia humana pasada o futura. En su intento de unir las edades alrededor de un supuesto pacto de gracia divina y de mezclar la presente dispensación con las otras dentro de una secuencia ininterrumpida, los teólogos han perdido la fisonomía característica de este período y, por lo tanto, han fallado en poder ver la posición sobresaliente y gloria de la Iglesia desligada históricamente de las otras edades, como el cuerpo y la Esposa de Cristo.

III. UNA ERA DE TESTIMONIO

Esta edad es peculiarmente una era de testimonio. Israel como una nación fue portador de un testimonio concerniente al Dios único, Jehová, a las gentes de la tierra; pero ellos no tenían un evangelio qué predicar, ninguna gran comisión como la de la Iglesia, ni tampoco sostuvieron una empresa misionera. Aun Cristo, cuando se limitó a su ministerio para Israel (comp. Ro.15:8) en Sus tempranos días de labor, dijo de Sí mismo: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt.15:24), y cuando envió a Sus discípulos con Su mensaje de paz a Su propio pueblo, les mandó de no ir a los gentiles, ni entrar en ciudades de samaritanos, sino “antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt.10:5,6). Con respecto al ministerio a solo Israel, Cristo no dio instrucciones sobre el significado del mensaje que habrían de impartir, bien comprendido como lo era del punto de vista del Antiguo Testamento, aunque entró en detalles minuciosos relativos a la manera de introducirse entre un pueblo todavía rebelde (comp. Mt.10:1-42). Contra todo esto está el último mandamiento de que estos mismos discípulos irían a todo el mundo y predicar una innovación tal como dar el evangelio a toda criatura, como un testimonio para El mismo en Su nuevo carácter de un crucificado y resucitado Salvador. Este sorprendente y trascendente contraste no pasaría inadvertido. El había comparado la empresa de esta edad con un sembrador que salió a sembrar, no a cosechar. De modo similar, el Apóstol declara que “la palabra de la reconciliación nos ha sido encomendada” (2 Co.5:18,19). En la edad futura no habrá necesidad de un evangelio, al menos para Israel, diciéndoles “Conoce al Señor”, porque todos le conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande (Jer.31:34). Por lo tanto, se hace evidente que la edad presente, limitada como lo está por los dos advenimientos de Cristo, es distintiva en que es una edad de testimonio, hasta los fines de la tierra, de la gracia salvadora provista mediante la muerte y resurrección de Cristo.

IV. EL LETARGO DE ISRAEL

Ahora Israel está dormido y todo lo relacionado con sus pactos y promesas está suspenso. Para ellos —no como una nación, sino como individuos— el privilegio de salvarse para la gloria celestial al par que los gentiles, se extiende a este día del propósito celestial de Dios. Ningún pacto judaico se está cumpliendo al presente; ellos están “esparcidos”, “desollados”, “quebrantados”, y aun serán aborrecidos de todas las naciones” por amor del nombre de Cristo. Esta es la edad peculiar en la que “no hay diferencia” entre judío y gentil, aun cuando en los tiempos pasados Dios mismo había instituido la más drástica distinción entre estos dos pueblos.

V. CARACTER ESPECIAL DEL MAL

El mal alcanza un carácter especial en la era presente. Varias razones explican el hecho de que el Apóstol escribe de que éste es un “siglo malo” (Gá.1:4). (1) Cristo describe el carácter perverso de este período en conexión con las siete parábolas de Mateo capítulo 13. En esta descripción El habla de la influencia del mal en relación a la caída de la semilla, la cizaña, las aves y la semilla de mostaza, la levadura en la harina, y los peces malos. Es evidente que Su propósito fue el de asignar un nuevo, y hasta aquí, inusitado carácter al mal según aparece en esta edad. (2) De modo semejante, el Apóstol afirma que hay una forma de misterio del mal en esta edad que había empezado a obrar aun en sus días mismos (2 Ts.2:7). (3) A los creyentes se les advierte para sostener una lucha contra el mundo, la carne y el diablo. Sin duda que el mundo y la carne ejercieron una mala influencia en las edades pasadas. En Efesios 6:10-12 se da una revelación especial, no obstante, en la que se muestra un conflicto peculiar a esta edad que existe entre el creyente y Satanás. (4) Satanás mismo ostenta el título de “dios de este siglo” (2 Co.4:3,4). (5) Así también, el conflicto específico de “los últimos días” de la Iglesia sobre la tierra presenta una nueva forma de maldad en el mundo. Y (6) El reclamo de Cristo sobre la fe del hombre a través de Su muerte y resurrección apremia a toda alma a dar una respuesta razonable y por lo tanto, crea la posibilidad de un pecado nuevo y sin precedente —el pecado de la incredulidad en el Salvador.

VI. UNA ERA DE PRIVILEGIO PARA EL GENTIL

De acuerdo con una verdad totalmente propia de esta edad, los gentiles tienen el privilegio de entrar en el sublime propósito divino y

en la gloria. Su estado ante Dios en los siglos pasados se describe en Efesios 2:12: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.” Su estado ante Dios en la era del Reino Venidero está, asimismo, clara y plenamente predicho, según se encuentra en Isaías 14:1,2; 60:12. Estos pasajes dicen: “Porque Jehová tendrá piedad de Jacob y todavía escogerá a Israel y los hará reposar en su tierra; y a ellos se unirán extranjeros, y se juntarán a la familia de Jacob. Y los tomarán los pueblos, y los traerán a su lugar; y la casa de Israel los poseerá por siervos y criadas en la tierra de Jehová; y cautivarán a los que los cautivaron, y señorearán sobre los que los afligieron”. . . “Porque la nación o el reino que no te sirviere perecerá, y del todo será asolado.” En el juicio de las naciones como se describe en Mateo 25:31-46, ciertas naciones van a entrar en el reino preparado para ellas desde antes de la fundación del mundo; pero en esta relación y posición ellos tienen que conformarse a las restricciones establecidas en las Escrituras citadas en este párrafo de Isaías. De la comparación de las edades pasadas y futuras se saca en claro que la era actual ha sido señalada como una de privilegio peculiar y de ventaja para los gentiles.

VII. LA OBRA GLOBAL DEL ESPIRITU

Aun más evidente de lo que precede es la verdad de que la era presente es una en la que el Espíritu Santo ejerce una influencia sobre la humanidad entera, y especialmente sobre los salvos y los que, según el propósito eterno de Dios, aún han de ser salvos. Como por esta última compañía, el Apóstol escribe que son los “que conforme a Su propósito son llamados” (Ro.8:28-30). Esta séptima característica de la era presente no sólo concluye el resumen expuesto en este capítulo, sino que señala el más importante distintivo de toda la doctrina del Espíritu Santo.

CAPITULO VII

LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO EN EL MUNDO

A causa de las extensas actividades del Espíritu Santo esta presente era justamente ha sido designada como la *dispensación del Espíritu*. Un bien balanceado trato de la Persona y la obra del Espíritu Santo tal como se exhiben en la Biblia descubrirá el hecho de que al menos noventa por ciento del material que entra en el estudio de la Neumatología se encuentra en esos pasajes de las Escrituras que la relacionan a la era de la gracia. Esta misma porción necesariamente está reflejada de manera extensa en las páginas de este volumen. Este extenso estudio será seguido bajo tres divisiones generales. (1) El Espíritu como el Controlador del *Mundo Cósmico*, (2) el Espíritu como el que Redarguye a los pecadores, y (3) el Espíritu en relación con el creyente. Las primeras dos divisiones serán consideradas en este capítulo.

I. EL CONTROLADOR DEL MUNDO COSMICO

Aunque sólo un pasaje se encuentra que habla sobre la obra controladora del Espíritu Santo, el alcance de los eventos involucrados es tal que requiere una seria consideración. Contempla el gobierno divino sobre las fuerzas del mal que operan en el mundo a través de toda la edad presente. El pasaje, aunque un tanto velado, no ha sido interpretado de manera uniforme. Dice así: “Nadie os engañe de ninguna manera, porque aquel día no vendrá sin que venga antes la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el Espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de Su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de

iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tes. 2:3-10). Pocos pasajes presentan más verdades vitales concerniente al futuro, que éste. Después de haber declarado el hecho de que el día del Señor — el reino de mil años con todos sus juicios introductorios (no el día de Cristo, como en la Versión Americana) — no puede venir sin haber experimentado la apostasía final y haya aparecido el hombre de pecado, quien aquí se identifica, como en cualquiera otra parte, por su perversa asunción de las prerrogativas de la Deidad (comp. Ez. 28:1-10). El misterio de esa iniquidad que él lleva a cabo dio principio en los días del Apóstol y hubiera sido consumada en tiempo más temprano si esa iniquidad, provocada por Satán no hubiera sido restringida. El que impide continuará restringiendo, hasta que El, el que impide, sea quitado de en medio. Entonces aquel impío será revelado, y no antes. Pero, ¿quién es El que impide? La noción de que es la Iglesia misma es corregida en seguida por la declaración de que El que impide es una persona, porque la identificación es de uno que puede ser designado con el género masculino. Así mismo, la declaración de que esta persona es Satanás es insostenible, ya que no se puede decir que Satán se restringe a sí mismo. Que el que Impide está cumpliendo una tarea estupenda, sobrenatural Lo clasifica en seguida como uno de la Deidad; y aunque el Espíritu Santo es el agente activo de la Trinidad en el mundo en toda esta dispensación, es una conclusión bien establecida que el que Impide es el Espíritu Santo de Dios. Alguna porción de este impedimento es, sin duda, efectuada a través de la Iglesia, que es el templo del Espíritu (comp. 1 Cor. 6:19; Ef. 2:19-22). Basándose en este pasaje el Dr. C. I. Scofield afirma: “El orden de los eventos es: (1) La obra del misterio de iniquidad bajo la restricción divina que ya había principiado en el tiempo del Apóstol (v. 7); (2) La apostasía de la Iglesia profesante (v. 3; Lc. 18:8; 2 Ti. 3:1-8); (3) La remoción de lo que impide el misterio de iniquidad (vs. 6, 7). El que impide es una persona — “El” y desde que un misterio siempre implica un elemento sobrenatural (Mt. 13:11, nota), esta Persona no puede ser otra que el Espíritu Santo en la Iglesia, que ha de ser ‘quitada de en medio’ (v. 7; 1 Tes. 4:14-17); (4) La manifestación del inicuo (vs. 8-10; 7:8; 9:27; Mt. 24:15; Ap. 13:2-10); (5) El regreso de Cristo en gloria y la destrucción del inicuo (v. 8; Ap. 19:11-21); (6) El día de Jehová (vs. 9-12; Is. 2:12, *referencia*)” *Biblia Anotada de Scofield*, p. 1229.

Claramente se implica el hecho de que no habiendo en el mundo impedimento alguno a la ola de iniquidad, ésta se elevaría a incomprensibles alturas. Esta conclusión concuerda con la declaración bíblica de que el corazón humano es no sólo

“desesperadamente malo” en sí mismo, sino que está bajo el dominio de Satanás (Jer. 17:9; Ef. 2:2, 3). En contra de esta evidencia el hombre ha alegado que él es fundamentalmente correcto y necesita únicamente cultura, educación y refinamiento. La hora en que el que al presente impide sea quitado de la tierra demostrará la veracidad de la Palabra de Dios con respecto a la corrupción del corazón humano. No es necesario imponer nada sobre la humanidad caída para que la gran tribulación se establezca: esa tribulación aparecerá automáticamente cuando el que impide sea removido. La remoción del Espíritu es el reverso del Pentecostés. El día de Pentecostés El que había sido Omnipresente con relación al mundo, vino a residir al mundo, y cuando sea removido El que ahora es residente, volverá a ser de nuevo Omnipresente en Su relación al mundo. Esto explica la aparente paradoja que El que ya estaba en el mundo por ser infinito, vino el Día de Pentecostés, y El que será quitado aún estará presente. En cuanto que la Iglesia —la presente morada del Espíritu en el mundo— quedará aquí después que el Espíritu sea removido, es una mera inferencia; aunque no es mencionada expresamente en este contexto su partida con el Espíritu Santo es una necesidad. El hecho unificador más vital con respecto a la Iglesia es la verdad de que sus miembros son poseídos de la naturaleza divina, la que es impartida por la operación del Espíritu Santo de Dios. Cada uno de los cristianos son habitados por el Espíritu Santo, y Su presencia constituye el sello, sello que, lejos de ser intermitente o temporario, es “hasta el día de la redención.” Es un absurdo el contemplar la idea de un cristiano que no haya recibido el Espíritu Santo, siendo que la presencia del Espíritu en el cristiano es su característica más distintiva. Si el Espíritu Santo saliera de la Iglesia, ésta instantáneamente dejaría de ser lo que es; y si algunos miembros de iglesias, así vacíos del Espíritu, pasaran por la gran tribulación, tal compañía no constituiría la Iglesia, y por lo tanto ésta no estaría incluida en la hora del juicio. En otras palabras, siendo que no puede haber separación entre el Espíritu Santo y la Iglesia, cuando llegue la gran tribulación, bien el Espíritu Santo tiene que permanecer aquí con la Iglesia, cosa que es una noción antibíblica, o la Iglesia tiene que ser removida de este mundo juntamente con el Espíritu Santo. Escondida en una de las más preciosas promesas del Salvador está la seguridad de que el Espíritu estará para siempre con aquellos en quienes El mora (Jn. 14:16, 17), y Juan mismo escribe en 1 Jn. 2:27: “Pero la unción que vosotros recibisteis de El permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según os he enseñado, permaneced en El.” De estas declaraciones se

debe sacar en conclusión que ninguna separación ahora ni nunca entre el Espíritu Santo y el creyente ha sido considerada divinamente. Cuando sea removido el Espíritu, la Iglesia será llevada con El. No puede ser dejada atrás.

El alcance de la restricción del Espíritu en cuanto al sistema mundanal no ha sido revelado. Como se implica más arriba, el alcance del impedimento del Espíritu puede calcularse al comparar el mundo en sus presentes relaciones más o menos civilizadas, su reconocimiento y defensa de los derechos humanos, y su actitud de patrocinio hacia Dios y Su Palabra relativa al cuadro de la tribulación venidera conforme a lo que se ve en el Apocalipsis. Una débil indicación de ese poder restringente del Espíritu al presente se puede notar en el hecho que de todas las blasfemias pronunciadas por los labios humanos no hay ni un solo juramento en el nombre del Espíritu Santo. Esta restricción no se debe a ningún sentimiento consciente de aversión a Dios o al Espíritu de Dios de parte de los hombres; se debe a la obra sobrenatural de represión del mismo Espíritu Santo contra quien el hombre no debe blasfemar. De este modo se ha demostrado que el Espíritu Santo restringe la corrupción del sistema mundano hasta que la corrupción haya recorrido su curso (comp. Gn. 15:16), que seguirá restringiendo hasta que sea quitado de en medio, y que, cuando El sea quitado, los poderes desenfrenados de las tinieblas constituirán la prueba y el terror de la gran tribulación. Se ha indicado ampliamente que necesariamente la Iglesia debe partir con el Espíritu Santo cuando El sea removido de su lugar de residencia en el mundo.

II. EL QUE REDARGUYE DE PECADO

Dentro de la divina empresa de ganar a los perdidos no hay factor más vital que la obra del Espíritu Santo en la que El convence o reprueba al sistema mundano respecto al pecado, justicia y juicio. La totalidad de la noción de la antibíblica e insostenible doctrina arminiana de la común gracia, que asevera que el Espíritu Santo obra en todos los hombres al nacer, capacitándolos para dar una respuesta favorable a la invitación del Evangelio, tiene, con la ayuda de la vanidad humana que no tiene límite en su habilidad, tan diseminados sus tergiversados errores, que se da muy poco reconocimiento a la total incapacidad del incrédulo, el hombre natural, para el llamamiento del Evangelio. Evangelistas desatentos o ignorantes y celosos ganadores de almas muy a menudo continúan pensando que todas las personas en todas partes y en cualquier lugar son capaces en cualquier tiempo de cumplir con los términos del evangelio, en tanto

que las Escrituras enseñan que nadie es capaz de hacer una decisión inteligente por Cristo aparte de la obra iluminadora del Espíritu Santo. Los evangelistas y predicadores tienen que afrontar, si lo quieren, un factor sobrenatural en esta tarea de ganar a los perdidos. Sea por no poder entender este factor o por renunciar a someterse a la obra soberana del Espíritu, los hombres inventan métodos que prescriben acciones humanas como la condición por la cual puede salvarse un alma, no reconociendo la verdad de que los perdidos han de salvarse, no cuando ellos cumplan con alguna condición prescrita, sino únicamente cuando acepten a Cristo como su Salvador. El problema de los evangelistas no es el de coaccionar a las personas para que hagan una pública demostración, es más bien la de producir una clara concepción de la gracia salvadora de Dios. Ninguna persona es capaz en sí misma de creer en Cristo para la salvación de su propia alma aparte de la obra iluminadora del Espíritu Santo por la que recibe la visión de Cristo como Salvador y lo inclina a recibirlo por la fe. Cada predicador sincero más o menos siente este factor, mas no todos están enterados de su verdadero significado. Se torna desconcertante para el método de ganar almas del evangelista el afrontar una situación sobrenatural arbitraria sobre la cual ni él ni el inconverso a quien él apela tienen el más leve control. La obra del Espíritu en esta esfera particular de influencia es soberana. Es el punto en donde la divina elección se ejercita y se demuestra. Es cierto que sólo los elegidos serán salvos. También es cierto que Dios puede inspirar dentro del creyente aquella oración que ha de ser un factor esencial en la gran obra de inducir a los perdidos a aceptar al Salvador; pero la oración no determina la elección de los hombres; más bien, la oración misma estará sujeta al mismo Espíritu soberano, si se ora en la voluntad de Dios. Es evidente que la respuesta humana al evangelio puede ser asegurada en donde no se ha operado una visión divina de Cristo. No obstante, más enfáticas son las palabras de Cristo, cuando dijo: "Y esta es la voluntad del que me envió, que todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna; y Yo le resucitaré en el día postrero" (Jn. 6:40), porque aquí no hay la mínima implicación de que sólo los que hayan creído mediante una visión operada por el Espíritu mirando al Hijo como su Salvador. También se afirma claramente que no puede haber salvación aparte de una iluminación preparatoria del inconverso por el Espíritu Santo. Se hace evidente que se requiere tal obra del Espíritu según ciertas escrituras que afirman la incapacidad de los inconversos. A continuación presentamos algunas de dichas porciones.

1 Corintios 2:14. "Porque el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las

puede entender porque se han de discernir espiritualmente.”

Este, el hombre natural (*ψυχικός*) —una de la triple división de la humanidad según se presenta en este contexto— es definitivamente la persona no regenerada, y su incapacidad es inherente. El no tiene control sobre esta incapacidad, y ninguna instrucción humana, aparte de la del Espíritu Santo, puede alterar esta incapacidad. El inconverso por sí mismo no puede recibir las cosas del Espíritu de Dios. Para él son locura. El es incapaz aun de comprenderlas. Permanece así impotente hasta que es movido por el Espíritu Santo.

2 Corintios 4:3, 4. “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.”

No sólo se dice aquí que los inconversos están cegados con respecto al mismo Evangelio por el que ellos han de ser salvos, sino que tal ceguera es impuesta sobre sus mentes por Satanás, porque él a propósito esconde el Evangelio para que no los alcance. Ninguna apelación humana del mismo puede esperar remover el velo de la mente de uno que no cree. Es un engaño el hablar de la “común gracia” sobre todos los hombres a la luz de tales revelaciones como ésta. Solo la falta de atención a la Palabra de Dios puede abogar a favor de esta peregrina perversión de la verdad.

Juan 14:16, 17. “Y Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros.”

Uno de los hechos importantes con respecto al Espíritu Santo en relación a los hombres en esta era es que todo lo que El realiza así como cualquier reconocimiento de El mismo está completamente fuera de la observación de los incrédulos. Con esa limitación sobre ellos, es tan irrazonable como antibíblico el suponer que ellos, sin la ayuda del Espíritu, son capaces de volverse a Dios con fe salvadora. Esta palabra de Cristo afirma claramente que el mundo no puede recibir al Espíritu porque no le conoce.

Efesios 2:1. “Y El os dio vida a vosotros cuando estábais muertos en vuestros delitos y pecados.”

Aquí se declara que los inconversos están muertos espiritualmente, y ciertamente por tal causa no pueden hacer un reconocimiento de Cristo para vida.

Juan 6:39, 40. “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite el

día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que todo aquel que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.”

Hay unos que son elegidos del Padre, y ninguno de éstos se perderá. Es igualmente cierto que no toda persona “ve al Hijo” (comp. Jn. 6:40) con aquella visión que engendra el Espíritu Santo; pero inmediatamente al verlo a El como la respuesta para cada necesidad que tendrá en el tiempo y en la eternidad, el individuo a quien el Señor así llama, es capaz de recibir a Cristo como su Salvador.

Juan 6:44. “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trajere; y Yo le resucitaré en el día postrero.”

Como se presenta en este pasaje las restricciones que descansan sobre el inconverso son todo lo completas que pueden ser. Unicamente pueden venir a Cristo aquellos que el Padre trae por medio de Su Espíritu Santo. Se reconoce una atracción general o universal que acompaña a la predicación de la Cruz de Cristo: Esta atracción universal es descrita por Cristo en las siguientes palabras: “Y Yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Jn. 12:32); pero el Salvador no dice de ninguno de los que así son atraídos, “Y yo le resucitaré en el día postrero”, pues El levantará sólo a los que el Padre designa y traiga específicamente.

1 Corintios 1:23, 24. “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles; locura; más para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios.”

Otra vez se afirma la incapacidad en la dirección del poder salvador de la cruz de Cristo para los inconversos gentiles y judíos. La cruz por la que ellos sólo pueden ser salvos no les aprovecha en nada, siendo para los gentiles “locura” y para los judíos “tropezadero”. En contraste con esto está la evidencia de la obra del Espíritu Santo en aquellos que son llamados por Dios. Para ellos esa misma Cruz de Cristo, que antes no significaba nada, en seguida llegó a ser la base de toda la sabiduría y el poder de Dios. Sabiduría, ya que por la cruz Dios resolvió Su gran problema de cómo El podía ser justo y al mismo tiempo ser el justificador de los impíos; y poder, porque por la cruz toda la infinita habilidad de Dios para salvar a los perdidos es liberado de todas aquellas restricciones que el pecado impone sobre el hombre.

Romanos 8:28-30. “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también les predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo,

para que El sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó a éstos también llamó; y a los que llamó a éstos también justificó; y a los que justificó a éstos también glorificó.”

Este pasaje vital bien puede ser considerado el pasaje central del Nuevo Testamento relacionado con la doctrina de un llamamiento eficaz; pero la implicación más profunda por descubrirse en este contexto es que sólo los que así son llamados son capaces de responder. Esto es, que aparte de este llamamiento ninguno buscará a Dios. Cada cristiano sincero es consciente del hecho de que si él no hubiera sido movido por el Espíritu Santo en ese sentido, él por sí mismo, nunca se hubiera convertido a Dios buscando la salvación por medio de Cristo. Este pasaje afirma que los que son “los llamados según Su propósito” son el objeto de una providencia completa. Específicamente, ciertas garantías divinas son pormenorizadas aquí, como “obrando juntamente” para bien de los que así son llamados, tales como, la presciencia divina, la predestinación divina, el llamamiento divino, la justificación divina y la glorificación divina. Se debe observar que el llamamiento divino aquí está catalogado con los más determinantes y trascendentes de todas las realizaciones divinas. En efecto, la verdad enseñada en este contexto, se verá, está centralizada específicamente en el hecho del llamamiento divino. En primer lugar, los creyentes son designados como “los llamados según Su propósito”, y, en segundo lugar, de ellos se dice que son llamados por Dios. El título: “*los que conforme a Su propósito son llamados*”, puede bien incluir a todos los elegidos, aún los que han de ser salvos, porque tal distinción se aplica a ellos, que están perfectamente identificados en la mente de Dios (comp. Ef. 1:4, 5). Con todo, los elegidos que todavía no son salvos están cegados, igualmente con los demás, por Satanás con respecto al evangelio hasta que ellos sean iluminados por el Espíritu Santo. Presciencia y predestinación están relacionadas con la eternidad pasada; glorificación, asegurada perfectamente por la fidelidad de Dios, se relaciona con la eternidad futura. Así los dos restantes de esta lista del compromiso divino —el llamamiento y la justificación— quedan como representación de lo que Dios efectúa en la presente experiencia terrenal del que cree. En el acto se notará que estas dos empresas son exaltadas a la más elevada importancia como la representación de todo lo que Dios ejecuta al salvar un alma actualmente. La justificación es sencillamente el acto de la consumación de la divina gracia salvadora en este mundo en el creyente, y no porque se siga otro lineamiento con respecto a la salvación en cuanto a tiempo. Se verifica lógicamente, más no cronológicamente, todos los otros aspectos de la salvación en el primer instante de su contacto efectivo del pecador

con Dios. Por otra parte, el llamamiento de Dios marca el paso inicial en el proceso propiamente dicho de realizarse la salvación de un alma. Por tanto, el apóstol emplea el Alfa y Omega del esfuerzo divino al aplicar la salvación como una representación de todo su contenido. Ahora, finalmente, ¿qué se opera al efectuarse el llamamiento? ¿Es meramente la extensión de una invitación que puede o no ser aceptada al capricho de la voluntad humana, como suponen los arminianos? El texto mismo da la respuesta. Todos los que están predestinados son llamados, y todos los que son llamados son justificados. El lenguaje expresa la absoluta soberanía de Dios y por mucho puede sugerir que el llamamiento divino es una coerción; pero el pensamiento expresado en la palabra *llamados* no es el de una coerción, sino de invitación, y el uso del término aquí no es una excepción, a menos que se piense diferente en cuanto a que la soberanía divina y el libre albedrío humano se junten en este caso particular. Lo que hace el Espíritu Santo de Dios es iluminar la mente del que mira a Cristo como Salvador y crear en lo íntimo de la conciencia del individuo inconverso un deseo de obtener esa salvación que Cristo provee y en tal grado que la persona así impresionada actuará positivamente recibiendo a Cristo como Salvador; más se observará que cuando el individuo actúa en esta forma ejercita su libre albedrío al último grado. Todavía permanece la verdad de que “el que quiera venga”, y es igualmente cierto que aparte de esta inclinación efectuada divinamente ningún perdido jamás querrá venir. Así en la Escritura se declara en cuanto a Dios ser uno que, sin ningún grado de coacción aún, no obstante con la soberana certeza y con la completa libertad humana incólume, es capaz de garantizar que, sin exceptuar a ninguna de las generaciones de la humanidad en esta era, todos los predestinados serán llamados, todos los que son llamados serán justificados, y todos los que son justificados serán glorificados. La experiencia de los que así son llamados es tal como el tener una nueva conciencia del deseo de tener a Cristo y un supremo anhelo de aclamarlo como Salvador. El grado al que esta experiencia operada divinamente puede desarrollarse, aunque sin duda variando con diferentes individuos, en cada caso será abundantemente suficiente para asegurar una perfecta respuesta y una sincera cooperación de la propia voluntad de la persona. El objetivo en esta discusión es demostrar otra vez que ninguna persona no regenerada se volverá a Cristo, sin la ayuda del Espíritu Santo, clamando por salvación. Por tanto, se puede hacer alguna preparación encaminada a un correcto entendimiento del pasaje central en relación con esta obra del Espíritu Santo en lo más profundo de la conciencia del hombre no regenerado, señaladamente.

Juan 16:7-11. “Pero Yo os digo la verdad; os conviene que Yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros, más si me fuere os lo enviaré. Y cuando El venga convencerá al mundo de pecado, de justicia, y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.”

Se puede notar primero que ninguna obra de esta naturaleza (hasta donde sabemos) fue emprendida por el Espíritu en otras épocas de la historia humana; y como Cristo es el que habla con autoridad directa y asboluta, es significativo que esta crucial declaración sale de los labios de Cristo mismo y en un contexto que, sobre cualquiera otro en donde sus palabras han sido registradas, se caracteriza como instrucción a los cristianos. Estas palabras de Cristo no son dirigidas para instruir a inconversos; ellas más bien imparten la más vital información a los hijos de Dios que serían inteligentes y efectivos en el servicio de conquistar almas. Con gran claridad y énfasis el Salvador asegura que el Espíritu Santo, habiendo venido, así como El efectivamente estaba presente en el mundo, emprendería una tarea triple, invisible, en la mente y el corazón de los no salvos. Aunque se hace referencia al mundo o *cosmos*, como el objetivo hacia el que la obra del Espíritu se dirige, la convicción que lleva a cabo el Espíritu es de necesidad individual y, de acuerdo a todas las Escrituras relacionadas, está limitada a “aquellos a quienes el Señor nuestro Dios llamare.” La palabra determinante es *ἐλέγχω*, puesto que define qué es lo que el Espíritu hace en la mente y el corazón de las personas no salvadas con respecto al pecado, la justicia y el juicio. La Versión Americana traduce esta palabra por *reprobar*; la Versión Revisada la traduce por *condenar*, y aún otros eruditos traducen, *convencer*. En cada ocasión en que aparece esta palabra, ella connota la impartición de comprensión con respecto al tema en cuestión. Con esto ante la vista, la traducción de la palabra por *iluminará* es quizá la más satisfactoria. No se implica que la obra del Espíritu en el corazón del individuo sea la de producir pesar o remordimiento. Desde el punto de donde llaman la atención del penitente hacia sí mismo y su pecaminosidad por la que él debe lamentarse, el Espíritu Santo dirige la atención hacia Cristo y la verdad de que Cristo ha llevado su juicio, que ellos no necesitan hacer otra cosa sino creer en El para ser salvos. Tal es, a la verdad, la buena nueva que el evangelio proclama. La Escritura nunca afirma que los pecadores son impedidos de salvarse por el hecho de fallar en entristecerse por sus pecados. La noción —enteramente de origen humano— de que en adecuado sentido de culpabilidad con su correspondiente presión deben preceder al

regocijo que ha de asegurar la salvación, no hay duda, en la suposición de que el motivo que impele a los pecadores es la conciencia de su maldad, en tanto que el verdadero motivo que el Espíritu Santo engendra es que, ya que toda condenación justamente nuestra a causa de nuestro pecado ha sido puesta sobre Cristo y así el camino está abierto para el perdón absoluto y a la paz celestial. Es una manifestación de la perversidad humana cuando algunos, pretendiendo predicar el evangelio, le dan importancia a la indignidad del pecador esperando guiarles a la salvación. Es posible que la doctrina íntegra del arrepentimiento sea mal entendida y pervertida, suponiendo que el arrepentimiento es una tristeza por el pecado más bien que un cambio de mente en cuanto a él. Basando su mensaje sobre este error, los hombres han sustituido sentimientos de depresión de espíritu en lugar del "glorioso evangelio de Cristo."

El triple ministerio del Espíritu Santo para los pecadores como lo reveló Cristo es indivisible en el sentido de que el Espíritu no emprende uno de sus aspectos y omite otros dos, ni que responde a dos y omite uno. Si el Espíritu hace toda la obra en el corazón del incrédulo, El hará todo lo que esta triple operación encierra. La necesidad de esta obra de iluminación del Espíritu Santo en la mente y corazón de los pecadores está claramente indicada en la Palabra de Dios. Anteriormente se ha llamado la atención a los pasajes que declaran que los inconversos son enteramente incapaces en ellos mismos de volverse inteligentemente a Cristo como a su Salvador. En 2 Co. 4:3, 4 se dice que el entendimiento —no los ojos— de los incrédulos está cegado por Satanás. Este velo debe ser quitado, de lo contrario la luz del "glorioso evangelio de Cristo" no llegará. Del mismo modo, en 1 Co. 2:14 está escrito que el no regenerado, el hombre natural, no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, ni las puede recibir. En Juan 14:17 se halla lo que dijo Cristo acerca del *cosmos* (mundo organizado) que no recibe el Espíritu porque no le ve, ni le conoce. Una vez más está escrito en Hechos 26:18 que el primer efecto del ministerio del Apóstol a los gentiles sería el de "abrir sus ojos", y Cristo declaró a Nicodemo que a menos que él "naciera de arriba" no podría ver el reino de Dios (Jn.3:3). Esta incapacidad total de los no salvos para entender, para ver, para recibir y para creer las cosas de Dios, es vencida por la divina provisión cuando el Espíritu Santo alumbra con relación al pecado, justicia y juicio. Estas empresas divinas bien pueden considerarse por separado y más específicamente.

1. DE PECADO. Esta iluminación no es de pecados. Si fuera de pecados personales prodría ir acompañado únicamente con un profundo remordimiento y vergüenza, y no proveería curación. La

iluminación del Espíritu es respecto a un pecado, y aquí el fracaso en cuanto a recibir a Cristo y Su salvación.

Esto implica que el camino de la vida a través de la fe en Cristo ha sido aclarado a los que así han sido iluminados, y con esa desvelada hubo revelación del nuevo pecado —un pecado que antes de la muerte de Cristo no podía haberse cometido— principalmente, la incredulidad en Cristo y en la salvación que El ha consumado. El estudiante mismo debiera interesarse con las implicaciones directas que se hallan en el pasaje. Si se inquiriera el por qué el Espíritu no ilumina a los inconversos con respecto a sus pecados, la respuesta es que Cristo ha llevado esos pecados y que Dios así lo reconoce perfectamente. Parece todo menos que imposible para los hombres aceptar la verdad de que todo pecado ha sido puesto sobre Cristo y que El ya ha sufrido el juicio de ellos en tal forma que satisface a Dios hasta lo infinito. Evidentemente, es la obra del Espíritu el crear esta conciencia en la mente individual de la persona no regenerada. Es el mensaje que el Espíritu Santo promueve y que El podría usar en los labios del predicador; pero muy a menudo la obligación de los inconversos les es presentada como si fuera necesario por su parte persuadir a Dios que sea suficiente bueno para hacer algo con respecto a sus pecados. El Evangelio de las buenas nuevas declara que Dios lo ha hecho todo, dejando al individuo con la responsabilidad de creer o de no creer lo que El ha hecho. El Evangelio no presenta algo que el inconverso tiene que hacer, más bien les presenta algo qué creer; y necesariamente, por supuesto, es la obra del Espíritu Santo al iluminar a los perdidos acerca del carácter y alcance del pecado de “los que no creen en mí.”

2. DE JUSTICIA. Este pasaje presenta la única y sola ocasión en toda la enseñanza de Cristo cuando El habla directamente de Justicia imputada —esa justicia que lejos de ser un producto del esfuerzo y esmero humanos, es el don de Dios (comp. Ro. 5:17), en el que el creyente ahora es únicamente acepto a Dios (Ef. 1:6), y por el cual únicamente cualquier persona de esta esfera terrenal entrará al cielo. Es enteramente a base de esta justicia imputada que Dios justifica al impío. Es real y legítimamente la parte de cada creyente y sobre la base todo suficiente de Cristo en que él está . . . Siendo un miembro en el cuerpo de Cristo el creyente viene a ser por absoluta necesidad lo que Cristo es, aun justicia de Dios (comp. Ro. 3:22; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:21; Fil. 3:9). No se discute el que los inconversos deben comprender la difícil doctrina de la justicia imputada; es evidente, desde luego, que al poner su confianza en Cristo él debe de abandonar toda confianza en sí mismo, encomendándose él mismo a Dios, y considerar que todo lo que un pecador condenado siempre

necesitará ante Dios ha sido provisto y le está esperando en Cristo Jesús, quien es la misma justicia de Dios. Siendo que tal confianza es extraña a la vida, limitaciones y experiencias del hombre natural, es esencial que esta verdad vital sea revelada al inconverso por el Espíritu Santo. Esto es lo que hace el Espíritu cuando ilumina con respecto a la justicia. El tema principal de la Epístola a los Romanos es la justicia imputada, carta que es la declaración central y exhaustiva del Evangelio de la gracia de Dios. De aquí se sigue que el hecho de la justicia imputada es el factor central en el evangelio de gracia. Cristo también le ha dado al tema de la justificación imputada el lugar central de acuerdo con este texto. Se sigue que uno que predicare que esta obra del Espíritu es perfecta no sólo incluye el tema de la justicia imputada en su mensaje, sino que le da el lugar central. El hecho obvio de que los predicadores del evangelio casi han descuidado por completo esta verdad céntrica no es una excusa válida para seguirla descuidando continuamente. Como se ha indicado antes, ninguna aceptación inteligente de Cristo puede ser segura aparte de alguna comprensión de esta verdad vital. Ese conocimiento de El, precisamente, es el que el Espíritu Santo imparte a los no salvos. En el aspecto agradable de Su muerte, Cristo se ofreció a Sí mismo sin mancha a Dios (vea He. 9:14). Esta ofrenda de Sí mismo vino a ser una perfecta y eficaz sustitución para los que no tenían virtud o mérito propios. Por su muerte en la cruz Cristo renunció a Su propia plenitud y perfección, y así cuando el Padre vistiere al que cree con la plenitud de Cristo, esa plenitud es conferida en perfecta equidad basada en la verdad de que es provista y hecha accesible en la muerte de Cristo. La muerte de Cristo en su aspecto agradable es tan eficaz en el sentido de garantizar mérito, como en su aspecto desagradable es eficaz en disponer de deméritos. El aspecto agradable de la muerte de Cristo no es sólo un mero incidente sentimental entre el Padre y el Hijo sin ninguna realización a favor de aquellos por quienes Cristo murió. No obstante, según se trata casi universalmente, no hay reconocimiento del valor de este aspecto de la gracia salvadora de Dios. ¡Cuán esencial es la garantía de mérito para los que no tienen ninguno! ¡Y cuán completa es la provisión en el aspecto agradable de la ofrenda de Sí mismo, de Cristo, sin mancha a Dios!

3. DE JUICIO. Siendo que este aspecto de la obra del Espíritu en la mente de los inconversos está tan estrechamente relacionada a Su obra de iluminar con respecto al pecado —ya considerada— la iluminación respecto al juicio ha sido prevista. Mientras se dice de este ministerio del Espíritu que ha sido efectuado directamente en el juicio de Satán, es algo que ya Cristo llevó a cabo en Su muerte. No

es una advertencia con relación a alguna futura manera de acabar con el mal, sino que se refiere al más grande de todos los juicios que jamás se han efectuado o se hayan de efectuar, especialmente cuando Cristo ha sido hecho el sustituto del hombre al llevar la condenación que el Padre debe imponer sobre los caídos y pecadores. La persona bien puede recibir por sí misma, al ser aprehendida y conducida ante el tribunal del juicio divino, al ser justamente sentenciada a muerte, y al ser sacada fuera y ejecutada, a menos que otro se haya tomado su lugar y haya sido ejecutada en vez del pecador. La ejecución pertenecía completa y solamente a los individuos que pecaron. Por la muerte de Cristo, entonces, el pecador es puesto del otro lado de su propia ejecución. Aunque vivo e ileso el pecador creyente puede mirar hacia atrás a su propia ejecución como que ya se ha efectuado (comp. 2 Co. 5:14). Habiendo creído en Cristo y habiendo, así por la fe, sido incluidos en el alcance de Su muerte, el juicio que se ha efectuado sobre Cristo una vez, no puede ser repetido contra aquel por quien Cristo murió. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1). Es de esta completa sustitución que el Espíritu Santo ilumina, como el primer ejemplo de este triple ministerio, cuando dice: “de pecado, por cuanto no creen en mí.” Una vez más, es de observarse que el Evangelio propone algo que ha de creerse. Ahora se afirma en esta tercera y final declaración que Satán, el príncipe de este mundo, ha sido juzgado. La base sobre la cual Satanás ha asumido su autoridad sobre los hombres caídos es el hecho de hacer que la sentencia divina cayera sobre ellos por el pecado. En esta demanda sobre ellos, vinieron a ser como sus prisioneros (Is. 14:17), pero el mismo profeta del Antiguo Testamento cuando anunciaba lo que Cristo habría de cumplir, afirmó —en palabras que Cristo más tarde se aplicó directamente a sí mismo— que El proclamaría “a los cautivos libertad” (Is. 61:1). Es probable que Cristo en este sentido triunfó sobre principados y potestades por Su cruz, como se dice en Colosenses 2:15. El pasaje dice así: “Y despojando a los principados y a las potestades, las exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.”

CONCLUSION

Así se ve que el Espíritu Santo revela a los inconversos, a los que El llama, lo más esencial del Evangelio de la Gracia divina —la muerte sustitutoria de Cristo como algo que ha sido ya cumplido, juntamente con el pecado de incredulidad en Aquel que ha sido muerto por dichos pecados; del mismo modo revela esa perfecta base provista en la misma cruz, la cual es nada menos que la justicia de

Dios imputada al pecador. Aparte de esta iluminación la persona inconversa no responde, aunque se le ponga frente a la más persuasiva sinceridad y elocuencia humanas. Apenas es necesario señalar que ninguna forma de evangelismo que desconozca esta obra del Espíritu Santo y que suponga que los inconversos están interiormente capacitados para recibir el Evangelio y venir a Cristo con una fe salvadora inteligente, está destinada a cosechar resultados superficiales y al gran peligro de impedir más bien que ayudar a aquellos a quienes apela, aunque puede ser que por la influencia humana se aseguren manifestaciones externas. Cristo ha de ser aceptado como la elección individual del corazón y esto debe efectuarse con la más profunda convicción de Su capacidad salvadora, una comprensión y elección que de modo alguno podría ser segura fuera de la iluminación del Espíritu con respecto al pecado, la justicia y el juicio.

EL ESPIRITU SANTO EN RELACION AL CRISTIANO

CAPITULO VIII

INTRODUCCION A LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO EN EL CREYENTE

Al considerar la cantidad de Escritura concerniente a la relación del Espíritu al cristiano se ve como si fuera el aspecto más importante de toda la doctrina del Espíritu Santo. Sólo en el Nuevo Testamento, en donde se presenta totalmente la verdad con relación a esta doctrina se afirma, como se ha dicho antes, el hecho de que el Espíritu restringe al mundo (lo que está extensamente expuesto en un pasaje) y el hecho que El ilumina a los inconversos (también es un limitado aspecto de la verdad); pero el desarrollo total de la revelación del Nuevo Testamento tocante al Espíritu Santo ocupa una gran parte del Nuevo Testamento de tal suerte que esta era de la Iglesia también es propiamente designada como la dispensación del Espíritu Santo. Las divisiones de la doctrina del Espíritu Santo en su relación con los cristianos contempla dos aspectos generales, a saber: (a) la obra del Espíritu en y a través del creyente (capítulos IX-XI) y (b) la correspondiente responsabilidad del creyente (capítulos XII-XVII). Antes de que estos aspectos principales de esta verdad se estudien en forma constructiva, se llama la atención al hecho de que a esta altura esta tesis entra en un terreno de vital importancia, pero que es tan rara en las obras teológicas como que si no existiera. En efecto, la fuente de la que ministros instruidos han adquirido su conocimiento de la doctrina bíblica de Teología Sistemática es censurable por su descuido de la doctrina del Espíritu Santo, y especialmente ese aspecto vital de la doctrina que tiene que ver con la vida del creyente y el servicio por el poder habilitador del Espíritu Santo. No se ha reconocido la patente verdad de que la Biblia contiene tres principales reglas de vida dirigidas respectivamente a diferentes pueblos y que son aplicables a distintas épocas —para estar seguros, aquí no se hace mención del gobierno divino en aquellas épocas anteriores a la data de la ley por Moisés (comp. Gn. 26:5), épocas que no pudieron alcanzar el beneficio de los registros bíblicos porque los tales no se habían escrito todavía. Las tres épocas que

estamos considerando principiaron con la ley, la que fue seguida por la presente edad de la gracia, la que a su vez será seguida por la dispensación del reino milenial. La edad Mosaica prevaleció hasta la muerte de Cristo (Jn. 1:17), y el sistema de gobierno divino para esa época en distintos respectos fue adaptado a Israel, para quien sólo estaba ordenada, quienes fueron considerados todavía como menores de edad y sujetos a tutores y curadores (Gá. 4:1-3). El sistema Mosaico, aunque perfecto en sí (comp. Ro. 7:12), es, en contraste con la gran vocación de la presente dispensación, llamada "flacos y pobres rudimentos" dentro del cual los creyentes de hoy, volviendo a tal sistema, pueden caer y hundirse (comp. Gá. 4:9), y hasta la perdición, no de su salvación, sino de su libertad en Cristo (Gá. 5:1-4). Volver a la ley es fracasar en la obediencia de la verdad (Gá. 5:7). Tal error nunca proviene de Dios (Gá. 5:8), sino de maestros judaizantes que "fingían celo" por los hijos de Dios (Gá. 4:17). Aunque ellos alentaban a otros a hacerlo así, los teólogos no tienen excusa al ignorar el cambio de posición cuales se han operado tanto en la posición como en los requisitos correspondientes en cuanto al modo de vida que han introducido los eventos estupendos que han intervenido entre la era mosaica y la era de la gracia. Estos eventos son, (a) la introducción de una nueva e imprevista era con su revelación específica tocante a su carácter; (b) la muerte de Cristo con todas las nuevas realidades y relaciones que la garantizan; (c) la resurrección de Cristo encabezando Su Nueva Creación; (d) la entrega efectiva de Cristo con sus ilimitadas provisiones; (e) la venida del Espíritu Santo con sus ilimitadas bendiciones para [todos] los creyentes; (f) la iniciación de un nuevo propósito divino en el llamamiento de un pueblo celestial de judíos y gentiles reuniéndolos en un solo cuerpo y, (g) la introducción de una nueva ética de código de gobierno adaptada a un pueblo que ha sido perfeccionado en Cristo, vestido con la justicia divina, justificado para siempre y lleno con la plenitud de la Deidad. La irreflexiva, aunque celosa, imposición de un sistema legal de méritos sobre un pueblo perfeccionado, es el más erróneo, y se hace solamente porque los teólogos mismos han consentido el ser atados por un sistema de teorías indefendible, imponiendo sobre la recta división de las Escrituras hecha por Dios, la noción humana de unidad a través de toda la Palabra de Dios.

De igual modo, los grandes eventos que intervienen formarán una grieta entre la responsabilidad humana en esta edad presente y la responsabilidad de la gente en la edad futura. Estos eventos son: (a) el arrebatamiento de la Iglesia y el fin en la tierra de todos los que pertenecen a ella; (b) la restauración y reunión de Israel con la

consumación de los pactos que todavía no se han cumplido; (c) el fin de los tiempos de los gentiles con sus juicios correspondientes; (d) el glorioso retorno de Cristo para juzgar a judíos y gentiles y establecer su Mesianico y Davídico reino terrenal predicho; (e) la prisión de Satanás; (f) la Iglesia como Esposa y Consorte del Rey en Su reino juntamente con El sobre todos los reinos del mundo en donde El ejerza Su autoridad, y (g) la aplicación de una nueva regla de vida adaptada a las condiciones creadas por estos poderosos cambios. Una vez más los teólogos, aunque ellos generalmente no reconocen la edad del Reino, o los pactos y las promesas de Dios —sellados por Su juramento— que demandan la realización de esa edad futura, buscan la forma de combinar esta inmensa cantidad de citas bíblicas dentro de una sola idea de un pueblo redimido que abarque a los hombres de todas las edades. La Teoría del Pacto no puede dar lugar a propósitos divinos diferentes y a edades de tiempo correspondientes. De acuerdo a esta enseñanza Israel debe fusionarse dentro de la iglesia y ésta debe ser la consumación de todos los propósitos terrenales previos. Haciendo caso omiso de los errores en la doctrina, no obstante, todavía permanece la verdad de que hay nuevas empresas que se están efectuando por el Espíritu, llamando en la actualidad a un pueblo nuevo divinamente perfeccionado, anunciando una nueva obligación en la vida y servicio para los llamados, cuya responsabilidad puede ser desempeñada únicamente mediante el poder capacitador del Espíritu morador. Entonces, volviendo a las dos principales divisiones de este tema, como se ha indicado arriba, se considerará la obra del Espíritu Santo dentro y a través del creyente antes que nada.

En adición a los dos ministerios del Espíritu Santo ya estudiados (cap. VII), todavía hay cinco más y constituyen la relación del Espíritu a los cristianos. Estos, con los ya estudiados, hacen un total de siete ministerios del Espíritu en esta dispensación. De los cinco ahora a la vista, los primeros cuatro pueden ser clasificados en un grupo (como antes se ha sugerido), siendo que representan empresas del Espíritu a favor de todos los salvos. Estos son aspectos vitales de la salvación, siendo efectuados hasta la infinita perfección para cada creyente al momento de ser salvado. Así mismo, estos cuatro ministerios representan aspectos de la obra del Espíritu que jamás son repetidos, siendo perfeccionados una vez por todas. El quinto en estas series, que también es el séptimo cuando se contemplan en total los siete ministerios del Espíritu, es el de la llenura del Espíritu. Único en sí mismo, en que no es un aspecto de la salvación, porque no todos los cristianos la experimentan y que ha de ser renovada constantemente. En ningún sentido las distinciones entre estos siete

ministerios han de tratarse livianamente. Es en este punto, y en favor de la exactitud en el análisis de estas verdades que grupos de cristianos sinceros, aunque mal informados, se han dividido sobre asuntos de la santidad y de ciertas manifestaciones de la presencia del Espíritu. Reclamos opuestos entre cristianos y profesiones religiosas heréticas generalmente se pueden atribuir al descuido de algunas verdades entre los líderes cristianos, y es especialmente evidente que la presente confusión entre los creyentes menos instruidos con respecto a la obra del Espíritu en esta dispensación se debe en gran parte a la omisión, de parte de muchos líderes cristianos e instructores, de la enseñanza aún la más elemental de estos extensos y vitales temas. Maestros bíblicos y exégetas generalmente han tratado de vencer los efectos del descuido de la doctrina del Espíritu Santo en disciplinas teológicas corrientes que dan especial énfasis a estos temas. La iglesia de la presente generación debe mucho al movimiento de Keswick en Inglaterra y su amplio testimonio en muchos países. La inclusión de estos temas en convenciones modernas de estudio bíblicos y por hombres capaces de hablar con autoridad, ha hecho mucho en darle a estas doctrinas su énfasis adecuado. Un gran teólogo que ha escrito muchos tratados sobre la persona y obra de Cristo, pero que prácticamente jamás se aventura dentro del campo de la Persona y obra del Espíritu Santo, ha de ser reconocido por el testimonio que ha dado, pero debe, al mismo tiempo, soportar el descrédito por el estímulo que él ha prestado al descuido de tan vital verdad en todos sus seguidores. Para que esta presentación de la Teología Sistemática no haya de ser retada en esta forma, lo que resta de este volumen forma el cuerpo de este extenso trabajo. Los cinco ministerios distintivos del Espíritu Santo a favor del creyente van a ser estudiados en el orden siguiente: (a) la regeneración, (b) la morada del Espíritu Santo, (c) el bautismo con el Espíritu Santo, (d) el sello con el Espíritu Santo y, (e) la llenura con el Espíritu Santo.

CAPITULO IX

LA REGENERACION Y EL ESPITIRU SANTO

En el incomparable propósito de Dios por el que El está llevando “muchos hijos a la gloria” (He.2:10) y con el fin de que Cristo pueda ser el “primogénito entre muchos hermanos” (Ro.8:29) —nada menos que una empresa destinada a poblar el tercero y más alto cielo (que hasta aquí ha sido la habitación únicamente del Trino Dios) con seres preparados para esa santa y exaltada esfera y desde luego, suficientemente perfectos para ser la Esposa todo satisfactoria de la Segunda Persona— un paso vital es el de constituir a tales seres participantes de la misma naturaleza de Dios. Un cambio estructural como este es esencial a la misma naturaleza del caso. El nuevo nacimiento, entonces, no es meramente el remedio para los fracasos humanos; es una creación, por generación divina, constituyendo de modo inherente a los creyentes legítimos hijos de Dios. La mente humana no puede alcanzar a comprender lo que incluyen las inmensurables realidades de una verdadera relación de filialidad con Dios, que hace a los cristianos herederos de Dios y coherederos de Cristo Jesús (Ro.8:17). En cada aspecto es una obra de Dios y es ejecutado como una expresión de Su sublime propósito y para la satisfacción de Su infinito amor para aquellos a quienes así salva. Prosiguiendo más completamente estas insinuaciones pueden observarse algunos hechos:

I. LA NECESIDAD

Antes que un ser caído de esta esfera humana pueda entrar al reino de Dios, debe de efectuarse una obra divina de transformación en forma de un nacimiento de lo alto. Tal nacimiento es indicado específicamente por Cristo en Sus palabras a Nicodemo: “Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Jn.3:6). Al anunciar estas grandes verdades acerca de la carne y el espíritu Cristo no las dirigió a lo más bajo en el orden social —los que obviamente necesitaban ser mejorados. El escogió para dirigirle estas palabras a un legislador y maestro de Israel que era indudablemente la flor y nata del judaísmo. En este punto se puede hacer la pregunta de, en qué consiste la relación correcta de un judío

con Dios dentro de la esfera de acción y el propósito del judaísmo. El Pacto Teológico es el que adelanta en este punto la suposición que los santos del Antiguo orden fueron regenerados y sobre la misma base de relación a Jehová como se ha establecido para los santos del Nuevo Testamento. Para poder sostener su teoría se hace necesaria tal suposición. Pero aquí surgen las preguntas pertinentes: ¿Por qué la demanda directa e incondicional de un nuevo nacimiento a uno del carácter representado por Nicodemo? Por qué la tan enfatizada y a menudo repetida narración de la salvación de Saulo de Tarso, quien vivió con limpia conciencia ante la ley de Dios? (Hch.9; 22; 26); y, ¿por qué la salvación de los apóstoles, de tres mil judíos el día de Pentecostés, y de los muchos sacerdotes que obedecieron a la fe? ¿No se alega que ninguno de los que así se salvaron jamás habían respondido antes a los ideales espirituales del judaísmo? ¿Es cierto que todos éstos debieran haber sido salvos bajo el judaísmo tan perfectamente como bajo el cristianismo lo fueron más tarde, pero que cada uno sólo accidentalmente declaró su ajustamiento ante Dios después del establecimiento de la fe del cristianismo? Realmente, ¿qué quiere decir el Apóstol cuando dice: “Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo. . . ? ” ¿Por qué, también oraría él por Israel y definió su fracaso espiritual como lo hizo al decir: “Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia de todo aquel que cree” (Ro.10:1-4)? Y ¿qué quiere decir el mismo Apóstol cuando refiriéndose a los motivos que actuaron en él al momento de escoger a Cristo como Salvador, dice: “Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es de Dios por la fe” (Fil.3:4-9)? ¿Por qué en cada contraste entre los distintos aspectos del judaísmo y del cristianismo,

el primero está representado como insuficiente, del cual el individuo debe ser salvo mediante su adhesión al último? La respuesta a todas esas preguntas se hallarán cuando se determine que Dios no estaba haciendo precisamente la misma cosa en el judaísmo como lo está haciendo ahora en el cristianismo. Dios nunca dijo a Israel, “para presentaros sin mancha delante de su gloria.”

Sin duda está más acorde con la humanidad el afirmar que uno no asume un lugar más elevado en el propósito de Dios que el que le fue señalado a los santos del Antiguo Testamento. Pero ninguno de éstos es de acuerdo con la elección del hombre. Es un asunto del inalterable plan de Dios que ha sido revelado. Dios de este modo enfatiza la diferencia entre Israel y la Iglesia que, al recibir dentro de la Iglesia a los judíos al lado de los gentiles, El no reconoce cualidades específicas superiores en los judíos sobre los gentiles, sino que declara: “no hay diferencia” (comp. Ro.3:9 y 10:12). Con todo, si los judíos estuviesen ya sobre una base cristiana, sería un procedimiento más irrazonable el bajarlo al nivel de la posición del gentil sólo para exaltarlo de nuevo a su posición original. Aunque en la era judaica ese pueblo tenía relaciones de pacto con Jehová, no se puede demostrar que ellos estuviesen en ningún sentido sobre una base cristiana. La regeneración es, en efecto una necesidad tanto para judíos como para gentiles. Sin esto ni aun Nicodemo podría haber visto el reino de Dios.

II. COMUNICACION DE LA VIDA

En la estupenda tarea de preparar y de seleccionar seres terrenales y caídos para la compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —hasta hacerlos una Esposa apropiada para el Cordero— en el cielo mismo, en gloria, participantes de la naturaleza divina al impartirles la misma vida de Dios, es uno de los más importantes aspectos de la empresa de la transformación de un pecador. El hecho de recibir la naturaleza divina significa que la persona que ha sido bendecida de este modo ha nacido de Dios. Dios ha llegado a ser su legítimo Padre y él, hijo legítimo del Padre. Este es un cambio tan radical y tan completo que así se ha efectuado el paso de un orden a otro distinto. En este gran cambio eventualmente la naturaleza adámica será destruida, y el ego, como una entidad aparte representará nada menos que el hecho estupendo de ser un hijo de Dios y un miembro legal de la familia y la casa de Dios. El salvo ha llegado a ser precisamente lo que su nueva posición en la gloria requiere que él sea. La metamorfosis básica que se produce mediante el nuevo nacimiento —la obra generadora del Espíritu Santo— aunque todos

los que ahora son realmente salvos han entrado, al querer darle la debida consideración, la han malentendido casi totalmente. El concepto de que la regeneración del Espíritu Santo es una influencia indefinida para hacer el bien en la vida presente de los individuos, está muy por debajo del concepto establecido por el Nuevo Testamento. Allí se enseña que un nuevo y eterno orden de seres es creado con el nuevo nacimiento, ya sea que se comprenda o no, este es el carácter básico y distintivo del cristiano. La vida de Dios que es eterna, la cual es Cristo mismo, ha sido impartida tan definitivamente como el aliento de la vida natural fue impartido por Dios en Adán en la primera creación. A lo menos ochenta y cinco pasajes del Nuevo Testamento declaran que un cristiano es una persona cambiada en virtud del hecho de haber recibido la misma vida de Dios. Por infinito amor el Hijo de Dios fue dado por el Padre para que los pecadores no se pierdan sino que tengan vida eterna (Jn.3:16). Cristo dijo: “Yo soy el camino y la verdad y la vida” (Jn.14:6) y “Yo he venido para que tengan vida” (Jn.10:10). De la misma manera, “la dádiva de Dios es vida eterna” (Ro.3:23). Se dice que esa vida impartida “es Cristo en vosotros la esperanza de gloria” (Col.1:27). Aunque se reconociera cierta leve evidencia de este gran cambio mientras estamos en este mundo, la experiencia del orbe entero en cuanto a la naturaleza divina “espera la manifestación de los hijos de Dios.” Algunas evidencias presentes de la vida de Dios que mora en el corazón bien pueden ser notadas.

1. EL CONOCIMIENTO DE DIOS. Con una conciencia definida de Su realidad el creyente puede decir de corazón, “Abba, Padre.” Un reconocimiento tal de Dios como Padre es operado por Cristo en el corazón. Acerca de esto dice El, “Todas las cosas me fueron entregadas de mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que Yo os haré descansar” (Mt.11:27,28). El descanso prometido aquí es el del alma y es el resultado de llegar a conocer a Dios como Padre. Es una cosa saber acerca de Dios, pero cosa enteramente distinta es conocer a Dios. De acuerdo a esta interpretación es posible llegar a conocer al Padre por los oficios de la gracia y la obra efectiva del Hijo, y ningún alma jamás ha llegado a encontrar verdadero descanso aparte de esta intimidad con Dios.

2. UNA NUEVA REALIDAD EN LA ORACION. La oración es comunión con Dios basada en la confianza nacida del conocimiento de Dios. No es natural el hablarle a un desconocido e inconocible como sucede con el inconverso cuando trata de orar; pero cuando Dios es reconocido y real al corazón hay precisión en cada forma de

oración, y entonces, como en ningún otro tiempo o bajo ninguna otra circunstancia, el alma que ora encuentra reposo.

3. UNA NUEVA REALIDAD AL LEER LA PALABRA DE DIOS. La Palabra de Dios, es alimento sólo para los que han recibido la naturaleza divina. Como niño recién nacido clama por alimento, así un cristiano normal desea la Palabra de Dios. Esa Palabra es “leche” para los tales cuando son “nenes” y “vianda sólida” para los que tienen preparado el corazón para recibirla.

4. RECONOCIMIENTO DE LA FAMILIA DE DIOS. San Juan pone a la cabeza de las pruebas de la que más se puede depender para conocer si una persona es o no hija de Dios. Dice él: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte” (1 Jn.3:14). Los cristianos naturalmente se deleitan en la comunión de los salvos. El amor para ellos se manifestará en un sacrificio de amor hacia ellos. Esto no es amor humano, sino una obra externa del amor de Dios derramado en los corazones de los creyentes por el Espíritu que nos habita (Ro.5:5). En el mismo contexto del pasaje arriba citado Juan afirma: “En esto hemos conocido el amor, en que El puso Su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn.3:16-18).

5. UNA DIVINA COMPASION POR EL MUNDO PERDIDO. Los objetos del amor divino no cambian con respecto a su identidad aun cuando ese amor es reproducido en, o a través del cristiano. Por tanto, él amará a todo lo que Dios ama. Esto es realmente un campo extenso de contemplación. Sobre todo, el amor de Dios para un mundo perdido —ese amor que no escatimó el dar a Su propio Hijo— obrará en el hijo de Dios como una incesante carga a favor de perdidos. Esto constituye un sufrimiento en compañía de Cristo, y en ello hay grande galardón. “Si sufrimos con El, también reinaremos con El.”

Todas estas experiencias que han sido indicadas naturalmente son la expresión de la nueva naturaleza divina; pero como toda experiencia cristiana, puede ser estorbada y no cumplirse debido a una condición espiritual que se ha permitido existir en el corazón del creyente. Si el Espíritu morador que reproduce a Cristo en el creyente es contristado, no se manifestará el poder de Su presencia. En este punto, se reconocería el peligro al juzgar a cualquiera de acuerdo a esa experiencia o conducta. Aun cuando cada experiencia normal se experimente en esta vida, la que espera al creyente el día

de la manifestación de Cristo es infinitamente ilimitada.

III. ADQUISICION DE LA NATURALEZA DIVINA

El hecho básico de haber recibido una nueva y divina naturaleza es de tal carácter que al punto debe reconocerse como un cambio que sólo Dios puede efectuar. El esfuerzo humano es totalmente extraño a la empresa. ¿Dónde empezaría Nicodemo si hubiera intentado la realización de su propio nuevo nacimiento? Que sólo lo que es nacido del Espíritu espíritu es. Intimamente vinculado al don de la vida eterna está el impartimiento de la naturaleza divina. Probablemente no se pueden trazar distinciones entre ellos. Con eso el hijo de Dios al recibir estas realidades, entra en una carrera o a un reino de relaciones que pertenecen a otro orden de existencia. En verdad, es la más elevada forma de existencia —la vasta realidad y eternidad de Dios. No hay comparación posible entre la posesión de la naturaleza humana y la adquisición de la naturaleza divina. La distinción fundamental, más allá del de su disimilitud con respecto a sus caracteres inherentes, está el hecho de que una tiene principio aunque no tiene fin, mientras que la otra, estando relacionada con Dios, puede no tener ni principio ni fin. Con relación a conciencia de sí misma la naturaleza humana ahora es una realidad activa en varios grados; pero la consciente experiencia de la naturaleza divina, aunque es algo que se posee en su plenitud, espera el tiempo en que ha de entrar en la vida y morada celestiales. El aumento del conocimiento experimental que desaparecerá de sobre los hijos de Dios al ser trasladados de la tierra al cielo, cuando pasen de la forma de existencia en el tiempo a una existencia eterna, cuando “el poder de una vida indisoluble” sustituya a todas las limitaciones humanas, es demasiado grande para poderlo comprender en esta vida. En esta esfera humana los hombres están afectados por prejuicios, opiniones y falsas estimaciones que constituyen sólo una sombra de la verdad. En la posición de la esfera futura se verán todas las cosas, y entonces no sólo como una información adicional que pueda ensanchar la capacidad humana para entender, sino como Dios las ve, como El las entiende. Es entonces cuando el salvo conocerá aun como él también es conocido (1 Co.13:12); esto es, él conocerá como Dios lo conoce ahora. La frase *conoceré como soy conocido* debe referirse al presente conocimiento de Dios. Por el poder habilitador del Espíritu Santo alguna medida de la experiencia del amor divino, gozo divino, y de la paz divina aún futuras, pueden estar seguras en la actualidad. Así de modo semejante, la sabiduría de Dios y especialmente esa parte que El ha hecho que se escribiera en la Biblia pueden haber

penetrado por medio del mismo Espíritu. Pero cuando se entre a la esfera celestial se habrá entrado al inquebrantable e indisminuible amor, gozo y paz divinos y a un mayor entendimiento que en cierto grado es comparable al de Dios mismo. Todo esto surgirá de la posesión de la misma naturaleza de Dios y que será tan ilimitado, dentro de los límites finitos, como lo es Dios. Esta es la base del compañerismo de los santos con Dios y de los unos con los otros. Nada puede esconderse y nada puede ser malentendido. Los motivos serán tan puros como Dios es puro y aun la historia de los pecados en la tierra, fracasos y dudas, se verán únicamente en esa forma retrospectiva y en la comprensión que pertenecen sólo a Dios. La vida cristiana en gloria en todo su alcance será en el molde y a la medida de lo que ahora se considera sobrenatural, como decir, la experiencia de la plenitud de la naturaleza divina. Los salvos habrán de adaptarse a la esfera de Dios.

IV. INTRODUCCION A LA FAMILIA Y CASA DE DIOS

No hay relación terrena que una tanto a los miembros de la raza humana como lo hace la familia, y así este reino humano es la mejor ilustración asequible de la asociación celestial de los creyentes. Aparecen tanto el hecho de la relación de Padre e hijo como el de la fraternidad. Como se indica arriba, la paternidad de Dios se debe al hecho absoluto de ser engendrados por Dios; aunque como en el caso del nacimiento de Cristo, el engendramiento es operado por la Tercera Persona, universalmente todavía se refieren a la Primera Persona como el Padre de todos los creyentes. El introducir a un individuo dentro de la familia y la casa de Dios no es una mera adopción, aunque un creyente es adoptado en el sentido de cuando nace de Dios como Su hijo en seguida alcanza la posición de un hijo adulto, con todos los privilegios y responsabilidades que acompañan a la completa madurez. La práctica humana de la adopción, que meramente establece responsabilidad legal sobre un niño extraño, no le imparte la naturaleza paternal y no crea una verdadera unidad con el nuevo padre. En las relaciones humanas, así mismo, un padre puede repudiar a su hijo y retirar toda responsabilidad hacia su hijo mediante una acción legal, aunque no puede evitar la semejanza con él en apariencia física, en disposición o en características sobresalientes. En otras palabras, la naturaleza básica que se imparte al engendrarlo no puede extinguirse. Aun en las esferas humanas, del mismo modo como no se pueden extinguir en el plan divino. Una vez hijo de Dios, para siempre hijo de Dios, es una verdad enseñada no sólo en la Escritura, sino sostenida por cada experiencia filial

conocida ya sea aquí en la tierra como en el cielo.

La familia y la casa de Dios están compuestas por la verdadera y legítima descendencia de Dios. Tal relación ni aun se insinúa entre Jehová y los israelitas. La nación de Israel en su totalidad es comparada a un hijo, pero enteramente como una expresión que describe el cuidado que Dios tiene de ellos. El llamar hijo a una nación está muy lejos de el engendrar a individuos para una eterna e inalterable descendencia de Dios. El ser miembro de la casa y familia de Dios implica idoneidad para tal posición. Por un breve tiempo —el período de la vida cristiana sobre la tierra después de su salvación— el Padre trata con las imperfecciones de Sus hijos y les administra la disciplina debida; pero en la realidad eterna que sigue los miembros de Su familia demostrarán por los siglos sin fin cómo los salvos han sido hechos “aptos para participar de la suerte de los santos en luz” (Col.1:12).

V. LA PARTE DE LA HERENCIA DE UN HIJO

Basado en la realidad de la filialidad a través del poder generador del Espíritu Santo está el hecho inevitable de la posesión de la parte del hijo. La magnitud de la participación la indica el Apóstol al afirmar: “El mismo Espíritu testifica a nuestro espíritu que somos hijos de Dios; y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Ro.8:16,17). Aquí está a la vista la eterna filialidad de Cristo y el derecho a la herencia en la que están incluidos todos los tesoros del universo, todos los *πλήρωμα* de sabiduría y en la infinita autoridad y poder, los recientemente constituidos hijos son hechos “coherederos con Cristo.” En tanto que el creyente es retenido en el mundo como un testigo, no se puede más que hacer poco uso de estas riquezas celestiales. Estas pertenecen a otro reino, y el disfrute de su gozo espera el tiempo de la entrada a la esfera a la que pertenecen estas riquezas.

VI. PROPOSITO DE DIOS PARA SU ETERNA GLORIA

Más subyugante y consoladora es la verdad revelada de que todo lo que entra en la constitución de un cristiano, lo que él es y lo que ha de ser en gloria es obra de Dios. El Apóstol declara: “Porque somos hechura Suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, ordenadas por Dios para que anduviésemos en ellas” (Ef.2:10). Por lo tanto, toda incertidumbre en cuanto a los resultados finales de la regeneración para siempre es descontada. Las varias experiencias de la vida pueden presentar problemas inmediatos; pero los factores

esenciales de la salvación, preservación y eterna gloria son perfeccionados por El, y nunca se hacen depender del éxito, realización o méritos humanos. El cristiano aprende después de ser salvo —no antes— que ha sido “escogido en El (en Cristo) antes de la constitución del mundo,” que en el debido tiempo y sólo por el poder de Dios él entró en relación con Dios de uno que es salvado sobre el principio de gracia, y que por el mismo poder divino él aparecerá en gloria, todo por la inmutable fidelidad de Dios.

En cuanto a los creyentes, está escrito: “Estando cierto de esto, que el que principió en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Su venida” (Fil. 1:6). Ha de ser muy significativa la descripción de un creyente que “conforme al propósito es llamado” (Ro.8:28). Ese propósito de Dios está definido en el contexto que dice: “Porque a los que antes conoció a éstos también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó a éstos también justificó; y a los que justificó a éstos también glorificó” (vs. 29,30). “Para ser conformados a la imagen de su Hijo” indica que la filialidad divina ha de realizarse en la parte del que es salvo —filialidad modelada según la misma imagen del Hijo de Dios.

Nunca la palabra de Dios jamás reveló un estado y destino más alto que éste; pero todavía se agrega “para que El sea el primogénito entre muchos hermanos.” Cristo realmente será el Primogénito en cuanto a tiempo y carácter; La Fuente de todo lo que comprende la eterna realidad y gloria del cristiano; pero el énfasis aquí indicado es más bien sobre el hecho de que todos los que así son salvos son *Sus hermanos*, siendo engendrados por Dios como tales y constituidos real e inmutablemente en hijos de Dios. Se supone muy a menudo que Cristo vino al mundo para que los hombres tengan un nuevo ideal para la vida diaria, un ejemplo de un carácter exaltado, o una nueva regla de conducta. Cuando Cristo dice, no obstante: “El ladrón no viene sino para robar, y matar y destruir; Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia” (Jn.10:10) — es sólo uno de entre como 85 pasajes en relación con este factor importante en la nueva personalidad del cristiano— El hablaba de la vida impartida que ningún ser humano había jamás recibido o poseído aparte del poder regenerador del Espíritu Santo. Con toda razón Dios apela al salvo para que viva la vida diaria de acuerdo con el sublime llamamiento de Cristo; pero la necesidad de una vida santa nunca debe estar separada de la dádiva de Dios que es la vida eterna en Cristo Jesús (Ro.6:23). La posesión de la vida eterna crea el verdadero motivo para una vida santa; ciertamente, una vida santa

jamás impartirá vida divina o un sustituto del nuevo nacimiento por el Espíritu. Una vida diaria loable representa la eterna provisión de Dios para el hombre que El se propuso crear en Cristo Jesús. Partiendo de esta sublime verdad la mente espiritual avanza hacia la contemplación del hecho de que el propósito divino, como todas las obras de Dios, también será así realizado y perfeccionado hasta el infinito para que Dios sea satisfecho y sea glorificado por él. De este modo se llega propiamente a la conclusión que la salvación desde el principio en los eternos consejos de Dios, aquí por medio de la provisión y el ejercicio de la gracia redentora, y de allí hasta la consumación en gloria, es ejecutada por Dios únicamente y siempre con el mismo propósito a la vista, esto es, que redunde en su eterna gloria. De esta manera El será ciertamente glorificado.

VII. EL FUNDAMENTO DE LA FE

La razón sola aclararía la verdad que, siendo que la salvación es efectuada por Dios, el individuo que se preocupa por ser salvo no puede alcanzarla por otro medio aparte de la fe sencilla. Todos los aspectos de la salvación ya completos, en tiempo pasado, libres del castigo del pecado; en tiempo presente, libres del poder del pecado; y en tiempo futuro, libres de la presencia del pecado, requieren la dependencia de Dios. Las grandes realidades, como el perdón el don de la vida eterna y el don de la justicia que es la base de la justificación (Ro.3:22,26; 4:5; 10:4), son la porción de los que no hacen otra cosa más que creer en Jesús como Salvador. Bastarán aquí dos pasajes relacionados con esta verdad esencial: (a) Juan 1:12,13: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios." Es a los que reciben a Cristo, o creen en El que tienen derecho tanto para llegar a ser como para ser los hijos de Dios por concesión divina. Esto significa que la respuesta de Dios a la fe de una persona en Cristo es tal, que por el poder de Dios él es nacido de lo alto y así llega a ser Su verdadero hijo. El conocimiento del Salvador, sobre quien debe descansar la fe, se obtiene por medio de la Palabra de Dios, revelado por el Espíritu. De aquí el que Cristo dijera que los tales son nacidos de la Palabra, que es simbolizada por el agua, el Espíritu (Jn.3:5), y el Apóstol declara: "No por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, sino por su misericordia nos salvó, por el lavacro de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo" (Tit.3:5). (b) Juan 3:16: "Porque de tal manera amó

Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree no se pierda, sino que tenga vida eterna.” ¿Qué declaración podría ser más directa y conclusiva que ésta? Se afirma que cualquiera que “en El cree no se pierda más tenga vida eterna.” Así que sin excepción todo lo que entra en la salvación, incluyendo la dádiva de la vida eterna, depende del único requerimiento de creer en el Salvador.

En el libro del Dr. Juan F. Walvoord citado previamente se incluye un excelente estudio de la doctrina de la regeneración. Siendo que esto está bien establecido y desde que el tema es de tan vital importancia, aunque estas páginas son extensas, las reproducimos aquí:

“En su introducción el Dr. Walvoord afirma: ‘Pocas doctrinas son más fundamentales para la predicación efectiva que la doctrina de la regeneración. No poder comprender su naturaleza ni entender claramente su necesidad impedirá la eficacia de la predicación del Evangelio. Tanto para el maestro bíblico como para el evangelista, es indispensable un conocimiento apropiado de la doctrina de la regeneración. El concepto bíblico de la regeneración es comparativamente sencillo, y no es necesario un estudio de su historia teológica para una adecuada predicación. La historia de la doctrina, sin embargo, revela sus peligros naturales y puede advertir al incauto de los peligros de una somera comprensión de esta doctrina. La doctrina de la regeneración ofrece una rica recompensa a los que contemplan sus tesoros y viven a la luz de sus realidades’ (*The Doctrine of the Holy Spirit*, p. 140).

Sobre el significado de la regeneración el Dr. Walvoord escribe:

“La palabra regeneración se encuentra sólo dos veces en el Nuevo Testamento (Mt.19:28; Tit.3:5), pero se ha apropiado como el término general para designar la impartición de la vida eterna. De los dos ejemplos del Nuevo Testamento sólo una vez se usa en este sentido (Tit.3:5), en donde se refiere al ‘lavamiento de la regeneración y renovación del Espíritu Santo.’ La palabra griega *παλιγγενεσία* es apropiadamente traducida ‘nuevo nacimiento, reproducción, renovación, re-creación’ (Thayer). Se aplica no sólo a seres humanos, sino también a los cielos nuevos y tierra nueva del milenio (Mt.19:28). En relación a la naturaleza del hombre, incluye las varias expresiones usadas para vida eterna tales como nuevo nacimiento, resurrección espiritual, nueva creación, mente nueva, ‘hecho vivir,’ hijos de Dios y trasladados al reino. En lenguajes sencillo, la regeneración consiste en todo lo que representa la vida eterna en el ser humano. El uso teológico de la palabra *regeneración* ha tendido a confundir más bien que a enriquecer la palabra. Otras palabras tales como conversión, justificación y santificación, han sido ya identificadas con, o bien, incluidas en el concepto de regeneración. Los teólogos católico-romanos han considerado la regeneración como inclusiva de todo lo que la salvación abarca, no sólo justificación y santificación, pero aún glorificación. Se toma la regeneración para incluir los medios, el acto, el proceso y la conclusión final de la salvación. Los teólogos protestantes han sido más cautos en extender el significado de la regeneración. Los primeros teólogos luteranos usaron la *regeneración* para incluir todo el

proceso por el que un pecador pasó de su estado de perdición al de salvación, incluyendo la justificación. Más tarde los luteranos intentaron clarificar la doctrina sosteniendo que la justificación no incluía una transformación de vida, excluyendo con eso la santificación de la doctrina de la regeneración. La Iglesia Luterana sigue sosteniendo que los infantes son regenerados al momento de ser bautizados con agua, no obstante, afirman al mismo tiempo que esta regeneración significa solamente su entrada a la iglesia visible, no su verdadera salvación. Entonces la regeneración viene a ser meramente una obra preparatoria para la salvación. Sobre el tema de la regeneración infantil el teólogo luterano Valentine, escribe: '¿Se puede decir que el niño es regenerado por el acto del bautismo? Podemos contestar apropiadamente que Sí; pero únicamente en el sentido de la relación vital y gracia conducente establecida, bajo la gracia imputada y el Espíritu Santo, se puede decir para tomar, en sus provisiones y fuerzas, el desarrollo final del pacto.' (*Christian Theology*, Vol. II, pgs. 229,230). Valentine objeta, sin embargo, a la afirmación de que el bautismo regenera a los niños. En otra parte Valentine escribe: 'La justificación precede a la regeneración y la santificación' (Ib., p. 237). Es claro que la teología luterana no usa el término en su sentido bíblico de impartición de vida eterna. Con todo, la teología luterana excluye la santificación de la doctrina de la regeneración. Los teólogos reformados también han fallado en ser consistentes, y han compartido en gran parte los errores abrazados por otros. Durante el siglo XVII, la conversión se tenía generalmente como sinónimo de regeneración. Este uso ignoraba, no obstante, un hecho más importante: que la conversión es el acto humano y la regeneración es una obra de Dios. Más adelante, la conversión, aunque usualmente relacionada con la regeneración no siempre es así, como se demuestra en conexión con el arrepentimiento y restauración de Pedro (Lc.22:32) como lo había profetizado Cristo. Aún Calvino falló en hacer una distinción apropiada entre regeneración y conversión. Charles Hodge, no obstante, arguye efectivamente por la necesaria distinción en el significado de estos términos (*Systematic Theology*, Vol. III, pgs. 3-5). Shedd concuerda con Hodge y cita los contrastes siguientes: 'Regeneración, en efecto, es un acto; conversión es una actividad, o un proceso. Regeneración es dar origen a la vida, conversión es la evolución y manifestación de la vida. Regeneración es totalmente un acto de Dios, conversión es enteramente una actividad del hombre. Regeneración es una causa; conversión es un efecto. La regeneración es instantánea; la conversión es continua' (*Dogmatic Theology*, Vol. II, p. 494). Por el último siglo, los teólogos reformados se han puesto de acuerdo en que la regeneración es propiamente el acto de la comunicación de la vida eterna. Como lo afirma Charles Hodge: 'Por un consenso casi universal la palabra designa, no la obra de la santificación en su totalidad, ni los primeros estados de la obra comprendidos en la conversión, mucho menos la justificación o algún mero cambio de estado externo, sino el cambio instantáneo de muerte espiritual a vida espiritual' (*Op. cit.*, Vol. III, p. 5). En un estudio de la doctrina de la regeneración, entonces el investigador está interesado únicamente en el aspecto de la salvación relacionado con el impartimiento de la vida eterna. Otras obras importantes que pueden acompañarla, sea antes o inmediatamente después, deben ser consideradas como obras distintas de Dios" (*Ibid.*, pgs. 140-43).

Así también, acerca de la regeneración como un acto del Espíritu Santo, el Dr. Walvoord declara:

“La regeneración por su naturaleza es únicamente una obra divina. Mientras algunas veces considerada como un resultado, cada ejemplo asume o afirma que el acto de la regeneración era una obra de Dios. Un buen número de pasajes importantes sustentan el tema de la regeneración, (Jn.1:13; 3:3-7; 5:21; Ro.6:13; 2 Co.5:17; Ef.2:5,10; 4:24; Tit.3:5; Stg.1:18; 1 P.2:9). Se sostiene explícitamente que el regenerado es ‘nacido, no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, más de Dios’ (Jn.1:13). La regeneración es comparada a la resurrección, la que por su naturaleza es enteramente de Dios (Jn.5:21; Ro.6:13; Ef.2:5). En otras ocasiones se declara que la regeneración es un acto creativo, la naturaleza de la cual da por sentado que es un acto de Dios (Ef.2:10; 4:24; 2 Co.5:17). Se puede ver claramente, entonces, que la regeneración es siempre revelada como una obra de Dios ejecutada por Su poder sobrenatural aparte de cualquier otra agencia. La obra de la regeneración se atribuye propiamente al Espíritu Santo. Como obra de la gracia eficaz la regeneración se atribuye a Dios a menudo sin distingo de personas, y en algunos casos se atribuye al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo separadamente. Se declara que la Primera Persona es la fuente a lo menos en una ocasión (Stg.1:17,18). Cristo mismo está relacionado con la regeneración varias veces en la Escritura (Jn.5:2; 2 Co.5:17; 1 Jn.5:12). Otra vez se declara que el Espíritu Santo es el agente de la regeneración (Jn. 3:5-7; Tit. 3:5). Como en otras grandes empresas de la Deidad, cada Persona tiene una parte importante en armonía con Su única esencia. Como en caso del nacimiento de Cristo, cuando todas las Personas de la Deidad estuvieron relacionadas con la concepción de Cristo, así en el nuevo nacimiento del cristiano la Primera Persona viene a ser el Padre del creyente, la Segunda Persona imparte Su propia vida eterna (1 Jn.5:12), y el Espíritu Santo, la Tercera Persona, actúa como el agente eficiente de la regeneración. La obra de la regeneración puede asignarse al Espíritu Santo tan definitivamente como la obra de la salvación puede asignarse a Cristo.”- Ibid., pgs. 143,144.

Sobre la importante verdad de que la vida eterna es impartida por la regeneración, el mismo escritor afirma:

“Como la palabra misma implica, el pensamiento central en la doctrina de la regeneración es que la vida eterna es impartida. La regeneración encuentra la necesidad creada por la presencia de la muerte espiritual. El método seguido por la comunicación es, por supuesto, inescrutable. No hay un método visible o proceso discernible. Por su naturaleza es sobrenatural y por lo tanto, su explicación está más allá del alcance humano. Las Escrituras, al presentar la comunicación de la vida eterna, usan tres figuras para describirla. La regeneración algunas veces es presentada en la figura del nuevo nacimiento. Como Cristo le dijo a Nicodemo: ‘No te maravilles de que te dije: os es necesario nacer de nuevo’ (Jn.3:7). En contraste al nacimiento natural de parentesco humano, uno tiene que nacer ‘de Dios’ (Jn.1:13) a fin de llegar a ser un hijo de Dios. De acuerdo a Santiago 1:18, ‘El de Su voluntad nos ha engendrado por la Palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.’ La figura es elocuente al describir la íntima relación de los hijos de Dios a Su Padre celestial y al relacionar la clase de vida que recibe el creyente en Cristo con la vida eterna que es en Dios. En la Escritura frecuentemente es relacionada la regeneración a la resurrección espiritual. De los cristianos se dice que son ‘vivos de entre los muertos’ (Ro.6:13), ‘aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo’ (Ef.2:5). Cristo mismo dijo:

METAFORAS

‘En verdad, en verdad os digo, la hora viene y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeren vivirán’ (Jn.5:25). El hecho de nuestra resurrección es la base de la frecuente exhortación a vivir como vivos de entre los muertos’ (Ro.6:13; Ef.2:5,6; Col.2:12; 3:1,2).

La regeneración también se presenta en la figura de creación o recreación. ‘Somos creados en Cristo Jesús para buenas obras’ (Ef.2:10), y exhortados a ‘vestir el nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad’ (Ef.4:24). La revelación dada en 2 Corintios 5:17 es explícita, ‘Si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, y he aquí, todo es hecho nuevo.’ La figura de la creación indica que la regeneración es creativa en su naturaleza y resulta en un cambio fundamental en el individuo, habiendo agregado una nueva naturaleza con sus nuevas capacidades. El individuo llega a ser una parte de la Nueva Creación que incluye a todos los regenerados de esta dispensación y a Cristo, su cabeza. La nueva vida impartida a los cristianos se manifiesta en las nuevas capacidades y actividades que se encuentran únicamente en los regenerados, constituyendo la fuente y fundamento de todo otro ministerio divino para los salvos. El otro hecho importante en la doctrina de la regeneración, que nunca debe olvidarse, es que el creyente en Cristo Jesús ha recibido vida eterna. Este hecho debe guardarse libre de toda confusión de pensamiento que surja del concepto de que la regeneración es meramente un antecedente de la salvación, o una preparación preliminar en capacitar al alma para creer. Es por el contrario, el corazón mismo de la salvación. Alcanza el esencial problema de la ausencia de la vida eterna sin la cual ningún alma puede pasar la eternidad en la presencia de Dios. La regeneración suple esta falta de vida eterna así como la justificación y la santificación tienen que ver específicamente con el problema del pecado. Es una verdad contundente contra toda filosofía que sostenga que el hombre tiene capacidades inherentes para salvarse a sí mismo. La regeneración es enteramente de Dios. No hay esfuerzo humano, no importa cuán noble sea, capaz de suplir la vida eterna. La propia doctrina de la regeneración da a Dios toda la gloria y poder debido a Su Nombre, y al mismo tiempo despliega su abundante provisión a favor de una raza muerta en pecado” – *Ibid.*, pgs. 144,145.

Otra vez, que la regeneración se lleva a cabo por agentes, lo expresa el Dr. Walvoord, como sigue:

“La teología reformada se ha opuesto definitivamente a la introducción de algunos medios en la ejecución del acto divino de la regeneración. La cuestión de si los medios se usan para efectuar la regeneración es determinada en gran parte por la actitud asumida hacia la gracia eficaz. Los teólogos pelagianos y arminianos, sosteniendo como lo hacen, la cooperación de la voluntad humana y la parcial habilidad de la voluntad a través de la gracia común, o poderes naturales, en cierto grado reconocen la presencia de medios en la obra de la regeneración. Si es reconocida la incapacidad total del hombre y creída la doctrina de la gracia eficaz, se sigue naturalmente, que la regeneración es efectuada aparte de medios. Los teólogos reformados en armonía con su doctrina de la gracia eficaz han sostenido que la voluntad humana en sí misma es inefectiva en producir cambio alguno que acompañe en la salvación del alma. Como relacionada a la fe, la voluntad humana puede actuar por medio de la gracia eficaz. La voluntad humana puede actuar aun aparte de la gracia eficaz al escuchar el Evangelio. En el acto de la regeneración, no obstante, la voluntad

humana es enteramente pasiva. No hay cooperación posible. La naturaleza de la obra de la regeneración excluye cualquiera posible asistencia humana. Lo mismo que un niño en su nacimiento natural es concebido y nace sin volición alguna de su parte, así el hijo de Dios recibe el nuevo nacimiento aparte de cualquiera volición de sí mismo. Por supuesto, en el nuevo nacimiento la voluntad humana no se opone a la regeneración y quiere creer por gracia divina, pero este acto en sí mismo no produce el nuevo nacimiento. Como en la resurrección del cuerpo humano de la muerte física, el cuerpo en ningún sentido ayuda en la obra de la resurrección, así en la regeneración la voluntad humana es enteramente pasiva. No es que la voluntad del hombre sea descartada, o que desista de la voluntad de creer. Mas bien es que la regeneración es la obra de Dios en un corazón creyente. Todos los otros medios son igualmente excluidos en la obra de la regeneración. Mientras la regeneración a menudo es precedida por distintos antecedentes tales como la obra de la común gracia, e influencias que la acompañan, éstas deben ser rigurosamente distinguidas de la regeneración. Aun la obra de la gracia eficaz, aunque simultánea con la regeneración, e indispensable para ella, en sí misma la produce la regeneración. La gracia eficaz sólo hace posible y segura la regeneración. Esta, en su misma naturaleza es instantánea, un acto inmediato de Dios, y en la naturaleza de un acto instantáneo no hay medios posibles. El hecho de que la regeneración es consistentemente revelada como un acto divino y la doctrina bíblica de la gracia eficaz son evidencias suficientes para excluir la posibilidad del uso de medios para efectuar la regeneración.” —*Ibid.*, pgs. 145-47.

De gran importancia, especialmente para todo esfuerzo evangelístico, es la palabra del Dr. Walvoord con respecto al carácter. no experimental de la regeneración, cuyo texto es como sigue:

“Hasta que el asunto se ha examinado cuidadosamente, es un pensamiento sorprendente el que la regeneración no sea experimental. En el testimonio cristiano, mucho se ha dicho de la experiencia de la regeneración. Si la regeneración es instantánea y un acto de la voluntad divina, se sigue que la regeneración en sí no es una experiencia. Librement se puede conceder que abundantes fenómenos experimentales siguen al acto del nuevo nacimiento. Este hecho no altera el carácter no experimental de la regeneración. Si fuera admitido que la regeneración es un acto instantáneo de Dios, es lógicamente imposible que sea experimental, siendo que la experiencia encierra la idea de tiempo y secuencia de experiencia. Por consiguiente, se puede concluir que ninguna sensación asiste al acto de la regeneración, más bien toda experiencia procede desde que la regeneración se efectúa y surge de la nueva vida como su fuente. En la naturaleza del caso, no podemos experimentar lo que no es la verdad, y la regeneración ha de ser efectuada enteramente antes que pueda haber experiencia. Mientras el alma regenerada puede llegar a ser consciente inmediatamente de la vida nueva, siendo un acto sobrenatural e instantáneo de Dios. La naturaleza no experimental de la regeneración, de ser comprendido, haría mucho por librar al inconverso de la noción de que una experiencia tal antecede a la salvación y, a la vez, prevendría a los que buscan la salvación de las almas de esperar los frutos de la salvación en forma parcial antes que se lleve a efecto la regeneración. La noción popular que uno tiene que sentir algo diferente antes de ser salvo, ha estorbado a muchos de la simplicidad de la fe en Cristo y de la genuina

regeneración que sólo Dios puede efectuar.

La naturaleza no experimental de la regeneración también ha abierto la puerta, desafortunadamente, a la enseñanza de la regeneración infantil como sostiene la Iglesia Luterana. Se arguye que si la regeneración no es experimental, no hay razón sólida por qué los infantes no puedan ser regenerados. Aun Shedd aprueba la idea de la regeneración infantil basado en que la regeneración no es experimental, en la siguiente declaración: 'La regeneración es una obra divina en el alma humana que está consciente de sí misma. No causa ninguna sensación interna. Nadie jamás ha sentido el acto instantáneo del Espíritu Santo por el cual él ha sido hecho una nueva criatura en Cristo Jesús. Y siendo que la obra es sólo de Dios, no es necesario que el hombre sea consciente de ella. Este hecho pone a los infantes y a los adultos sobre el mismo terreno, y hace la regeneración de los infantes tan posible como la de los adultos. La regeneración infantil es enseñada en las Escrituras. Lucas 1:15: '... y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre'; Lucas 8:15,16: 'Dejad a los niños venir a mí; porque de los tales es el reino de Dios'; Hechos 2:39: 'La promesa es para vosotros y para vuestros hijos'; 1 Corintios 7:14: 'Ahora vuestros hijos son santos.' La regeneración también es enseñada simbólicamente. (a) Por la circuncisión en el Antiguo Testamento. (b) Por el bautismo de niños en el Nuevo Testamento' (*Op. cit., Vol. II, pgs. 505, 506*). Es muy dudoso que algunos de los textos citados por Shedd prueben realmente la regeneración infantil. Mientras por una parte es cierto que muchos cristianos nunca han sabido de una crisis como experiencia del acto del nuevo nacimiento que pudiera describir, no hay determinadas garantías escriturales que afirmen la regeneración infantil, a lo menos en la presente dispensación. La pauta normal de la regeneración es que ocurre al momento de ejercerse la fe salvadora. No hay ninguna apelación dirigida jamás a hombre alguno a que debe creer porque ya ha sido regenerado. Por el contrario, es que deben creer para recibir vida eterna. Se ha dicho definitivamente en cuanto a los creyentes que antes de creer en Cristo estaban 'muertos en delitos y pecados' (Ef.2:1). El caso de los que mueren antes de llegar a la edad de responsabilidad es un problema diferente. Parece ser la posición propia que los infantes son regenerados al momento de su muerte, no antes; y si ellos llegan a la madurez, son regenerados al momento de aceptar a Cristo. En efecto, el bautismo infantil es ineficaz, y la posición de la Iglesia Reformada está en contraste con la de la Luterana en este punto. Si se cree (si es de creerse) la doctrina de la regeneración infantil confunde tanto la doctrina como despojarla de todo su carácter decisivo. No podría declararse regenerado a nadie a quien no pudiera, de la misma manera, estar salvo por toda la eternidad."— *Ibid.*, pgs. 147-149.

Concluyendo su tesis sobre la regeneración, el Dr. Walvoord escribe del *efecto* de ella, e indica la verdad respecto a una nueva naturaleza, una nueva experiencia y una nueva seguridad. Al respecto dice:

"La obra de la regeneración es tremenda en sus aplicaciones. Un alma, muerta una vez, ha recibido la vida eterna que caracteriza la existencia de Dios. El efecto de la regeneración es agregado en el hecho de la posesión de la vida eterna. Todos los otros resultados en el hecho de la regeneración son propiamente una extensión del hecho de la vida eterna. Mientras que la vida en sí es difícil de

definir, y la vida eterna es inmaterial, ciertas cualidades pertenecen a cualquier regenerado en virtud del hecho de poseer la vida eterna.

En la naturaleza de la vida eterna, en primer lugar incluye la creación de una divina naturaleza en la persona regenerada. Sin erradicar la vieja naturaleza con su capacidad para, y deseo de pecar, la nueva naturaleza tiene en sí el anhelo de Dios y de Su voluntad, que podríamos esperar que procede de esa vida eterna. La presencia de la nueva naturaleza constituye un cambio fundamental en la persona, que es llamado 'nueva criatura' (2 Co.5:17; Gá.6:15) y 'hombre nuevo' (Ef.4:24). Un cambio drástico en el modo de vida, en su actitud hacia Dios y las cosas de Dios, y en los deseos del corazón humano, son cosas que se pueden esperar de uno que recibe la nueva naturaleza. Esta, que es parte de la regeneración, no debe confundirse con la naturaleza sin pecado de Adán antes de la caída. La naturaleza de Adán era una naturaleza humana sin la experiencia, e inocente del pecado. No tenía como fuente determinante de su naturaleza la vida eterna que es otorgada a una persona regenerada. La naturaleza humana de Adán estaba abierta al pecado y a la tentación, y era accesible al pecado. Es dudoso que la naturaleza divina otorgada en conexión con la regeneración alguna vez sea envuelta directamente en el pecado. En tanto, las Escrituras son claras en cuanto a que una persona regenerada pueda pecar, y peca, la caída se adjudica a la naturaleza pecaminosa, aun cuando el acto es el de la persona íntegra. Esto no debe confundirse con algunas declaraciones tocante a que un cristiano es impecable e incapaz de pecar.

El estado de la perfección impecable nunca puede ser alcanzado hasta que la naturaleza humana sea expulsada, y esto se cumple únicamente a través de la muerte del cuerpo físico o la transformación del cuerpo en el arrebatamiento de la Iglesia. Aun la nueva naturaleza, aunque nunca es origen de pecado, no tiene la suficiente capacidad para vencer a la vieja naturaleza. El poder de la victoria reside en la presencia de Dios que mora en el creyente. La nueva naturaleza da el deseo de hacer la voluntad de Dios, y el poder de Dios provee la capacidad para cumplir este propósito a pesar de la innata pecaminosidad de la naturaleza humana. La posición de estar en la voluntad de Dios se alcanza cuando la voluntad de la nueva naturaleza es plenamente realizada. Vida eterna y nueva naturaleza están unidas inseparablemente, correspondiendo la naturaleza a la vida que la origina.

Mientras la regeneración en sí no es experimental, ella es la fuente de la experiencia. Siendo instantáneo el acto de la comunicación de la vida eterna, no puede ser una experiencia; pero la presencia de la vida eterna después de la regeneración es la fuente de la nueva experiencia espiritual que debe esperarse. La nueva vida trae consigo nueva capacidad. La persona que antes de la regeneración estaba muerta espiritualmente y ciega a la verdad espiritual ahora llega a estar viva a un nuevo mundo de realidades. Como un ciego al recobrar la vista contempla por primera vez las perspectivas y las bellezas de los colores, así el alma renacida contempla la nueva revelación de la verdad espiritual. Por primera vez él está en capacidad de entender el ministerio de enseñanza del Espíritu Santo. Ahora está en capacidad de gozar las intimidades de la comunión con Dios y de la libertad en la oración. Como su vida está bajo el control del Espíritu Santo, está en capacidad de manifestar los frutos del Espíritu, enteramente extraños para el hombre natural. Su ser entero tiene nuevas capacidades para el gozo y la tristeza, el amor, la paz, la dirección y toda la hueste de realidades del mundo espiritual. Aun cuando la regeneración no es una experiencia, es sí el fundamento de toda experiencia cristiana. Esto demanda que la regeneración sea simultánea con la salvación e inseparable de ella, y que la

regeneración se manifieste en la experiencia normal de una vida cristiana rendida. La regeneración que no resulta en una experiencia cristiana puede ser dudosa.

✓ Una de las muchas razones de la confusión sobre la doctrina de la regeneración es el intento de evadir la inevitable conclusión de que un alma, una vez genuinamente regenerada, es salva para siempre. La dádiva de la vida eterna no puede ser revocada. Declara el inmutable propósito de llevar a la gloria a los regenerados. Nunca se halla en la Sagrada Escritura el caso de uno que haya sido regenerado una segunda vez. Mientras un cristiano puede perder mucho de la experiencia cristiana normal por el pecado, necesitando confesión desesperadamente para lograr la restauración, el hecho de la regeneración no cambia. En último análisis, las experiencias en esta vida son sólo un precedente de la magnas experiencias que los creyentes tendrán después de la liberación de la presencia y de la tentación del pecado. La regeneración tendrá su final manifestación cuando la persona regenerada sea completamente santificada y glorificada. Nuestras experiencias actuales, limitadas como lo son por la presencia de una naturaleza y un cuerpo pecaminosos, son sólo un retrato parcial de las glorias de la vida eterna. A través de las experiencias de la vida con todo, el hecho de la regeneración sería una fuente de constante esperanza y de confianza permanente "que el que ha principiado la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesu-Cristo" (Fil.1:6).- *Ibid.*, pgs. 149-151).

CONCLUSION

La regeneración es el paso más esencial en la preparación que ha de efectuarse si las personas de esta raza caída han de ser tenidas por dignas de morar en aquellas sublimes esferas y estar allí asociadas con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Viene a ser uno de los más grandes hechos en todo el universo. Su completa grandeza y valor se verá, no en la tierra o en el tiempo, sino en gloria y por toda la eternidad.

CAPITULO X

LA MORADA DEL ESPIRITU SANTO

Desde el punto de vista doctrinal o como un fundamento para toda verdad con respecto a la relación entre el Espíritu Santo y el creyente en esta dispensación, no hay hecho más caracterizante o determinante que el de que el Espíritu Santo mora en cada persona regenerada. El no reconocer la cantidad abrumadora de citas sobre que se apoya esta distinción de doctrina es no captar uno de los factores más esenciales en la personalidad del cristiano, es concebir al cristiano como totalmente sin preparación para las grandes y santas obligaciones que se le han asignado, es abrir la puerta a la introducción de suposiciones antibíblicas relativas a la santidad personal, y es crear inexcusables divisiones en el Cuerpo de Cristo. Ningún estudiante debería pasar sobre este aspecto de la verdad desapercibidamente. No se puede hacer ningún progreso en el conocimiento en cuanto a la relación del Espíritu Santo al creyente hasta que este aspecto de la doctrina del Espíritu es reconocido y aceptado como lo declara el Texto Sagrado. Fallar en el discernimiento de que el Espíritu Santo mora en cada creyente es un error común y casi universal de los hombres hace unas dos generaciones. Ese error fue promovido en las primeras conferencias de Keswick y recibido y enseñado generalmente por toda Gran Bretaña y América. Sin embargo, expositores americanos de las últimas dos generaciones han hecho mucho para recobrar esa importante doctrina de éste y otros conceptos erróneos similares. La noción de que el Espíritu se recibe como una segunda obra de gracia, actualmente es defendido por grupos extremistas de la Santidad. En otras palabras, es comprendido más claramente de lo que fue antes, de que no puede haber tal cosa como cristianos que no tienen el Espíritu Santo morando en ellos. Esta verdad está declarada tan enfáticamente en el Nuevo Testamento que parece casi imposible que se hubiera tomado en cuenta cualquier otro punto de vista. Se recordará que el ministerio del Espíritu Santo como morador en el creyente, es uno de sus presentes beneficios y no hay que confundirlo con Su bautismo, Su sello, o Su llenura. Todavía se hablará más acerca de estas otras obras. Aunque, como se ha observado, la presencia del Espíritu Santo en el creyente puede no

estar indicada por alguna experiencia revolucionaria correspondiente, Su morada es nada menos que uno de los más caracterizantes aspectos de todos los que constituyen lo que un cristiano es (comp. Ro.8:8,9). El mismo hecho de la morada del Espíritu Santo viene a ser, además, una caracterización de la edad. La presente es la dispensación del Espíritu, un período de tiempo en el que el Espíritu Santo es el recurso todo suficiente del creyente, así de poder como de dirección. En esta edad se le indica al cristiano vivir según un nuevo principio de vida (comp. Ro.6:4). La realización de la presencia, poder y dirección del Espíritu constituye un método enteramente nuevo del diario vivir y está en contraste con el dominio y autoridad que la Ley Mosaica ejercía sobre Israel en la dispensación pasada. Está escrito en Romanos 7:6: "Mas ahora estamos libres de la ley, habiendo muerto a aquella en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en novedad de espíritu y no en vejez de letra." La frase "en novedad de espíritu" está en contraste con "en vejez de letra." Estas no se refieren a métodos de espiritualizar o materializar para la interpretación de la verdad; más bien indican diferentes economías divinas que caracterizan dos dispensaciones diferentes. La dispensación pasada está marcada con la letra de la ley, en cuya edad no se hizo jamás provisión alguna para capacitar al hombre. La edad presente se distingue como el período del Espíritu morador, cuya presencia provee toda la fuente de poder para la realización de un diario vivir que glorifique a Dios. Se presenta la misma distinción en 2 Corintios 3:6, que dice: "El cual así mismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, más el espíritu vivifica." De esta suerte, lejos de capacitar, la ley era un ministerio de muerte y condenación (comp. Ro.7:4,6,10,11). Contra todo esto, el Espíritu morador ahora es una fuerza ilimitada que sustenta cada aspecto de la vida humana. Reconociendo los mismos principios por los que la vida de los hombres han sido guiadas en dos diferentes dispensaciones, el Apóstol declara en Gálatas 5:18: "Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley." Así se puede ver que por causa de la nueva provisión asequible a cada cristiano, desde el menor hasta el mayor ha sido equipado con la suficiencia necesaria por la que toda responsabilidad sobrenatural puede cumplirse plenamente para la gloria de Dios. El cristiano se enfrenta con problemas de ajuste, pero éstos nunca son problemas en cuanto a la adquisición del Espíritu o de capacitación. El andar por medio del Espíritu Santo es totalmente una nueva técnica; siendo que a cada hijo de Dios se le ha comisionado con una vida sobrehumana; no obstante, cada uno, sin excepción, ha recibido el Espíritu y por lo tanto, cada uno es puesto

ante la necesidad de vivir su vida en el poder capacitador del Espíritu, si ha de llenar el ideal divino, lo cual es una nueva técnica. ✓

El hecho de la morada del Espíritu habría de ser reconocido en sus propios aspectos sin complicaciones. Este ministerio ha de distinguirse de otros ministerios suyos, aparte de la dependencia que otros ministerios tienen con respecto a éste. Mas a menudo el conflicto con respecto a la posesión del Espíritu surge entre los creyentes. La llenura depende del ajuste personal, de lo que trataremos en un capítulo posterior de este volumen; y por causa de estos ajustes puede manifestarse la debilidad humana y así la experiencia de la llenura del Espíritu puede no estar segura, mientras en otros casos la llenura puede caracterizarse como parcial, variable, o completa. Una llenura imperfecta del Espíritu no es satisfactoria a Dios, pues El manda a todos los cristianos sin excepción el ser llenos del Espíritu (Ef.5:18). La posesión del Espíritu, siendo el resultado de la salvación y asegurada por la fe salvadora, es común a todos los regenerados por igual. El Espíritu Santo se recibe sólo una vez y nunca se separa; pero hay tantas llenuras como necesidades surjan. El Espíritu mora sin producir necesariamente una experiencia; pero la llenura se dirige al amor, al gozo, la paz y a la plenitud de vida y de servicio. La posesión del Espíritu por cada cristiano se establece por revelación y la razón lo demanda. Ahora en su orden viene la consideración de cómo enfocar los dos amplios aspectos de esta verdad, además que hay que tomar nota en su debido lugar de los ministerios del Espíritu relacionados, es decir, el ungimiento y el sello.

I. DE ACUERDO A LA REVELACION

El estudio de la verdad relativa a la morada del Espíritu Santo ha de ser con el debido reconocimiento de sus otros ministerios para el creyente, porque ninguno de ellos es completo en sí, sino que depende, desde luego, de la presencia del Espíritu. No obstante, en interés de una verdadera evaluación, se requiere un análisis de cada ministerio separadamente. Cada uno debe ser considerado en su carácter peculiar e individual. Las Escrituras abundantemente sostienen la verdad de la morada del Espíritu, cuyo ministerio estudiaremos aquí. Ahora vamos a tomar los principales pasajes en su orden, por libros, cada uno dentro de su contexto.

Juan 7:37-39. "En el último gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habrían de recibir los que

creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.”

Esta predicción pronunciada por Cristo antes de Su muerte anticipa la presente era y asegura que en esta era todos los que creen reciben el Espíritu Santo al creer. En otras palabras, el Espíritu se recibe precisamente en la misma condición en que se opera la salvación. No se mencionan dos operaciones de fe; la única instrumentalidad humana en la salvación es creer, y esa completa salvación que así es asegurada incluye la venida del Espíritu Santo a morar en el redimido. Siendo un aspecto esencial de la salvación, la condición humana para la posesión del Espíritu, cuando ese aspecto de la verdad soteriológica se considera separadamente, es creer y sólo creer. Por tanto se sigue, partiendo de este pasaje, que el Espíritu Santo es dado a todos los que creen y al momento de creer. Cuando Cristo habló, el Espíritu todavía no había venido ni podía haber sido dado, sino hasta que Cristo fuera glorificado (comp. Jn.16:7). Incidentalmente se traza una distinción muy marcada entre los santos de la dispensación pasada y los de la presente. A los que se han identificado con el Cristo glorificado les pertenecen, ciertamente, nuevas y trascendentales realidades.

Juan 14:16,17; 1 Juan 2:27. “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre; el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros”. . . “Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.”

Aquí se presenta la misma implicación, que bajo la debida consideración no puede confundirse a efecto de que cada cristiano ha recibido el Espíritu Santo; pero se ha propuesto una verdad adicional que es de importancia ilimitada a la doctrina de la morada del Espíritu, señaladamente que, habiendo hecho Su habitación en el creyente, nunca Su presencia es removida. El habita allí para siempre. Tan importante como lo es en sí, una forma correcta de vida no entra en las condiciones sobre las que el Espíritu es concedido, del mismo modo como no entra en los términos sobre los que un hijo de Dios puede ser lleno del Espíritu. Para mayor seguridad, es la misma presencia del Espíritu Santo la que clama por una vida santa. Cuando el Apóstol Pablo corregía a los creyentes de Corinto con respecto a sus prácticas espirituales, les dijo: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por

precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Co.6:19,20). El temor de que el Espíritu Santo no se vaya a ausentar del corazón ha causado profunda pena en las generaciones pasadas. Su inseguridad de alma se halla bien expresada en una estrofa de un himno de William Cowper, cantado con frecuencia:

"Vuelve, Santísima Paloma, vuelve,
¡Oh, dulce mensajera de reposo!
Aborrezco el pecado que te aflige
Y que hace que te alejes de mi pecho."

Es muy dudoso que el pasaje que estamos considerando pudiera ser negado más enfáticamente que en este trozo poético.

Hechos 11:17. "Si Dios, pues, les concedió el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios? "

Este pasaje contiene el relato que Pedro hizo de su primera predicación a los gentiles. Lo que atrajo la atención del Apóstol en aquella memorable ocasión de que él habla es que los gentiles, como sucedió a los judíos el día de Pentecostés, recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron en Cristo. Esa recepción era y es una parte de la misma salvación. La presencia del Espíritu morador es el don de Dios para los que creen.

Romanos 5:5. "Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado."

Una traducción más literal de este pasaje es a efecto de que el amor de Dios fluye del corazón del creyente, y ese amor divino procede del Espíritu Santo que le es dado para que more en él. Este texto es el primero en orden de entre algunos que declaran específicamente que el Espíritu le es dado igualmente a todos los que son salvos. La universalidad del don del Espíritu se enseña aquí en el uso de la palabra *nos*, como pasa con frecuencia, que hay salvos que no han recibido el Espíritu Santo, la respuesta que aquí se halla, así como en otros pasajes que hemos de estudiar más adelante, es que el pronombre *nos* no puede ser limitado, pues representa a todos los salvos.

Romanos 8:9. "Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él."

Esta declaración es dogmática y final. "Si alguno no tiene" —que significa la presencia morando en— "el Espíritu de Cristo" —claramente una porción del Espíritu Santo, ya que el Espíritu

procede de Cristo y es enviado al mundo por El (comp. Jn.16:7)—“el tal no es de El.” La base de este acerto es de lo más razonable. Entre otras cosas y sobre muchas cosas, el cristiano se caracteriza por el hecho que él ha recibido la naturaleza divina. Nadie podría ser cristiano sin poseer la vida divina que es esencial a su nueva criatura. A menudo se declara que esa nueva criatura no es otra que el Espíritu Santo.

Romanos 8:23. “Y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.”

Otra vez un significado universal es inherente en las palabras *nosotros mismos*. Este término no puede referirse a ninguna clase o grupo dentro de la comunión cristiana; alcanza a todos. Y la declaración positiva es que todos tienen las primicias que sólo la presencia del Espíritu Santo puede asegurar.

1 Corintios 2:12. “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido.”

De modo similar, como se ha dicho arriba, el pronombre *nosotros* abarca una compañía que incluye a todos los creyentes. El propósito de Dios es que cada uno de los redimidos sea instruido respecto a estas verdades que pueden entrar en el entendimiento humano únicamente por revelación divina. No daremos ninguna atención, ni aún por un momento, a la suposición de que el ministerio de enseñanza del Espíritu, como se afirma en este contexto (comp. vers. 9-16), es dirigido únicamente para una compañía reducida de entre los salvos. Se sigue que, si el propósito de Dios para todos Sus hijos es igual, que sepan las gloriosas revelaciones que El ha preparado para ellos, igualmente ellos deben estar en estrecha y vital relación con el Espíritu Santo, su Maestro. Dios no podría esperar que algún creyente pueda progresar en el conocimiento de Sí, o estar informado acerca de Su voluntad para con ellos si, por alguna razón, ese creyente no estuviere en posesión del Espíritu, el divino maestro, quien es el único que revela las cosas de Dios. Esta gran provisión y necesidad se declara en términos inequívocos cuando dice: “Ahora hemos recibido... el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido.”

1 Corintios 6:19,20. “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.”

Este pasaje sirve de nuevo para responder a los que afirman que el Espíritu es concedido solamente a un grupo favorecido y contesta especialmente la afirmación de que se da sólo a los que se han rendido y son fieles en sus vidas. La apelación citada arriba, es como una crítica a los creyentes que el mismo Apóstol los ha declarado carnales (comp. 3:1-4); al mismo tiempo, todavía son conminados a volverse de estos procedimientos impíos, a base del hecho de que sus cuerpos son templos del Espíritu Santo. No habrá que invertir esta apelación como hacen algunos, y asegurar que cristianos como los corintios, si se arrepienten de sus pecados, serían recompensados con la presencia del Espíritu Santo en sus vidas. La razón directa para invocar la práctica de una vida santa es que los creyentes son ya templos del Espíritu. Por tanto, no es cuestión de asegurar el Espíritu por una vida santa, sino más bien, se espera una vida santa de uno que ha recibido el Espíritu. Este es el orden fundamental de la gracia en cuanto a la relación con Dios. El sistema Mosaico de méritos diría: "Sed buenos para que seáis templos del Espíritu Santo"; la gracia dice: "Sois templos del Espíritu Santo, por tanto, sed buenos."

1 Corintios 12:13. "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo espíritu."

De los mismos corintios sin méritos se dice otra vez que "han bebido de un mismo Espíritu" —no algunos de ellos, sino todos. En este mismo versículo también se declara que estos mismos creyentes carnales, cada uno se ha unido al Señor por medio del bautismo del Espíritu Santo. No es más difícil creer que el Espíritu Santo mora en todos los creyentes que creen, que todos han sido bautizados por el Espíritu en el cuerpo de Cristo. Ambas verdades están claramente enseñadas en el Nuevo Testamento y en ningún caso la obra se efectúa por causa de merecimiento personal de los hijos de Dios, sino sencillamente en respuesta a la fe que resulta en salvación —esa obra de gracia de la que tanto la morada como el bautismo del Espíritu son parte integrante.

2 Corintios 5:5. Más el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu."

Un arra (o prenda) es un pago que se da en adelanto y que garantiza la totalidad del pago. La bendición divina que asegura la presencia y el poder del Espíritu morador, como prenda, garantiza la realización final y completa de inmensurables provisiones en gloria para el creyente. En las transacciones comerciales, similarmente, un pago adelantado cierra el compromiso en la seguridad de que se pagará el total y que será pagado en la misma forma. El don del Espíritu no sólo asegura el cumplimiento de esa promesa que Dios ha

hecho, sino que indica el carácter de lo que está por venir. El Espíritu es llamado “prenda” en tres pasajes del Nuevo Testamento (2 Co.1:22; 5:5 y Ef.1:14), y será dudoso realmente, suponer que esta prueba adelantada de todas la glorias celestiales sería quitada de aun el más pequeño de todos los santos. Su presencia interior se le asegura al cristiano, siendo que El mismo ha de habitar en el creyente para ser, como lo es, la prenda que nos ha sido dada.

Gálatas 3:2. “Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír de la fe?”

La seguridad que se da en este texto es que los gálatas habían recibido el Espíritu en respuesta a la fe salvadora, es decir, como una parte de su salvación. De este modo nuevamente se enseña que el Espíritu viene a ser la presencia moradora en cada individuo que es salvo y al momento de serlo.

Gálatas 4:6. “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama ¡Abba, Padre!”

Esta Escritura determinante es enteramente contradicha por la teoría de que el Espíritu es dado en respuesta a la santificación personal. Por el contrario, es por el hecho de que los creyentes son *hijos* que el Espíritu les es dado, y este procedimiento debe incluir a cada hijo necesariamente.

1 Juan 3:24 y 4:13. “El que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.” . . . “En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de Su Espíritu.”

Estos pasajes sirven para sellar y confirmar la verdad de que el Espíritu, habiéndose nos dado, le ha sido dado a todos los salvos. Ni uno solo de los nacidos de Dios podría ser excluido.

La conclusión lógica que se desprende de estas porciones bíblicas es que el Espíritu Santo es una presencia viviente en todo cristiano; en base de este hecho concluyente surgen otras relaciones entre el Espíritu y el creyente. Es evidente que una vez surja una mala interpretación de esta verdad básica también vendrán falsos conceptos de esos otros ministerios que se fundan en ellas.

Ciertos pasajes, ya sea por su posición dispensacional o por su forma de expresión, han sido tomados por algunos para contradecir el cuerpo de Escrituras que declaran que el Espíritu Santo mora y está con Su presencia permanente en cada hijo de Dios. Al considerar estos pasajes se podría hacer un estudio separado en cuanto a la morada del Espíritu Santo.

1 de Samuel 16:14. “El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová.”

En una época en la que el Espíritu no moraba en los santos universalmente y cuando ejercía Su libertad soberana entrando y saliendo de aquellos sobre los que El descendía, fue enteramente correcto para el Espíritu dejar al rey Saúl, y especialmente como un juicio en contra de él.

Salmo 51:11. “No me echés de delante de tí, y no quites de mí tu santo Espíritu.”

Así, dentro de la misma dispensación como el rey Saúl y sin duda recordando el juicio divino sobre el primer rey, David ora que él pueda evitar el mismo juicio. El sabía que el Espíritu podía en completa libertad —hasta entonces no se había dado promesa alguna de lo contrario— dejarlo para no volver nunca. David evidentemente, en alguna medida era consciente de las ventajas y bendiciones que significaba para él la presencia del Espíritu.

Lucas 11:13. “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidan?”

Por hallarse en el Nuevo Testamento y por haber sido pronunciado por Cristo, muchos han llegado a la conclusión que este pasaje debe ser incorporado a la doctrina general de la relación del Espíritu con el cristiano. Así se ha engendrado un gran error y mal entendido. Hay dos provisiones ampliamente distanciadas e irreconciliables entre sí en este punto de la Neumatología y no hay ocasión ni hay motivo para intentar su reconciliación. El pasaje que nos ocupa condiciona la recepción del Espíritu Santo a la petición, mientras que el cristiano, como se ha dicho, recibe el Espíritu Santo sin pedirlo, como una gran parte de su salvación y al momento de creer. En consecuencia, ahora el Espíritu se concede a quien no hace otra cosa más que creer. En la división dispensacional de la doctrina del Espíritu Santo, como se declaró al principio de este volumen, se señaló que el período entre el bautismo de Cristo y el día de Pentecostés estaba caracterizado por la transición, y en ese período Cristo ofreció el Espíritu a los que lo pidieran. Esta provisión Suya fue así como un avance a la relación que el Espíritu mantenía con los santos del tiempo del Antiguo Testamento, relación a la que los apóstoles estaban sujetos en cierto grado, aunque no hay relato alguno que ellos en alguna ocasión se hayan aventurado en este nuevo terreno; de consiguiente, al final de Su ministerio Cristo dijo: “Y Yo rogaré al Padre y El os dará otro Consolador que esté con vosotros para siempre” (Jn. 14:16). Esto introduce una relación con el Espíritu enteramente nueva. Los discípulos no iban ahora a recibir el Espíritu Santo en respuesta a su propia petición, sino en respuesta a la petición de Cristo. De este modo se indica que el Espíritu Santo ha sido dado ahora por la

oración de Cristo, y a todos los que creen. Como 1 Samuel 16:14 y Salmo 51:11 sirven para demostrar que la experiencia de los santos del Antiguo Testamento no puede ser la norma de la experiencia cristiana, de la misma manera Lucas 11:13, que era para los discípulos entre el bautismo de Cristo y el Día de Pentecostés, no puede ser la norma de la experiencia actual.

Todavía quedan cuatro pasajes por considerarse que a menudo se suponen enseñar que el Espíritu se recibe como un paso o experiencia subsecuente a la salvación. Estas Escrituras entran dentro de la presente relación divina del Espíritu, y son:

Hechos 5:32. “Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen.”

El uso de este texto para probar que el Espíritu Santo se da únicamente a los que son obedientes a la voluntad divina en sus vidas diarias, sólo es posible cuando se falla en reconocer que la obediencia indicada aquí es la adherencia de los inconversos al evangelio de su salvación. El contexto sostiene claramente que la interpretación y, además, la obediencia al evangelio como un requerimiento para la salvación está ligado con otros pasajes del Nuevo Testamento. El Apóstol escribe de la venganza que caerá sobre los que no conocen a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo (2 Tes. 1:8). Hacer depender la recepción del Espíritu de la obediencia en la vida diaria es ignorar en su totalidad el cuerpo de Escrituras ya presentado en las que El se puede ver presente en cada creyente, y entonces asignar al cristiano la habilidad de ser obediente dentro de su poder, considerando que la vida de fidelidad se vive únicamente a través del poder que proporciona el Espíritu que en él mora. Realmente, ¿quién jamás cumpliría los requerimientos de obediencia si esa adherencia fuera exaltada, como habría de ser, hasta la última demanda de la justicia infinita?

Hechos 8:14-20. “Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo. Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo. Entonces Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero.”

Este pasaje introduce lo que pareciera ser una excepción a todas las otras enseñanzas directas por las que se establece que el Espíritu Santo es concedido en esta edad como un don sobre todos los que creen y al momento de creer. A causa de su carácter contradictorio una excepción de tal naturaleza sería de lo más serio. A la verdad, que el pasaje registra una excepción al presente orden se admite libremente. Es bueno notar, sin embargo, como se ha indicado antes, que el orden final para esta dispensación y para otra gente distinta de los judíos, no fue establecida sino hasta en la casa de Cornelio, como lo relata Hechos 10:44-46. La introducción a la relación del Espíritu con los judíos que recibieron a Cristo se efectuó en el Día de Pentecostés, e insinuaciones en varios pasajes sugieren la importancia que da el Espíritu a este evento. Tan cierto como que el Espíritu fue dado a su debido tiempo a samaritanos y a gentiles, tan cierto como que ellos no tuvieron parte en el Pentecostés, y tan seguro como era importante en la dádiva del Espíritu evitar una actitud superior de parte de los judíos sobre gentiles y samaritanos, era necesario señalar la recepción inicial del evangelio por cada uno de los grupos con énfasis distintivo sobre el ministerio del Espíritu a su favor. Ningún reclamo se ha hecho en cuanto a que si aquí en Samaria hubo una repetición del Pentecostés; es meramente para señalar que no se le concedió a los creyentes judíos mirar a los gentiles con menosprecio—inclinados como lo eran a hacerlos de menos— para poder presumir que ellos, habiendo tenido la experiencia del Pentecostés, fueran superiores a todos los otros. Es significativo cuando Pedro declara que la manifestación del Espíritu en casa de Cornelio para él fue un recuerdo del Pentecostés (Hch. 11:15). El relato en cuanto a Samaria según el pasaje citado, entonces, es de una demostración especial del Espíritu Santo y con el fin de que el Evangelio pudiera ser sellado a los samaritanos con no mermado poder. Con eso se introdujo una notable y muy necesaria excepción al orden de esta era.

Hechos 19:1-6. “Y aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Efeso, y hallando a ciertos discípulos les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan. Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuadando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaban.”

En primer lugar el término discípulo no es sinónimo de cristiano.

Un discípulo es un seguidor o aprendiz, y además de ser un discípulo de Juan Bautista, estaban lejos de ser salvos por fe en el Cristo crucificado y resucitado. El Apóstol, habiendo echado de menos ciertas realidades en estos doce hombres, evidencias propias de los regenerados, les preguntó: ¿Recibisteis el Espíritu Santo al creer? Esta es una traducción más apropiada (comp. R. V.; también Ef. 1:13), y esta pregunta sacó la respuesta que de inmediato reveló su condición de no ser salvos aún. Desde allí el Apóstol les llamó la atención hacia Cristo, en quien deben confiar y habiendo creído fueron bautizados en el nombre del Señor Jesucristo. También en este caso excepcional siguieron señales, como en el caso previamente citado y por las mismas razones.

Efesios 1:13. “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.”

Toda la dificultad que parece presentar este pasaje se debe a una traducción defectuosa. El pasaje puede leerse así: En creyendo fuisteis sellados (V. R.). Creer es la causa lógica, y no cronológica de ser sellado. Los creyentes son sellados cuando creen y porque creen.

II. EN RELACION AL UNGIMIENTO

Siendo que la morada del Espíritu y Su Ungimiento son la misma cosa, incluiremos en este capítulo las tres referencias al Espíritu Santo en este sentido. Por los mismos argumentos conclusivos de la revelación citada arriba, el ungimiento parece ser, lo mismo que la morada, un hecho presente en la vida de cada creyente. Estos pasajes incluyen:

2 Corintios 1:21, 22. “Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.”

Aquí se sugieren cuatro resultados inmediatos de la morada del Espíritu: (a) El bautismo con el Espíritu coloca al creyente en Cristo; así se dice ahora que cada hijo de Dios está “establecido (confirmado) . . . en Cristo” (1 Co. 12:13; 6:17; Gá. 3:27). (b) Del mismo modo Dios al darnos el Espíritu nos “ha ungido”. (c) Otra vez Dios, por Su Espíritu nos ha sellado (Ef. 4:30), y el sello es el Espíritu mismo. (d) Así, también, aquí se dice que Dios nos ha dado el Espíritu como una “prenda” (arras), y siendo que una prenda es parte del dinero de la compra, o la propiedad, dada en adelanto como garantía de lo restante, El Espíritu parece ser la prenda que garantiza toda la herencia celestial que por gracia infinita le pertenece a todo creyente (2 Co. 5:5; Ef. 1:14; 1 P. 1:4).

1 Juan 2:20. “Y vosotros tenéis una unción del Santo, y sabéis todas las cosas.”

Aquí otra vez se implica que cada cristiano, siendo ungido, es habitado por el Espíritu y por consiguiente, está en camino de conocer esas “cosas profundas de Dios, que únicamente son impartidas por el Espíritu morador (1 Co. 2:10, 12, 15; Jn. 16:12-15).

1 Juan 2:27. “Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.”

En este pasaje, la verdad importante descubierta es que la unción habita (está en). El Espíritu verdaderamente puede ser contristado (Ef. 4:30), pero El nunca se aleja triste. El puede ser apagado, o resistido (1 Tes. 5:19), pero nunca se ausenta (Jn. 14:16).

Por lo dicho se ha demostrado que no hay Escritura que contradiga el claro testimonio del Nuevo Testamento a favor de la verdad de que todos los creyentes son habitados permanentemente por el Espíritu Santo una vez que creen.

III. DE ACUERDO A LA RAZÓN

Tan cierto como se exige a todos los salvos a vivir una vida sobrenatural, así es cierta la necesidad que tienen todos de ese poder capacitador que el Espíritu Santo proporciona. Dios no se ha burlado nunca ni aun de uno de sus redimidos, poniéndole una tarea sobrenatural sin proveerle al mismo tiempo los recursos por los que él pueda hacer Su voluntad. Por tanto, puede ser el testimonio de la razón que cada creyente ha recibido el Espíritu Santo. No se dice que cada creyente sea lleno del Espíritu para que pueda lograr todos los propósitos de Dios en él. La llenura depende de la adaptación humana al Espíritu que lo habilita, y esto muy a menudo falla. Por otra parte, la morada interior del Espíritu Santo es responsabilidad de Dios para con Su hijo sin ninguna otra condición humana que la de ejercitar la fe que asegura la salvación con todos sus distintivos. Siendo que todas sus promesas y que El es fiel en todo en cumplir todo lo que tiene que hacer, no puede haber tal cosa como un cristiano que no esté provisto de todos los recursos por los que él pueda hacer la voluntad de Dios. Aún más, se registra una protesta contra la noción de que por fuerza propia y esfuerzo del creyente sea en sí mismo capaz para recibir el Espíritu Santo. Esto no podrá ser cierto desde que la fuerza para ejecutar la voluntad de Dios es asequible únicamente a través del nuevo plan para la vida diaria bajo

la gracia que se deriva del hecho de la morada del Espíritu. Cristo declaró: “Sin mí nada podéis hacer”; pero un sistema de méritos siempre afirma que completamente aparte de Cristo el individuo debe hacer todo a fin de merecer su presencia y bendición.

Por tanto, la razón dicta que siendo que se demanda una vida santa, tanto de un cristiano como de otro, y siendo que no hay dos normas para la vida diaria —una para los que tienen el Espíritu y otra para los que no lo tienen — y también siendo que cada requisito aplicado al creyente en su alcance es sobrenatural, el Espíritu Santo ha de ser dado a todos igualmente. El hecho de que Dios se dirige a todos los cristianos como si todos poseyeran el Espíritu es suficiente evidencia de que todos tienen el Espíritu.

El Dr. Juan F. Walvoord hace un sumario de las enseñanzas bíblicas sobre el hecho de la morada del Espíritu, en la forma siguiente:

“Siendo que la morada del Espíritu Santo principia en el momento mismo que las otras grandes empresas de Dios a favor de las almas recién salvadas, debe mantenerse una cuidadosa distinción entre estas diferentes obras divinas. Morada no es sinónimo de regeneración. Mientras la nueva vida del creyente es divina y por su naturaleza está identificada con la vida de Dios, la posesión de vida divina y la presencia divina son distintas. La obra del bautismo del Espíritu también ha de distinguirse de la morada. El bautismo ocurre una vez para siempre y se relaciona con la separación del mundo y la unión con Cristo. La morada, en tanto que empieza al mismo instante como el bautismo, es continua. Como se indicará en la discusión siguiente, la presencia interior del Espíritu Santo tiene una mayor relación íntima con el sello del Espíritu, siendo que Su presencia constituye dicho sello. Probablemente la distinción más difícil es la de la morada y de la llenura del Espíritu. Ambas doctrinas están estrechamente relacionadas, aunque no son términos sinónimos. La llenura se relaciona totalmente con la experiencia, mientras que la morada no es experimental en sí misma. En el período del Antiguo Testamento, unos pocos santos fueron llenos temporalmente sin ser habitados permanentemente por el Espíritu. Mientras estaban llenos del Espíritu los santos del Antiguo Testamento en cierto sentido podrían ser considerados también habitados, mas no en la forma permanente e invariable revelada en el Nuevo Testamento. En la era de la Iglesia es imposible que uno que no está habitado por el Espíritu pueda ser lleno por El. La morada es la presencia del Espíritu viviendo en, mientras que la llenura del Espíritu indica el ministerio y grado de control que El tiene sobre el individuo. Como morador, El no es activo. Todo el ministerio del Espíritu y la experiencia relacionada con la comunión y el fruto son el producto de Su llenura. Por tanto, mientras nunca se nos exhorta a ser la morada, sí se nos urge a ser llenos del Espíritu (Ef. 5:18). La importancia de la presencia del Espíritu Santo en la vida del cristiano no puede ser sobreestimada. Constituye una significativa prueba de la gracia y el propósito divino en conexión con la santificación y la fructificación. La presencia del Espíritu Santo es nuestra ‘prenda’ (garantía) de la bendición futura (2 Co. 1:22; 5:5 y Ef. 1:14). La presencia del Espíritu no solo trae toda la seguridad del constante cuidado de Dios y del ministerio en esta

vida, sino el infalible propósito de Dios de suplir todas sus promesas para nosotros. La presencia del Espíritu Santo hace del cuerpo del creyente un templo de Dios (1 Co. 6:19); revela el propósito de Dios de que el Espíritu resida en la tierra durante la edad presente. Renunciar a esta doctrina o permitir que su certeza sea puesta en duda es dar un rudo golpe a todo el sistema de la doctrina Cristiana. El hecho bendito de que Dios ha hecho de los cuerpos terrenos de los cristianos Su presente templo terrenal suministra a la vida y al servicio un poder y significado que es el corazón de toda la experiencia cristiana.” *The Doctrine of the Holy Spirit*, págs. 173-175.

IV. CON RELACION AL SELLO

Mucho de la verdad que pertenece a la salvación del cristiano presenta lo que en su carácter esencial para Dios es de mayor ventaja que para el salvo. Esto es así especialmente en el hecho del sellamiento, que es como una clasificación y una identificación peculiar del cielo en la ejecución del propósito divino. Es la misma presencia del Espíritu Santo en el creyente lo que constituye el sello. Así este aspecto de la verdad está estrechamente relacionado a la doctrina de la morada del Espíritu. Se hace referencia al sello del Espíritu en tres pasajes del Nuevo Testamento: *2 Corintios 1:22*; *Efesios 1:13* y *4:30*. A la letra dicen: “El cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones”; En El también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en El, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa; Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.” Se observará que esta es una obra de Dios desde el momento que no se apela a persona alguna, salva o no salva, a orar o pedir por esta realidad. Siendo que pertenece a todos los creyentes es evidente que es efectuada por Dios al momento de ser salvado y como un factor esencial de la salvación. La traducción en Efesios 1:13, “y habiendo creído en El fuisteis sellados” pudiera confundir un tanto. Sería más correcta esta traducción “Cuando creísteis fuisteis sellados” (comp. R. V.); “Desde que creísteis, fuisteis sellados” (Valera, 1909 – nota del traductor). Naturalmente, solo los que creen son sellados y el acto de creer viene a ser lógicamente, no cronológicamente, la causa del sellamiento. Hay una seguridad muy vital en Efesios 4:30 relativa al carácter eterno del sello, y de consiguiente, de la salvación, de lo que forma una parte. La consumación futura de la salvación cuando el cuerpo sea redimido está a la vista en este versículo. Como está basada sobre los méritos y el valor de Cristo, la salvación es tan segura y tan duradera como lo es, por el fundamento sobre el cual descansa. Por eso no es una idea

nueva o increíble que el sello del Espíritu señalara la medida plena e intento de Dios con respecto a los que son salvos según Su propósito (comp. Ro. 8:28). Aunque no hay una experiencia correspondiente en conexión con el acto del sello del Espíritu, este ministerio peculiar, no obstante, es real e inspira incesante alabanza a Dios cuando la fe se apropia de lo que Dios ha revelado.

CAPITULO XI

EL BAUTISMO DEL ESPIRITU SANTO

Siendo que por el bautismo del Espíritu se operan las más grandes transformaciones a favor del creyente, es de esperarse que Satán, el enemigo de Dios, dentro de sus posibilidades hará todo para distraer, torcer y confundir la investigación respecto a este ministerio específico del Espíritu Santo. A Satán se le ha permitido hacer este daño. No sólo es necesario corregir tanto concepto falso que ha alcanzado a las masas de gente cándida, sino que se requiere especial atención de parte de los que han de ser instruidos, de lo contrario ellos mismos fallarán en comprender la verdad precisa que la doctrina encierra. Ninguna otra explicación se necesita fuera de la influencia satánica para tanto desorden inexplicable e ignorancia de, junto a un correspondiente prejuicio hacia, esta doctrina específica. Es el punto estratégico en el que Satanás puede desviar el efecto de la verdad presente. Esta forma de nulificar la verdad se ve a lo menos en tres importantes campos de doctrina, especialmente, en la posición y fundamento del creyente en Cristo, su eterna seguridad, y la base del único motivo efectivo para un servicio y vida diaria que glorifique a Dios.

Consideraremos cuatro divisiones generales del tema procurando alcanzar una recta comprensión del carácter de este ministerio del Espíritu Santo, como sigue: (1) El significado de la palabra βαπτίζω, (2) Los pasajes clásicos de la Escritura determinantes, (3) La cosa que es consumada, y (4) Su carácter distintivo.

I. LA PALABRA ΒΑΠΤΙΖΩ

Más de un significado pasajero se debe atribuir al hecho de que la misma palabra βαπτίζω se usa en el Nuevo Testamento tanto para el real como para el bautismo ritual, estableciendo así un lazo de relación entre estos dos aspectos de la verdad. Difícilmente se emplearía la palabra apropiadamente si tuviera un significado distinto sin relación en el ejemplo dado. La palabra básica de esta raíz, βάπτω, en su sentido primario connota una sumersión y ocurre sólo tres veces en el Nuevo Testamento: Lucas 16:24; Juan 13:26 y Apocalipsis 19:13. En su sentido secundario —que es morir o teñir;

que se efectúa por medio de la inmersión, pero no siempre así— la palabra aparece una sola vez y eso en el tercer pasaje ya citado anteriormente, que dice: “Y estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS.” El mismo evento y situación se presenta en Isaías 63:1-6 en donde, entre otros detalles, está escrito: “¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado en lagar? He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo; los pisé con mi ira, y los hollé con mi furor; y su sangre salpicó mis vestidos, y manché todas mis ropas.” Las ropas del Mesías a su regreso no serán sumergidas en un cubo de sangre; más han sido salpicadas con sangre; con todo esto se describe todavía con la palabra βάπτω en la LXX. De igual modo la palabra βαπτίζω tiene dos significados, uno primario y el otro secundario. En el sentido primario indica una sumersión, un envolvimiento físico (dentro de) en un elemento, el cual tiene poder para influenciar o cambiar aquello que es envuelto. Sin embargo, en su significado secundario, βαπτίζω, como en el caso del significado secundario de βάπτω, se aparta un poco del aspecto físico original y se refiere a una cosa que se ha traído bajo el poder transformador o influencia de otra cosa. Nadie puede hablar con tanta autoridad con relación al significado preciso del βαπτίζω que el Dr. Jaime W. Dale, por su extensa investigación. El define esta palabra en su sentido secundario, así: “Cualquiera que es capaz de cambiar completamente el carácter, estado o condición, de cualquier objeto es capaz de bautizar ese objeto; y por tal cambio de carácter, estado o condición, en efecto, lo ha bautizado” (*Classic Baptism*, 2a. Ed. p. 354). Tal definición es de mayor importancia por cuanto que la gran mayoría de los usos de esta palabra en el Nuevo Testamento está enteramente dentro de este sentido secundario. En el curso de sus grandes obras sobre el tema del bautismo, el Dr. Dale afirma que la palabra, en su opinión, nunca es usada en el Nuevo Testamento en otro sentido que en el secundario. Se notará aquí que la misma distinción se obtiene entre las palabras griegas βάπτω y βαπτίζω, como su equivalente en nuestra lengua, especialmente *sumersión* e *inmersión*. Una sumersión es un contacto momentáneo que envuelve dos acciones, metiendo en y sacando de. En el estricto y propio uso de las palabras, haciendo caso omiso de la universal pero descuidada manera en que son empleadas, el bautismo ritual no es una inmersión; ésta resultaría en la muerte por ahogamiento. Lo que comunmente se ha designado como una inmersión se describe mejor por la palabra βάπτω en su significado primario. Ciertamente no se ve ninguna sepultura física cuando la Escritura habla de bautismo de arrepentimiento (Mt. 3:11), bautismo para la remisión de pecados (Mr. 1:4); bautismo en el nombre del

Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt. 28:19), cuando Cristo mismo fue bautizado al tomar la copa del sufrimiento (Mt. 20:23; Lc. 12:50), del bautismo de Israel en Moisés (1 Co. 10:2). Estos bautismos, permítasenos repetir, no representan una sepultura física y deben clasificarse entre los que pertenecen al uso secundario de βαπτίζω. Ninguno podría ser clasificado propiamente como βάπτω, ya sea en su significado primario o secundario. Estos no podrían ser meramente un sumergimiento dentro de un elemento, porque ellos son presentados como en un estado permanente. Cuando un creyente es bautizado en Cristo por el Espíritu, la cosa que mayormente ha de desearse es la de no ser separado nunca más. El ser bautizado para arrepentimiento es ser traído bajo la influencia del arrepentimiento —no por un momento, sino para siempre; ser bautizado para remisión de pecados es ser traído bajo el poder o valor de la remisión de pecados— no por un momento, sino para siempre; ser bautizado en el nombre del Dios Trino es ser conducido bajo el poder de Dios —no por un momento, sino para siempre; ser bautizado en Moisés como lo fue Israel por agencia de la nube y de la mar fue para ser conducidos bajo la dirección de Moisés, liderazgo que antes no se le había declarado— no momentáneamente, sino para siempre; el ser bautizado en la muerte y resurrección de Cristo es ser identificado con El en esa muerte y resurrección, que todos sus valores son asegurados —no por un corto tiempo, sino eternamente. Ser bautizado en el cuerpo de Cristo es ser traído bajo el poder y supremacía de Cristo, es estar unido al Señor, ser identificado con El, participar de lo que El es y de lo que ha hecho —no por un momento, sino eternamente.

Se puede decir en conclusión de esta parte del capítulo que el ser colocado en Cristo por la agencia del bautismo del Espíritu Santo resulta en una nueva realidad de relación en la que la persona que es bendecida de este modo llega a estar bajo el poder, jefatura y posición que reemplaza la relación del primer Adán es en sí misma una nueva unión orgánica con el Postrer Adán, el Cristo resucitado. En este caso, como en otros bautismos, la palabra βαπτίζω se usa solo en su significado secundario, aparte de una sepultura física, porque asegura el mérito, la influencia dominante y la supremacía de Cristo.

II. LOS PASAJES CLASICOS DETERMINANTES

Aquellos pasajes en los que el Espíritu Santo está relacionado con el bautismo han de ser clasificados en dos divisiones. En un grupo Cristo es el agente del bautismo, aunque el Espíritu Santo es la bendita influencia que caracteriza el bautismo. En el otro grupo de

pasajes el Espíritu es el agente y Cristo, como Cabeza de Su Cuerpo místico, es el elemento recipiente y por lo tanto, esa bendita influencia que caracteriza el bautismo. Hay que identificar seis pasajes que pertenecen al primer grupo, como son: Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16; Juan 1:33; Hechos 1:5 y 11:16. Aunque hay algunas repeticiones, estos pasajes —todos ellos para presentar el testimonio de Juan el Bautista con respecto a Cristo— son citados íntegramente. “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mt. 3:11); “Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo” (Mr. 1:8); “Respondió Juan, diciendo a todos: Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Luc. 3:16); “Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo” (Jn. 1:33); “Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hch. 1:5); “Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo” (Hch. 11:16). Por la autoridad de Cristo el Espíritu Santo es dado a todos los que creen, y llegar a estar bajo la influencia y poder del Espíritu como le sucede a cada creyente al creer, es haber sido bautizado por esa influencia. Sin embargo, esta bendición universal de la morada del Espíritu hay que distinguirla de cierta supuesta segunda obra de gracia subsecuente a la salvación, experiencia que, como alegan los grupos extremistas de santidad, es acompañada por manifestaciones sobrenaturales. Ya se ha demostrado por el Nuevo Testamento que el Espíritu Santo se recibe como un don de Cristo por todos los que creen y cuando creen. El don es el nuevo derecho de nacimiento, y siendo poseído por todos, indica que todos los salvos están bajo el poder del Espíritu Santo, hecho que, de acuerdo al estricto significado de la palabra βαπτίζω, es un bautismo. Se podría decir en base a este significado de la palabra que cualquier persona que está bajo la influencia de Satán en un sentido está bautizado en Satán. Este bautismo particular relacionado tan estrechamente con el Espíritu Santo es enteramente removido del bautismo operado por El cuando los creyentes son introducidos en el Cuerpo de Cristo, realidad que ahora vamos a considerar.

La segunda clasificación de pasajes presenta al Espíritu Santo como agente del bautismo y el Cuerpo de Cristo, o el mismo Cristo,

como el elemento recipiente. Estos pasajes por sí mismos constituyen un testimonio distinto, a efecto de que por la operación del Espíritu Santo el creyente es orgánica y vitalmente unido al Señor y así ha llegado a ser participante de la posición, mérito y valor perfecto de Cristo. Desde el momento que estos pasajes sobre el ministerio del bautismo del Espíritu, o bautismo real, es superior al ritual, han de ser tratados de manera específica. Indudablemente que surgirán desacuerdos sobre cuáles pasajes han de incluirse en esta lista; pero en donde los resultados del bautismo son tales que nunca podrían ser efectuados por un mero bautismo ritual, es evidente que la referencia es a uno real, o sea, al bautismo del Espíritu: verdaderamente, además de los pasajes ya considerados que afirman que la presencia del Espíritu Santo en el creyente es un bautismo especial operado por Cristo el concedernos el Espíritu, los pasajes restantes deben referirse tanto a un bautismo real como a uno ritual. Se indicará una excepción más tarde al considerar Efesios 4:5. Estos pasajes son:

1 Corintios 12:12, 13. “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.”

Cuando se encuentra cualquier pasaje presentando definiciones didácticas, ese pasaje define el bautismo del Espíritu. Es la unión del creyente a, la colocación dentro de, el cuerpo de Cristo —en otras palabras, la formación de esa relación orgánica entre Cristo y el creyente que se expresa por la palabra *en Cristo*, y que constituye la base de todas las posiciones y posesiones del cristiano. El contexto de este pasaje establece la absoluta unidad que se obtiene entre Cristo y los miembros de Su Cuerpo. Los miembros son una unidad, siendo un Cuerpo, y en su más extenso significado este cuerpo unido a Su Cabeza es también una unidad— el Cristo. Esta relación, que es un aspecto vital en la doctrina Paulina en cuanto al cuerpo, es más iluminadora, enfática y convincente. Sin embargo, este énfasis sobre la unidad que declara el v. 12 es sólo con el fin de preparar el camino para la revelación de cómo los miembros son unidos al cuerpo. De ellos se dice que son *bautizados* en este cuerpo por un Espíritu. La referencia a un Espíritu no es sino la continuación de aquello que ha sido declarado una y otra vez en la porción precedente de este capítulo, principalmente, que es por uno y el mismo Espíritu que son dados los diferentes dones. De esta manera, también, aunque muchos son bautizados en el cuerpo de Cristo, en cada caso la obra es efectuada por un Espíritu. La verdad central es que un Espíritu los

bautiza a todos —a cada creyente— en un Cuerpo. Lo que de este modo es efectuado para cada creyente es una parte de su misma salvación, bien que no incluyera a cada una. La investigación de lo que este bautismo efectúa se reserva para la parte siguiente del capítulo. Que a todos los creyentes se les ha dado a beber del mismo Espíritu es un testimonio adicional a favor del hecho de la morada del Espíritu, cuya morada, como se ha dicho, es un asunto de bautismo. La universalidad tanto del bautismo en el Cuerpo como de la morada interior es afirmada por el uso repetido de la palabra *todos*, término que incluye a judíos y gentiles que creen.

Gálatas 3:27. “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Habéis sido puestos en Cristo, A. V.).

De acuerdo con esta reveladora declaración el bautismo que es en Cristo ha resultado en la unión vital que se describe aquí por la expresión “Habéis sido puestos en Cristo” (A. V.). Sobre este pasaje Dean Alford escribe, a la par de una cita de Crisóstomo: “No, *‘habéis sido bautizados’* y *‘sido puestos en’*, como en la American Version, que deja las dos acciones solo concomitantes; los tiempos pasados los hace idénticos: todos los que habéis sido bautizados en Cristo, hecho en ese mismo acto, puestos en, revestidos con, Cristo. La fuerza del argumento está bien expresada por Crisóstomo: “¿Por qué no dijo él, ‘muchos de vosotros que habéis sido bautizados en Cristo fuisteis nacidos por Dios?’”, porque esto naturalmente hubiera seguido después de haber mostrado que ellos eran hijos. Porque él lanza una proposición más sorprendente. Porque si Cristo es el Hijo de Dios, y tú has sido puesto en El, teniendo al Hijo en tí, y modelado a Su Semejanza, tú has sido introducido con El a Su familia y a una casta” (*New Testament for English Readers*, new Ed., Gá. 3:27). Es importante notar que en el verso precedente —‘pues todos sois hijos de Dios por fe en Cristo Jesús’— se declara el hecho de la filialidad y es esta compañía numérica precisa que por ser bautizada en Cristo, que ha sido puesta en El. La frase *‘todos los que’* (de vosotros) es propiamente una referencia a *todos* (vosotros) *sois hijos de Dios*. Así éstos han sido unidos a Cristo. Por medio de otras Escrituras se hace claro que este bautismo es efectuado por el Espíritu Santo, y que el Cuerpo de Cristo, o Cristo mismo, es el elemento recipiente. Es imposible que uno que ha sido unido a Cristo que no sea puesto en Cristo con todos sus méritos y posición. El error tal como hacer esto un efecto emanado del bautismo ritual sólo es excedido por los que lo hacen meramente una experiencia emocional o excitante. Este bautismo es ejecutado por el Espíritu Santo y es enteramente posicional y por ende, vital.

Romanos 6:1-4. “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en Su muerte? Porque somos sepultados juntamente con El para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.”

Habiendo declarado que el creyente es justificado eternamente —porque la justificación es tan duradera como los méritos de Cristo, en quien descansa— el Apóstol introduce la pregunta de si alguno que es salvo y seguro de este modo, permanecería en pecado, sometiéndose de tal modo a la naturaleza pecaminosa, para que la gracia abunde. La respuesta inspirada a esta pregunta será la de todo regenerado, esto es, “en ninguna manera”. No es consistente ni necesario continuar llevando el fruto de la naturaleza pecaminosa. Con respecto al punto de su necesidad, la verdad revelada que en la muerte de Cristo la naturaleza pecaminosa del creyente ya ha sido juzgada. “Porque los que hemos muerto al pecado (esto es, los que murieron en la muerte de Cristo), ¿cómo viviremos aún en él?” Es verdad que Cristo murió “por nuestros pecados”, que fue sepultado, y que se levantó de los muertos para que los hombres puedan ser salvos (comp. 1 Co. 15:3, 4); pero es igualmente verdad —y Romanos 6:1-10 que ahora está bajo consideración sólo tiene que ver con este hecho extra— que Cristo murió “al pecado, o sea a la naturaleza de pecado (comp. Ro. 6:10; Col. 2:11, 12). En este contexto el juicio de la naturaleza pecaminosa en la cruz se indica por varias frases o acertos — “muerto al pecado” (v. 2), “plantado juntamente (con El) a la semejanza de Su muerte (v. 5),” nuestro viejo hombre “juntamente fue crucificado con El” (v. 6), “si morimos con Cristo” (v. 8), “al pecado murió una vez (es decir, a la naturaleza)” (v. 10). Por todo esto no hay implicación alguna que la muerte haya resultado en la destrucción o terminación de esta naturaleza (la palabra *καταργέω* del v. 6, traducida *destruida*, sería mejor la traducción *anulada*); es más bien que la muerte de Cristo al pecado ha efectuado un juicio contra la naturaleza de pecado a los ojos de Dios, a fin de que el Espíritu Santo quien vive en el creyente, pueda tener libertad de tratar con la naturaleza juzgada, restringiéndola o nulificándola en respuesta a la dependencia del creyente del que lo habita para interponerse o controlar esa naturaleza. Este aspecto de la muerte de Cristo y la identificación del creyente con ella es todo con el único fin de que “nosotros andemos en novedad de vida.” “Así como Cristo fue levantado de entre los muertos para gloria del

Padre, así nosotros también nosotros andemos en novedad (significando el poder del Cristo resucitado) de vida” (v. 4), que es la nueva provisión para un nuevo andar en y por el poder capacitador del Espíritu Santo, habiendo El mismo quedado en libertad para suministrar ayuda por el juicio del pecado que Cristo llevó en Su muerte. La unión del cristiano con Cristo, llevada a cabo por el bautismo del Espíritu Santo en El, es la base de la perfecta identificación con Cristo en todo lo que logra Su muerte al pecado. El entrar de esta manera en el valor y bajo el poder de la crucifixión, muerte, sepultura y resurrección de Cristo es un bautismo en el significado secundario de la palabra. Los que han sido bautizados en Cristo son bautizados en Su muerte, son sepultados con Cristo por su bautismo en la muerte del Salvador. Por estas expresiones no se insinúa ninguna ordenanza, ni se impone obligación alguna que justifique un intento de establecer lo que aquí se expone. Este pasaje, con el que sigue en el contexto, presenta la declaración central respecto a las bases de la victoria cristiana sobre la naturaleza pecaminosa en la vida diaria. Este es su objetivo y su significado. Descubrir en esto solo la forma externa de la ordenanza ritual, como han hecho muchos, es renunciar a una de las más inapreciables posesiones en todo el campo de la doctrina cristiana y en gran parte (por muchos) abandonar la esperanza de una vida agradable a Dios; porque si este contexto significa una cosa, no puede significar la otra.

Colosenses 2:9-13. “Porque en El habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en El, que es la cabeza de todo principado y potestad. En El también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con El en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con El, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. “Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con El, perdonándoos todos los pecados.”

La pasajera referencia al bautismo que presenta este pasaje no ha de entenderse aparte de todo el contexto. Relacionadas con el rito de la circuncisión, el Apóstol divide a la familia humana en tres clases, esto es, la “Incircuncisión” –los gentiles, “la Circuncisión en la carne hecha a mano”– los judíos, y “la Circuncisión no hecha a mano” –los cristianos (Ef. 2:11; Col. 2:11). Aquella circuncisión que caracteriza a los judíos y que falta a los gentiles es “hecha a mano”, mientras que la circuncisión que han recibido los cristianos “no es hecha a mano”, y es una realidad espiritual. La Biblia cuatro veces habla de circuncisión del corazón –Deuteronomio 10:16; 30:6;

Ezequiel 44:7; Hechos 7:51— antes de mencionar las bendiciones traídas a los cristianos cuando el cuerpo de los pecados en la carne fue quitado y eso por la circuncisión de Cristo. Como el cuerpo humano manifiesta la vida que hay en él, de igual modo la naturaleza pecaminosa se manifiesta en los “pecados de la carne.” La circuncisión de Cristo mencionada aquí no es la que se le practicó cuando tenía ocho días de edad, sino en su muerte, a la naturaleza de pecado. Hay una sorprendente similitud con Romanos 6:1-10 que se encuentra en el pasaje que hemos considerado, y esta similitud concierne a la referencia de la sepultura y resurrección de Cristo como factores que proveen valor inmensurable para, e influencia sobre, el creyente. Asegurando los resultados que ellos traen, la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, un bautismo en su sentido más absoluto. La transformación que aquí se indica, como en Romanos 6:1-10, nunca podría ser producida por el bautismo ritual, y leer de un bautismo ritual en este pasaje es ignorar de nuevo las ilimitadas realidades por las que Cristo murió, fue sepultado y resucitó. Es sustituir por un esfuerzo humano una de las mas gloriosas ejecuciones de Dios. Indudablemente, es más fácil para los que comprenden muy poco de estas grandes realidades, el sustituir un compromiso tangible y físico tal como el bautismo ritual por los más profundos, invisibles valores espirituales del bautismo real. Con todo, a pesar de las limitaciones humanas, el significado de este pasaje no descende al nivel de un ritual impotente.

Efesios 4:4-6. “Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y padre de todos, el cual es sobre todos y por todos, y en todos.”

En medio de estas siete agencias unificadoras, y no menos que cualquiera de ellos, está “un bautismo”. En el acto puede surgir en muchas mentes esta pregunta: “si la referencia en esta ocasión es al bautismo real efectuado por el Espíritu al colocar a los creyentes en el cuerpo de Cristo, o al bautismo ritual en agua.” Algunos arguyen que éste último bautismo está a la vista y que sólo hay una forma de bautismo correcta. Imponer tal limitación sobre el texto es deplorable. Nada hay en el pasaje que enseñe y sostenga una forma de bautismo. La incalificable aseveración de que no hay más que *una forma* de bautismo se vuelve un problema muy exigente para aquellos que han elevado el bautismo de agua a un lugar donde tiene que ser un bautismo separado, independiente y diverso —por lo tanto, algo que está enteramente desconectado del bautismo del Espíritu. Algunos arguyen que si de este modo el bautismo real excede al ritual en importancia, este no debe mencionarse para nada comparándolo

con el real, en esta conexión o en cualquiera otra. Todavía otros reclaman que el Apóstol aquí no contempla el bautismo ritual, estimando en él únicamente afirmaciones que en el campo de las fuerzas espirituales unificadoras, no hay más que un bautismo y éste, necesariamente ha de ser el bautismo del Espíritu Santo. Todavía más, hay una clase de intérpretes que han de considerarse, que sostienen que el bautismo del Espíritu ocurrió una vez por todas a favor de la Iglesia el Día de Pentecostés y que eso no es cosa que sucede cada vez que alguien es salvado. Este concepto, que muy poco se ajusta a las Escrituras del Nuevo Testamento que tratan del tema, no es un reto al hecho, aunque intenta cambiar el tiempo del bautismo del Espíritu, tan plenamente mencionado en la Epístola a los Efesios. La mayor parte de la Iglesia, no obstante, hasta donde ellos consideran el tema en un todo, afirman que el bautismo ritual es señal o un símbolo externo de la obra del Espíritu y así ambos combinan para formar lo que aquí se llama *un bautismo*. Entre los argumentos desarrollados en apoyo de la convicción de que el *un bautismo* es el del Espíritu por el cual los creyentes son unidos al Señor y por el que ellos obtienen todas las posesiones y posiciones, el más eficaz, advierte que esta referencia a un bautismo se da como uno de los siete agentes unificadores. Se distingue fácilmente que el bautismo del Espíritu Santo en un Cuerpo engendra la unión más vital y perfecta que pudiera formarse entre los hombres; por otra parte, si la historia de la Iglesia sobre la tierra arroja un testimonio del curso de los eventos en todo, es a efecto de que el bautismo ritual ha servido más que cualquiera otra cosa para destruir esa manifestación de la unión orgánica que se espera que los creyentes deben exhibir por la comunión cristiana. Sobre la correcta interpretación de Efesios 4:5, el Dr. Juan W. Bradbury, Editor del *Watchman Examiner*, el diario Bautista principal de actualidad en Estados Unidos, escribe lo siguiente, como una contribución especial a la presente discusión de Efesios 4: “El concepto corporal de la Iglesia es tan esencial como el del individual. El “Cuerpo” de Cristo es unido “en el vínculo de la paz” al guardar la “unidad del Espíritu” (v. 3). El pensamiento de que la Iglesia es un “cuerpo” cuya vida está identificada uniformemente con el Espíritu Santo se ilustra por lo que conocemos de un organismo tal como el cuerpo humano, teniendo el espíritu humano como un signo de vida. Tenemos, por tanto, en la *ecclesia* un cuerpo que tiene el Espíritu de Dios, evidenciando tal aserto por medio de la profesión de “una esperanza . . . un Señor, una fe, un bautismo, un Dios . . . en todos. El énfasis sobre la palabra “un” está en oposición a la diversidad en el “cuerpo” de Cristo. Como en cuanto a “esperanza”, “Dios”, habrá

poca si no ninguna diferencia entre los verdaderos creyentes. Pero con relación a la palabra “bautismo” hay mucha diferencia, porque la mayor parte de la gente tiene sólo un punto de vista en cuanto al bautismo, es decir, una ordenanza. Pero en este pasaje, en donde no se nos mencionan ordenanzas, sino la verdad con respecto al organismo llamado “el Cuerpo de Cristo”, tenemos el “bautismo” mencionado en iguales términos con “esperanza”, “Señor”, “Dios”, etc. Esto significa que el “bautismo” que aquí se menciona se refiere al de 1 Corintios 12:13 —“Porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo, ya sean judíos o gentiles, siervos o libres; y todos hemos bebido de un mismo espíritu”. De modo semejante, en la creencia de que el bautismo de Efesios 4 no es un bautismo ritual, el Dr. Merrill Frederick Unger escribe:

“Erróneamente se ha dicho que el bautismo del Espíritu Santo es una operación efectuada una vez por todas en el Pentecostés (Hch. 2) y en la casa de Cornelio (Hch. 10) y que entonces cesó. Se sostiene que durante la edad presente no hay bautismo con el Espíritu Santo. Dicen que 1 Corintios 12:13 está construido como refiriéndose a esos eventos. Pasajes tales como Romanos 6:3,4; Colosenses 2:12; Gálatas 3:27; 1 Pedro 3:21, se refieren exclusivamente al bautismo de agua. El ‘un bautismo’ de Efesios 4:5 también se sostiene firmemente que se refiere al bautismo de agua, y a eso solamente. El Dr. I. M. Haldeman¹, adoptando esta posición comenta así sobre Efesios 4:5: ‘Si fuera bautismo del Espíritu Santo, el bautismo con agua sería excluido. No hay autoridad ni lugar para él. Ningún ministro tendría derecho de efectuarlo, o someterse a él sería no sólo sin autoridad sino inútil, totalmente sin sentido. Si es el bautismo con agua, el bautismo del Espíritu Santo no es efectivo por más tiempo. El bautismo tiene que ser o el uno o el otro, el del Espíritu o el de agua. No puede ser ambos a la vez. No son admisibles ambos por más tiempo’ (*Holy Ghost or Water?*, p. 4). Otros, adoptando la posición opuesta, mientras insisten correctamente que Efesios 4:5 se refiere al bautismo del Espíritu Santo, drásticamente descartan cualquiera otra práctica de bautismo con agua para la era de la Iglesia. Por supuesto, aunque ellos encuentran la práctica del bautismo ritual regularmente en la iglesia primitiva (Hch.2:38; 8:12,13,16,36; 9:18; 10:47,48; 16:15,33; 18:8; 19:3,5) y mencionado en 1 Corintios 1:13-17, se

¹ Nota del autor: El Dr. Haldeman es uno de los más esclarecidos pensadores y lógicos de su generación. Por lo tanto, es raro que él no reconociera la necesaria confusión a la que llevaría a la postre su interpretación. Lógicamente o no, aquí el Dr. Haldeman admite la perplejidad que surge cuando se supone que hay dos bautismos independientes y no relacionados en la Iglesia —el de agua, relacionado con la muerte de Cristo, y el otro relacionado con el Espíritu Santo. Aparentemente el Dr. Haldeman sostiene junto con otros de su escuela exegética, que el bautismo fue efectuado para todos, y una vez por todas en el Pentecostés, que anticipó la compañía elegida que sería salva, y que, siendo ejecutado al principio de la historia de la Iglesia, no entra en conflicto con el bautismo ritual. Pero seguramente, la mera cuestión de tiempo, para determinar cuándo fue operado el bautismo del Espíritu, no cambia el hecho de aquel bautismo particular, bien puede ser, aún si se operase el día de Pentecostés el bautismo de Efesios 4:5.

piensa que de esta práctica, como que la han confinado a la temprana iglesia 'Judaica', y discontinuado por el Apóstol Pablo, cuando la 'Real' iglesia Nuevotestamentaria hubo de empezar tarde en el libro de los Hechos. Esta posición ha de ser repudiada. El hecho básico, que es ignorado, es que la Iglesia propiamente principió con el bautismo del Espíritu el Día de Pentecostés (Hch. 1:4; 2: 4,47 con 11:6; 1 Co.12:13), y que el bautismo con agua fue regularmente administrado no sólo en la así llamada temprana iglesia "Judaica", sino también mucho tiempo después en las iglesias 'gentiles' plenamente establecidas (Hch.18:8; 1 Co.1:13-17).

El Apóstol, hablando del 'un bautismo' en Efesios 4:5, para estar seguro, está hablando del bautismo del Espíritu, el cual es semejante al caso de Romanos 6:3 y 4; Colosenses 2:12; Gálatas 3:27. Pero cuando él describe esta trascendental operación como el 'un bautismo', y como una de las siete unidades esenciales que hay que reconocer y guardar para mantener la unidad cristiana y la concordia ¿quiere decir él necesariamente que no ha de administrarse más el bautismo de agua? ¿No quiere decir él meramente, Hay un solo bautismo (espiritual)? Su tema en Romanos 6:3,4; Colosenses 2:12 y Gálatas 3:27 no es más el bautismo de agua de lo que es en Efesios 4:5. En estos pasajes el santo Apóstol para nada está considerando el bautismo ritual. La sublimidad del pensamiento, el contexto del argumento, la exaltada naturaleza de las realidades enseñadas concurren fuertemente en apoyo de esta posición. El está hablando de algo infinitamente más alto —no de una mera ordenanza simbólica que no tiene poder para operar un cambio intrínseco, sino de una operación divina que nos coloca eternamente en Cristo, y en Sus experiencias de la crucifixión, muerte, sepultura y resurrección. Es de temerse que el que lee en estos sublimes pasajes algo así como el bautismo de agua, los ha colocado en el 'potro' eclesiástico, torturándolos y retorciéndolos hasta hacerlos proferir alguna confesión que no se encuentra escrita en ellos. Por cierto, este torcido y corruptor proceso principió muy temprano, quizá aún en el mismo tiempo del gran Apóstol. Pero parece evidente, si los hechos históricos y filológicos nos permiten hablar, aquellos lectores del primer siglo, íntegros como la verdad, nunca hubieron de pensar en leer de bautismo de agua en estos pasajes. Para ellos significaban bautismo del Espíritu, y nada más. Su propio patrón les hubiera impedido asociarse con cualquier uso ritual del agua. Su cabal concepto del significado y forma del bautismo les hubiera sido enteramente extraños en cuanto a las palabras del Apóstol concernientes a 'muerte', 'sepultura' y 'resurrección'. Nunca se le hubiera ocurrido a él relacionar estas figuras con el bautismo de agua.

El bautismo, con referencia a las ceremonias levíticas del Antiguo Testamento (He.9:10), había alcanzado un amplio significado de 'limpiamiento ceremonial,' o de purificación ritual por agua, y eso por medio de aspersión o afusión (pringamiento o derramamiento), siglos antes de la era cristiana. Fairchild, con pleno acopio de hechos é indiscutible lógica, prueba conclusivamente este uso establecido de βαπτίζω aportado de la Septuaginta, los Apócrifos, Josefo y del Nuevo Testamento griego (Edmund B. Fairchild, *Letters on Baptism*, pgs. 32-122). Dale, con brillante y exhaustiva instrucción, empleó con consumada minuciosa habilidad, exámenes científicos de cada frase sobre esta materia, concluyendo así su obra monumental sobre el estudio del bautismo entre los antiguos judíos: 'El bautismo judaico es una condición de purificación ceremonial efectuada por el lavamiento. . . rociamiento, derramamiento, no dependiendo en manera alguna de ninguna forma o acto, o bien, cubriendo el

objeto' (James W. Dale, *Judaic Baptism*, p. 400). Dale concluye su gran obra sobre el estudio de Juan el Bautista con estas palabras: 'Este mismo βάπτισμα es declarado por palabra y exhibido en símbolo por la aplicación de agua pura a la persona en la ordenanza ritual. Este es el Bautismo Juanino en su sombra. . . Hundir o sumergir en agua es fraseología enteramente desconocida al bautismo de Juan' (*Johannic Baptism*, p. 417). Abundan pruebas bíblicas, históricas y filosóficas, por tanto, que Juan el Bautista 'purificaba ceremonialmente' (bautizaba) pringando o vertiendo agua, que Jesús fue de esta manera bautizado (consagrado) en Su Sacerdocio (Ex.29:4; Sal. 110:1; Mt.3:15; He.7:9, E. E. Hawes, *Baptism Mode Studies*, pgs. 81-109), y ese temprano bautismo judío o cristiano no conoció otra manera (James W. Dale, *Christic and Patristic Baptism*, pgs. 162-240). Con todo el peso del uso establecido de la palabra βαπτίζω que lo respalda aclara el cristal como un resultado del gran conocimiento del judaísmo, como Rabí instruido, cuán irreflexivo es que el gran Apóstol hubiera violado así cada principio del uso en lenguaje y costumbre de siglos, como para haber hecho βαπτίζω en pasajes tales como Romanos 6:3,4; Colosenses 2:12; Gálatas 3:27; Efesios 4:5, referirse a algún modo a bautismo de agua, ciertamente, no por cierto al bautismo de agua! "— *The Baptism with the Holy Spirit*, Bibliotheca Sacra, CI, 244-47.

1 Pedro 3:21. "El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo."

La tendencia peculiar de muchos de asumir que en cualquier parte en donde ocurre la palabra βαπτίζω implica el bautismo ritual, ha producido mucha confusión. A la luz de su relativa importancia, sería razonable asumir que el bautismo real está a la vista hasta que no aparezca prueba de que se trata del bautismo ritual. En este pasaje se notan dos puntos: (1) que el bautismo mencionado tiene un efecto salvador y (2) que está relacionado con la resurrección de Cristo, el cual es, vitalmente el real y verdadero bautismo, cosa que no es cierto en cuanto al bautismo ritual.

Marcos 16:16. "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere, será condenado."

Otra vez se menciona el bautismo como con poder para salvar. Evidentemente la referencia es al bautismo real. Sobre este pasaje el Dr. G. Campbel Morgan escribe: "El que creyere (esa es la condición humana) y fuere bautizado (ese es el milagro divino) *será salvo*. Cuando se afirma el lado negativo, se omite el bautismo, como que es innecesario; porque el que no cree no puede ser bautizado. Si es bautismo de agua, se puede; pero si es el bautismo del Espíritu Santo, no" (*The Spirit of God*, pgs. 181 y 182).

Como sumario de estos siete pasajes sobre el bautismo del Espíritu Santo, se puede observar que 1 Corintios 12:13 —que no sólo es el primero de ellos cronológicamente, sino que es el testimonio central respecto al bautismo del Espíritu— declara directamente lo que ese

bautismo cumple. En el segundo (Gá.3:27) se dice que el bautismo del Espíritu resulta en la colocación en Cristo. En el tercero (Ro.6:1-10) está a la vista la identificación con Cristo en Su crucifixión, muerte, sepultura y resurrección, como un juicio del pecado, y con el fin de que los creyentes puedan andar en el poder de la resurrección a pesar de la naturaleza pecaminosa. En el cuarto pasaje (Col.2:9-12) la misma influencia de la muerte de Cristo (contemplada aquí como una circuncisión espiritual), sepultura y resurrección otra vez se dice que es un bautismo. En el quinto pasaje (Ef. 4:4-6) se presenta el bautismo del Espíritu como uno de los elementos unificadores en el Cuerpo de Cristo. En el sexto y séptimo (1 P.3:21 y Mr.16:16) este bautismo está relacionado a la salvación como un mayor y vital aspecto de ella. Siendo que por el bautismo del Espíritu el creyente es unido a Cristo, más de cien pasajes que contienen la frase *en Cristo* o *en El* (esto es, en Cristo) se podrían agregar a esta lista si fuese necesario.

Puede resultar provechoso el llamar la atención una vez más en este punto al significado secundario de βαπτίζω —significado que tan extensamente tiene en el Nuevo Testamento— es decir, que aparte de una inmersión física una cosa bautiza a otra cuando ejerce su poder e influencia sobre esa otra cosa. Cristo da el Espíritu Santo a todos los creyentes para que viva en ellos, para conformarlos y para capacitarlos; así el creyente viene a estar bajo la influencia del Espíritu Santo. Un don semejante no es un bautismo físico en ningún sentido, pero es esa forma de bautismo que asegura ese poder dominante y su influencia. El ser unido a Cristo por el bautismo del Espíritu no es un envolvimiento físico en Cristo o en Su Cuerpo; no obstante, es un verdadero bautismo en que el que así es unido al Señor no sólo ha sido colocado por el Espíritu que bautiza, sino que el tal viene a quedar bajo todos los inmensurables valores de todo lo que Cristo es y todo lo que El ha hecho, estando en Cristo. La importancia de un debido reconocimiento de todo lo que incluye el significado secundario de βαπτίζω difícilmente puede ser sobreestimado. La mayor parte de los teólogos más o menos han relacionado definitivamente el bautismo ritual con la obra del Espíritu, como una sombra o símbolo está relacionado con la sustancia o realidad. Pareciera que otros teólogos han perdido del todo el significado secundario de esta gran palabra por la manera sectaria de defender la forma del bautismo ritual.

III. LA COSA CONSUMADA

En este punto de la discusión se hace frente a una de las más

grandes revelaciones del Nuevo Testamento: Nada menos que el tema de toda la doctrina Paulina de la Iglesia. Aunque a este gran aspecto de la verdad se le ha dado un extenso tratamiento al estudiar Eclesiología, ha de introducirse nuevamente, siendo, como lo es, un aspecto tan vital en la doctrina del bautismo del Espíritu. Prescindiendo de su lugar fundamental en la teología Paulina, esta fase de la Eclesiología es casi totalmente descuidada por los teólogos del Pacto, y por la razón obvia que su ideal de un pacto que unifique toda la Biblia es frustrado por la revelación de una nueva Jefatura y su Nueva Creación. La denuncia antes mencionada, hecha a efecto de que el aspecto total de la doctrina de la resurrección de Cristo —céntrico en la teología Paulina— es descuidado, es de lo más serio y dañino. El alcance e importancia de la doctrina del bautismo del Espíritu, entonces, hay que verlo desde el punto de vista del objeto que logra.

1. UNION ORGANICA. Las ilustraciones divinas de esta unión producida entre Cristo y el creyente incluye aquella del olivo silvestre injertado en la oliva (Ro.11:17) y la unión de un miembro al cuerpo humano. Fácilmente se reconoce que la cirugía humana no intenta una ejecución de esta naturaleza, más esto ^{no} determina nada en el valor de la figura en cuanto al establecimiento de la unión que engendra el Espíritu. Una intensidad de obras internas se aseguran cuando el creyente es unido a Cristo que, aunque enteramente sobrehumana, sin embargo está pálidamente ilustrada por estas figuras humanas. Tanto la rama como el miembro del cuerpo llegan a tener vida, a ser partes orgánicas de aquello a que están unidos. Esta nueva relación según se establece en el caso de las ramas y de los miembros, resulta en la vida de la oliva y del cuerpo, circulando en esa rama y en ese miembro. Este doble resultado lo expresa Cristo en siete de las más pequeñas, pero más significativas palabras jamás expresadas. Ellas proporcionan una expresión en miniatura de una de las obras maestras del infinito. Las siete palabras son: “Yo en vosotros y vosotros en mí” (Jn.14:20). Como se ha indicado antes, aquí se reconocen dos poderosos ministerios del Espíritu —el de formar a Cristo en el creyente, o sea la obra de la regeneración (“Yo en vosotros”) y la de colocar al creyente en Cristo, o sea la obra de bautizo que El realiza (“vosotros en mí”). Ningún lenguaje humano puede describir estas dos realidades, ya sea con respecto al carácter celestial sublime de estas bendiciones o con respecto a su eterna duración.

2. LA ORACION CUADRUPLE DE CRISTO. No cabe la mínima sorpresa cuando se observa por primera vez que Cristo hizo la misma declaración en su última oración sacerdotal. Dos veces dijo El: “Ellos

no son del mundo como tampoco yo soy del mundo” (Jn.17:14,16). ¿Por qué, realmente, habría de repetirse alguna palabra del Hijo dirigida al Padre? La respuesta es que por hacerlo así se ha registrado un énfasis, en este caso, uno que exalte la verdad de la separación del creyente del mundo, o sistema mundano. Con todo, si el Salvador repitiera cuatro veces la misma petición, como efectivamente sucedió en la misma oración sacerdotal, el énfasis excede todos los límites y demanda la atención en un grado incomparable. Estas son las cuatro peticiones similares que El expresó en esta oración: “Que ellos sean una cosa, como nosotros somos una cosa” (v.11), “Que todos sean uno; como tú Padre, en mí, y yo en tí; que también ellos sean en nosotros una cosa” (v.21), “Para que sean una cosa como también nosotros somos una cosa” (v.22), “Para que sean consumadamente una cosa” (v.23). Este énfasis cuádruple exalta el objeto por el cual El oró, sobre otros aspectos de esta oración, haciendo caso omiso de que todas tenían un carácter sobrenatural. El Señor está pidiendo al Padre que realice una cosa muy definida. A pesar de las nociones a efecto de que los hombres tienen la responsabilidad de contestar esta petición, la súplica es para que el Padre haga esta misma cosa; y cuando se considera la naturaleza y el alcance de la cosa pedida, hay completa evidencia de que solamente Dios podría contestar esta oración. Hay tres grandes unidades expresadas en la Biblia: La unidad entre las Personas de la Deidad, la unidad entre las Personas de la Deidad y el creyente, en la que se dice que cada Persona está en el creyente y el creyente está en cada Persona; y la unidad entre los creyentes mismos. A todas estas tres unidades se refiere Cristo en esta oración sacerdotal, como se hallan registradas en los versículos 21,22 y 23. De cualquier modo, la unidad de los creyentes es la petición básica en esta parte de Su oración. El presenta la unidad entre las Personas de la Deidad y los creyentes como la base para la unidad entre los mismos creyentes. Por tanto, ellos serán uno cuando esta oración sea contestada, porque ellos “están en nosotros”, esto es, en las Personas de la Deidad. Sería imposible para los creyentes estar en las Personas de la Deidad, que son una, y así no estar constituidos en una unidad entre ellos; pero todavía el dominio del infinito es alcanzado cuando el Salvador ora que los creyentes puedan ser uno con relación del uno al otro, “como tú, oh Padre, en mí y yo en tí” (v.21). ¿Qué mente puede concebir o qué lenguaje puede expresar la realidad declarada de lo que el Hijo pide, oración que no puede quedar sin respuesta, que el Padre críe una unidad entre los creyentes al nivel de la unidad que existe entre las Personas de la Deidad? La verdad de la existencia trina de Dios es un misterio sublime, así su exaltación es una realidad que entra completamente en la esfera de lo

infinito. A la luz de este hecho, debe llegarse a la conclusión de que medida por el mismo Dios, es realizada por Su poder creativo una unidad entre los cristianos similar a la que une a las Personas de la Deidad. ¡Cuán trágico es que por carecer de la debida instrucción los cristianos en su mayoría nunca han oído de una relación tal! ¡Y cuán deplorable el falso concepto de concebir esta unidad como una mera membresía en organizaciones eclesásticas humanas!

Esta cuádruple petición del Hijo de Dios fue primeramente contestada el Día de Pentecostés, cuando todos los creyentes existentes entonces fueron bautizados en un cuerpo por el Espíritu Santo, formando así el cuerpo de Cristo, y todos bebieron de un mismo Espíritu, a fin de que pueda existir una unidad entre las Personas de la Deidad y los creyentes. A esta compañía original y por la misma operación del Espíritu Santo, todos los que han sido salvos desde aquel día hasta hoy, han sido unidos a Cristo cuando creyeron, y como un aspecto de su salvación. De esta manera, y sólo así, ha sido contestada la oración de Cristo.

3. LA UNICA BASE DE JUSTICIA IMPUTADA. Que haya una justicia que el creyente posee enteramente aparte de toda obra propia o esfuerzo alguno, y como un don de Dios (comp. Ro. 5:17) es pura revelación y está libre de cualquier experiencia confirmatoria; además, esta justicia conferida es la única que Dios acepta ya en el tiempo o en la eternidad. El mismo, siendo infinitamente justo, no puede recibir nada menos que lo que El mismo es. Desde el momento que la presente salvación es eterna e íntimamente asociada con Dios en Su habitación en la sublime gloria, es obvia la necesidad de ser clasificada para esa esfera con una perfección que excede a la que puede proveer la capacidad humana. Así escribe el Apóstol: “Dando gracias a Dios que nos hizo aptos para participar de la suerte de los santos en luz” (Col.1:12). Con respecto a esa justicia que es don de Dios por medio de Su Hijo, Abraham es el modelo divinamente ordenado. Aunque es la cabeza de la raza judaica, él no representa a los judíos bajo la Ley Mosaica, siendo que la ley no fue promulgada entonces; más bien él representa al creyente de la era actual bajo la relación de gracia como él mismo lo estaba, bajo la misma relación. Prácticamente cada ilustración empleada por el Apóstol para enseñar la gracia de Dios como ahora es ejercitada a favor de los que no tienen mérito alguno, es tomada de la vida y experiencia de Abraham. En respuesta a la promesa de Dios acerca de un hijo, Abraham creyó a Dios y dijo amén, y su fe vino a ser la base de la justicia imputada. Esa justicia que le fue otorgada a Abraham en respuesta a su fe, ahora es conferida a todos los que ejercitan la misma fe en la Palabra o promesa de Dios. Está escrito: “Y no

solamente por él fue escrito que le haya sido imputado, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús Señor nuestro" (Ro.4:23,24). Se dice de Israel que fracasó en asegurarse esta justicia porque la buscaron por medio de las obras de la ley y no por la fe; pero algunos gentiles que anduvieron no en la justicia que es por la Ley, o sea sobre una base que no es mérito personal, hallaron la perfecta justicia de Dios creyendo en Cristo. El fracaso de Israel —como pasa con incontables miembros de las iglesias actualmente— ha de hallarse en el hecho de que ellos eran "ignorantes" respecto a la perfecta provisión de la justicia imputada y procuraban establecer su propia justicia personal como la base de su aceptación ante Dios, no sabiendo que Cristo contesta cada necesidad del que no tiene mérito alguno y que El mismo es "el fin de la Ley para aquel que cree" (Ro.9:30-10:4).

✓ Estar en Cristo es estar en posesión de la justicia de Dios que es en Cristo Jesús y que responde a cada necesidad para un carácter así tanto para esta vida como para la venidera. Los incrédulos no están en Cristo, ni Cristo en ellos; pero cuando uno de éstos cree en El como su Salvador, instantáneamente llega a estar en Cristo por el ministerio regenerador del mismo Espíritu. Esta gran operación doble del Espíritu Santo cumple la predicción hecha por Cristo a Sus discípulos en Su despedida en el aposento alto, en especial: "En aquel día vosotros conoceréis que Yo soy en mi Padre, y vosotros en mí y Yo en vosotros" (Jn.14:20). Las palabras determinantes en esta operación es *en Cristo*, o sus sinónimos *en El*, *en el Amado*, y es precisamente esa incomparable posición en Cristo, asegurada por el bautismo del Espíritu en Cristo; porque es imposible que alguien pudiera estar en Cristo y no participar de lo que Cristo es, Quien es la justicia de Dios. A causa de su carácter aparentemente insignificante, las palabras *en Cristo* o *en El*, son pasadas por alto, aun en los siguientes pasajes; todo lo que se declara en cuanto a los cristianos se hace depender únicamente del hecho de que uno que de este modo ha sido bendecido está en Cristo: "Porque no hay condenación para los que están en Cristo Jesús" (Ro.8:1); "Mas de El sois vosotros, quien por Dios es hecho sabiduría, y justificación y santificación y redención (1 Co.1:30); "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron y he aquí, todo es hecho nuevo". . . "porque al que no conoció pecado por nosotros Dios lo hizo pecado; para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en El" (2 Co.5:17 y 21); "Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo. . . para alabanza de Su gracia, en la que nos hizo aceptos en el Amado" (Ef.1:3,6); "Mas ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro

tiempo estabais lejos habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo" (Ef.2:13); "Porque en El habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en El, que es la cabeza de todo principado y potestad" (Co.2:9,10). Sumados a estas Escrituras están todos los pasajes relacionados con la aceptación, justicia, y justificación en el acto de creer.

En un previo estudio de la doctrina de la justicia imputada como algo que es garantizado por el Bautismo del Espíritu, se ha señalado que al alcanzar la justicia de Dios no sólo se realiza en base a la posición del creyente en Cristo, sino que el don de la justicia está fundado en el aspecto agradable de la muerte de Cristo por el cual El, como sustituto de los que sin méritos vienen a El, se ofreció sin mancha a Dios, habiendo así renunciado a Sus propios méritos para hacerlos asequibles, sobre un terreno de justicia, para todos los que creen

4. DEBIDO RECONOCIMIENTO DE LA UNION. Habiendo declarado en los primeros tres capítulos de la Epístola a los Efesios las posiciones y posesiones de todos los que están en Cristo Jesús, el Apóstol apela a ella para que quienes han recibido tales bendiciones se esfuercen en "guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz." No se les dice que *formen* una unión, sino más bien que *guarden* la unión que el Espíritu ha efectuado. Esto se hará únicamente cuando cada hijo de Dios reconozca y ame a todos los otros hijos de Dios. Ese reconocimiento y amor no producen unidad, pero tienden a guardar la unidad existente. Esta unidad se manifiesta en siete factores que el mismo Apóstol enumera: "Hay un cuerpo, y un Espíritu, como sois también llamados a una misma esperanza de vuestra vocación: un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos, y en todos" (Ef.4:4-6). Todas estas cosas son unificadoras en su carácter y ninguna más que "el bautismo" por el Espíritu, por el cual el individuo llega a ser miembro de un Cuerpo espiritual. El bautismo ritual, como se ha indicado antes, en sí mismo no tiene poder para formar una unidad; antes, por el contrario, ha servido más que otras cosas para romper la observancia de la unidad que Dios ha hecho.

Al reprobar Pablo la conducta de los cristianos de Corinto respecto a pecados, o tolerados entre ellos en sus asambleas, él colocó a la cabeza de la lista de cosas reprobables, sus divisiones y espíritu sectario. Tales divisiones son lo opuesto a la gracia cristiana de guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. El Apóstol la pone esta amonestación en primer lugar en la Epístola a los Corintios siendo, como lo es, de primera importancia en la estimación divina para guardar la unidad del Espíritu. Así se ve que el sectarismo es de

lo más desagradable a Dios y un rudo desaire para aquello que Dios ha efectuado. Como el guardar la unidad del Espíritu es una responsabilidad personal, de la misma manera la amonestación viene a ser de una consideración personal.

5. LA BASE DE APELACION PARA UNA VIDA SANTA. Hay una infinita diferencia entre lo que Dios puede hacer para el creyente y lo que el creyente puede hacer para Dios. El orden de la verdad en las grandes Epístolas doctrinales al reflejar la revelación bajo la gracia, es declarar primero lo que ha hecho Dios por los que creen para salvación de sus almas y entonces apela a los tales para que anden dignamente, o como conviene a los que así han sido salvados. Este orden no puede ser invertido o descuidado sin producir gran confusión o perjuicio. Intentar ser bueno a fin de ser acepto ante Dios no sólo es sin esperanza, sino que en su carácter es un legalismo y, de acuerdo con los resultados ya obtenidos, probará ser tan débil como la carne en la cual se apoya. Por otra parte, exhortar a los hombres a andar dignamente con cabalidad y perfección en Cristo a quien el Espíritu los ha traído, es ponerlos ante el más elevado de todos los motivos de acción. El nuevo problema en cada vida cristiana no es cuán bueno tiene que ser uno para ser acepto a Dios, sino cuán bueno ha de ser uno que ha sido aceptado por Dios. Tal conformidad al más alto de los ideales celestiales en cuanto a su carácter es de pura gracia, siendo sus demandas una expresión voluntaria de un corazón agradecido, y no una obediencia forzada de la ley como el fundamento de una relación para con Dios. Jamás fue ofrecida por Dios tal capacitación bajo la ley; pero una vida que glorifique a Dios es posible bajo las provisiones de la gracia.

IV. SU CARACTER DISTINTIVO

Como una consumación de lo dicho anteriormente y habiéndose implicado en discusiones previas, los varios aspectos de la verdad que son peculiares a este tema ahora puede presentarse en orden. Los hechos primarios —distintos de las obras de regeneración, morada y llenura— no mencionados en el Antiguo Testamento, que no estuvieron en operación antes del Día de Pentecostés, y que no se anuncia para la era futura, los restringe a la edad presente, y se ve que sus beneficios son exclusivamente a favor de la Iglesia, la Nueva Creación; en efecto, lo que la Iglesia representa en su exaltada gloria celestial es debido casi totalmente a este ministerio específico del Espíritu Santo. El que una compañía sería llamada uno por uno de entre judíos y gentiles, de los cuales cada individuo es perfeccionado en la absoluta plenitud o πληρωμα de Cristo, el mismo que es la

πλήρωμα de la divinidad corporalmente (comp. Jn. 1:16; Col. 1:19; 2:9, 10), siendo así acondicionado en cada respecto para la magnífica gloria, es una innovación que los del Pacto no pueden admitir. En el bautismo con el Espíritu Santo los méritos de cada miembro en el Cuerpo de Cristo dependen de lo que él ha sido hecho “apto para participar de la suerte de los santos en luz” (Col. 1:12). Es verdaderamente trágico el descuidar estas grandes realidades, si no rechazarlas, sólo porque algunos sistemas humanos no pueden hallar un lugar para ellas. Los que así han quedado desposeídos de la revelación ¡cuántas privaciones del conocimiento de la verdad y de su poder santificador han sufrido! Debe dársele gracias a Dios que los salvos, de cualquier sistema teológico a que pertenezcan, poseen estas bendiciones ya sea que lo entiendan o no; porque tal es el sello de su salvación. En Su misericordia Dios nunca ha limitado sus bendiciones a lo que el creyente entiende. Al explicar las peculiaridades del bautismo real enfatizaremos una vez más ciertas verdades sobresalientes.

1. NO ES REGENERACION. La obra del Espíritu Santo al regenerar resulta en la comunicación de la naturaleza divina que es “Cristo en vosotros la esperanza de gloria” (Col. 1:27), mientras que el bautismo del Espíritu resulta en la colocación del creyente en Cristo. Como ya se ha asegurado, hay una infinita diferencia en lo que Cristo expresó cuando dijo: “Vosotros en mí” —el resultado del bautismo del Espíritu, y “Yo en vosotros”— el resultado de la regeneración por el Espíritu.

2. NO ES LA MORADA. El Espíritu Morador, la dádiva de Cristo a cada creyente es, en el estricto pero secundario significado de βαπτίζω, una forma de bautismo. Cristo bautiza así a cada creyente cuando éste es salvado, con el don del Espíritu Santo. En esta conexión se han citado seis pasajes: Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16; Juan 1:33; Hechos 1:5; 11:16. Cada uno de estos versículos afirma claramente que Cristo es el agente bautizante y que por Su bautismo el creyente es puesto bajo la influencia que engendra la presencia del Espíritu Santo. El don del Espíritu para morar en el creyente, dádiva que es universal y otorgada al momento de la salvación y entonces como parte integrante de ella, no debe estar mal fundada por causa de un error muy común, especialmente el que supone que el Espíritu se recibe subsecuentemente a la salvación y por un limitado número de personas que “perseveran” o “buscan” una segunda bendición. Los beneficios que el Espíritu asegura son la porción de todo creyente y no son las manifestaciones resultantes de la llenura del Espíritu. Contra todas estas falsas interpretaciones hay un grupo de pasajes ya citados —especialmente 1 Corintios 12:13;

Gálatas 3:27; Romanos 6:3, 4; Colosenses 2:11-13; Efesios 4:5; 1 Pedro 3:21; Marcos 16:16— que representan o sugieren al Espíritu como el bautizante, y a Cristo, o Su Cuerpo, como el elemento receptor. Esto es lo que se llama bautismo real, porque es efectuado por el Espíritu Santo, colocando al creyente en Cristo y asegurándole así los méritos de, y la permanencia en el Hijo de Dios.

3. NO ES LLENURA. Se observará que el bautismo del Espíritu es confundido más con la llenura del Espíritu que con cualquiera de Sus otros ministerios. Aunque el examen del ministerio de la llenura del Espíritu Santo no se ha intentado todavía, siendo la próxima y final división mayor de este volumen, bien pueden señalarse ciertos contrastes obvios entre el bautismo y la llenura del Espíritu. Primero, y de manera permanente, el bautismo en Cristo por el Espíritu es efectuado una sola vez, cuando el creyente es salvado (y permanece como una realidad inmutable para el tiempo y la eternidad), mientras que la llenura del Espíritu puede ser subsecuente a la salvación y repetida a menudo. Segundo, no hay experiencia o llenura relacionada con el bautismo del creyente en Cristo por el Espíritu, pero todas las manifestaciones de bendiciones y de poder están relacionadas directamente con, y debido a, la llenura del Espíritu. Tercero, nunca se ordena a los cristianos que sean bautizados en Cristo por el Espíritu, siendo que esa es la parte de todos los que creen; pero cada hijo de Dios es exhortado a ser lleno constantemente por el Espíritu Santo. Cuarto, como se declara arriba, cada creyente es bautizado en Cristo por el Espíritu; pero no todo creyente necesariamente es lleno del Espíritu Santo. Quinto, el bautismo en Cristo por el Espíritu resulta en que el creyente está unido vitalmente con Cristo por toda la eternidad, mientras que la llenura del Espíritu produce manifestaciones externas y bendiciones para el presente. El bautismo establece el fundamento del cristiano, mientras que la llenura tiende a perfeccionar el estado del cristiano. El bautismo es un aspecto de la salvación, mientras la llenura se relaciona con servicio y galardón. Sexto, el bautismo en Cristo por el Espíritu se efectúa cuando se cumplen los términos de la salvación, en tanto que los términos que gobiernan la llenura de los cristianos son tales como que el cristiano se ponga día tras día en la relación correcta con el que lo ha salvado.

CONCLUSION

Tanto la introducción como la conclusión del artículo ya citado, *El Bautismo del Espíritu Santo* del Dr. Merrill Frederick Unger, puede servir como el cierre de esta discusión relativa al bautismo del

Espíritu para colocar al creyente en Cristo. Escribe el Dr. Unger así:

“El bautismo del Espíritu Santo es una de las doctrinas escriturales más vitales e importantes. Su vasto significado realmente puede apreciarse cuando se realiza que es la operación divina del Espíritu de Dios, quien coloca al creyente ‘en Cristo’, en Su Cuerpo místico, la Iglesia, y quien lo hace uno con todos los creyentes en Cristo; uno en vida, la misma vida del Hijo, de Dios mismo; uno en El, una Cabeza común; uno en la participación de la común salvación, esperanza y destino. Verdaderamente, una somera consideración revelará el valor supremo y las arrolladoras ramificaciones de este vital tema bíblico, afectando, como lo hace, tan íntimamente y de modo vital la posición y experiencia del creyente, su permanencia y estado. Lo asombroso es, sin embargo, que un sujeto de tan trascendental importancia, de efectos tan latos en la posición y la práctica del cristiano, sufriera tan tristemente a manos de amigos y de enemigos. De sus enemigos no ha sufrido tanto una abierta oposición y hostilidad como su crónico menosprecio. Es simplemente ignorado o, a lo menos, tratado superficialmente. Los que rechazan la enseñanza dispensacional que proponen ‘Un Pacto de Gracia Permanente’, que no hacen distinción adecuada entre la ‘asamblea’ de Israel en el desierto en el Antiguo Testamento, y la Iglesia como el Cuerpo de Cristo en el Nuevo Testamento, sencillamente no saben qué hacer con ella. Les queda en todo ello un acertijo escritural. Si esta doctrina ha sufrido a manos de sus enemigos, ha sido especialmente ‘herida en casa de sus amigos.’ Una multitud de inteligentes y significantes cristianos, en evidente reacción contra el descuido y omisiones con que se ha atendido esta verdad, la han tomado con ánimo según su gran énfasis y prominencia. En su celo y entusiasmo, sin embargo, no siempre se han limitado a las declaraciones claras y apropiadas de la Biblia. Ciertamente, sería difícil encontrar un tema bíblico usado tan apropiadamente para enseñar de una vida espiritual más profunda, y que al mismo tiempo esté tan sujeto a más equivocaciones, falencia y confusión como éste. En ninguna parte de toda la línea de la teología Bíblica hay mayor necesidad de precisar y corregir la base de la verdad vital que en el campo de esta doctrina . . .

Habiendo trazado en detalle la doctrina del bautismo del Espíritu como se presenta en las Escrituras en todo el material a la mano, arreglado ordenadamente, se ofrecen los resultados y conclusiones siguientes: (1) El bautismo del Espíritu Santo es un tema de valor inmenso afectando vitalmente la vida y andar de los creyentes, su permanencia y estado, sus posiciones y posesiones en Cristo. (2) El bautismo con el Espíritu es uno de los que más se abusa y confunden en toda la línea de sujetos de la teología Bíblica. (3) La causa de la confusión se centra en confundir esta doctrina con las de la regeneración, la recepción del Espíritu, la morada del Espíritu, el sello, con “una segunda gracia”, la llenura y con el bautismo de agua. (4) Los tristes resultados de la confusión son: divisiones, malas interpretaciones, desunión en el Cuerpo de Cristo, opacamiento del Evangelio de Gracia, perversión de la verdad de la unión del creyente con Cristo, y tristes impedimentos en la santidad del andar y de la vida cristiana. (5) Un cuidadoso estudio de todas las Escrituras que tratan del tema ha descubierto que el bautismo del Espíritu Santo es meramente uno de los diferentes ministerios ejecutados por la Tercera Persona de la Deidad desde Su venida al mundo: que *cada* creyente en el momento que cree en Cristo es regenerado, bautizado habitado y sellado por toda la eternidad, y tiene el deber y privilegio de ser continuamente lleno para vida y servicio. (6) No hay ejemplo

en el libro de los Hechos, visto en la apropiada perspectiva dispensacional, de ninguna variante con esta verdad. Que no hay base en toda la Palabra de Dios para el error de considerar que el bautismo del Espíritu Santo sea una "segunda experiencia" que se hace patente después de la regeneración. (7) El bautismo de agua no aparece para nada en Romanos 6:3, 4,; Gálatas 3:27; Efesios 4:5; Colosenses 2:12, y leerlo en estos versículos es oscurecer la verdad y aumentar la confusión.

"Al proyectar su énfasis apropiado estas diferentes verdades, la doctrina del bautismo del Espíritu Santo en seguida surge de la niebla y la bruma del error que de tal modo la ha oscurecido y, en su majestuosa pureza y gran simplicidad, viene a ser uno de los más preciosos factores de la unidad cristiana. ¡No sorprende que el gran Apóstol clame que el "un bautismo" es uno de los siete medios indispensables que hay que guardar para la realización de la "unidad del Espíritu en el vínculo de la paz! (Ef. 4:3-6)" ¿Quién puede imaginar la majestuosa transformación que se operaría en la pobre, desgarrada y dividida cristiandad si súbitamente desapareciera toda la confusión y oscurecimiento, y que empezara a brillar en todo su esplendor la gloria de la verdad llenando el orbe de la unidad de los cristianos en la Persona de Cristo por la obra del bautismo del Espíritu, brotando en la conciencia de todo el pueblo de Dios? Bendición, avivamiento, comunión y poder tal como la Iglesia jamás ha experimentado, quizá desde los días de los Apóstoles; ese sería el resultado inevitable. ¡Entonces no es de asombrarse que esta doctrina vital hubiera sido siempre el blanco de los más arteros asaltos satánicos! Sabiendo que tal es el caso en la actualidad debiera inspirarnos a su proclamación y su defensa con intrépido denuedo é intransigente fidelidad, en vista de la sublime gloria de la verdad imperecedera que representa." *Op. cit.*, CI, 232-33, 497-99.

LA RESPONSABILIDAD DEL CREYENTE

CAPITULO XII

INTRODUCCION A LA RESPONSABILIDAD DEL CREYENTE

Aunque privados del aspecto experimental, los ministerios del Espíritu a favor del creyente ya citados: regeneración, morada, sello y bautismo, han servido para establecer la verdad relacionada con las posiciones y posesiones del cristiano. Este cuerpo de verdad bien puede llamarse fundamental y primario en toda la doctrina cristiana; pero también es lo que justamente se llama aspecto práctico de la verdad. Estos comprenden la responsabilidad del creyente en pensamiento y acción para con Dios, para con su prójimo y para consigo mismo. Con respecto a importancia, no puede haber comparación entre estos dos aspectos de doctrina, aunque en un sentido todo es efectuado completamente cuando uno cree, y por otra parte queda una perpetua obligación descansando sobre el convertido. No obstante la situación, toda igual, que cada pastor confronta en la vida individual de sus feligreses está dentro de la esfera de lo menos importante, la fase práctica de la doctrina. Bien podría llamársele la verdad de la vida, siendo que tiene que ver con la manifestación externa de lo que es infinitamente cierto y evidente en la esfera de la verdad posicional. Cuán desvalido debe sentirse el aspirante a doctor de almas que durante su entrenamiento nunca ha oído ni siquiera una insinuación de la instrucción específica que Dios dirige a los creyentes, o de los planes divinos tan extensamente enseñados en el Nuevo Testamento por las que el cristiano puede ser más que vencedor sobre las fuerzas del mal por el poder del Espíritu que en él mora. Sin embargo, no se puede esperar que los instructores en los seminarios enseñen materias y cursos (no importa cuán importantes sean) de los que ellos a su vez nunca han oído durante los días de su preparación y que, naturalmente, siempre han ignorado.

I. MOTIVOS INTELIGENTES

El cristiano que ha sido hecho perfecto para siempre, estando en

Cristo, no tiene que vivir una vida de imperfección mientras esté en el mundo. El nuevo problema que enfrenta, como se ha indicado antes varias veces, no es cómo ha de vivir para ser acepto y perfeccionado ante Dios, sino más bien, de cómo él que ha sido aceptado y perfeccionado ha de vivir después que estas estupendas realidades se han efectuado por la gracia y poder de Dios. Hasta que no sea comprendida y recibida esta vital distinción, no habrá progreso en el amplio campo de la verdad que dirige la vida y el servicio del cristiano. Hasta que la verdad posicional es reconocida y recibida hasta el punto de que el salvo conoce que él es salvado y perfeccionado ante la vista de Dios sobre ninguna otra base que ésta; por su parte él ha creído en Cristo para la salvación de su alma, y por parte de Dios, él es justificado, siendo al mismo tiempo perdonado y constituido justo por medio de la inmensurable y doble substitución de Cristo: sufriendo la condenación por el demérito del creyente y ofreciéndose El mismo como la fuente de mérito, sólo puede haber confusión y malentendido acerca del verdadero principio motriz en la vida diaria del cristiano. Ciertamente, no puede negarse que la gran mayoría de los profesantes cristianos han sido privados del conocimiento de la verdad posicional y por esto nunca han concebido de ningún otro modo la idea de la conducta cristiana aparte de la en que ellos están obligados a hacerse aceptos ante Dios por medio de sus propias obras de justicia. Naturalmente, siendo así privados del conocimiento de la verdad posicional, ignoran la verdadera base y motivo para la vida verdadera. Esta distinción entre la verdad posicional de la verdadera vida constituye uno de los más vitales contrastes entre la ley y la gracia. Se declara que el fracaso de los judíos se debió a que ellos buscaron justificarse ante Dios por medio de las obras de la ley, "ignorando" la verdad de que Dios ha provisto toda base y mérito en y a través de Cristo que es lo menos que podría requerir Su santidad. A causa de esta ignorancia el judío procedió a "establecer su propia justicia" y no se "acogió" a la justicia de Dios, o no se amparó bajo ella, siendo "Cristo el fin de la ley para justicia de todo aquel que cree." Contra todo esto, algunos gentiles, a quienes la ley jamás fue dirigida y por consiguiente, nunca procuraron allegarse a Dios por medio de las obras de justicia de la ley, alcanzaron instantáneamente la justicia otorgada por Dios cuando recibieron a Cristo como Salvador mediante la fe (Ro. 9:30-10:4). La cuestión del motivo en la vida diaria del cristiano es suprema en esta discusión. La parte de la verdad que ahora consideramos concierne a la vida diaria del creyente, y ningún aspecto es más determinante que el de la razón o principio que inspira al que alcanza una vida que glorifica a Dios por el camino que

El señala a través del Espíritu morador. El Espíritu Santo no puede cooperar en, o producir ninguna experiencia verdadera cuando se ignora la misma base de la relación con Dios por medio de la gracia. Ciertamente, ¿cómo podría el Espíritu Santo llenar de poder una vida que está enteramente extraviada y equivocada en sus objetivos, métodos y motivos? Necesariamente, sus beneficios tienen significado solamente para aquellos que reconocen y creen que ellos son perfeccionados una vez por todas por medio de una fe sencilla en Cristo como Salvador y que su nueva obligación es no hacerse aceptos por sí mismos, sino más bien andar como es digno de Aquel a quien han aceptado. En San Juan 15:1-16 se registran las palabras de Cristo en cuanto a estar en El. Debe trazarse una distinción fundamental en estos conceptos entre la unión del creyente con Cristo y su comunión con El. Se supone muy a menudo que en este pasaje Cristo está enseñando que el pámpano que representa al creyente tiene que mantener su unión con la vid, que representa a Cristo. Esa comunión, sin embargo, está a la vista que en todo el pasaje se indica claramente. En el versículo 2 se lee: "Todo pámpano que en mí no lleva fruto", y las palabras en mí declaran la perfecta unión del pámpano estéril con Cristo. La obligación en cuanto al pámpano es seguir en relación con Cristo que hace posible la comunión, por medio de la cual la vida divina o energía, pueda fluir dentro de la rama para que pueda llevar fruto. La salvación, que es unión con Cristo, y la perfecta base que asegura la continuidad, siendo que tales beneficios dependen únicamente de la posición en Cristo de los creyentes. Sin embargo, los creyentes siempre están frente al hecho de su propia debilidad y de los poderosos adversarios que están contra ellos; y sólo guardando los mandamientos de Cristo, que significa ajuste a su perfecta voluntad (comp. Jn. 15:10), es la manera de mantenerse limpios para que fluya el poder divino necesario en el creyente, así como la savia brota en la rama. Este pasaje ilustra la importancia de un objetivo recto y el método en la vida cristiana para llegar a ser espiritual a través de la energía divina impartida. Aunque el creyente está en perfecta e inalterable unión con Cristo, será estéril si no permanece en esa obediente relación con Cristo para que el poder del Espíritu pueda realizarse en y a través de él. Cristo declaró en el versículo 10 que El guardaba los mandamientos de Su Padre y que estaba en Su amor, y esto es lo que se establece como ejemplo para que el creyente pueda estar así en El. Ciertamente, Cristo no se empeña en que los salvos se guarden por hacer alguna cosa requerida con ese fin; no obstante, El guardó perfecta comunión con el Padre por la obediencia a Su voluntad. La unión con Cristo es una empresa divina y es efectuada para, y

continúa como la porción de, aquel que cree sencillamente. La comunión es la parte del creyente: un plan específico de vida que reclama un propósito y método de vida, adaptado a la precisa voluntad de Dios por parte del salvo.

II. OBLIGACIONES PRESCRITAS

Los requerimientos sobrehumanos que descansan sobre el creyente demandan el poder sobrenatural de la llenura del Espíritu Santo. Esto anticipa la correcta y verdadera comprensión de las Escrituras así como los ajustes necesarios que aseguran el poder divino.

El Apóstol ha clasificado en tres grupos a toda la familia humana en tres diferentes ocasiones:

(1) Con respecto a su carácter esencial con relación a Dios, identifica a los gentiles inconversos como la “Incircuncisión” y de ellos declara: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12). En el mismo contexto (vs. 11 y 12) el Apóstol distingue al judío como uno que ha recibido la “Circuncisión hecha con mano en la carne”, cambio físico que selló para los judíos las promesas del pacto de Jehová” (comp. Gn. 17:11). Pero además, el Apóstol afirma que el cristiano es puesto aparte con una “circuncisión no hecha con mano” (Col. 2:11), escritura que, como se ha notado antes, reconoce su unión vital con Cristo por la cual él es participante de todas las bendiciones celestiales, habiendo sido identificado con Cristo en Su muerte, sepultura y resurrección. La misma triple división se establece en 1 Corintios 10:32, que dice: “No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios.”

(2) Con respecto a su relación sobrenatural son clasificados de acuerdo a su actitud hacia la Palabra escrita de Dios. En esto, como se ha indicado antes, ellos son hombres naturales, que es una referencia a los incrédulos de esta era ya sean judíos o gentiles, hombres carnales, término que identifica a los salvos, judíos o gentiles, que viven según la carne; y hombres espirituales, terminología que señala a judíos o gentiles que andan con Dios en sujeción a Su voluntad revelada y dependiendo de Su poder.

(3) Finalmente, el Apóstol divide a los hombres en tres clases con respecto al ejercicio de la ley divina o su autoridad sobre ellos. En 1 Corintios 9:20, 21, se descubre esto, y dice así: “Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si

yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley.” En esta agrupación, primero los gentiles inconversos de todas las edades y judíos incrédulos de esta dispensación han de ser reconocidos como unos que no están bajo la Ley mosaica; pero entonces al tiempo de producirse las Escrituras en los siglos pasados, y así mismo hasta cerca del tiempo en que los escritos apóstolicos o Escrituras cristianas empezaron a tomar forma, todos los judíos tenían su lugar correcto bajo la ley. Esto, la vieja clasificación del judío bajo la ley, constituye aquí la segunda división: los hombres bajo la ley. En la presente dispensación, para mayor seguridad, en la que el judío es reconocido a la par del gentil como uno que no tiene mérito ante Dios, la humanidad entera está igualmente sin ley. La tercera división de los hombres es la de los cristianos, sean judíos o gentiles, en cuyo grupo el Apóstol mismo se coloca como uno que no está bajo la ley ni está sin ley, sino mas bien *en la ley de Cristo*. “La ley de Cristo” (comp. Gá. 6:2) está contenida en Sus enseñanzas a los cristianos acerca de su responsabilidad por haber sido hechos perfectos por la gracia salvadora de Dios. La frase “mis mandamientos”, suficientemente significativa, no fue usada por Cristo, sino hasta en Su discurso del Aposento Alto. El cuerpo de verdad contenido en estas palabras es acrecentado por lo que se presenta en las Epístolas del Nuevo Testamento, escritas por hombres que fueron comisionados por Cristo para esa precisa tarea. Juntamente se presenta una obligación peculiar ajustada en carácter a la perfección que el creyente sustenta en Cristo. Sin excepción esta base de apelación es ignorada. Se hace un pleno reconocimiento de la revelación de que el más pequeño de los creyentes es participante de la *πλήρωμα* de la deidad (comp. Jn. 1:16; Col. 1:19; 2:9, 10). La dirección de la vida de uno que está ya completo en Cristo es técnica hasta el último grado; aun esto ha sido descuidado en grado sumo por los teólogos de pasadas generaciones. Estas enseñanzas de la gracia son claras y manifiestas, y su descuido a la persistente confusión de ellas con otras cosas relativas no pueden ser explicadas fácilmente.

Al capacitar el Espíritu Santo al hijo de Dios para cumplir toda la voluntad del Padre para con él en su conducta diaria puede esperarse que funcione ventajosamente sólo en la esfera de actividad de aquello que Dios requiere del creyente. Si a causa de una ignorancia extraviada el cristiano se somete a guardar el orden Mosaico cuando Dios le ha advertido que el someterse a guardar la ley no es Su voluntad para con él, y que Dios lo ha salvado de la ley, no debe esperar cooperación alguna del Espíritu Santo al continuar en un error de esa naturaleza. La Biblia, naturalmente, no se dirige a la

gente que vivió y cuyas obligaciones fueron cumplidas antes que fuera escrito su texto; no obstante, se dirige a la gente de la época de la ley que principió con Moisés y terminó con Cristo, se dirige a la gente de la época actual, y también contempla un siglo venidero. Así se han escrito simultáneamente tres grandes reglas de vida y cada una corresponde perfectamente con el carácter del propósito divino en la edad a la que está relacionada. La Teología del Pacto, que por muchas generaciones ha moldeado la mayor parte de la conciencia teológica, no reconoce diferencia de dispensaciones, por lo tanto, no puede admitir distinciones entre la ley y la gracia. Esta actitud predominante de la Teología del Pacto tiene que dar cuenta por el absoluto descuido de la verdad tocante a la vida en todas sus obras teológicas. Jamás se ha hecho una declaración más representativa del punto de vista de la Teología del Pacto que la Confesión de Fe de Westminster, valioso e importante documento que reconoce el valor de la vida sólo al punto de imponer los Diez Mandamientos sobre los cristianos como su única obligación, y esto a pesar de las enseñanzas del Nuevo Testamento que afirman que la ley nunca le fue dada a los gentiles o a la Iglesia y que, como ya se ha dicho antes, los cristianos han sido salvos y liberados de ella (comp. Jn. 1:17; Hch. 15:22-29; Ro. 6:14; 7:1-6; 2 Co. 3:11; 13; Gá. 3:23-25). Dicho en otras palabras: La capacitación del Espíritu Santo al creyente puede depender sólo de la medida en que la vida y el esfuerzo de éste se han conformado a la voluntad de Dios y a Sus planes para su vida en esta dispensación.

III. DEPENDENCIA DEL ESPIRITU

Todavía es necesario enfatizar de nuevo que el plan divino para la vida cotidiana del creyente incluye el aspecto del método por el cual éste ha de vivir. Dos procedimientos son posibles, especialmente, dependencia de su propia capacidad y dependencia del poder del Espíritu que mora en él. Estos dos métodos son enteramente incompatibles o, para usar el lenguaje del Apóstol, "ellos se oponen el uno al otro" (Gá. 5:17). Cualquier intento de combinar ambos métodos todos fracasará rotundamente. Ciertamente, cualquier intento de vivir por las normas celestiales dependiendo de recursos humanos, será una desilusión aun cuando sea motivado por la mayor sinceridad. La obra del Espíritu Santo es comunicar poder al creyente, no sólo en cuanto a escoger una manera inteligente de vida que procure establecer la unión con Cristo, sino más bien, entender la necesidad de mantener la comunión con El, nunca intentando otras reglas de vida que las que han sido señaladas a los ciudadanos del

cielo; y también en hacer frente a las vicisitudes de la vida diaria al encomendarle todo a El conscientes de la incapacidad humana y de Su infinito poder. Así se exhibe la verdad fundamental que el método de vida de fe, está enteramente en contra del poder humano, ya que es el único que asegura y efectúa el poder y las realizaciones del Espíritu.

IV. LA PALABRA DE DIOS

La actitud de cualquier persona hacia la Palabra de Dios es una indicación segura del carácter interno y realidad del estado espiritual de tal persona. Reconociendo esta verdad básica el Apóstol afirma que todos los hombres están divididos, como se ha indicado antes, en tres clases, esto es: (a) el hombre natural (el hombre *ψυχικός*), que no es regenerado; (b) el hombre espiritual (el hombre *πνευματικός*), que es salvo y con poder del Espíritu Santo, y (c) el hombre carnal (el hombre *σαρκικός*), que es regenerado por estar en Cristo, pero que está viviendo en la esfera de la carne. Es tan vital esta manera de agrupar a los hombres, que le daremos atención específica a los pasajes que tratan de ellos. Se verá que el hombre natural no puede conocer las cosas que son del Espíritu de Dios, el hombre espiritual discierne todas las cosas, y el hombre carnal sólo puede recibir la leche de la Palabra y no “la vianda sólida.” El pasaje principal dice: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo. De manera que yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disenciones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?” (1 Co. 2:14-3:3). La declaración respecto al hombre natural en relación a su incapacidad para conocer las cosas de Dios es de gran importancia como una explicación de la situación religiosa en el mundo moderno. No hay cosa que perjudique tanto la verdad de Dios y tan extensamente, como lo que hacen los hombres no regenerados que se permiten interpretar y definir las cosas de Dios en el terreno del saber humano. Difícilmente pueden ser salvos los hombres que niegan la única base sobre la cual toda alma puede ser redimida. Es obvio que grandes denominaciones conocidas una vez como cristianas, bajo la dirección de hombres instruidos según el

mundo, rechazan ahora el fundamento mismo de la salvación por gracia mediante la muerte de Cristo. Profesores en colegios y universidades casi sin excepción están contestes en la hipótesis no probada en la que se tilda a la Palabra de Dios como falsa e intenta vanamente solucionar el problema del origen de las cosas, sólo por la básica incapacidad del hombre natural, no regenerado, de poder recibir las cosas que son del Espíritu de Dios. Estas cosas son "locura" para el inconverso, aun cuando sea altamente instruido, y no las puede entender por no estar en vital relación con el Espíritu de Dios. Todavía queda la verdad de que la salvación con toda la luz que imparte se obtiene únicamente por fe en un Salvador que fue crucificado y resucitado, y ninguna cantidad de sabiduría o de prominencia eclesiástica podrá disipar la obscuridad espiritual de los inconversos. En todos los temas espirituales la opinión y el fallo de los incrédulos no sólo es ineficaz como el balbuceo de un bebé, sino que llega a ser injurioso como la misma base e influencia de los falsos maestros que los producen. La necesidad básica de los inconversos no es la educación o cultura (que en su lugar son de gran valor), sino de la salvación. Un sincero estudiante juzgará las opiniones y declaraciones de un hombre en base de esta primaria consideración: ¿Es él salvo y, por lo tanto, está autorizado para hablar como uno que ha sido iluminado por el Espíritu Santo?

El tema del resto de este libro es el hombre espiritual. En este punto es suficiente decir que él es llamado espiritual porque manifiesta un ajuste correcto al Espíritu Santo que vive en él. Esta manifestación incluye la iluminación dada al individuo por la cual el hombre espiritual puede llegar a conocer la Palabra de Dios.

El hombre carnal, al que todavía se le dará una consideración más extensa, es tal porque él, aunque perfectamente salvo y seguro en Cristo, aún está andando en la carne. En la porción del contexto que lo describe y que ahora contemplamos (1 Co. 3:1-3) se dirige a él como a un hermano. Cuando se usa este título en una relación espiritual se refiere solamente a uno que es definitivamente hijo de Dios por el nuevo nacimiento. También se afirma en el mismo contexto que un hombre carnal está en Cristo. Estas palabras determinantes no deben quedar inadvertidas, porque ellas suministran la más fuerte evidencia posible de que él es salvo y está seguro. Su unión con Cristo está establecida, y siendo que depende de los méritos de Cristo imputados, dicha relación nunca puede ser rota. La comunión del creyente carnal, no obstante, es alterada por el modo carnal de su vida. Aún más serio que todo eso, siendo que él recibe sólo la "leche de la palabra", es que él está privado del poder santificador de las Escrituras y de esta suerte, sometido a envidias,

rivalidades y divisiones. Mientras el “hombre espiritual” anda en el “Espíritu”, los que son carnales, “andan como los hombres”, esto es, como andan los inconversos. En vez de un “andar en amor”, ellos prefieren las divisiones y separaciones, violando el mandato esencial que “guarden la unidad del Espíritu” en el vínculo de la paz”. De todos los diversos males en la iglesia de Corinto contra los que el Apóstol levanta la voz, el primero que se menciona es el sectarismo. La intensa pecaminosidad del mal se indica aquí tan plenamente como en cualquiera otra parte del Nuevo Testamento. El sectarista, entonces, si en efecto es salvo, es un niño en el desarrollo espiritual. Cada discurso que ensalza a su facción de profesantes creyentes es propiamente clasificada como pueril. Pero sólo hay un Cuerpo y un Espíritu. Se exhorta a cada cristiano a amar a todos los otros cristianos basados en la unidad de un Cuerpo y el parentesco existente como familia de Dios. El hecho de las divisiones y de promoverlas es una expresión externa del pecado interno de su carnalidad carente de amor. Uno de los aspectos sobresalientes de carnalidad tal como el Apóstol la describe aquí, es la separación entre los creyentes. Esto es ordinariamente precipitado por uno de dos que se cree más santo que el otro, estando hasta allí carente de humildad o inconsciente de su propia manera de vida nada espiritual. Aparte de esos ejemplos específicos cuando la iglesia debe ejercer su disciplina sobre los culpables, el hombre carnal bien puede quedar confiadamente en las manos de Dios. Como amonesta el Apóstol “¿quién eres tú que juzgas a siervo ajeno? Para su Señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme.” (Ro. 14:4). En el corazón de aquellos que tratan fiel y verdaderamente su propia condición espiritual delante de Dios les será engendrada una actitud caritativa y amable hacia los creyentes que caen en error. La Biblia enseña por medio de varios términos que hay dos clases de cristianos: los que “permanecen en Cristo” y los que “no permanecen”, los que “andan en luz” y los que “andan en tinieblas”, los que “andan en el Espíritu” y los que “andan como hombres”, los que “andan en novedad de vida” y los que “andan según la carne”, los que “tienen *en y sobre* ellos el Espíritu” y los que tienen el Espíritu *en* pero no *sobre* ellos, los que son “espirituales” y los que son “carnales”, los que “están llenos del Espíritu” y los que “no lo están”. Todo esto tiene que ver con la calidad de la vida diaria de los salvos y de ningún modo es un contraste entre los salvos y los no salvos. En donde hay tal énfasis en la Biblia como se indica por estas distinciones debe haber una correspondiente realidad. Entonces hay la posibilidad de una gran transición para los que son carnales a la realidad de una verdadera

vida espiritual. La revelación concerniente a esta posible transición, con todas sus experiencias y bendiciones, es tomada en serio sólo por creyentes fervorosos que están buscando fielmente una vida diaria que honre a Dios. Para los tales hay ilimitado gozo y consolación en este evangelio de libertad, poder y victoria.

Es probable que hay grados de diferencia dentro del grupo conocido como *espiritual* y dentro del grupo conocido como *carnal*. Algunos que están clasificados como espirituales pueden ser más espirituales que otros dentro de su grupo, y algunos que son clasificados como carnales pueden ser más carnales que otros dentro de su compañía; pero el Nuevo Testamento no entra en estas sombras de distinción. Este silencio es razonable. Cualquier relación a Dios que no sea una completa sumisión necesariamente debe ser clasificada como carnal en algún grado. Debiera ser más apropiado sostener que la carnalidad abarca una gran esfera de la experiencia humana, mientras que la espiritualidad, aunque su extensión sea admitida por variadas personalidades, por varios grados de disciplinas educativas y por distintos ambientes, no obstante, es regulada al grado que la experiencia de la llenura del Espíritu es concedida a todos los de ese determinado grupo. Sin embargo, se recordará que el aspecto de la manifestación del Espíritu que entra en el campo del servicio cristiano debe ser, y es, adaptado a las necesidades peculiares del individuo que es así señalado por el Espíritu Santo. El creyente no es un autómatas, sino que aparentemente manifiesta todas las infinitas variaciones que se hallan en las características y personalidad humanas. Ni está en relación con un Dios que no es más que la encarnación de leyes inflexibles. Así como un padre humano debe reconocer el temperamento peculiar de un hijo en particular, también Dios, pero en un infinito grado de efectividad, reconoce el campo total de aspectos que presenta una persona individual. ¿Qué mejor interpretación puede hacerse del texto que dice: "Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley" (Gá. 5:18), de que la vida es no sólo dirigida por el Espíritu Santo hasta en su último detalle, pero que está en contacto con una Persona viviente más bien que en una mera conformidad a una colección de reglamentos? Ningún logro en la experiencia cristiana es más efectivo o realizable en su valor instructivo que el de llegar a conocer a Dios; no sólo saber acerca de El, sino experimentar el descanso del alma que engendra tal conocimiento íntimo de Dios. En esta conexión se puede notar la importancia de no separar Mateo 11:27 de Mateo 11:28. El pasaje junto dice: "Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce alguno sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Venid a mí todos los

que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” Espiritualmente no puede ser propiamente definido como la conformidad a un conjunto de reglas; es comunión, cooperación y sumisión a una Persona soberana. El principio legal puede fácilmente llegar a ser un mayor obstáculo para la vida espiritual. Dios indica en Su Palabra esa manera particular de vida que vuelve espiritual a un creyente, y Dios reconoce las limitaciones de comprensión del creyente; pero debe notarse también que tales direcciones para la apropiada conducta pueden ser observadas por el cristiano más bien involuntariamente, o aparte de un sentido de necesidad, o sin la menor conciencia de una relación a Dios como hijo suyo. Para ser un cristiano espiritual, no obstante, es andar con Dios en inquebrantable compañerismo y comunión vital en el poder capacitador del Espíritu Santo.

V. UNA TRANSFORMACION ESPIRITUAL

Así como hay una gran transición del estado de inconverso al de salvo, también hay para el cristiano una transición del estado de carnalidad al de espiritualidad. El primero es operado por Dios en respuesta a la fe salvadora en Cristo, mientras que la última es producida libremente de modo natural por el poder del Espíritu en el creyente cuando se han hecho los ajustes necesarios, poder que se ha poseído, aunque necesariamente no haya experimentado, desde el momento de la salvación. Es posible que el salvo mediante la fe pueda, al mismo tiempo, rendirse a Dios y así entrar en seguida en una verdadera experiencia espiritual; pero tal estado espiritual no es una realización de una vez por todas: ha de ser sostenido por una renovación del Espíritu. Parece que el Apóstol Pablo entró en una experiencia de llenura del Espíritu unos tres días después de ser salvo y en conexión con la visita de Ananías (Hch. 9:17-18); aún el Apóstol no entendía plenamente las condiciones por las que él podía ser espiritual, según todas las apariencias, siendo que en tiempo posterior pasó por una experiencia que se registra en Romanos 7. Allí él asegura: “Porque el querer el bien está en mí, pero no al hacerlo” (v. 18).

Personas celosas pero irreflexivas han promovido una grave distorsión doctrinal con respecto a los términos de la salvación, los cuales deben incluir, además de la fe en Cristo, una completa rendición a Su autoridad. Tan importante como lo es en su lugar, no obstante, rendición es un aspecto que pertenece sólo a los hijos de Dios. Los abogados de este idealismo deberían considerar que la demanda de rendición (como es la verdad en cuanto a toda otra

obligación humana que los hombres han solido agregar a la sencilla fe) no aparece ni una sola vez en más de cien pasajes en los que se dice que la salvación depende de la fe o de creer solamente. Si la rendición, o cualquiera otra condición se agrega, esos pasajes vienen a ser no sólo enteramente inadecuados sino que propiamente engañosos y confusos. San Juan 3:16 nos dice: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." No dice "todo aquel que *se rinda a El*." Si así fuera, esas palabras o sus equivalentes habrían de agregarse allí como en todas las otras escrituras similares, si cualquiera de estos textos ha de depender de tales direcciones relativas a la manera de alcanzar la salvación. Desde luego, existe la verdad de que hay condiciones bien definidas sobre las que un creyente carnal puede llegar a ser espiritual, las cuales no tienen relación alguna a lo que se requiere para que un perdido llegue a ser salvo. Se reconoce y deplora el hecho de que los cristianos muy a menudo son carnales, y muchos sermones exhortativos se dirigen a ellos; pero hay poca instrucción que les enseñe cómo el creyente carnal puede llegar a ser un cristiano espiritual. Seguramente que el Apóstol no carecía de ideales o deseos de practicarlos cuando dijo: "Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo". Todavía en ese tiempo él no había adquirido el conocimiento del plan de Dios y la provisión para la vida espiritual. Esto, ciertamente, le fue revelado más tarde siendo que él, más que todos los otros, ha establecido lo tocante a la vida espiritual en toda su maravillosa realidad y declaró las precisas condiciones sobre las cuales puede ésta ser experimentada.

VI. TERMINOLOGIA USADA

En la Palabra de Dios se usan tres frases para representar la vida llena del Espíritu, a saber, el Espíritu sobre vosotros, el que es espiritual, y llenos de Espíritu. En el primer ejemplo, "el Espíritu sobre vosotros", hay que distinguir entre el Espíritu morando en el creyente, y Su venida sobre los cristianos. Anticipando la relación que obtendrían entre el Espíritu Santo y el creyente después de Su venida al mundo en el Pentecostés y declarando la relación que el Espíritu Santo sostenía entonces con los discípulos a través de la dispensación en la que El estaba hablando, Cristo dijo: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Jn. 14:16, 17). A esto hay que

agregar las instrucciones dadas a los discípulos después de haber soplado sobre ellos y dicho: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn. 10:22), especialmente que ellos tenían que asentar en Jerusalén (esto es, no encargarse de misión o servicio) hasta que el Espíritu viniera *sobre* ellos (Lc. 24:49). Más tarde El dijo que al venir sobre ellos el Espíritu, ellos serían sus testigos hasta lo último de la tierra” (Hch. 1:8). La referencia al descenso del Espíritu asentando sobre el creyente se ve que es idéntico a Su llenura. En el segundo ejemplo: *el que es espiritual*, se hace referencia al estado del que es lleno del Espíritu. El tal ha de ser estimado espiritual (1 Co. 2:15). En el tercer ejemplo: llenos del Espíritu; la frase indica una plena e irresistible manifestación del Espíritu morador. La llenura del Espíritu no es un recibimiento del mismo, siendo que esto fue hecho como una parte de la salvación; ni es recibir una porción más del Espíritu. El es una Persona, y ninguna persona es susceptible de subdivisiones, ni podría una persona estar más o menos presente en un lugar dado. Mediante una más completa libertad del Espíritu en la vida del creyente y siendo, que el Espíritu mora en él, puede así asegurar una mayor esfera de manifestaciones. Estar lleno del Espíritu es tener al Espíritu cumpliendo todo lo que El vino a hacer en el corazón. Esta verdad está muy lejos de la noción de que el Espíritu Santo ha de recibirse como “una segunda bendición”. La vida llena del Espíritu es una realización en la actual experiencia de lo que se ha poseído desde el momento en que uno es salvo. Efesios 1:3 revela la verdad de que toda bendición espiritual es asegurada al ser salvado. El versículo dice así: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición en los lugares celestiales en Cristo.” De todos los cinco ministerios del Espíritu a favor del creyente, que son: regeneración, morada, sello, bautismo y llenura, sólo el último es recomendado al, y esperado por el creyente. La implicación es que este ministerio, muy diferente de los otros cuatro, depende de la cooperación y ajuste humanos. Es claro que más allá de la responsabilidad de creer en Cristo para salvación, no queda ninguna obligación sobre el creyente con respecto a los primeros cuatro ministerios mencionados. El mandato de ser llenos del Espíritu (Ef. 5:18), siendo dirigido al hijo de Dios, no sólo indica que es una experiencia subsecuente a la salvación, sino que la misma fidelidad del cristiano determina el grado de llenura.

En el capítulo anterior de este volumen el bautismo del Espíritu ha sido contrastado con la llenura del Espíritu. Por la confusión prevaleciente en cuanto a estos dos ministerios del Espíritu Santo, se ha puesto un especial énfasis sobre esta distinción. Muy poco es necesario agregar a lo que ya se ha presentado, más que señalar otra

vez los hechos que el bautismo del Espíritu es efectuado por Dios en todos los creyentes al momento de creer, que no produce una correspondiente experiencia por la que pueda ser identificada su realidad, y que de modo alguno está relacionado con los servicios o los actos del cristiano. Frente a esta lista de hechos están las verdades de que la llenura del Espíritu depende de la fidelidad humana, que es la fuente correcta de toda experiencia cristiana, y que es la fuerza suficiente detrás de toda vida y servicio cristianos. Habría de notarse aquí que el Espíritu Santo produce en aquel a quien El domina el manifestar su propia personalidad individual, ejercitar los dones adquiridos por él para el servicio (divinamente conferidos, como lo son), y cumplir la obra, llenando el lugar que Dios le ha asignado. Se ha supuesto muy a menudo que la vida llena del Espíritu la induciría a conformarse a algún tipo de experiencia normal, manera de vida, o de servicio. Aún no hay nada más vital o que ha de ser estimado en relación con el individuo que la individualidad. No es el procedimiento del Espíritu en, o a través del creyente, el anular la individualidad, sino obrar a través de la individualidad para la gloria de Dios. El creyente lleno del Espíritu es el cristiano normal del Señor, aunque no sea eso lo ordinario. El ser lleno del Espíritu no es haber logrado alguna concesión extraordinaria de parte de Dios; es ser capacitado normalmente para cumplir la voluntad de Dios en la esfera de lo que divinamente es determinado para cada individuo. En sí misma no podría ser extraordinaria siendo que es añadida a cada individuo y, fuera de esto, todos permanecerían carnales. Hay que notar en cualquier parte del Nuevo Testamento que Dios espera de todos los que testifican de El, sean investidos de poder para Su servicio por la llenura del Espíritu Santo. Y así, mientras puede haber sacrificio en la senda, la nota predominante para los hombres llenos del Espíritu es la de gozosa experiencia y de paz rebozante. De acuerdo a Romanos 12:2 la vida rendida comprueba la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios. Los tratos de Dios con la Iglesia primitiva ciertamente, es el patrón para todos los creyentes, habiéndose incorporado los relatos en el texto sagrado con ese propósito obvio. Por estos relatos se verá que el ideal divino para cada creyente individualmente es que sea lleno del Espíritu antes de empezar cualquier servicio cristiano; y así como los cristianos primitivos fueron nuevamente llenos para estar preparados para cada misión, de igual modo sería así con los cristianos de hoy. Como se ha notado antes, a los discípulos se les pidió permanecer en Jerusalén hasta ser investidos de poder de lo alto (Lc.24:49). Fue una espera hasta que el Espíritu vino *sobre* ellos. El Salvador les dijo: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido *sobre* vosotros el Espíritu

Santo. . .” (Hch.1:8). Las significativas palabras, “y todos ellos fueron llenos del Espíritu” preceden al relato de cada servicio importante que ellos ejecutaron. La familia entera: Zacarías, Elisabet y Juan el Bautista, de todos ellos se dice que fueron llenos del Espíritu; y sobre Cristo, en la esfera de Su humanidad, que es el más definitivo ejemplo dejado al creyente, el Espíritu le fue dado sin medida (Jn.3:14), y la frase “habiendo sido lleno del Espíritu Santo” (Lc.4:1), califica todas las cosas que El hizo.

A la luz de los ejemplos puestos ante los cristianos y de la alta vocación celestial que tiene con respecto al carácter de su vida diaria, no es extraño que todos sin excepción sean instados a ser llenos del Espíritu.

En conclusión de esta extensa introducción a una consideración más detallada en cuanto a la vida llena del Espíritu por seguir, es importante notar que el efecto de las bebidas alcohólicas es puesto como contraste con la vida llena del Espíritu en el Nuevo Testamento (Lc.1:15; Hch.2:12-21; Ef.5:18). Tal como las bebidas alcohólicas estimulan las fuerzas físicas del cuerpo y los hombres son propensos a acudir a ellas por ayuda ante difíciles problemas, así el hijo de Dios, frente a lo que parece una imposible responsabilidad en Su servicio y andar celestial, se dirige al Espíritu como la fuente de toda suficiencia. Cada momento en la vida espiritual es de inmensurable necesidad y de demandas sobrehumanas, y es entonces cuando el poder capacitador de la gracia ha de ser recibido y empleado constantemente. “Y como tus días serán tus fuerzas” (Dt.33:25). Ser lleno del Espíritu es tener al Espíritu cumpliendo en nosotros todo lo que Dios se proponía que El hiciera cuando lo puso allí. El ser lleno no es asunto de *tener* más del Espíritu; es más bien cuestión de que el Espíritu tenga *más* de los cristianos. Nadie va a obtener jamás una mayor porción del Espíritu que la unción que cada cristiano ha recibido. Por otra parte, el Espíritu sí puede tener control de todo en el creyente y así poder manifestar en él la vida y el carácter de Cristo. Una persona espiritual, entonces, es uno que experimenta el propósito y plan de Dios en su vida diaria por el poder del Espíritu que lo habita. El carácter de esa vida será tal como el manifestar a Cristo. La causa radical de esa vida será nada menos que el no poner obstáculos al Espíritu morador (Ef. 3:16-21; 2 Co.3:18). El Nuevo Testamento es claro respecto a lo que produciría el Espíritu en una vida enteramente consagrada, y toda esta revelación constituye la definición bíblica de lo que es espiritualidad. Estas empresas en la vida de un creyente son distintamente asignadas al Espíritu y, por tanto, son Su manifestación en y a través del cristiano.

Hay un doble desarrollo de la obra del Espíritu en y a través del

cristiano, particularmente el aspecto negativo y el positivo. Siguiendo a la presente introducción sin más dilación, estos dos aspectos serán tratados en los capítulos sucesivos.

CAPITULO XIII

PODER PARA VENCER EL MAL

El individuo es un cristiano cuando está en relación correcta con Cristo. El cristiano es espiritual cuando está en relación correcta con el Espíritu. La espiritualidad contempla dos ejecuciones, particularmente, victoria contra el pecado y promoción del bien en la vida y experiencia del creyente. Uno es negativo: anulación del pecado; el otro es positivo, una realización de las cualidades sobrehumanas y obras que pertenecen a una sobrehumana manera de vida. Aunque tan diferentes en sus propósitos inmediatos, ambas obras esenciales y en alguna extensión inseparables, aun cuando es claramente imaginable que el librarse del mal debe alcanzarse también sin la manifestación del poder del Espíritu en el campo de los logros vitales para el bien. Lo contrario seguramente no podría ser cierto, es decir, la experiencia del poder del Espíritu para el bien no se podría disfrutar si en algún grado no fuera vencido el mal. Más por otra parte, es difícil esperar que el Espíritu Santo, estando libre para obrar en el hijo de Dios, no hiciera todo lo que El desea; y ambos aspectos de la espiritualidad, seguramente, son partes de Su obra en el creyente. Aquí surge lo que pareciera ser una paradoja: El mal no puede ser vencido aparte del poder energético del Espíritu, con todo, este latente poder no puede ser experimentado en donde el mal no está siendo vencido. La respuesta a este problema se encuentra en la verdad de que el Espíritu Santo, cuando confiamos en que El lo haga, efectuará ambos propósitos de la espiritualidad, estando en tal relación con El mismo como pueda ser necesario. Por tanto, ninguna carga le es puesta al cristiano en cuanto a ordenar o arreglar aquello que solamente el Espíritu puede realizar; por el contrario, al cristiano no se le encarga más que mantener una dependencia correcta del Espíritu con respecto a toda su obra en el corazón del individuo. Siendo que el mal siempre emerge del corazón a causa del poder de la naturaleza pecaminosa, siempre se necesita el poder del Espíritu para vencerlo; y desde que la obligación de vivir y servir para la gloria de Dios siempre está presente, se requiere incesantemente el mismo poder capacitador. Priva en muchos un pobre pensamiento y excéntrica noción, a saber, de que la espiritualidad es lograda cuando cesan algunas formas externas de pecado; que ella consiste en lo que

✓ no se hace. Sin embargo, la espiritualidad no es sólo supresión; también es expresión. No es sólo auto-restricción; es la expresión de la vida de Cristo que habita en el creyente. El no regenerado no se salvará cesando de pecar; pues siempre quedará sin el nuevo nacimiento. El cristiano tampoco se haría espiritual si se abstuviera de la mundanalidad; le faltaría manifestación positiva del Espíritu. Espiritualidad es, primariamente, capacitación, una vivencia vital, y un servicio fructífero para Dios. Sin embargo, ambos aspectos, negativos y positivos, de la vida espiritual son esenciales y a cada uno hay que darle aquí la debida consideración.

El pasaje central al que hay que referirse a menudo es Gálatas 5:16-23. En esta porción primero hay un desarrollo de la obra del Espíritu hacia la carne pecaminosa y a pesar de toda la oposición que la carne engendra. El pasaje dice: "Digo, pues: Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu no estáis bajo la ley. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a éstas; acerca de la cuales os amonesto, como yo os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley." Aquí se ponen frente a frente las obras de la carne y el fruto del Espíritu, siendo el último un poder positivo, constructivo, espiritual. Ahora se puede estudiar uno de estos aspectos de una vida espiritual.

El cristiano experimenta un triple conflicto, incesante, simultáneo: con el mundo, la carne y el diablo. La vida cristiana es comparada a una carrera, un andar y una milicia. En la carrera (He.12:1,2) deben dejarse las cargas que el mundo impone; en el andar (Ro.8:4; Gá.5:16,17) el poder de la carne ha de ser vencido; en la milicia (Ef.6:10-12) Satán y sus huestes han de ser vencidos. El conflicto con el mundo es exterior y pide una drástica separación de él; el conflicto con la carne es interno y reclama una completa confianza en el poder divino y una inteligente y apreciable comprensión de las fuerzas internas de la vida humana; el conflicto con Satán es mayormente en los dominios espirituales e incluye la misma absoluta dependencia del poder suficiente del Espíritu morador. Satán es el más poderoso, el más inicuo, el más despótico, el más engañoso, el más mortal enemigo. El conflicto con el mundo es contra influencias,

el conflicto con la carne es contra deseos íntimos; pero el conflicto con Satanás es contra una persona inexorable y cruel, una persona que, si no fuera obligado a obtener permiso de Dios para todo lo que hace hacia los santos (comp. Job 1:11-12), los destruiría a todos en un momento. No es una forma de lenguaje figurado solamente la declaración de que el diablo anda como león rugiente buscando a quien devorar. En ningún momento de la vida el hijo de Dios está libre de estos enemigos, en ningún momento está en capacidad de hacer frente ni aun a uno de ellos, y en ningún momento de la vida está él sin la ayuda e infinita capacitación del Espíritu Santo que le es dado como recurso en este inmensurable encuentro con el mal. Cristo dijo: "Sin mí nada podéis hacer" (Jn.15:5). Sobre todo esto, como el reverso del cuadro, el Apóstol declara: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil.4:13). Otra vez declara él: "Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Ro.8:2). Ninguno de estos enemigos es superior al Espíritu Santo. Descubrir esto, creerlo y demandar su suficiencia mediante una actitud de fe es la clave de una vida victoriosa que honra al Señor. Es una actitud de fe y no un acto, ya sea de fe o de una crisis o experiencia. Pelear "la buena batalla de la fe" significa mantener una confianza en el Espíritu para combatir al enemigo. Este conflicto continúa tanto cuanto exista ese enemigo. En esta vida nunca es erradicada la influencia del mundo, ni la de la carne, tampoco la de Satanás. Bien se puede hacer un examen más extenso e individual de estos enemigos.

I. EL MUNDO

Después de la verdad revelada en cuanto a Satán está en segundo lugar en su alcance la confusión, ignorancia e incomprensión que priva respecto a los hechos declarados en el Nuevo Testamento acerca del *cosmos* o sistema mundano, gobernado por Satanás. La verdad en cuanto a Satanás y su sistema en el *cosmos*, está bien establecida en las Escrituras; a pesar de esto, existe mucho más que un normal descuido y perversión de estas doctrinas. Se produce mucho peligro para el creyente por la distorción de la verdad para que él mismo, reflejando la ignorancia de su día, no se pecte de la naturaleza, poder y designios de estos enemigos. La verdad con respecto a Satán y su sistema mundano ha sido examinado extensamente bajo Satanología, una división de Angeleología. Se requiere un retorno a la meditación de esta doctrina en el orden y curso de este capítulo.

En el Nuevo Testamento la palabra mundo es una traducción, en su mayor parte de tres términos griegos muy diferentes: αἶων usado

ERA

cuarenta y una veces, al referirse a tiempo, y denota una edad; οἰκουμένη usado catorce veces, denota la tierra habitada; y κόσμος, usado ciento ochenta y seis veces, indica un vasto sistema mundial. La palabra cosmos (su antítesis es caos) significa un orden, sistema, y arreglo que resulta así porque es determinado por una mente experta. Sobre este sistema está aquel a quien Cristo designó tres veces como “el príncipe de este mundo” (Jn.12:31; 14:30; 16:11). Como tanto se ha dicho antes, el sistema mundial es el que proyecta la realización de lo que procuró Satán al principio cuando se apartó de la voluntad de Dios (Jn.8:44; Is.14:12-14), sistema que Dios ha permitido que lleve a cabo Satán a fin de que pueda ser juzgado juntamente con su príncipe, porque habrá demostrado ser lo que es en realidad. Más allá y aparte del evidente permiso divino para que este sistema siga su curso, incluyendo el mal que encarna, Dios está ejercitando Su propia autoridad sin merma alguna sobre Su creación. Estrictamente hablando, Satán no ha producido nada. Todo lo que él utiliza se lo ha apropiado en lo que de manera alguna le pertenece. El conocimiento preciso de todo lo que abarca el sistema cósmico de Satanás se alcanzará sólo al examinar los contextos en los que ocurre la palabra cosmos. Esto viene a ser el estudio específico de una de las más grandes doctrinas del Nuevo Testamento, lo que muchos hombres importantes no han podido conseguir; y porque esta verdad es captada escasamente, muchos creyentes están ajenos de la enemistad que el sistema mundano mantiene contra Dios y Su pueblo. Santiago escribe: “Oh, almas adúlteras, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (4:4). Esta referencia al adulterio aquí está ligada a una costumbre espiritual y por lo tanto, significa un olvido del verdadero amor y lealtad a Dios, sustituyendo en su lugar las cosas de este mundo gobernado por Satanás. Santiago otra vez dice que la responsabilidad del cristiano es de mantenerse sin mancha en este mundo (1:27). Para el cristiano es una gran ventaja el conocer la naturaleza y extensión del sistema mundano o cosmos. Incluye a los gobiernos regidos por la fuerza y motivados por la codicia (Mt.4:8,9; Lc.4:5,6); con todo, el creyente tiene que vivir bajo y, en muchos aspectos, participar con, y orar por, estos gobernantes. Se dice que sus leyes son ordenadas de Dios. Este sistema satánico tiene sus normas educativas e ideales que se oponen, e ignoran cada hecho y aspecto de la revelación. “Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Co.1:21); todavía el hijo de Dios debe tener relación con el sistema mundano y su educación en varias maneras. Este sistema mundano profesa defender, o a lo menos tolerar, sus propios

ideales religiosos, ideales que son no más que un reconocimiento de la ética unida a una negación de cada aspecto de la gracia salvadora de Dios hecha posible a través de la sangre del sacrificio de Cristo; aún así el creyente es llamado a asociarse con los hombres que de este modo interpretan la fe cristiana y guardar tal relación con ellos que pueda testificarles de su fe. De manera semejante, el sistema mundano tiene sus propios pasatiempos. El mundo y los cristianos “mundanos” acuden a las cosas llamadas mundanas porque descubren en ellas un anestésico que amortigua las penas de un corazón y una vida vacíos. Ese lenitivo que a menudo en sí es casi inocente, no es un asunto tan serio como lo es el corazón y la vida vacíos. Muy poco se gana a favor de la verdadera espiritualidad cuando algunos curanderos de almas han tenido cierto éxito en persuadir a los afligidos de seguir adelante sin echar mano a sus calmantes. Si estos maestros no presentan la realidad de tal consolación, llenando el corazón y la vida como Dios ha provisto, no mejorará su condición. ¡Cuán equivocada es la teoría de que para ser espiritual hay que abandonar el juego, los pasatiempos y las diversiones inocentes! Tal concepto de la espiritualidad nace de una mórbida conciencia humana, y es extraño a la palabra de Dios. Es un artificio de Satanás para hacer aparecer ante la juventud aborrecibles las bendiciones de Dios, a esa juventud que rebosa de vida y de energía física. Es lamentable que algunos estén enfatizando los negativos de la verdad cristiana, como para crear la impresión de que la espiritualidad está opuesta al gozo, la libertad y la naturalidad de expresión en pensamiento y vida cuando tales cosas se hallan en el Espíritu. La espiritualidad no consiste en una pose piadosa. No es meramente un “no harás”, o “harás esto”. Ella abre las puertas a la bendición eterna, a las energías y recursos divinos. Es una cosa seria el remover los elementos de relajación y los juegos de cualquier vida. No podemos ser física, mental y espiritualmente normales si negamos estos factores vitales a la vida humana. Dios ha hecho tan buena provisión para que nuestro gozo sea completo.

Hay que notar que una de las características de la verdadera espiritualidad es que la invoca para efectuar los más pequeños deseos y decisiones. La cura bíblica, tanto como práctica para la mundanidad entre los cristianos es la de llenar el corazón y la vida con las eternas bendiciones de Dios que habrá una preocupación gozosa y una relativa abstracción de lo que no es espiritual. Una hoja muerta que puede pender externamente de la ramita será echada silenciosamente a tierra por furiosas tempestades cuando la nueva savia fluya al principio de la primavera. La hoja cae porque hay una nueva manifestación de vida preciosa que procede del interior hacia

el exterior. Una hoja muerta no puede permanecer en donde está brotando un nuevo pimpollo, ni puede la mundanalidad prevalecer en donde las bendiciones del Espíritu están fluyendo. El pastor no es llamado a predicar contra las "hojas muertas." El tiene un mensaje del manantial imperecedero; de la efusión de la vida ilimitada de Dios. Cuando andáis por el Espíritu no podréis hacer las cosas que haríais de otro modo.

✓ No siempre se puede discernir la línea de separación entre las cosas de Dios y las cosas del *cosmos*, o mundo organizado. En este punto es imperativo que el cristiano sea guiado por el Espíritu. No obstante, el conflicto con el mundo, con su resplandor, su oropel y sus engaños, es muy real. El apóstol Juan escribe: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama el mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no provienen del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Jn.2:15-17). El hijo de Dios no es del mundo en este sentido. En su última oración en el aposento alto Cristo dijo dos veces: "No son del mundo como tampoco yo soy del mundo" (Jn.17:14,16). Así otra vez: "Sabemos que somos de Dios, y todo el mundo está puesto en el malo" (1 Jn.5:19, R. V.). Por lo tanto, esto hace que él viva separado del mundo. Solamente puede hacer esto cuando está capacitado de poder y dirigido constantemente por el Espíritu Santo. Otra vez Juan declara en su primera carta: "Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (5:4,5). Es evidente, basado en el hecho del versículo 5, que la fe a que se refiere es en el Hijo de Dios como el camino a la victoria sobre el mundo, que él está contemplando la liberación del cristiano del sistema mundano, o *cosmos*, la cual se lleva a cabo cuando el creyente es redimido (comp. Col.1:13); pero es igualmente cierto decir que es por la fe o confianza en el poder de Dios que él es libertado de la influencia del mundo-cosmos de día en día. La liberación posterior cada día de este mundo parece ser aquella a que se refiere la segunda mitad del versículo 4: "Y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe." Aun cuando es muy difícil trazar la línea de demarcación entre el andar espiritual del creyente y la elección del mundo, y por causa de los atractivos y demandas del mundo que son tan incitantes, cuando no prevalecientes, en todo tiempo y bajo cualquier circunstancia el poder suficiente de Dios debe ser reclamado.

II. LA CARNE

En algunos casos la voz *σάρξ*, traducida *carne*, es sinónimo de *σῶμα*, traducida *cuerpo*. La palabra carne es empleada más a menudo con referencia a la totalidad del hombre no regenerado: espíritu, alma y cuerpo. En este caso asume un significado ético, no sólo incluye el cuerpo, sino también lo que hace un ser viviente, la realidad invisible que se expresa y manifiesta a través del cuerpo. Se confronta una situación muy compleja en donde los factores vivientes de la existencia humana son todas partes integrales, es decir: espíritu, alma, naturaleza adámica, corazón, riñones, mente, sensibilidad, voluntad, y conciencia. Así, para repetir brevemente lo del volumen segundo, es en realidad un aspecto de la parte inmaterial del hombre que incluye una naturaleza inclinada al pecado, que ha sido contaminada, y como tal se ha reproducido a través de todas las generaciones sucesivas. Por su primer pecado el primer hombre en seguida llegó a ser de un orden diferente de aquel en que había sido creado, y por la ley de la procreación la adquirió su descendencia, esto es, que las especies se reproducen según su especie. Que la descendencia de Adán había caído está confirmado y demostrado por medio del crimen de su primogénito. Habiéndose derivado de Adán, esta naturaleza caída es propiamente llamada *la naturaleza Adámica*. No reconocer esta naturaleza como un aspecto inalterable y universal no cambia el hecho, y es parte de la sabiduría el admitirla y debería ser el plan de la vida de cada uno el conformarse a él. Hay que identificar y evitar cuatro errores: (1) que el hombre no es malo por naturaleza, (2) que los niños vienen al mundo sin pecado, (3) que la naturaleza adámica puede ser erradicada, y (4) que la naturaleza adámica puede ser controlada por el poder y la voluntad de la determinación humana. Siendo una parte del ser integral del hombre esta naturaleza mala no puede ser removida hasta que el cuerpo mismo en el que funciona sea redimido, o hasta que la separación entre el cuerpo y los elementos inmateriales de alma y espíritu sea efectuada por la muerte. La naturaleza adámica es el factor dominante en todo lo que entra en la carne. Esa naturaleza queda sin merma e inalterable en el creyente después de ser salvado y viene a ser uno de los tres grandes enemigos de la vida espiritual. Con la recepción de la naturaleza divina que le es impartida por la regeneración, el cristiano se convierte en un ser complejo, poseyendo dos naturalezas? (no dos personalidades) con una correspondiente complejidad de vida, porque, a menos que la naturaleza pecaminosa sea controlada por algo superior a la capacidad humana, se hará sentir procurando deshonorar a Dios. No

el
pecado +
mundo

está dentro de la línea de la voluntad humana, aún cuando ésta sea fortificada con las mejores resoluciones, el controlar la naturaleza adámica. El conflicto debe transferirse al Espíritu Santo con fidelidad constante e inflexible. Para obtener la victoria el creyente debe mantener una actitud de fe a objeto de poder ser salvo del poder reinante del pecado, del mismo modo en que fue salvo de la culpa y la pena del pecado por un acto de fe. En cada aspecto de la situación es claro que uno debe vivir por fe.

La vida que debe vivir uno que es justificado, por razón de sus enemigos superiores y de su propia impotencia, lo cual sería imposible aparte de la capacitación divina realizada en respuesta a la fe. Tanto la seguridad de la salvación del juicio eterno como la santificación son una obra de Dios. La determinación humana no puede ayudar más en la una que en la otra. Es admitido generalmente de que el no regenerado posee una naturaleza caída. El mal entendido es en relación al cristiano. La enseñanza bíblica es clara y también existen algunos profesantes cristianos que han caído en el error asumiendo que ellos ya no tienen más tendencia al pecado. Este asunto puede discutirse bajo dos puntos de vista, tanto por el experimental como por el bíblico. Experimentalmente los más santos entre los hijos de Dios han sido conscientes de la presencia y el poder de una naturaleza caída. A esto puede llamársele la conciencia normal del creyente devoto. Tal conciencia no es una evidencia de falta de madurez; más bien es evidencia de verdadera humildad y de una clara visión de su propio corazón. No implica una falta de comunión con Dios ocasionada por contristar al Espíritu Santo a causa de pecado. ¿Quién puede detestar más el pecado que aquel que está consciente de su presencia y poder? ¿Y quién está en mayor peligro de su ruina en la vida espiritual que aquel que en incauta presunción ha asumido que le ha sido sustraída la disposición a pecar? La pretensión de que uno ya no tiene la disposición al pecado debe basarse en una terrible falta de conocimiento de sí mismo con respecto a los motivos e impulsos del corazón o, si no, tal presunción es a causa de no comprender el verdadero carácter del pecado mismo. Si un individuo puede convencerse a sí mismo que el pecado es algo diferente de *cualquier cosa* que él siempre hace o que está propenso a hacer, ciertamente más allá de cualquier cosa que él siempre piensa, siente o emprende, sin duda podrá convencerse que él jamás ha pecado. Si uno puede modificar el carácter del pecado en su propia mente, por el mismo proceso puede relevarse a sí mismo de la *conciencia* de pecado. No son pocas las personas en el mundo que piensan de esta manera actualmente. La verdad de una naturaleza espiritual no puede prevalecer cuando se basa en la experiencia

humana; debe basarse en la revelación. El pecado no es lo que alguna persona prejuiciada y extraviada pretende que sea; es lo que Dios a revelado ser. Por medio de un estudio de toda la Palabra de Dios el pecado ha sido bien definido como "cualquier violación de, o deseo de conformarse a, la voluntad revelada de Dios." *El errar el blanco.* ¿Pero qué blanco? Seguramtne es la *norma divina*. El creyente puede preguntarse: ¿He hecho yo toda y solamente Su voluntad con motivos tan puros como el cielo y con fidelidad inalterable en la forma, caracterizando lo infinito? Dios ha provisto la posibilidad de una victoria completa; pero los cristianos muy a menudo han fallado en su realización. Si en algún grado poseen el conocimiento de Dios y de sí mismos, ellos son conscientes con frecuencia que no son limpios de pecado a los ojos de Dios. El testimonio de los cristianos más espirituales en sus tiempos en todas las generaciones ha sido la conciencia de la pecaminosidad en sus vidas, el ser capacitados para contemplar la Persona de Dios en contraste con ellos mismos. Job, el perfecto de corazón, se aborreció a sí mismo ante la presencia de Dios. Daniel, contra quien no se ha registrado pecado alguno, dijo: "Y no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno" En Romanos 7:15-8:4 se halla el pasaje principal sobre esa verdad, de que el creyente posee dos naturalezas y que una de ellas, la naturaleza pecaminosa, no puede ser gobernada aun por el poder de la voluntad de una persona regenerada. Pero antes de citar el pasaje es de orden adelantar algunas palabras de introducción general. Este pasaje presenta el conflicto entre dos aspectos del ego que el creyente representa. La palabra *yo* aparece en dos muy diferentes y opuestos usos, pero todo dentro de la personalidad del Apóstol, cuya experiencia es aquí descrita. La controversia es real, sostenida, como lo es, entre dos naturalezas: la naturaleza original caída, que está inclinada al mal y que llamaremos la *vieja naturaleza*, por conveniencia; y la que en la misma persona responde a su ente salvado y a la que puede llamársele la *nueva naturaleza*. Siendo por el momento y por la mejor de las razones, que el yo salvado se contempla hipotéticamente distinto del Espíritu Santo que en él mora. La cuestión vital es si el cristiano, en sí mismo y por ser salvo meramente, tiene el poder para controlar victoriosamente su naturaleza pecaminosa, sería imposible concebir conflicto más astuto e ilusorio. En este conflicto entre el salvo que posee una nueva naturaleza y su naturaleza caída, el salvo, con sus propósitos santos es derrotado completamente. Siendo salvo, ahora tiene ideales santos y elevados, y todavía, por su incapacidad de realizarlos, llega a ser un "miserable hombre..." En perfecto contraste con esta clase de lucha está el conflicto descrito en Gálatas

5:16 y 17, que dice: “Digo pues, andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.” Aquí se asegura la victoria sobre la carne si se lucha confiando en el Espíritu. También se descubre en este pasaje que la vieja naturaleza del creyente y el Espíritu siempre están “en oposición” el uno al otro. Estos nunca pueden llegar a ponerse de acuerdo ni ligeramente por disposición alguna de la vieja naturaleza. Según Gálatas 5:16, 17 lo que es verdad respecto al desacuerdo entre el Espíritu Santo y la vieja naturaleza es igualmente cierto en cuanto a la nueva naturaleza, o el ego salvado y la vieja naturaleza, de acuerdo con el pasaje de Romanos que estamos considerando. De los dos pasajes hay que observar que el uno registra un completo fracaso y el otro, una total victoria. La esencial e impresiva diferencia entre ellos es que en uno la fuerza limitada del salvo ha producido, en conflicto con la vieja naturaleza, una completa derrota, y en el otro, andando en pos del Espíritu Santo al luchar contra la vieja naturaleza, ha obtenido una total victoria.

Se han propuesto varias interpretaciones de Romanos 7:15-25, todas las cuales han fallado en algún grado en cuanto a la situación que el contexto establece. La más común y más errónea es la propuesta por Felipe Mauro en la que sostiene que aquí la Escritura registra una experiencia del gran Apóstol antes de ser salvo. Lo ilógico de esta interpretación es evidente. Ninguna experiencia tal podría haber ocurrido realmente en la vida del Apóstol, ni puede suceder en la experiencia de persona alguna no regenerada. Por el contrario, el Apóstol declara que antes de ser salvo él vivía con toda limpia conciencia y ante la ley como uno que es “irreprensible” (Fil. 3:6). El inconverso no adopta ideales o propósitos tales como los de Romanos 7 que van más allá de los dictados de la débil conciencia. Dios no está en todos sus pensamientos. Finalmente y en conclusión, el mismo ego de Romanos capítulo 7 continúa en el 8 y en su mismo énfasis cristiano. La diferencia indicada entre los capítulos 7 y 8 no es en cuanto a la salvación, sino a la liberación del poder del pecado y de la muerte que siempre es el legítimo fruto de la naturaleza pecaminosa.

Este relato es enteramente de la experiencia del Apóstol Pablo. Describe aquella por la cual pasó cuando con menos comprensión de su propio yo procuró realizar los ideales celestiales en su vida confiando en su propia fuerza de propósito y voluntad. Sería inconsistente para los que nunca se han esforzado por ningún medio, falso o verdadero, alcanzar tales ideales de mirar con compasión a uno que a lo menos está en el camino de descubrir sus propias

limitaciones y los recursos ilimitados que residen en el Espíritu morador.

Habiendo determinado que este pasaje registra la lucha de un hijo de Dios es verdaderamente valioso notar que él, aunque salvo, posee una naturaleza caída, y su liberación no es por la erradicación sino por el poder victorioso del Espíritu Santo (Ro. 8:2). De cada referencia al viejo “yo” así como por la fraseología paralela que se encuentra en el pasaje, especialmente: “el pecado (naturaleza) que mora en mí” (vs. 17 y 20), “en mí (esto es, en mi carne), no mora el bien” (v. 18), “el mal está en mí” (v. 21), “El pecado que está en mis miembros” (v. 23), “yo mismo sirvo . . . con mi carne a la ley del pecado” (es decir, la naturaleza, v. 25), es evidente que el escritor poseía una naturaleza caída. La porción de este pasaje que conduce a la pregunta, “¿Quién me librará? ”, como se lee en cierto comentario intercalado, es como sigue: “Porque lo que hago (a causa de la vieja naturaleza), no lo entiendo (por causa de la nueva); pues no hago lo que quiero (la nueva), sino lo que aborrezco (nueva) eso hago (vieja). Y si lo que no quiero (nueva), esto hago (vieja), apruebo (nueva) que la ley (o, la voluntad de Dios para mí) es buena. De manera que ya no soy yo (la nueva) quien hace aquello, sino el pecado (la vieja) que mora en mí. Y yo se que en mí (la vieja), esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago (la nueva) el bien que quiero (la nueva), sino el mal que no quiero, eso hago (la vieja). Y si hago (la vieja) lo que no quiero (la nueva), ya no soy yo (la nueva), sino el pecado (la vieja) que mora en mí. Así que, queriendo yo (la nueva) hacer el bien, hallo esta ley (no la de Moisés), que el mal (la vieja) está en mí (la nueva). Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros (la vieja), que se rebela contra la ley de mi mente (la nueva que se deleita en la ley de Dios), y que me lleva cautivo a la ley del pecado (la vieja) que está en mis miembros. ¡Miserable de mí (el cristiano)! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?

La naturaleza de este conflicto es evidente como también lo es el completo fracaso registrado. El cómo efectuar lo que es bueno es un problema que afronta todo cristiano serio, y mientras centenares de predicadores están ocupados en exhortar a sus congregaciones que deben ser buenos, prácticamente ninguno está diciéndoles cómo serlo. Este fallo se debe al descuido de la verdad en cuanto a la vida cristiana en las instituciones en donde se preparan los ministros. Esta indiferencia no se debe a ningún deseo de apoyarlo en pasajes explícitos, o en alguna falta de provisión de parte de Dios a fin de que los creyentes puedan ser victoriosos en sus vidas y servicio. El

gran Apóstol descubrió lo que otros muchísimos han descubierto, esto es, que cuando él quería hacer el bien, el mal (la naturaleza pecaminosa con su inclinación a pecar) estaba presente en él. Su esfuerzo propio por realizar esos altos ideales, que son los acompañantes naturales del estado de un regenerado, fue ineficaz. Así con extrema pena exclama: “¡Miserable hombre de mí! , ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? ” Mediante una horrible figura muy significativa el Apóstol compara su naturaleza caída con un cadáver a él atado que debe llevar a donde quiera que vaya.

✓ La respuesta al problema es doble: Será liberado mediante la obra salvadora del Señor Jesucristo (7:25), y por la intervención personal del Espíritu Santo (8:2). La liberación efectiva o experimental es por el Espíritu Santo, pero es hecho posible únicamente por lo que Cristo ha efectuado en Su muerte como un verdadero juicio de la naturaleza pecaminosa. Aunque ya se ha visto antes, este tema surge de nuevo y para un cuidadoso examen, siendo como es un factor primordial en toda vida y servicio, capacitados con el poder del Espíritu. Siendo que este aspecto de la muerte de Cristo ha constituido el tema central del capítulo precedente de la Epístola a los Romanos, el Apóstol es justificado al construir su argumento sobre él y eso sin ulteriores análisis del mismo. Como se ha aseverado anteriormente, el Espíritu Santo, no estaría en libertad de hacer nada con la naturaleza pecaminosa (por Su misma santidad) a menos que ésta fuese antes juzgada por Dios y en una forma del todo satisfactoria para El. Toda barrera a la infinita santidad tiene que ser removida. En esta conexión puede observarse que el Espíritu Santo está en libertad de regenerar a los incrédulos sin juicios o aplicándola por un simple acto de soplar, y basado en la verdad de que Cristo murió por los pecados de aquel a quien el Espíritu ha de salvar. Así se ve que la obra regeneradora del Espíritu es “a través de Jesucristo, nuestro Señor.” Del mismo modo habiendo Cristo padecido una muerte como el juicio sobre la naturaleza pecaminosa, el Espíritu está en libertad de salvar incesantemente a través de Cristo. La muerte de Cristo al pecado, esto es, a la naturaleza, es descrita en Romanos 6:1-10, y consiste en la crucifixión del creyente, aun su naturaleza pecaminosa, quedó bajo esa sustitución, lo que ha llegado a ser una satisfacción judicial asegurada por parte de Dios contra esa naturaleza. Siendo que la estructura completa del plan divinamente arreglado, por el cual el creyente puede vivir sobre el poder de la carne para la gloria de Dios, está basado absoluta y únicamente sobre la verdad de que Cristo murió a la naturaleza de pecado, como un juicio plenamente satisfactorio ante Dios. Este hecho, desde luego, llega a ser el aspecto primario, el evangelio de libertad, las buenas nuevas con respecto a

una obra consumada a favor del creyente, que, en cuanto a importancia y alcances está en segundo lugar a la obra salvadora del Espíritu Santo, basado en la obra consumada de Cristo a favor de los perdidos. Por amor de Sí mismo y por amor de otros para quienes pueden ser llamados para ministrar, los ministros deben ser conscientes de cuatro inmensurables realidades: (1) que cada creyente mientras está en la carne todavía es llamado a sostener una lucha incesante contra la vieja naturaleza, (2) que en cada cristiano habita el Espíritu Santo y de este modo está equipado con poder para vencer sobre la carne, (3) que Cristo ha sufrido la pena de muerte requerida contra la naturaleza pecaminosa, y (4) que la liberación del poder de la carne es efectuada sobre el principio de fe o dependencia del Espíritu, en vez de a base de cualquier recurso propio. Estas cuatro verdades que están tan estrechamente relacionadas entre sí son probablemente las más mal entendidas y descuidadas que muchas otras entre las doctrinas bíblicas. Ciertamente, quien estime lo que pudiera haber sido la historia de los creyentes en cuanto a su carácter y fidelidad le habrá dado el énfasis aclaratorio que le corresponde a estas verdades. ^{correcta} ¡Cuán importante es para el progreso de cada creyente que llegue a una recta comprensión y reconocimiento de sí mismo, esto es, del hecho y de la fuerza dominante de la carne con la que él lucha. Al principio de este volumen, al examinar la doctrina del bautismo del Espíritu, se presentó la verdad de que por ese bautismo Cristo ha sido "puesto en" (Gá. 3:27), y esto sobre la base justa del aspecto agradable de la muerte de Cristo. Bajo la presente discusión se contempla la verdad complementaria que revela lo que por la muerte de Cristo en el juicio de la naturaleza pecaminosa, el "viejo hombre" es "despojado" por Cristo para ser "vestido de". Experimentalmente, por medio del poder del Espíritu Santo, el creyente puede realizar el aspecto negativo de la vida espiritual, lo que significa liberación y preservación del mal; y posicionalmente, por medio del Espíritu, él puede efectuar el aspecto positivo de esa vida, que es la exteriorización de la vida de Cristo que vive en él (Gá. 2:20).

Algunos pasajes importantes afirman la verdad de que la carne del creyente con su naturaleza pecaminosa fue juzgada por Cristo en Su muerte, y muestran como fue una substitución completa al punto en que la carne con su naturaleza de pecado fueron tan perfectamente tratados como lo hubieran sido en el creyente mismo. En verdad, siendo que Cristo no tenía una naturaleza pecaminosa por la cual tuviera que sufrir un juicio de muerte, la única explicación posible en este aspecto es prueba de que lo hizo en substitución por otros; las almas por las que El sufrió dicha muerte (comp. Gá. 5:24) a base de

fe, son consideradas por Dios de estar entera y eternamente en posesión de cada valor de esa muerte. Podemos bien observar ciertos pasajes:

Gálatas 5:24. "Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos."

Diferente a algunas otras referencias en el Nuevo Testamento a la muerte de Cristo como un juicio de la naturaleza pecaminosa que reside en el creyente, el tiempo del verbo como se traduce en este versículo está propiamente representado. La carne del creyente en un sentido pasado y completo, con sus pasiones y deseos, fue crucificada cuando lo fue Cristo. En verdad, esta remoción está lejos de la idea de que el creyente debe procurar su auto-crucifixión de cualquier modo; por el contrario, la gran transacción ha sido hecha y la responsabilidad que descansa sobre el cristiano es creerla y reconocer que es la verdad. De este modo se adquiere seguridad de que el camino también está despejado para que el Espíritu Santo efectúe una completa liberación experimental del poder reinante del pecado. La declaración del pasaje es directa y conclusiva. Todos los que son de Cristo *han* crucificado la carne. Esta es la realización divina en y a través de la muerte de Cristo. Lo más evidente es que esto se refiere a la posición más bien que a una realidad experimental; todavía ¡cuán ilimitado es el valor del hecho de que el juicio ya se efectuó y la victoria es posible para el creyente! No es de maravillarse si este hecho no es generalmente comprendido y reconocido. Aun la muerte de Cristo como la base justa del perdón y de la justificación es minimizada y mal comprendida por la mayoría de la gente; y es probable que de cien que han llegado a comprender y a depender de la muerte de Cristo para su salvación, no hay más de uno que se apropie de la muerte de Cristo dependiendo de ella para su santificación.

Romanos 6:1-10. Aunque no lo copiamos aquí de nuevo, esta porción de la Escritura debiera de leerse con cuidado considerando el hecho de que se trata de un relato (el más extenso y exhaustivo en el Nuevo Testamento) de lo que Cristo hizo al juzgar la naturaleza pecaminosa del creyente. El contexto continúa en el capítulo 8 con referencia a la presencia y poder de la naturaleza pecaminosa y la posible victoria sobre ella. Habiendo declarado en 6:1-10 la verdad de que se ha ganado un juicio contra la naturaleza pecaminosa en 6:11-23 el Apóstol apremia a apropiarse de estos ilimitados beneficios. En 7:1-14 declara que el sistema de méritos ha de ser quitado, para que la vida ahora en relación inmediata con Cristo pueda ser efectivamente realizada. En 7:15-8:2 se declara la incapacidad del salvo para vencer la naturaleza pecaminosa en sus propias fuerzas. La referencia frecuentemente repetida de lo que una

vez fue descrito como “el pecado que está en mis miembros”, indica la presencia de la naturaleza pecaminosa en el creyente; algo que, aunque identificado, es incapaz de ser gobernado por poder alguno, a no ser el del Espíritu morador. Sin embargo, el camino a la victoria está preparado desde que Cristo murió por la naturaleza pecaminosa (8:1-13). La victoria tiene que ser “por Jesucristo Señor nuestro”; pero tiene que efectuarse en la experiencia, aun una liberación del poder del pecado y de la muerte, por el Espíritu de Vida en Cristo Jesús. En uno de los versículos (8:3) se hace una declaración más categórica. Dice así: “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne.” El sistema de méritos, en sí mismo, es santo, y justo y bueno; por tanto el fallo se debe, en efecto, a que estaba dirigido a la carne débil, que no podía en manera alguna responder a sus demandas. Siendo que el sistema de méritos falla, como siempre sucede, Dios se mueve en un nuevo principio de vida (8:1-13), mayormente en un andar según el Espíritu, o en dependencia del Espíritu. En tal caso la completa voluntad de Dios será cumplida en el creyente, pero nunca será cumplida por el creyente. Detrás de esta ejecución por el Espíritu está la verdad que, para hacer posible el nuevo andar Dios envió a Su propio Hijo, quien vino no como Uno de carne pecadora, sino en la “semejanza de carne de pecado”, y por el pecado (esto es, la naturaleza) así condenar, en el sentido de llevar a juicio, ese pecado (la naturaleza) que está en la carne. De esta manera, como un clímax al final de un pasaje tan extenso que trata de la naturaleza pecaminosa y su control, se hace la afirmación directa de que Cristo trajo a juicio la naturaleza de pecado del creyente, y sobre esta base legal y justa el Espíritu Santo puede hacer que el creyente triunfe al punto de realizar la plena voluntad de Dios.

Segunda en lugar únicamente a la salvación misma está esta gran realidad de una vida que glorifica a Dios y la manera divinamente provista de cómo alcanzarla. Es obvio que el pasaje que estamos considerando sólo presenta el problema de la naturaleza pecaminosa, siendo que se identifica por la repetición de ella en todo el pasaje (Ro. 6:1-10) y que sigue hasta el final del contexto (8:13). No están a la vista los pecados de los inconversos, ni los pecados de los salvos como tales; es un problema enteramente relacionado con la raíz de todo: la naturaleza pecaminosa y su enjuiciamiento. Las siguientes expresiones en este contexto, incluyendo 7:15-25 y 8:3, declaran esto: “muerte al pecado” (6:2), “plantados” (o ligado) juntamente (con El) a la semejanza de Su muerte” (6:5), “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El” (6:6), “si morimos con Cristo”

(6:8), “al pecado murió una vez por todas” (6:10), “vosotros consideraos muertos al pecado” (6:11), “el pecado no se enseñoreará de vosotros” (6:14), “el pecado que mora en mí” (7:17, 20), “el pecado que está en mis miembros” (7:23), “condenó el pecado en la carne” (8:3). En ningún sentido este gran tema es un mero mandato al cristiano para tratar de crucificar su propia carne, ni es algo que él está llamado a desempeñar como práctica de un mero mandato. Cuando una de estas falsas interpretaciones se da a estos u otros pasajes, es a expensas de lo que es vital o de un valor incalculable.

De modo semejante, y por la resurrección de Jesucristo en el aspecto de la sustitución, el cristiano es judicialmente trasladado al terreno de la resurrección en donde la muerte, como un juicio por la naturaleza pecaminosa, es cosa totalmente del pasado. Esta es la sublime realidad aseverada en Romanos 6:7-10, que dice: “Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo creemos que también viviremos con El; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará más de El. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive.” El que está muerto, como se considera estarlo el creyente en el juicio a muerte de Cristo, es liberado de esas demandas respecto al juicio de la naturaleza pecaminosa que requería la pena de muerte. Pero uno no puede haber muerto juntamente con Cristo sin haber sido resucitado también con El en Su resurrección. Como este juicio a muerte de Cristo no se ha repetido, habiendo sido completo hasta el infinito, El ya no muere, ni hay ya más necesidad de tal muerte. Por tanto, surge la gran realidad de que, como Cristo murió a la naturaleza pecaminosa una vez por todas, igualmente aquel por quien fue efectuada dicha muerte, posee todos los beneficios de ella al grado de perfección infinita, para llegar a ser así no sólo uno en quien la naturaleza pecaminosa es ya juzgada y que está libre del juicio de la pena de muerte, sino uno que judicialmente entró en la ilimitada esfera de la vida resucitada de Cristo. Esta posición en la resurrección es tan verdadera como la de la muerte y sepultura de Cristo. En este nuevo terreno se le ordena al nuevo creyente con relación a la vida cristiana: “Si pues habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:1-3).

Colosenses 2:11, 12. “En El también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con El en el bautismo, en el cual también fuisteis resucitados con El, mediante

la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos.”

La recta comprensión de esta Escritura depende en gran parte de reconocer que la referencia a la circuncisión de Cristo es una referencia a Su muerte: un despojamiento del cuerpo o substancia de la carne como un formidable obstáculo para la espiritualidad, no el cuerpo físico de Cristo como Pablo quiso decir anteriormente en Colosenses 1:22, ni el cuerpo físico del creyente, sino una circuncisión ética en la que la naturaleza pecaminosa que se encuentra en la carne es judicialmente destituida de su poder. Como antes se ha indicado, siendo que Cristo no tenía naturaleza pecaminosa, esto es un caso de sustitución; es el juicio de la muerte de Cristo en lugar de la naturaleza residente en aquellos por quienes murió, la misma triple empresa anunciada en Romanos 6:2-4, es decir, la muerte, sepultura y resurrección. La muerte representa la ejecución de las demandas de la infinita santidad contra la ofensa de la naturaleza pecaminosa y en todos los casos es presentada como algo enteramente cumplida por el creyente. La sepultura representa la disposición de la naturaleza pecaminosa delante de Dios, como esa misma sepultura, según 1 Corintios 15:3, 4, es también la disposición de la ofensa de los pecados del mundo. De manera semejante, Romanos 6:4 declara que la sepultura es la disposición judicial de la ofensa de la naturaleza pecaminosa, siendo ella misma asegurada por la unión de Cristo y los creyentes por la operación del bautismo del Espíritu. Una vez más, no hay mandamiento, ejemplo, precepto, concerniente a una ordenanza incorporada a este sublime pasaje de Colosenses dos. La referencia al bautismo es un reconocimiento al bautismo del Espíritu, el que sólo engendra esa unión vital con Cristo por la que el creyente llega a identificarse tanto con El que ha asegurado para sí el valor de la crucifixión, muerte, sepultura y resurrección de Cristo.

Efesios 4:20-24; Colosenses 3:8-10. “Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por El enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojados del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovados en el espíritu de vuestra mente, y vestidos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” . . . “Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojados del viejo hombre con sus hechos y revestidos del nuevo, el cual conforme a la imagen del que creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.”

Las dos expresiones, *despojado* y *revestido* son muy significativas

cuando en la traducción es introducida la forma correcta del verbo. De nuevo es una alusión a ese pasado, un logro completo de Cristo en su muerte y resurrección. Por esa muerte el viejo hombre fue quitado (comp. Ro. 6:6; Gá. 5:24), y por esa muerte y resurrección fue hecha la provisión por la cual puede vestirse el nuevo hombre. Todo esto, que es tan evidente en su carácter posicional, conduce de modo muy racional a las exhortaciones que siguen inmediatamente, pidiendo un andar que honre a Dios.

III. EL DIABLO

Cualquier lectura seria y atenta del Texto Sagrado descubrirá dos hechos: (1) que Satán es un ser tan real como cualquier persona descrita en la Biblia, y (2) que, aunque limitado en su poder por causa de la restricción divina, él sostiene una guerra incesante y cruel contra los salvos. La ignorancia de las maquinaciones de Satán, aunque todas son universales, es inexcusable, máxime cuando la Palabra de Dios presenta los hechos tal como aparecen tanto del lado humano como del lado divino. El tema general de Satanología, ya extensamente estudiado, abarca los aspectos sobresalientes de la doctrina de Satanás, tales como sus caminos, su influencia sobre el cosmos, y su enemistad contra los creyentes. Allí se ha observado que Satán, como un león rugiente, anda buscando a quien devorar (1 P. 5:8). Siendo que no existe enemistad entre Satán y los inconversos visto que ellos le están sujetos (Col. 1:13), a quienes él vigoriza (Ef. 2:2), sus asaltos son siempre dirigidos contra los hijos de Dios, y, evidentemente, por causa de la naturaleza divina que está en ellos. Poseyendo esa naturaleza enseguida ellos se tornan una oportunidad para los fieros dardos de Satán al ser dirigidos contra Dios, con quien él está primariamente en conflicto. Esta guerra contra los hijos de Dios y por el hecho de poseer la naturaleza divina, está descrita en Efesios 6:10-17, como sigue: “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el

yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la ^{REMA} palabra de Dios." Entonces esta guerra no sólo es real y el enemigo, verdadero, pero su fortaleza sobrepasa los límites de la habilidad y comprensión humana. Así en el pasaje que acabamos de citar el cristiano es exhortado a confiar totalmente en Dios, y a usar las armas siguiendo las instrucciones que Dios ha provisto. Ninguna situación o combinación de circunstancias puede ser tan desesperada como aquella en la que el creyente se coloca cuando en el conflicto con Satán está dependiendo de los recursos humanos. Como se ha declarado anteriormente, el conflicto con el mundo es exterior, la lucha con la carne es interna y en gran parte está circunscrita a solo el individuo, mientras que el conflicto con Satán es contra una persona poderosa del dominio de los espíritus. En cada caso la única esperanza de éxito está basada en lo que el Espíritu Santo proporciona a los creyentes. "Mayor es el que está con vosotros que el que está en el mundo" (1 Jn. 4:4). "Al cual resistid firmes en la fe" (1 P. 5:9), y "Fortaleceos en el Señor" (Ef. 6:10). Estas no sólo son sabias instrucciones, sino que presentan el único camino a la victoria. Ni Satanás, ni el mundo, ni la carne son jamás erradicados, ni el conflicto jamás es disminuido. La provisión de Dios es suficiente para una victoriosa lucha aun cuando al parecer los enemigos sean incontrolables.

CONCLUSION

Al concluir este capítulo con relación a los aspectos negativos de la vida espiritual, puede reafirmarse que los tres enemigos: el mundo, la carne y el diablo, pueden exceder toda la habilidad humana, y puede obtenerse la victoria sobre ellos únicamente por el poder superior del Espíritu Santo; y este éxito, de llegar a ser una realidad en la vida cotidiana, demanda un plan de vida o principio peculiar a la par que diferente. El cambio de una auto-suficiencia a la dependencia del Espíritu es un cambio amplio, aun cuando los creyentes estén plenamente capacitados, en ningún tiempo el Espíritu Santo hace la obra aparte de las funciones de la voluntad humana, ni hay una consciente experiencia de que ningún otro que su propio yo está actuando o determinando en la lucha. La vida espiritual no consiste en la expulsión del yo, o la iniciativa, o de la conciencia de responsabilidad. El Apóstol declara: "Es Dios quien obra en vosotros así el querer (con tu propia voluntad) como el hacer (con tu propia actuación), por Su buena voluntad" (Fil. 2:13). Así se ve que la verdadera experiencia del creyente a la que es inducido como un resultado de la dependencia del Espíritu, no es una coerción de su

voluntad, sino un ejercicio más amplio y más efectivo de ella. No es asunto de compulsión del Espíritu Santo en aquellos a quienes capacita para que escojan los ideales correctos, si han de hacer de esta u otra forma; es la más profunda, efectiva y normal ejecución del Espíritu de inclinar a los que de El dependen, a querer en el sentido de desear, y a hacer en el sentido de cumplir a cabalidad lo que constituye la voluntad de Dios (Ro. 12:2), o lo que está de acuerdo a "Su buena voluntad". El punto en cuestión es de vital importancia si el principio de fe ha de ser ejercitado en la vida del creyente. Sería natural inferir que, si otra persona distinta del creyente mismo ha de sobrellevar en su lugar el conflicto con el mundo, la carne y el diablo, el creyente debe retirarse de la escena y convertirse no más que en un interesado espectador; pero en este triple impacto no hay jubilación. Los cristianos que confían permanecen en el fragor de la batalla, sin la conciencia de la inmediata presencia del Espíritu de quien ellos dependen. Con todo, la presencia del Espíritu Santo se evidencia por el hecho de que la voluntad está escogiendo aquello que honra a Dios y por el hecho de que se experimenta la victoria en vez de la derrota. Debiera oírse la advertencia tocante a cada conflicto relacionado con la vida espiritual, a efecto de que, hasta donde alcance la conciencia del creyente, no sea asunto de una indolente retirada de la realidad o responsabilidad, sino por el contrario, del deleite de la victoria a través de una acción más efectiva de la voluntad, movida, como debe serlo, por una más vívida apreciación de, y más vital determinación por, alcanzar cada ideal divino. El conflicto no es una prueba de fortaleza física en un encuentro con un enemigo exterior. Es una batalla interior y el cristiano que es vencido descubre que él no tiene suficiente fuerza de voluntad para determinar los resultados; aún al ser capacitado por el Espíritu Santo él no solamente tiene la fuerza de voluntad, sino que ve claramente y con un balance mental todos los aspectos del problema en que está envuelto. El parangón de este método divino de tratar con la voluntad humana se ve en la salvación de los perdidos, caso en el que el escoger a Cristo por la acción del deseo de corazón es desarrollado por el Espíritu al punto de convertirse en una pasión; pero en todo esto la voluntad humana actúa sin compulsión y es preservada la inalterable verdad de "el que quiera, venga". Así la vida espiritual es el resultado de una elección voluntaria de hacer la voluntad de Dios y, consecuentemente, se puede decir que "cualquiera podrá alcanzar la victoria sobre el enemigo." Como el inconverso no hace, ni está en su poder el elegir las cosas de Cristo hasta que es movido a hacerlo por el Espíritu al obrar en la mente y corazón. El vivir la vida espiritual sobre una base de fe no es en realidad una cesación de las obras, por el contrario es

la adquisición de la habilidad para ejecutar "toda buena obra". Tal como Santiago enfatiza el hecho de que la justificación delante de los hombres descansa sobre base de obras, hay un sentido en el que es cierto que la espiritualidad debe demostrarse por el fruto que se lleva. Hay en todo el campo de la pistología una forma de fe que reclama del poder del Espíritu operar las obras de Dios. Este tema todavía tiene que reaparecer para exponerlo en un capítulo posterior.

Aun permanece cierto el lado negativo de la vida espiritual de que es secundario al lado positivo, que es una rendición total; una fuerza vital, una realidad espiritual para la gloria de Dios. El aspecto positivo será considerado en el próximo capítulo.

CAPITULO XIV

PODER PARA HACER EL BIEN

Lo razonable del mandamiento dirigido a cada creyente, como lo es de ser lleno del Espíritu (Ef. 5:18) es mantenido tanto por el hecho de que Cristo instruyó a Sus discípulos de que no emprendieran ningún servicio antes de que el Espíritu viniera sobre ellos (comp. Lc. 24:49; Hch. 1:4, 8) y que en cada empresa importante subsecuente se les advirtió que tendrían que ser llenos de nuevo para dicho servicio. La obra del Espíritu Santo en y a través de cada creyente es, como se ha indicado, negativa (victoria sobre el mundo, la carne y el diablo) y positiva: una exteriorización de lo que es bueno; además, la llenura del Espíritu, mientras hace provisión para triunfar sobre el mal, tiene como su objetivo más importante una vida enteramente de servicio que sólo Dios, Espíritu Santo, puede lograr plenamente. En el campo positivo, que es mayor, la obra del Espíritu durante la presente dispensación abarca siete ministerios de los que la llenura es sólo uno de ellos. Sin embargo, es admitido que sólo este ministerio está relacionado directamente con los cristianos como base y fuente de la vida espiritual. Los otros seis ministerios: restricción, reprensión, regeneración, morada, sellamiento y bautismo, ya han sido estudiados en la primera parte de este volumen. Es por esto que el séptimo ministerio del Espíritu, cuando está relacionado con la manifestación de la vida espiritual y el servicio en el Nuevo Testamento es estimado como la séptima manifestación del Espíritu en esta era. Es decir, la expresión positiva del poder del Espíritu (aparte de Su obra eficaz de vencer el mal) se manifiesta no menos que en siete distintas maneras. Aquí hay un motivo de acción de gracias respecto a este hecho, por lo tanto, el cristiano no está en la obscuridad con relación a las realidades precisas que constituyen una vida espiritual y de servicio positivo y digno. Únicamente incertidumbre y desilusión alcanzarán los que procuran vivir tal vida, si todo lo que se pudiera descubrir con respecto a la expresión de la vida espiritual hubiera de alcanzarse por medio de la experiencia. La norma o modelo de Dios está claramente indicada. Cualquier cosa que hayan supuesto que sea la vida espiritual algunas mentes ignaras, sigue un canal que es la expresión normal de la mente de Dios a favor del creyente, aparte del variable ejercicio de

los dones individuales y de la obra de la responsabilidad individual. Un cristiano espiritual es un hijo de Dios normal, aunque en su andar de la vida diaria con sus debilidades humanas y sus faltas pueda no ser el modelo normal. Todavía permanecería la verdad que la vida llena del Espíritu con su rica realidad es la norma divina ideal, aunque nadie jamás la haya logrado. La exposición de estas siete manifestaciones del Espíritu en el Nuevo Testamento no es para poner ante el creyente un ideal que él debe tratar de alcanzar en sus propias fuerzas; más bien es la presentación de aquella vida bendecida que puede anticipar como el resultado de la operación del Espíritu en y a través de él. Los cristianos deberían prestar atención a estos ideales manifestados por Dios y someterse a ellos con simpatía y cooperación, pero el lograrlo es definitivamente propio del Espíritu Santo: son manifestaciones del Espíritu únicamente. Las siete realidades manifestadas en el Nuevo Testamento son: (1) El fruto del Espíritu, (2) los dones del Espíritu que son operados interiormente por El mismo, (3) la alabanza y acción de gracias que son inspiradas por el Espíritu, (4) la enseñanza del Espíritu, (5) la guianza, (6) la vida de fe que es llevada a cabo por el Espíritu, y (7) la intercesión del Espíritu.

I. EL FRUTO DEL ESPIRITU

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, (o fidelidad), mansedumbre, dominio propio” (Gá. 5:22, 23).

Este contexto (Gá. 5:16-25) naturalmente sigue después de una porción de la Escritura que ha sido estudiada recientemente, como sea Romanos 6:1-8:4, en la que el Apóstol ha echado los fundamentos en los que están basados toda la vida espiritual y el servicio cristianos. Es ese aspecto de la muerte de Cristo, el juicio sobre la naturaleza pecaminosa, y por el cual la libertad es asegurada para proseguir una obra sin impedimentos dentro del cristiano a pesar de la presencia activa de la naturaleza vieja que está en la carne. Siendo que Dios en Cristo “ha condenado el pecado en la carne”, toda la voluntad de Dios puede ser cumplida en nosotros”, mas nunca por nosotros (comp. Ro. 8:3, 4). Es decir, el Espíritu ha sido designado para hacer que toda la voluntad de Dios sea realizada en la vida del creyente, experiencia que nunca podría ser lograda dependiendo de la capacidad humana (comp. Ro. 7:15-25). Este resultado final, que está operando la total voluntad de Dios, no es perfeccionado en todos los cristianos en virtud del hecho de que lo son, sino sólo entre los salvos que andan “no conforme a la carne,

sino conforme al Espíritu”. El contraste está entre aquellos cristianos que dependen de sus propios recursos humanos (cuya línea de acción se ajusta al carácter de toda relación legal con Dios) y aquellos cristianos que dependen del poder del Espíritu que mora en ellos. Un método representa “las obras de la carne”, o lo que anticipó la ley cuando apelaba a los recursos humanos; el otro método, siendo que contempla al Espíritu morador, resulta en una realización de todo lo que el Espíritu puede hacer. Lo que sigue en el contexto de Romanos 8:4 es un importante desarrollo del contraste entre el principio legal y el principio de fe. Entonces también, como se ha dicho antes, el determinante del andar dependiendo del Espíritu Santo como se anuncia en Romanos 8:4 es considerado de nuevo en Gálatas 5:16-25, continuando el mismo contraste entre las obras de la carne y lo que efectúa interiormente el Espíritu Santo. En el pasaje de Gálatas se declara que la carne y el Espíritu son completamente irreconciliables. El hecho de que los dos jamás pueden reconciliarse es cierto en todo hijo de Dios sin excepción (comp. Gá. 5:17), y eso, mientras permanezca en el cuerpo y en este mundo. Ningún creyente jamás ha alcanzado el lugar donde él ya no necesite andar por medio del Espíritu Santo. El cristiano más maduro debe, si despierta a la verdad respecto a sí mismo, testificar en cuanto al hecho de que la carne con sus afectos y deseos está presente en él y lo demostrará por medio de las “obras de la carne” si no es controlada por el supremo poder del Espíritu. Ideales de crédito lo pueden disuadir a uno para no hacer caso a las demandas ofensivas de la sociedad; pero la completa victoria interior sobre la carne se logra únicamente por la obra del Espíritu en respuesta a la específica dependencia de El. “Las obras de la carne” son continuas y espantosas: “porque la carne codicia contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne, y éstas se oponen la una a la otra, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a éstas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gá. 5:17-21). Pero contra las obras de la carne está el fruto del Espíritu.

Cuando se anda por fe o dependiendo del Espíritu Santo estos dos resultados son seguros: (1) No se harán las obras de la carne, y (2) Se manifestará el fruto del Espíritu. Tanto el aspecto negativo como el positivo de la vida espiritual son garantizados a los que dependen así del Espíritu. Lo que constituye el fruto del Espíritu está

precisamente indicado. Es un producto del Espíritu que opera en y a través del creyente. Como se emplean en el pasaje en consideración (Gá. 5:22, 23), las nueve palabras que denotan el fruto del Espíritu representan cualidades sobrehumanas del carácter; ellas no podrían ser producidas por la habilidad humana bajo ninguna circunstancia natural; son características divinas. De igual modo, estas nueve gracias en conjunto constituyen el fruto del Espíritu. La forma singular en que se usa la palabra *fruto*, se explica por el hecho de que estas nueve gracias forman un todo indivisible. El Espíritu Santo no producirá sólo unos pocos de ellos y no la totalidad. Si existe uno de ellos, existirán realmente todos. Así también, estas nueve gracias constituyen los elementos esenciales del carácter cristiano. Aparentemente se piensa, por las implicaciones que envuelve, que el carácter cristiano es algo que hay que edificar, según la idea que muchos líderes han inculcado en los creyentes, por un tenaz esfuerzo propio, con lo cual ellos se colocan en una senda que no sólo es caracterizada por, sino que termina con una dependencia de las obras humanas como base para cualquier aceptación delante de Dios. En la supuesta secuencia en la edificación del carácter cristiano se dice simplemente que los pensamientos determinan los actos, los actos determinan el carácter, el carácter determina el destino. Ciertamente, poca necesidad habría de un salvador o del poder de Dios en un programa tal de desarrollo. El mundo puede elegir cualquier método como su plan por el cual el hombre puede lograr lo que se supone ser el carácter correcto; pero Dios ha asignado a sus hijos un método único, inmediato y efectivo. El carácter cristiano es un producto divino y que no ha de realizarse parcialmente como resultado de un penoso esfuerzo propio, como lo es en el caso de los métodos usuales en el mundo, sino que es un producto que llega a ser total e instantáneamente asequible cuando la relación correcta con el Espíritu Santo no es estorbada. Como bien se ha dicho, Gálatas 5:22, 23 es la más corta biografía de Cristo que jamás se ha escrito, porque el fruto del Espíritu es la expresión externa del Cristo que mora en el individuo. Entonces bien puede aceptarse como la realización de aquella experiencia a la que el Apóstol se refirió cuando dijo: “Para mí el vivir es Cristo” (Fil. 1:21; comp. con Gá. 2:20). Con respecto a las nueve gracias que juntas comprenden el fruto del Espíritu, el Dr. C. I. Scofield ha escrito: “El carácter cristiano no es meramente corrección moral o legal, sino la posesión y manifestación de nueve gracias: amor, gozo, paz (el carácter como un estado interior); tolerancia, benignidad, bondad (el carácter como una expresión hacia el hombre); fe, mansedumbre, templanza (el carácter en una expresión hacia Dios). Tomados en conjunto representan un retrato

moral de Cristo, y pueden ser tomadas como la explicación del Apóstol de Gálatas 2:20, 'no yo, sino Cristo en mí', y como una definición de la palabra fruto de Juan 15:1-8. El carácter es posible a causa de la unión vital del creyente con Cristo (Jn. 15:5; 1 Co. 12:12, 13), y es enteramente el fruto del Espíritu en aquellos creyentes que se han rendido a El (Gá. 5:22, 23)" (*La Biblia Anotada de Scofield*, págs. 1204, 1205).

Con estas palabras de introducción general en la mente estudiaremos cada una de estas nueve palabras en su orden y se notará el carácter divino así como lo apetecible de lo que ellas representan.

1. AMOR. En vista de que el Espíritu Santo declara (1 Co. 13) que el amor es supremo entre todos los dones, es razonable que aparezca en primer lugar en la lista del fruto múltiple del Espíritu. El amor es el aspecto preeminente de la experiencia humana tanto en la dispensación Mosaica, y en la del Reino, así como en la cristiana. En cuanto a la Mosaica, se declara que "El cumplimiento de la ley es el amor" (Ro. 13:10); y el ascenso en responsabilidad con respecto al amor que el Reino venidero anticipa se establece en Mateo 5:43-46: "Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen . . . porque si amareis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?" En todo caso, la norma de amor que Cristo encarga a los creyentes de su época es sobrenatural y enteramente divina en su carácter. El dijo: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conoceréis todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Jn. 13:34, 35). Cuando se le encomienda ejercitar una característica divina y cuando se le provee suficiente poder para su tarea por el cual ésta pueda realizarse no está pidiendo demasiado al creyente al esperar que manifieste esas características.

Habiendo indicado la compasión divina que guía a los perdidos hasta el sacrificio efectuado en la cruz y habiendo indicado también la falta de amor en aquel que no hace sacrificio para otros, de los tales el Apóstol Juan inquiere: "¿Cómo puede morar el amor de Dios en él? (1 Jn.2:17). Igualmente el Apóstol, después de haber declarado que no hay que amar al mundo al decir: "Si alguno ama al mundo o *cosmos*, el amor del Padre no está en él" (1 Jn.2:15). Otra vez esto no es una referencia al amor del creyente para Dios; es el amor de Dios operado a través del creyente. Fue por esto también

cómo, al concluir su oración sacerdotal, Cristo habló de proveer ese amor con el cual el Padre lo había amado a El, para que pudiera estar en aquellos por los cuales El oraba (Jn.17:26). Aun más directamente el Apóstol Pablo asegura que el amor de Dios es derramado en (o quizá, brota de) nuestros corazones por (esto es, procedente de) el Espíritu Santo que nos es dado" (Ro.5:5). A la luz de estas Escrituras no es difícil aceptar la realidad a la que se refiere el Apóstol cuando dice: "El fruto del Espíritu es amor." El Dr. Norman B. Harrison ha hablado del mismo "amor de Dios moviendo la vida humana." Así afirma otra vez: "Dios designó Su amor para el mundo" (Jn.3:16; 1 Jn.2:2). Dios canalizó ese amor hacia la tierra por medio de la persona de Su Hijo. Encauzó ese amor dentro de nuestros corazones a través de la Persona del Espíritu Santo. El canalizó ese amor hacia los hombres necesitados en todas partes a través de Sus redimidos. Así el amor es la clave de Su programa redentor: recibido, es nuestra salvación; respondiendo a él, viene a ser nuestra santificación; manifestado a otros, se convierte en nuestro servicio. Y, recordémoslo bien, el amor no tiene sustituto" (*His Love*, pgs. 632,33).

Tan cierto como que el mismo amor de Dios pasa por Su Hijo al ser lleno del Espíritu, así es cierto que ese amor continuará siendo dirigido hacia su objetivo, y el cristiano que ha sido bendecido de esta manera amará a lo que Dios ama y aborrecerá lo que Dios aborrece. Por tanto, es pertinente el observar lo que se dice que Dios ama y notar cómo se expresa en aquellos que son llenos del Espíritu; pero se recordará que esto no es amor humano acrecentado o estimulado, aunque el amor humano en sí mismo es muy real. Es el amor divino manifestado *por* y surgiendo *de* la misma Persona de la Deidad que habita en el creyente. Los objetivos del amor divino están señalados en la Escritura.

a. *Incluyendo al Mundo Entero.* El énfasis de la Escritura sobre esto es amplio y completo, principalmente, que Dios ama a la humanidad (comp. Jn.3:16; 1 Jn.2:2). Lo que llamamos "espíritu misionero" no es otra cosa que la compasión que trajo al Hijo de Dios del cielo a la tierra, y entonces lo llevó a la muerte para que los hombres pudieran ser salvos. El interés en los perdidos no es cosa accidental en los cristianos, ni es una cualidad humana; es la inmediata realización del amor divino. La pasión por las almas no puede ser asegurada por la exhortación; es una expresión normal del interior del creyente de una realidad divina.

b. *Exclusivo en Cuanto al Sistema Mundano.* Juan declara: "No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el

mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no es del Padre, más es del mundo" (1 Jn.2:15,16). Esta aparente contradicción con el punto del párrafo precedente puede explicarse fácilmente al reconocer que, aunque es al mismo *cosmos* (mundo) que Dios ama y aborrece al mismo tiempo, es a los hombres de ese mundo a los que El ama, y solo aborrece a sus instituciones y a sus maldades. Así mismo el cristiano debe amar a los hombres perdidos del mundo y al mismo tiempo aborrecer el sistema satánico en que están los perdidos.

c. *Inclusivo de la Verdadera Iglesia.* "Mucho más ahora, siendo justificados por Su sangre, por El seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados por la muerte de Su Hijo, mucho más, siendo reconciliados, seremos salvos por Su vida" (Ro.5:9,10); "Cristo amó a la Iglesia y se entregó así mismo por ella" (Ef.5:25). El ama a los suyos aun cuando ellos anden vagando lejos como se revela en la escena del regreso del "hijo pródigo." Si nos amamos los unos a los otros, Dios mora en nosotros y Su amor es perfecto en nosotros" (1 Jn.4:12). Por esta divina compasión de los unos a los otros el cristiano testifica de la realidad de su profesión ante el mundo. "Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, que también os améis los unos a los otros. Por esto conocerán los hombres que sois mis discípulos; si os amáis los unos a los otros" (Jn.13:34,35). Tal amor divino es también la prueba de la fraternidad en Cristo: "En esto conocemos el amor de Dios, en que El puso Su vida por nosotros: y nosotros debemos poner la vida por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo, y viere a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?" (1 Jn.3:16,17). "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, está en muerte" (1 Jn.3:14).

d. *Es Infinito.* "Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (y por tanto, eternamente) (Jn.13:1). Se dice que el amor de Dios obrando en el creyente es "sufrido" y, por tanto, va más allá de todo lo manso (1 Co.13:4).

e. *Hacia Israel.* Dios les ha dicho: "Con amor eterno te he amado" (Jer.31:3). Con algún conocimiento de los propósitos eternos para la nación elegida y también en cuanto a los creyentes que andan en la correcta relación con Dios por la cual el amor divino puede fluir sin obstáculos, habrá la experiencia de un amor muy definido por este pueblo a quien ama tan definida y eternamente como lo hace con el cristiano mismo.

f. *Sacrificial.* Los que experimentan el amor divino serán impelidos

a sacrificar a fin de que otros puedan salvarse y ser edificados en Cristo. En Corintios está escrito: "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor de vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Co.8:9). Tal actitud de parte del Hijo de Dios hacia las riquezas eternas, si se produce en el cristiano, debe afectar en gran manera su actitud en cuanto a las riquezas terrenales. El amor de Dios no sólo es sacrificial en cuanto a las riquezas celestiales, sino también con respecto a la vida misma. "En esto conocemos el amor de Dios, en que El puso Su vida por nosotros" (1 Jn.3:16). El Apóstol Pablo testifica: "Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne" (Ro.9:1-3). El Apóstol sabía perfectamente que no había ocasión para que él fuera anatematizado, siendo que su Señor había sido hecho maldición por todos, pero él podía aun desear el ser hecho maldición. Una experiencia de tal naturaleza es la expresión directa en una vida humana del amor divino que llevó a Cristo a morir bajo la maldición y el juicio del pecado del mundo. Cuando esta divina compasión por los perdidos se reproduce en el creyente se convierte en la dinámica verdadera y suficiente del trabajo del salvador de almas.

g. Desinteresado y Puro. El amor de Dios no busca compensación y es tan santo en su carácter como Aquel de quien procede. No sería fácil definir los elementos humanos imperfectos que pudieran mezclársele; pero él mismo viene del corazón de Dios sin complicación e infinitamente digno. Dios mismo es amor. Esto no significa que El haya logrado amar, o que mantenga el amor por un esfuerzo. El es amor por razón de Su naturaleza esencial y la fuente de todo amor verdadero que se halla en el universo. No obstante, entre otras cosas, amor significa capacidad para indignarse y reaccionar en juicio contra aquello que ilegalmente se opone a él. Se puede creer que esto es también uno de los aspectos del amor infinito.

En verdad, es inútil tratar de imitar el amor divino impartido tal como ha de manifestarse normalmente en el creyente espiritual. Aun el amor humano no está sujeto a la voluntad del hombre. Una persona no puede hacerse a sí misma amar a algo que no ama, ni puede por habilidad alguna anhelar dentro de sí misma el hacer que cese cualquier amor que ella experimenta. Ciertamente, es inconcebible la posibilidad de un impostor de la compasión divina. Si los afectos de los objetos normales del amor humano no pueden ser

gobernados por la voluntad del hombre, ¿cómo podrían ser engendrados o despedidos a voluntad los afectos de los objetos divinos? Así se ha demostrado que la presencia de la compasión divina en el corazón del creyente no es otra cosa que el directo ejercicio por Dios mismo de Su propio amor a través del creyente como un canal. Cuando hay alguna falla que debe arreglarse o ponerse en la correcta relación con Dios, el amor divino no brotará libremente; pero cuando se mantiene la relación correcta fluirá el amor divino sin obstáculos. Un control tal de la expresión del amor divino está muy lejos de la mera voluntad humana de amar o de no amar lo que Dios ama. El amor de Dios es la dinámica, la fuerza motriz en la vida espiritual. Con él la vida es por mucho una realización del ideal divino; sin él sólo hay trágico desaliento y fracaso.

Igualmente, el carácter sobrehumano del amor divino es realmente aparente. No sólo es ese amor más allá de la capacidad humana, sino que está tan lejos de la calidad del afecto humano como lo es el cielo más alto que la tierra. Considerando de nuevo la medida de amor requerido cuando Cristo dijo: "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros" (Jn.13:34). No es extraño que El fuera adelante al decir que este amor sobrenatural sería el signo o evidencia indisputable ante el mundo de lo que es la realidad cristiana. El dijo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (v. 35). En Su oración sacerdotal Cristo pidió cuatro veces que los creyentes fueran uno, así como el Padre y el Hijo son uno. Esta oración es contestada en la unidad efectuada por el *un* cuerpo que ha formado el Espíritu Santo. El hecho de esta unidad crea una obligación para cada creyente de amar a cada hermano con un amor no inferior a la compasión de Cristo, quien murió por ellos. Si un amor tal fuera verdaderamente manifestado entre los creyentes, Cristo declaró que, como consecuencia segura, el mundo llegaría a conocerlo y a creer en El (comp. Jn.17:21-25). El poseer y manifestar la compasión de Dios no es nada opcional ya que es un mandato de Cristo. Igualmente es esencial para la vida de los cristianos, de otro modo, el mundo no conocerá a, ni creerá en, Cristo. En vista de tan deplorable desunión entre los cristianos se pudiera preguntar si el mundo ha tenido alguna vez siquiera una pasajera oportunidad de conocer a, o de creer en Cristo. Un amor cristiano puro tiene una inmensurable atracción y efectividad para otros; y para aquel que ama de este modo, el gozo y la satisfacción son inefables. No será extraño que el Apóstol sostenga que el amor es supremo y es el don que hay que desear sobre todos los otros; ni hay

otro tan propio como el amor que pudiera citarse como el primero entre los elementos que constituyen el fruto del Espíritu. Quien ama con esa divina compasión toma del vino celestial y entra realmente por experiencia en el éxtasis que constituye la felicidad de Dios.

2. GOZO. De igual modo, el gozo, mencionado en segundo lugar entre los elementos del fruto del Espíritu, no es otra cosa que el gozo celestial divino pasando por, o reproducido en el hijo de Dios. No es el gozo humano estimulado o aumentado por la influencia divina. Es el gozo del Espíritu Santo mismo y de Cristo y del Padre, operado como una experiencia en el creyente. Nehemías declaró: “El gozo del Señor es vuestra fortaleza” (Neh.8:10), y su verdad permanece eternamente. Del gozo divino impartido, Cristo dijo: “. . . para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido” (Jn.15:11). El Apóstol Juan, habiendo declarado la comunión entre Dios, Padre e Hijo y el creyente, afirma: “Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (1 Jn.1:4). Cuando la oración se realiza con toda su bendición el gozo será completo (Jn.16:24). Así también Pedro escribe: “A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no le veáis, os alegráis con gozo inefable y glorificado” (1 P. 1:8). Sólo el amor divino es un *πλήρωμα*, o infinitamente completo. Mucha confusión han causado los artistas que procuran pintar sus retratos imaginarios de Cristo (una atrevida empresa a la luz de 2 Co.5:16), por los cuales parece que ellos se esfuerzan compitiendo entre sí en destacar la tristeza y, o el dolor. Para ellos El fue sólo “un varón de dolores, experimentado en quebrantos” (Is.53:3); pero sus discípulos con quienes El habló y que lo acompañaron en Sus tres años y medio de ministerio, supieron perfectamente a qué se referían cuando les habló de Su gozo, tal como sus escritos testifican.

Manifestando las mismas características como el amor, de la misma manera el gozo divino no puede ni crecer ni decrecer por mandato de la voluntad humana, e igualmente cierta es la evidencia de que tal gozo no puede ser imitado. El gozo celestial en el corazón constituye una atracción más efectiva de lo que puede describirse. Es un elemento altamente deseado por Dios para la vida del cristiano si no fuera, como lo es, provisto por El. Es un elemento divino donado por Dios a fin de capacitarnos para el sufrimiento con Cristo como uno que comparte con El las cargas de un mundo perdido, y aun el gozo celestial y las penas divinas (un aspecto de Su amor) han de ser experimentados por el cristiano a una y al mismo tiempo. De sugerir estos términos una contradicción es sólo en el dictado de las limitaciones del entendimiento humano. Es de la naturaleza divina el ser alegre y triste al mismo tiempo, y así debe ser el creyente

espiritual como resultado de las manifestaciones de las características divinas: no ser neutral, porque un aspecto neutralizaría al otro, sino ser ambos a la vez, triste y alegre, sin disminuir la plenitud divina, siendo que estas características son generadas por el Espíritu Santo. “Regocijáos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Fil.4:4; comp. 1 Tes.5:16).

3. PAZ. Así como Cristo legó Su gozo, de la misma manera legó Su paz, cuando dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Jn.14:27). Aquí se hace referencia a la paz divina y que no puede ser menoscabada en el corazón humano. El Apóstol Pablo la definió al decir: “Y la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil.4:7). Hay que observar la diferencia entre “la paz de Dios”, que es una experiencia subjetiva operada interiormente, y la “paz con Dios” (Ro.5:1). Esta última frase se refiere a la verdad que, por la obra consumada de Cristo, el creyente está para siempre en paz con Dios. En el primer caso Pablo describe la perfección de la reconciliación. La paz que Cristo heredó y que es uno de los elementos del fruto del Espíritu, no obstante, es una experiencia de paz que se siente en el corazón. Como todo lo incluido en el fruto del Espíritu es la directa y constante impartición de lo que constituye la misma naturaleza del carácter de Dios. El amor y el gozo nunca podrán ser asegurados o mermados por la mera fuerza de la voluntad humana. Sólo habiéndola experimentado puede demostrarnos lo que es realmente la paz de Dios; una sublime tranquilidad de corazón y mente en lugar de todo recuerdo perturbador, presagio, circunstancia o condición. Una paz tal, inapreciable como lo es, honra a Dios delante de los hombres y así satisface a Dios; ciertamente, esa “gran paz” únicamente la disfrutaban aquellos cuyas vidas “están escondidas con Cristo en Dios” (Col.3:3).

Estos tres: el amor, el gozo y la paz forman un grupo que representa el carácter como un estado interno que el corazón experimenta directamente de Dios, y en especial, cuando se mira como una entidad en sí.

4. TOLERANCIA. Cada elemento en el fruto del Espíritu es opuesto a un aspecto no espiritual correspondiente en el corazón humano. La cura para las condiciones materiales no es un intento de dejar de hacer lo malo, sino el sustituirlos con los frutos del Espíritu, esto es, todas las virtudes que Dios imparte. La paciencia, por ejemplo, es el antídoto divino para la impaciencia. No es una mera prolongación de la paciencia humana al ser contemplada; más bien es la paciencia de Dios operada internamente. La paciencia infinita de

Dios no conoce límites. Esto se ve en su largo trato con la humanidad, en su paciencia con los individuos que rechazan a Cristo, y en Su paciencia con los que trae a El (Lc.18:7). Cuando Jehová proclamó Su nombre a Moisés en el monte ardiente, dijo: “¡Jehová, Jehová! , fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Ex.34:6). Así Moisés en una oración intercesora recuerda a Jehová acerca de Su propia revelación de Sí, y exclama: “Jehová, tardo para la ira y grande en misericordia, que perdona la iniquidad y la rebelión, aunque de ningún modo tendrá por inocente al culpable; que visita la maldad de los padres sobre los hijos hasta los terceros y hasta los cuartos” (Nm.14:18). Y el Salmista declaró: “Mas tú, Señor, Dios misericordioso y clemente, lento para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Sal.86:15). El Apóstol Pablo advierte a los que se oponen a Dios cuando pregunta: “¿O menosprecias las riquezas de Su benignidad, y paciencia, y longanimidad, ignorando que Su benignidad te guía a arrepentimiento?” (Ro.2:4). Aun los “vasos de ira preparados para destrucción” son objeto de la paciencia de Dios. Está escrito: “¿Y qué, si Dios queriendo mostrar su ira y hacer notorio Su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción. . ?” (Ro.9:22). Pedro declara: “El Señor no retarda Su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 P.3:9), y en otra parte afirma: “la paciencia de nuestro Señor es para salvación” (2 P.3:15).

Que la característica divina de la paciencia ha de ser comunicada directamente al creyente y a través de él manifestada para la gloria de Dios, no es sólo declarada cuando se dice que es un elemento del fruto del Espíritu, sino también está escrito en cuanto a él y al Señor a quien sirve: “Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de Su gloria, para toda paciencia y longanimidad” (Col.1:11). Así otra vez, al creyente se le ordena vestirse, por el medio divinamente provisto, “de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia” (3:12). Pero cuán definido y personal se torna el gran Apóstol respecto a la paciencia de Cristo operada para con él cuando dice: “Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda Su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en El para vida eterna” (1 Ti.1:16).

La paciencia es una virtud que debe esperarse que aparezca en la vida del creyente. En medio de las más vitales direcciones acerca de la responsabilidad de “andar dignamente”, está escrito: “Con toda humildad y mansedumbre, soportando con paciencia los unos a los

otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Ef.4:2,3). Igualmente dice Pablo: "Que seáis pacientes para con todos" (1 Tes.5:14). Fue una práctica de la propia experiencia de Pablo. Por eso testifica a Timoteo: "Pero tú has seguido mi doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia" (2 Ti.2:10); ciertamente, esta virtud pertenece especialmente a los que son llamados a predicar. Dirigiéndose de nuevo a Timoteo, el mismo Apóstol le manda: "Que prediques la palabra, que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina" (2 Ti.4:2). Fue después que Abraham habiendo esperado con paciencia que alcanzó la promesa" (He.6:15). La tardanza en el retorno de Cristo requiere paciencia. Así Santiago exhorta: "Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que recibe la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca" (Stg.6:7,8). El fruto del Espíritu morador incluye esta paciencia. Será definitiva y suficientemente realizada, y como una manifestación de su propia paciencia infinita cuando el fruto del Espíritu sea producido en la vida del creyente.

5. MANSEDUMBRE. La mansedumbre de Dios no implica debilidad. El cordero *mudo* ante sus angustiadores es una demostración que en Dios, como El lo es según lo demande la ocasión, es no resistencia; pero esto no nos lleva a la conclusión de que también no hay otros atributos en Dios que no defiendan Su Santidad y Su gobierno de justicia; ni que el creyente lleno del Espíritu manifestará sólo mansedumbre. El también puede conocer el poder de la indignación, pero así mismo será manso. En su canto de liberación David dice: "También me has dado el escudo de tu salvación, y tu mansedumbre me ha hecho grande" (2 S.22:36). David repite este testimonio revelador en el Salmo 18:35. El Apóstol exhorta a los corintios "por la mansedumbre y ternura de Cristo." En adición a la declaración en Gálatas 5:22 de que la mansedumbre se deriva del Espíritu para ser reproducida por El en la vida rendida del creyente, también Santiago afirma: "Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía" (3:17). Esta sabiduría es la sabiduría de Dios. Es de arriba. Se manifiesta en y a través del hijo de Dios. ¡Cuán plenamente pudo experimentar el gran Apóstol el poder directo del Espíritu productor de mansedumbre cuando dijo: "Antes fuimos tiernos entre vosotros como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos!" (1

Tes.2:7). También se requiere esta misma virtud de todos los que han de manifestar la verdadera gracia de Dios en el servicio. Está escrito: “Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos; apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él” (2 Ti.2:24-26). De igual modo el Apóstol recomienda que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres” (Tit.3:2). Otra vez, al corazón ansioso de la amable mansedumbre semejante a la de Cristo se le anima a creer que puede llegar a obtenerla, no por el esfuerzo humano, o por una inútil imitación, sino como un fruto directo del Espíritu.

6. BENIGNIDAD. Un elemento oculto, pero no menos vital en la benignidad distingue esa virtud de su afín, la justicia. El Apóstol, por ejemplo, escribe: “Ciertamente, apenas muere alguno por un justo, con todo pudiera ser que alguno osara morir por el bueno” (Ro.5:7). Esta distinción puede indicarse por el hecho de que un hombre justo pudiera desahuciar de su hogar a una viuda sin recursos cuando se atrasa en la renta, en tanto que un hombre bueno hallaría la manera de evitarlo. En la persona de Dios la bondad alcanza el infinito, y la Escritura da abundante testimonio de Su ilimitada bondad. Verdaderamente aunque con poco conocimiento consciente de ello, el mundo pende de la convicción fundamental de que Dios es bueno. Ninguna mente puede pintar la calamidad y confusión en que estuviera el mundo si en alguna ocasión tuviese la peregrina convicción de que Dios es malo en sí. Aun la soberanía de Dios, aunque en sí misma poco comprendida, es una expresión de Su bondad esencial. En consecuencia, Dios dijo a Moisés después que éste hubo intercedido por Israel: “Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de tí; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente” (Ex.33:19). En defensa de la perfección de Dios y Su voluntad soberana, escribió el Salmista: “Porque recta es la palabra de Jehová, y toda Su obra es hecha con fidelidad. El ama justicia y juicio; de la misericordia de Jehová está llena la tierra” (Sal.33:4,5). Nehemías habla de Dios y de Su gran bondad (9:25 y 35) y David anticipó que esa “bondad y misericordia” lo seguirían todos los días de su vida” (Sal.23:6). Así otra vez declara: “Hubiera yo desmayado, si no creyese que veré la bondad de Jehová en la tierra de los vivientes” (Sal.27:13). Igualmente dijo: “¡Cuán grande es tu bondad que has guardado para con los que te temen, que has mostrado para los que esperan en tí,

delante de los hijos de los hombres! En lo secreto de tu presencia los esconderás de la conspiración del hombre; los pondrás en un tabernáculo a cubierto de contención de lenguas” (Sal.31:19,20). Como se ha notado arriba, es la bondad de Dios la que produce arrepentimiento en el perverso corazón. Este principio de acción divina no debiera ser menospreciado (Ro.2:4). Una amonestación a los gentiles a la luz de los juicios de Dios sobre Israel hace referencia a Su bondad: “Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad, ciertamente para con los que cayeron; pero la bondad para contigo, si permanecieres en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado” (Ro.11:22). De este modo se puede ver que Dios es esencialmente bondad, característica que se halla en perfecto balance con todos Sus otros atributos, y que el Espíritu es el indicado para reproducir bondad divina en aquel a quien El mismo capacita.

7. FIDELIDAD. La palabra usada aquí por Gálatas 5:22 como el séptimo elemento del fruto del Espíritu no es *fe* en el sentido subjetivo, desde luego. También es cierto que la fe salvadora es una obra de Dios en el corazón, pero obviamente no es verdad que Dios ejercite semejante clase de fe; mas bien El es fiel, digno de confianza y de inmutabilidad, y Gálatas 5:22 es un registro de estas características divinas reproducidas en el creyente por el Espíritu Santo. La huella humana de infidelidad es corregida únicamente por la más grande manifestación de fidelidad de Dios. El es siempre fiel. Se declara en Lamentaciones 3:22, 23 así: “Por la misericordia de Jehová nosotros no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad”. Sobre este tema no hay palabra más fuerte que la del Salmo 36:5: “Jehová, hasta los cielos llega tu misericordia, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes”. Dios había prometido, en Su fidelidad, recordar a David. Le dijo: “Y mi verdad y mi misericordia estarán con él, y en mi nombre será exaltado su poder . . . Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad” (Sal. 89:24, 33). El mismo Salmo 89 bien puede ser llamado el Salmo de la fidelidad de Jehová, siendo que esta virtud es mencionada a lo menos seis veces. El Salmo se inicia con las palabras “las misericordias de Jehová cantaré perpetuamente; de generación en generación haré notoria tu fidelidad con mi boca. Porque dije: para siempre será edificada misericordia; en los cielos mismos afirmarás tu verdad . . . Y celebrarán los cielos tus maravillas, oh Jehová, Tu verdad también en la congregación de los santos (Sal. 89:1, 2 y 5). La fidelidad de Jehová es un buen tema de alabanza. De aquí que el Salmo 92:1, 2 dice: “Bueno es alabarte, oh Jehová, y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo; anunciar por la

mañana tu misericordia, y tu fidelidad cada noche.” Entonces, tan cierto como este atributo imperativo pertenece a Dios, así es cierto que puede ser reproducido, y lo será, en el creyente consagrado, por el Espíritu. Tal fidelidad se manifestará en las relaciones del creyente con Dios, con sus semejantes y consigo mismo. Honradez, sinceridad y devoción sacrificial son factores en esta fidelidad divina manifestada. Esta gracia impartida será dirigida hacia aquello a que el mismo Dios es fiel.

8. MANSEDUMBRE. De todos los elementos que constituyen el fruto del Espíritu ninguno es tan esquivo o difícil de definir como la mansedumbre, y ninguno que sea tan necesitado, ya que la vanidad y el orgullo son los más comunes en las relaciones humanas. Si por el esfuerzo propio uno lograra la mansedumbre aun en el menor grado, uno llegaría pronto a estar orgulloso por tal logro. Tan extraño como pudiera parecer, y tan contradictorio como apareciere cuando se consideren la Omnipotencia, la Soberanía y la Gloria esenciales de Dios, no obstante, es cierto que una de las características divinas es la mansedumbre. Hay que recordar que la mansedumbre no consiste en pretender ser menos de lo que uno en realidad es; más bien es demostrada cuando uno no pretende ser más de lo que es. Ciertamente, la verdad de lo que es Dios, demanda que El publique todo lo que es cierto en cuanto a Sí mismo. Menos que esto sería falso y más que esto sería vanidad y orgullo agregado a la falsedad. En 2 Corintios 10:1 se hace referencia a la mansedumbre de Cristo, y de manera similar, la mansedumbre está relacionada con el creyente a lo menos doce veces en la Palabra de Dios. Sofonías ordena: “Buscad a Jehová todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra sus juicios; quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová” (2:3). En adición a su afirmación del hecho notable de que la mansedumbre divina ha de ser reproducida en el creyente como uno de los elementos del fruto del Espíritu, el mismo Apóstol escribe: “Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios” (2 Co. 6:1; comp. con 2 Ti. 2:25), y uno de los más vitales aspectos de un andar digno como este, según se presenta en Efesios 4:2, es la mansedumbre. Así, igualmente, entre otras virtudes necesarias, hay que mostrar virtud, todo por medio de la provisión divina. Así está escrito en Colosenses 3:12: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia.” Se recomienda la misma virtud en 1 Ti. 6:11: “Más tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre”. Mansedumbre es la justa condición que ha de tener la mente para

poder recibir la Palabra de Dios. Por eso declara Santiago: “Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (1:21). Santiago también habla de “sabia mansedumbre” (3:13). Agregando a todo esto el Apóstol Pedro da una palabra final: “Sino santificad al Señor Dios en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3:15). Lo que es tan necesitado en cada corazón humano y tan esencial para una recta manera de vivir la vida espiritual, es provisto para cada creyente por el ministerio del Espíritu Santo.

9. **TEMPLANZA.** Otra vez en el elemento del fruto del Espíritu, la palabra, *templanza* como se encuentra en nuestra versión (y en muchas otras, y por su significado de temperancia), por su alcance restringido actual, no es exacta en transmitir el mensaje del Apóstol. Este último elemento que comprende el fruto del Espíritu es realmente *dominio propio*. No es necesario afirmar ni defender que esa realidad sea verdadera en cuanto a Dios; pero de la misma manera se prevé como una virtud en el creyente. Más aún, cuando se menciona entre las nueve virtudes que estamos estudiando, debe estarse seguro que no sólo se prevé, sino que es provista para el creyente por el poder del Espíritu. Pedro incluye esta característica entre otras importantes virtudes que él menciona, cuando escribe: “Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, conociendo; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor” (2 P. 1:5-7). El Apóstol Pablo afirma que la templanza debe caracterizar a uno que luche por una corona: “Todo aquel que lucha, de todo se abstiene, ellos, a la verdad, para obtener una corona corruptible; pero nosotros, una incorruptible” (1 Co. 9:25). Para ser un obispo o anciano en la iglesia, se requiere templanza o control propio (comp. Tit. 1:7-9), así también en cuanto a los creyentes maduros (Tit. 2:2).

Para concluir este estudio de palabras y la consideración de aquello a lo que ellas aseguran, , sería bueno enfatizar de nuevo la verdad de que Dios no sólo prevé una santa y elevada manera de vida por parte del que El ha salvado, sino que ha provisto cada recurso necesario en donde quiera que esa vida que satisfaga y lo glorifique a El pueda ser experimentada como una manifestación del Espíritu. El Apóstol (en 2 Co. 6:3-10), ha expresado más clara y plenamente cómo es la vida aprobada por Dios: “No demos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado;

antes bien nos encomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, pero he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, más enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, más poseyéndolo todo.” El nuevo principio aprobado mediante el cual el creyente puede, ajustándose a la mente y a la voluntad de Dios, experimentar la llenura del Espíritu, se ve bien en la revelación respecto al fruto del Espíritu, revelación que es la primera en la serie de siete manifestaciones del Espíritu que juntas explican lo que constituye la llenura del Espíritu, o la vida espiritual. Lo que Dios es, naturalmente, es lo que El requiere, y ciertamente sus atributos, hasta donde puedan adaptarse a la vida humana, han de ser reproducidos en el creyente por el Espíritu. La vida que hay que vivir no podría ser más divina si el creyente tuviera que salir de su cuerpo y quedara solo el Espíritu como el ocupante, sino fuera por el hecho de que el Espíritu hace uso de todas las facultades como lo hace del cuerpo del creyente. Entonces, también las manifestaciones directas de las características divinas no son estorbadas por la presencia de las facultades humanas existentes. El estudio de estas nuevas obras de la gracia divina estimulará a una apreciación de su deseabilidad y necesidad, si es que la vida cristiana ha de glorificar a Dios, o tener para sí mismo el alivio que sólo puede impartir el amor, el gozo y la paz íntimamente. El hombre no regenerado que busca incesantemente alivio de tal interminable angustia que solo un corazón y una vida vacíos pueden producir, podría realizar su valor experimental y si tales bendiciones pudieran comprarse con oro, dando todo lo que tiene en su poder para gozar siquiera por un breve momento de tal satisfacción y descanso; aún tal es la ceguera de la carnalidad de aquellos para quienes tales riquezas están al alcance, caen en lo indeseable para entrar en el dominio de la inmensurable realidad. Considerando lo que son estas ilimitadas bendiciones no es de maravillarse que Dios ordenara por medio de Su Apóstol que todos los que son salvos por Su gracia sean llenos del Espíritu.

II. EL DON DEL ESPIRITU SANTO

Sin cuidarse del universal desprecio de ella, la doctrina respecto al

don del servicio que es efectuado por medio del Espíritu en el creyente, ocupa un gran campo en el Nuevo Testamento y demanda su completo reconocimiento en cualquier tratado sobre Neumatología. La acción de gracias del Apóstol por la iglesia de Corinto al asegurar en cuanto a ellos, “de tal manera que nada os falta en ningún don” es difícilmente comprendida hoy; con todo, este gran ministerio del Espíritu es una realidad presente, y viene a ser un reto para cada cristiano y para cada iglesia que se propone mantener los ideales del Nuevo Testamento.

Intentando una adecuada definición, se podría decir que un don en el sentido espiritual significa la operación de un servicio particular por el Espíritu Santo a través del creyente y el uso del creyente para hacerlo. No es algo que el creyente esté haciendo con la ayuda del Espíritu Santo, ni es un mero aumento de lo que se llama un talento natural o innato. De acuerdo con 1 Corintios 12:7, un don es “una manifestación del Espíritu”. Es concebible que el Espíritu puede usar los dones naturales, pero el don que es producto del Espíritu es una expresión de Su habilidad propia más bien que el mero uso de las cualidades humanas en aquel por quien la ejecuta. Como se ha visto con respecto al fruto del Espíritu dentro del creyente, de igual modo el ejercicio de un don espiritual es una ejecución directa del Espíritu Santo. El fruto del Espíritu es interno, está normalizado, y es uniforme en su expresión; pero los dones que son ejecutados por el Espíritu son externos en el dominio del servicio y son variados al punto de que se puede asumir que dos cristianos no están comisionados exactamente para la misma responsabilidad, siendo que los mismos no están en la misma situación, ni tienen las mismas obligaciones. Para que esta importante verdad pueda entenderse se mencionan ciertos dones en el Texto Sagrado. Estos pueden servir como una clasificación general de las actividades del Espíritu en el campo del servicio del creyente. Los dones específicos se enumeran en los pasajes siguientes:

“Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría” (Ro. 12:4-8); “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de

operaciones pero Dios que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho, porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros, a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como El quiere” (1 Co. 12:4-11); “Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿Qué es, sino que también había descendido primero a las partes mas bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros” (Ef. 4:11-12); “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos, Amén” (1 P. 4:10, 11).

Para una ulterior explicación de la doctrina de los dones en los capítulos 12 a 14 de 1 Corintios, al notar cuidadosamente, se observarán dos importantes verdades, (1) que cada cristiano es un recipiente de algún don, pues está escrito: “Porque a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho . . . ; Pero todas estas cosas la hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como El quiere” (1 Co. 12:7, 11). “Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo” (Ef. 4:7), y (2) que estos dones son siempre hechos por uno y el mismo Espíritu. Cinco veces en 1 Corintios 12:4-11 se declara que aparte de la variedad o del número de creyentes por medio de los que El obra, sin excepción, los dones son efectuados por una y la misma persona, el Espíritu Santo.

Como una ilustración del funcionamiento de los dones espirituales en el Cuerpo de Cristo, el Apóstol compara ese Cuerpo espiritual con el cuerpo humano con sus diferentes miembros, y como los miembros del cuerpo humano no sirven al mismo propósito, de la misma manera los que componen el Cuerpo de Cristo sirven de distintos modos y con varios fines. Las instrucciones que gobiernan el uso de los dones en la Iglesia, el valor comparativo de ellos y el

reconocimiento requerido, regulación y coordinación de los dones, tal como está establecido en el Nuevo Testamento, cada estudiante tendría que prestarle una atenta consideración.

De los distintos dones mencionados en Efesios 4:11 —“Y El mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, pastores y maestros”— puede decirse que hay ministerios de liderazgos en la Iglesia actual de ordenación divina. El servicio de los que aquí son designados como *apóstoles* evidentemente cesó con la primera generación de la Iglesia, porque en la Iglesia actual no se puede reconocer un ministerio con tales cualidades. El servicio de profetas del Nuevo Testamento es definido como sigue: “Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación” (1 Co. 14:3). El que aquí es llamado *evangelista* no es el de los avivamientos de los tiempos modernos, sino más bien el misionero a los no evangelizados. El *pastor* y *maestro* (probablemente se refiere a dos dones diferentes ejercitados por una misma persona) ambos para pastorear al rebaño y para instruir al pueblo de Dios. Bajo su ministerio los santos son perfeccionados para la obra divinamente encomendada a ellos y son edificados. Cada pastor es el decano de la escuela Bíblica de preparación, la que está compuesta por aquellos miembros de la Iglesia de Dios a él encomendados. Si el pastor no ha tenido la adecuada preparación como maestro de la Palabra de Dios, puede quedar sin cumplirse toda esta responsabilidad (comp. Ef. 4:11-12).

El servicio cristiano como se designa y se presenta en el Nuevo Testamento es mucho más metódico y efectivo que el más o menos accidental y esfuerzos desordenados que reciben ese nombre hoy en día. En la Iglesia primitiva a nadie se le permitía servir que no se considerara estar lleno del Espíritu, la posesión del Espíritu fue reconocida y estos dones fueron empleados inteligentemente. Es evidente que todo esto ahora casi se ha perdido de vista y es extraño a las condiciones presentes.

Este limitado estudio de toda la doctrina de los dones espirituales es reforzado por la siguiente acotación tomada del Dr. Juan F. Walvoord:

“Antes de regresar a la discusión de los dones mismos, han de mencionarse ciertos factores generales relacionados con los dones. Primero, se revela que los dones espirituales son dados soberanamente por Dios, y como tales, no son ellos el objeto de la búsqueda de los hombres. Pablo escribió a los corintios, quienes estaban exaltando los menores dones, descuidando los más importantes. Dice él: ‘Procurad, pues, los dones mejores’ (1 Co. 12:31). Aun en sus otras Epístolas es claro, por el silencio que guarda sobre el tema, que el buscar dones espirituales no es un sujeto propio para la exhortación. Por ser Sus dones soberanos, se sigue que no es cuestión de espiritualidad. Un cristiano no consagrado al Señor puede

poseer grandes dones espirituales, mientras que uno que es consagrado puede tener relativamente menores habilidades espirituales. De acuerdo a las Escrituras. '... todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu' (1 Co. 12:11). Por supuesto, permanece la verdad de el que los ajustes apropiados en la vida espiritual del creyente son necesarios para ejercitar debidamente sus dones; pero la espiritualidad en sí no produce dones espirituales. Ha surgido la pregunta de si los dones espirituales, son una parte de la dádiva original de la gracia acompañando a la salvación, o si es una obra subsecuente. Las Escrituras no dan una respuesta clara, más por la naturaleza del bautismo del Espíritu Santo, que ocurre al momento del nuevo nacimiento, y la colocación resultante del creyente en el Cuerpo de Cristo, sería razonable deducir que los dones son otorgados al mismo tiempo en que el creyente es colocado en el Cuerpo, aun cuando dichos dones no sean observados ni ejercidos inmediatamente. De consiguiente, los dones espirituales acompañan al bautismo del Espíritu Santo, aun cuando su otorgamiento no esté incluido en el acto mismo del bautismo. En la analogía de los dones naturales como se ven en el hombre natural, es evidente que los factores de habilidad y talentos naturales están latentes en el recién nacido. Así también puede ser lo mismo en cuanto a los dones espirituales en el regenerado. Tanto en la esfera natural como en la espiritual, es asunto de darle el uso adecuado y el desarrollo a los dones más bien que la concesión de algunos dones adicionales. En segundo lugar, se puede observar que cada cristiano tiene dones espirituales. Conforme a las Escrituras, 'La manifestación del Espíritu es para provecho' (1 Co. 12:7), y 'todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como El quiere' (1 Co. 12:11). Los cristianos 'son miembros cada uno en particular' (1 Co. 12:27), y son 'un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros' (Ro. 12:5). Ya sean pequeños los dones, o el lugar insignificante, cada creyente es esencial en el cuerpo de Cristo. Como la Escritura lo expresa: 'Antes bien, los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los mas necesarios' (1 Co. 12:22). Hay un propósito divino en la vida de cada creyente y los dones espirituales están en armonía con ese propósito. El reto de la Escritura sobre este tema (comp. 1 Pe. 4:10) es que cada cristiano cumpla el ministerio para el cual ha sido equipado por Dios. En tercer lugar, es claro que los dones difieren en valor. Mientras hay igualdad de privilegios en la fe cristiana, no hay igualdad de dones. De acuerdo a 1 Corintios 12:28: 'A unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas' En la naturaleza de los diferentes dones unos son más efectivos y esenciales que otros. Pablo contrasta los dones de profecía y de lenguas con estas palabras: 'Quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis' (1 Co. 14:5); y otra vez: 'Pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento para enseñar también a otros que diez mil palabras en lengua desconocida' (1 Co. 14:19). En cuarto lugar, como testifica 1 Corintios 13, para que los dones espirituales sean provechosos deben de practicarse en amor. En sí mismos los dones espirituales no producen grandes cristianos. Su uso de manera adecuada motivados por el amor divino, que es fruto del Espíritu, es efectivo y glorifica el nombre de Dios. Un quinto aspecto general de los dones espirituales es que ciertos dones fueron temporales en su otorgamiento y en su uso. Es claro que el gran conglomerado de cristianos que aman la Biblia no tienen entre ellos una manifestación de todos los dones como lo hizo la iglesia apostólica. Por otra parte, ciertos dones caracterizan claramente toda la presente dispensación. La consideración que conduce a la clasificación de cada don se notará en el estudio

particular de los mismos. Un sexto y final aspecto de los dones espirituales, de gran importancia, es el gran contraste entre los dones espirituales y los naturales. Mientras Dios puede escoger hombres de habilidades naturales, es claro que los dones espirituales pertenecen al nacimiento espiritual de los cristianos más bien que a su nacimiento natural. Las cualidades de los dones espirituales no son evidentes en el individuo antes de su salvación. Los dones espirituales pertenecen a su nueva naturaleza en vez que a la vieja. Entonces, los dones espirituales no deben mirarse como una extensión de los poderes naturales, sino como un don sobrenatural concedido en conformidad al propósito de Dios al colocar a ese individuo en el Cuerpo de Cristo. Frecuentemente puede observarse que personas con poco talento natural a menudo son usados poderosamente por Dios cuando aquellos que tienen gran talento natural, aunque salvos, nunca son usados de modo semejante. El don espiritual no es entonces, una demostración de lo que el hombre puede hacer aun bajo circunstancias favorables, sino más bien revela lo que Dios puede conceder en gracia.

Un examen de los quince dones espirituales revelados en el Nuevo Testamento, descubrirá diferencias considerables en el carácter de los mismos. Ciertos dones son claramente la posesión de la Iglesia actual tal como se han manifestado en su ejercicio por hombres dotados a través de la presente dispensación. No cabe duda que algunos hombres hoy tienen (1) el don de la enseñanza, (2) el don de ayudar o de servir, (3) el don de administración o de gobernar, (4) el don de evangelismo, (5) el don de pastorear, (6) el don de exhortar, (7) el don de ofrendar y, (8) el don de mostrar misericordia. En contraste con esto, como lo demostrará su exposición particular, hay otros dones espirituales conocidos por los cristianos primitivos, que parecen haber pasado de la escena con el período apostólico. Algunos de ellos son reclamados hoy por algunas sectas, cuyo descuido en cuanto a las instrucciones escriturales para el uso de dichos dones es en sí mismo un testimonio de la calidad espuria de sus afectados dones. Entre estos dones temporales se pueden mencionar los siguientes: (1) el don del apostolado, (2) el don de profecía, (3) el don de milagros, (4) el don de sanidad, (5) el don de lenguas, (6) el don de interpretación de lenguas y (7) el don de discernimiento de espíritus." *The Doctrine of the Holy Spirit*, págs. 182-185.

III. LA OFRENDA DE GRATITUD Y ALABANZA

Estrechamente relacionado a la experiencia de gozo, que viene en segundo lugar en la lista de las nuevas virtudes que comprende el fruto del Espíritu, está el de alabanza y gratitud. Este aspecto adicional de la vida espiritual obtiene la distinción de estar directamente relacionado a, y el resultado normal de, el mandamiento de ser lleno del Espíritu, siendo la implicación que, en su expresión primaria, la llenura del Espíritu resulta en alabanza y gratitud. Todo el contexto que estamos considerando en este punto, dice: "Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos

y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios" (Ef. 5:15-21).

La tremenda obligación de ofrecer alabanza de adoración a Dios y de rendir gratitud por sus incesantes beneficios es tal que no puede ser evadida por ningún ser humano aunque aún recibiera únicamente beneficios humanos. Los santos ángeles que sólo han estado en la gloriosa presencia de Dios desde su creación no cesan de clamar: "Santo, santo, santo, es Jehová de los ejércitos" (Is. 6:3); aun cuando nunca les ha alcanzado ni se les ha requerido el infinito valor de la redención. Ellos adoran a Dios por Su valor intrínseco; pero ¡cuánta mayor obligación descansa sobre la humanidad que no sólo tienen la misma obligación de conocer el valor infinito de Dios, sino que son los recipientes de la gracia salvadora del Señor! En verdad, una inmensurable obligación descansa sobre todos los hombres de adorar a Dios por lo que El es, y de conocer Su amor expresado en la muerte de Cristo, sea que lo reciban o no como la base de su salvación. La obra normal del Espíritu es inspirar honra de alabanza a Dios en el corazón del creyente. Esta adoración resulta directa y automáticamente en el corazón cuando el Espíritu tiene toda libertad de obrar. Hay gran satisfacción al ser hallado ofreciendo digna alabanza a Dios. Un ejercicio tal estimula otras gracias en el corazón y nada menos que esto es humildad.

De modo similar, como un resultado de Su llenura de los cristianos, el Espíritu mueve el corazón a la gratitud, y a tal grado al que ningún ser humano podría alcanzar. Quizá está dentro de los límites humanos el dar gracias algunas veces por ciertas cosas; pero, ¡cuán diferente es el requerimiento que el texto bíblico presenta mandando a uno a ser agradecido "siempre por todo"! Entonces, una gratitud sobrehumana tal es incluida en el mandato de ser lleno del Espíritu. Si todas las cosas "obran para bien de a los que aman a Dios", hay una amplia razón para dar gracias por fe por todas las cosas. No se necesita argumento alguno para demostrar lo razonable de la alabanza y gratitud en los labios y desde el corazón de los redimidos, o de convencer a una mente despreocupada de la imposibilidad de exonerarse de esta obligación cuando es ocasionada aun solo por la habilidad humana. Una vida llena del Espíritu sólo será radiante cuando está llena de alabanza y gratitud.

IV. LA ENSEÑANZA DEL ESPIRITU

El Espíritu Santo es el Maestro por excelencia, pero este ministerio

está restringido espiritualmente a lo más importante, la Palabra de Dios. La Palabra ha sido dada por Dios a los hombres en buena fe y con la esperanza de que fuera comprendida y aceptada por aquellos a quienes es enviada. El que ellos necesitan estudiarla y presentarse a sí mismos aprobados ante Dios al dividir correctamente las doctrinas y alcanzado su verdadero significado, no merma su obligación de hacerlo el hecho de ser enseñados por el Espíritu. Ciertamente, pocos perciben que la Palabra de Dios, muy diferente de otros temas del saber, no puede ser recibida de otro modo que no sea por la iluminación personal que sólo el Espíritu Santo puede ejecutar. Ni aun los inconversos reciben el Evangelio a menos que el Espíritu se los revele (comp. Jn. 16:7-11), e igualmente la verdad puede venir al creyente sólo cuando le es revelada por el Espíritu. Multitudes hay que “siempre están aprendiendo y nunca llegan al conocimiento de la verdad” (2 Ti. 3:7)— aprendiendo en ese sentido limitado en que ellos obscuramente captan ciertos aspectos de la verdad, pero que nunca están cabalmente informados o transformados por ella. Una evidencia de la llenura del Espíritu (la que El hace cuando tiene plena libertad de obrar efectivamente en todo) es el de conducir a aquel en quien El mora a un constante crecimiento en la comprensión de las Escrituras con todo su poder santificador (Jn. 17:17). Así la única llave para lograr el conocimiento de la Palabra de Dios, en sí una ley pedagógica que no aparece en ninguna disciplina académica, es sugerida en la imperativa necesidad de mantener una correcta relación con el Espíritu Santo, sólo por la cual Su ministerio didáctico puede avanzar sin tropiezo. El estudiante que no está en correcta relación con Dios no puede esperar hacer progresos en el estudio de la verdad espiritual. Ciertamente, es lamentable que en tantas ocasiones se ofrecen cursos enteros sobre doctrina bíblica sin que ocurra ni una advertencia o instrucción respecto a este más vital y fundamental aspecto de la pedagogía cristiana. Parece que poco se había dicho o sobrentendido en las Escrituras sobre este tema antes del Discurso del Aposento Alto. Es entonces cuando Cristo presentó esta gran verdad en términos inequívocos. En este discurso dijo: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, El os guiará a toda verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Jn. 16:12-15).

Aun después de tres años y medio incomparables en la compañía e instrucción de Cristo, todavía era evidente para los discípulos que El

tenía muchas cosas que decirles. Así debe ser con los creyentes al final de esta vida. El siempre tendrá más qué revelar al que puede oír y lo atenderá. Que es cierto que ellos entonces no podían entender se reconoce en el hecho de que estos hombres fueron incapaces de recibir alguna y aun toda la verdad relacionada con la muerte y la resurrección de Cristo, ya que por aquel tiempo ellos no sabían o más bien, no creían que El moriría y sería levantado de nuevo. Cuando toda la verdad que pertenece a la presente dispensación que depende ya de la muerte de Cristo o de Su resurrección haya sido revelada ya poco restará por conocer, y de consiguiente esto demuestra el hecho que los doce discípulos nunca habían predicado el evangelio de la divina gracia, evangelio que está enteramente basado en la muerte, sepultura y resurrección de Cristo (comp. 1 Co. 15:3, 4). Como muestran las mismas Escrituras, estos hombres predicaron el evangelio del reino. Sin embargo, una nueva dispensación con todas sus realidades es trazada para ellos y a todos les han de ser enseñadas nuevas y maravillosas revelaciones por el ministerio directo del Espíritu. Mas temprano El les ha dicho que el Espíritu Santo “estará en vosotros” (Jn. 14:17), y a esto agrega (16:12-15) la nueva e importante verdad de que al Espíritu morador le está encomendado cumplir el inmensurable ministerio de la enseñanza, y eso desde el incomparable y ventajoso terreno de la posición que ocupa en el corazón. Directa y efectiva más allá de lo que puede registrar la experiencia humana, es este acercamiento interior del Espíritu al entendimiento y al corazón del hombre. En apoyo de esto testifica el hecho de que el impetuoso Pedro audazmente reprendió a Cristo solo un año, o menos, antes de Su muerte porque El había declarado que iba a morir y levantarse otra vez; y ese mismo Pedro unos cincuenta días después de la muerte de Cristo se levantó en medio de una multitud en Jerusalén y predicó el más grande sermón jamás escuchado de labios humanos, al considerarse los resultados, sabiendo que su apelación toda estaba basada en la muerte y resurrección de Cristo. Muchísima verdad ha alcanzado la mente de Pedro en el interín y evidentemente, no de otra fuente que de la enseñanza del Espíritu Santo dentro del propio corazón de Pedro. Así el plan divino provisto llama la atención de cada creyente sincero. El Espíritu Santo desde el corazón es la “guía a toda verdad”. El alcance de esta promesa debería de observarse así como la ausencia de toda condición meritatoria. Ninguna limitación humana puede estorbarla. Una mente obtusa no se considera un problema especial para el Espíritu. Todavía es cierto que El guiará a toda verdad. Aun El, el Espíritu, no pronuncia el mensaje que imparte como si él fuera su autor o generador. Lo que El oye, eso dice. Si se preguntara quién

origina y trasmite el mensaje al Espíritu Santo que vive en el corazón, la respuesta es doble en este limitado contexto, especialmente, El que dijo: “Aun tengo muchas cosas que deciros”, y quien dijo, hablando del Espíritu: “Tomará de lo mío y os lo hará saber”. El tema mencionado primeramente en el ministerio didáctico del Espíritu es el de revelar las Escrituras proféticas. “El os hará saber las cosas que han de venir”. También hay que observar que el Espíritu en el corazón humano glorifica a Cristo más bien que a Sí mismo y que lo más rico de todos los tesoros del conocimiento por impartir, las cosas de Cristo, son aumentadas al punto de incluir “todas las cosas” del Padre.

Como el discurso del Aposento Alto es la semilla del plan de las doctrinas de las Epístolas, especialmente las del Apóstol Pablo, es de esperarse que un tema tan nuevo y tan vital como el ministerio de enseñanza del Espíritu y el modo de hacerlo, como se declara en el pasaje ya examinado, se le daría una más grande y detallada presentación en las Epístolas doctrinales. Ciertamente, tal tratamiento se halla en 1 Corintios 2:9-12, que dice: “Antes bien, como está escrito, cosas que ojo no vio, ni oído oyó, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. ¿Porque quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos las cosas que Dios nos ha concedido”.

Como en Juan 16:12-15 de nuevo el tema del pasaje es “cosas” —“las cosas que han de venir”, las cosas de Cristo, y “todas las cosas” del Padre. De este modo el Apóstol se refiere a “cosas” que alcanzan el corazón del hombre por revelación directa sin referencia a los canales naturales de información que proceden a través de las puertas del ojo, del oído y del corazón o capacidad de razonar del hombre. Hace mucho la moderna psicología procuraba ponderar los tres canales naturales para acercarse al entendimiento humano, esta porción de la Palabra de Dios los había identificado, pero había agregado aquel al que ningún psicólogo o pedagogo humano puede lograr por sí mismo, y mucho menos, impartir, es decir, cosas que son reveladas directamente por el Espíritu Santo a aquel en quien El habita. En esta relación el Apóstol afirma: “Ahora hemos recibido “el Espíritu que proviene de Dios” y para el gran fin: “Para que sepamos las cosas que Dios nos ha concedido”. La infinita capacidad del Espíritu en este aspecto como maestro se describe en las palabras:

“Porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios”. El hombre puede conocer las cosas de la esfera humana, pero sólo el Espíritu conoce las cosas que pertenecen a la esfera de Dios. Una obra tal de iluminación como esta fue efectuada por el Hijo de Dios, Jesucristo, por ejemplo, en el corazón de dos discípulos en el camino de Enmaus. Acerca de esto está escrito: “Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras? . . . Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras” (Lc. 24:32, 45). Así por el ministerio de enseñanza del Espíritu el creyente es colocado en esa posición única de uno que puede ser directa e interiormente enseñado por el Maestro de maestros por excelencia, el Espíritu Santo de Dios. Con toda seguridad el Espíritu funcionará en el corazón de aquel que El llena.

V. LA GUIANZA DEL ESPIRITU

El ser guiado por Dios es una de las grandes realidades aun del Antiguo Testamento. Más de cuarenta veces las manos directrices de Dios se ven moviéndose sobre Su pueblo de antaño; y mientras estuvo en el mundo, Cristo fue guiado por el Espíritu (comp. Mt. 4:1; Lc. 4:1). En esto, tanto como en cualquier aspecto de la humanidad de Cristo, El vino a ser y es el ejemplo o patrón para el hijo de Dios. El alcance de la ventaja que provee este ministerio del Espíritu Santo sobrepasa todo cálculo. Tal como un paciente puede recuperar su salud al cumplir todas las indicaciones de un buen médico, así el cristiano puede ser conducido por el Espíritu Santo por sendas escogidas por infinito amor, infinito poder e infinita sabiduría. Así está designado, por Dios que un ser humano no pueda guiarse por sí solo. Por eso Jeremías afirma: “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jer. 10:23). No es posible contemprar el desamparo expresado por David sin tener conciencia de la necesidad de una guianza divina semejante. Dijo él: “Guíame, Jehová, en tu justicia, a causa de mis enemigos; endereza delante de mí tu camino” (Sal. 5:8); “Encamíname en tu verdad y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en tí he esperado todo el día” (25:5); “Enséñame, oh Jehová, tu camino, y guíame por senda de rectitud a causa de mis enemigos” (27:11); “Porque tú eres mi roca y mi castillo; por tu nombre me guiarás y me encaminarás” (31:3); “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame, y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (139:23, 24). No hay mandamiento alguno en

el Nuevo Testamento que ordene al creyente ser guiado por el Espíritu; sin embargo, se asume como una conclusión previa que fuera de este ministerio ninguno puede seguir el camino de Dios por elección propia. Por ejemplo, se dice: “que los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios” (Ro. 8:14). Es decir, ellos prueban que son hijos maduros de Dios por ser guiados por el Espíritu. De manera semejante aquí se traza una distinción entre el *niño* de Dios (τέκνον) y el *hijo maduro* (υἱός), de donde se deduce que no todos los cristianos, aunque hijos de Dios en general, están manifestando las características de los que han crecido en madurez. En otras palabras, no todos los cristianos son espirituales o llenos del Espíritu porque lo son los que “son guiados por el Espíritu”. Así mismo está escrito: “Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley” (Gá. 5:18). De este modo, puede sugerirse de nuevo que no todo salvo es guiado por el Espíritu Santo; porque los que son guiados así, son suplidos de consejo verdadero y dirección que manifiestamente ellos no necesitan de mandamientos externos. Esta maravillosa relación que provee estas benditas realidades puede fácilmente ser pervertida por personas sinceras si no conocen la correcta relación con Dios por la que puede asegurarse la verdadera guianza. No solamente se pide que haya de tenerse un correcto entendimiento relativo a la dirección del Espíritu, sino que puedan librarse del fanatismo, del emocionalismo indebido y de la superstición. Siendo que el curso entero de una vida puede estar mal dirigido y que a pesar de la sinceridad es necesario en grado superlativo para que el creyente aprenda por sí mismo —porque la experiencia de otros no es el patrón— para saber cómo poder ser guiados por el Espíritu. Fuera de la dirección divina no se puede dar paso seguro en el mundo. Pero se puede lograr poca ayuda imitando la experiencia de otros o siguiendo las reglas preparadas por los hombres. La guianza del Espíritu, como lo implica el mismo término que se usa para este ministerio, es mayormente una experiencia íntima y personal. Para los que por constante atención y oración se han familiarizado con las maneras en que el Espíritu los guía, dicha guianza llega a ser una de las más ricas experiencias conocidas por el corazón del creyente. La importancia de sustituir la suposición finita por la infinita sabiduría, jamás puede ser sobrestimada. Es el propósito de Dios que un niño dentro de un hogar mediante la obediencia propia se aproveche de la sabiduría de sus padres. Así mismo es el propósito de Dios que sus hijos se aprovechen de la infinita sabiduría de Dios mediante la dirección del Espíritu. Para el creyente es menos que inútil depender de su propia sabiduría y aún más inútil y peligroso para él buscar la sabiduría y el consejo de

otros, aun cuando sean creyentes. En los asuntos en que los hombres no pueden saber nada, son correctamente llamados *ciegos*. Sobre este punto Cristo preguntó: “¿Puede un ciego guiar a otro ciego?” (Lc. 6:39).

Considerando la manera en que la voluntad de Dios puede ahora ser conocida, se observará que la guianza directa del Espíritu morador ha sobrepasado, en forma muy ventajosa, el método de guiar en el Antiguo Testamento por la luz natural, por sueños, por voces y por pruebas. Todos estos métodos antiguos ahora serían considerados inefectivos. El hijo de Dios no puede magnificar mucho la verdad de que, bajo la presente relación de gracia, él vive y sirve al Señor en estrecho compañerismo con el Espíritu Santo. El, juntamente con el Espíritu, ocupa el mismo cuerpo y como compañeros ellos entran en las mismas empresas que Dios el Padre pueda señalar. Por supuesto, la suerte de vida es sobrenatural en grado sumo; sin embargo, ningún hijo de Dios debiera de tener miedo de cosas sobrenaturales. También es cierto que cada demanda de la dirección del Espíritu debe ser contemplada bajo tres tiempos de relación. Hay un tiempo antes de la experiencia, el tiempo de la experiencia misma, y un tiempo posterior a ella que es caracterizado como retrospectivo. Así, si uno es lleno del Espíritu siempre está preparándose para la experiencia, siendo siempre guiado, y siempre mirando hacia atrás a la fidelidad de Dios en sus tratos. En cuanto a la preparación dos pasajes pueden servir para la preparación necesaria. “Fíate de Jehová de todo tu corazón y no estribes en tu prudencia” (Pr. 3:5); “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestro cuerpo en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que experimentéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Ro. 12:1, 2). Para el que ha de ser guiado es necesario no sólo estar dependiendo definitivamente del Espíritu en cuanto a la dirección, sino que debe siempre estar deseando el ser guiado. Con respecto al tiempo cuando uno realmente está siendo guiado se puede preguntar: ¿Cómo puede uno saber o estar consciente de lo que Dios quiere? La respuesta a esta duda abarca grandes realidades personales, los grados de desarrollo y experiencia a los que concierne jamás habrían dos semejantes. No hay otra escritura tan reveladora sobre el asunto que Filipenses 2:13, que afirma: “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por Su buena voluntad”. Esta revelación trae seguridad que es tan definida como final. Puede ser posible que se imponga una dilación sobre la acción que se considera o que Dios

expresara Su voluntad por alguna otra providencia o circunstancia; pero con una cosa siempre podría contarse: El trabajo interior y la dirección al final producen una convicción mental que de algún modo han engendrado todas las influencias. Ciertamente, Dios puede hablar lo suficientemente fuerte para que un alma ansiosa pueda oírlo. Jorge Müller enseñó y testificó acerca de una riquísima experiencia a la que Dios guía en el compañerismo del Espíritu Santo, no por señas o cosas externas; sino por la mente deseosa y expectante. El influye en el juicio mismo, y entonces uno llega a estar claro y convencido con respecto al rumbo que Dios indicaría. La voz de los hombres puede ser escuchada únicamente si Dios la ha enviado a sus hijos para ese propósito. Como para el tiempo después que uno ha sido guiado, entonces es necesario descansar en aquello en que ha sido determinado para él. La dirección debe ser tan convincente que no hayan dudas en los días siguientes cuando acaso puedan sobrevenir tiempos de pruebas. Esa dirección que lo lleva a uno a un particular campo de servicio ha de ser de tan definida natuarleza que el sufrimiento y las privaciones puedan ser sobrellevados sin discusión alguna del paso que nos llevó al lugar de la prueba.

Finalmente, uno que está rendido a Dios debe contarse a sí mismo en la voluntad de Dios cuando está deseando hacer Su voluntad sin reserva. Si la posición que uno ocupa en la vida o en el servicio no es la que Dios quiere, El puede moverlo seguramente al lugar que El elige para el tal. Ciertamente, la voluntad de Dios no es asunto de que el cristiano esté en un lugar o en otro; es más bien de estar deseando hacer la voluntad de Dios. Todos los demás ajustes se hacen fácilmente. Un factor muy vital, entonces, en la vida espiritual es el de ser guiado por el Espíritu Santo, y esta experiencia necesaria será la parte de todo el que es lleno del Espíritu.

VI. LA VIDA DE FE

Ciertamente, la hazaña más vital del Espíritu Santo es aquella por la cual El hace real las cosas sobrenaturales a aquel en quien El mora. Esta empresa es muy semejante en carácter a la de su obra de enseñanza, salvo que la última está restringida en gran parte a la de impartir conocimiento de las Escrituras, mientras que la primera comprende un amplio campo en la experiencia del creyente. Lo que debe enfatizarse mayormente en la primera es la verdad de que el Espíritu Santo testifica en el corazón del creyente, testimonio que llega a ser de que el creyente es un hijo de Dios. El Apóstol Pablo declara: "El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu que

somos hijos de Dios” (Ro.8:16). El Apóstol Juan de la misma manera escribe: “Si recibimos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios es mayor, porque este es el testimonio de Dios, que ha testificado de Su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso; porque no ha creído en el testimonio que Dios ha testificado de Su Hijo” (1 Jn.5:9,10). Así también, la habilidad de dirigirse a Dios en el sentido de relación filial, es una obra del Espíritu Santo efectuada en el corazón y, entonces también, por lo genuino de la filialidad es que al creyente le es dado el Espíritu Santo en donde El puede con éxito producir la conciencia de filialidad. De consiguiente, está escrito: “Y porque sois hijos, Dios ha enviado el Espíritu de Su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre” (Gá.4:6). El Espíritu no sólo actualiza la relación filial, sino que a El también se le ha encomendado el hacer real cada gran hecho de relacionar la verdad de lo que puede haber sido teóricamente conocido por fe. La oración del Apóstol produce directamente esta obra específica del Espíritu Santo. El oró que el “Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de El, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que El os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de Su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos, y sentándole a Su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero” (Ef.1:17-21); y “para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Ef.3:16-19).

Como la guianza del Espíritu, la obra del Espíritu de dar realidad, haciéndola tan definida en el dominio de la experiencia, también puede ser deformada por los que carecen de una recta instrucción y conocimiento de los métodos de Dios para ellos; a pesar de eso, la guianza y el verdadero testimonio del Espíritu debe reconocerse y mantenerse sin hacer caso de las falsedades. Es un asunto, que ha sido registrado en la Escritura, de que un creyente será consciente de su relación filial con Dios por el testimonio a, y con su espíritu humano,

por la Tercera Persona que vive en él. Verdaderamente, es la actitud ordinaria de los que componen la gran compañía de creyentes espirituales, el tener paz en sus corazones respecto a su salvación personal. Pueden ellos tener varios problemas en el aspecto de su vida diaria; pero, a menos que sea muy anormal, ellos no abrigan la inseguridad de su aceptación ante Dios. Tal paz es fundamental porque nadie que no esté seguro en cuanto a su propia relación con Dios, podrá crecer en el conocimiento de Cristo y en la gracia (comp. 2 P.3:18).

Entonces puede resumirse, que las grandes realidades que entran en las relaciones de un creyente con Dios serán hechas efectivas en él por el Espíritu Santo.

VII. LA INTERCESION DEL ESPIRITU

Ningún creyente debiera ignorar cuanto al arreglo divino en esta dispensación con respecto a la oración. Como un nuevo privilegio para el hijo de Dios (Jn.16:24), Cristo mismo indicó que la oración sea dirigida al Padre en nombre del Hijo (comp. Jn. 16:23). El Apóstol agrega a esto por la misma autoridad divina, que la oración se ofrece en el poder capacitador del Espíritu Santo. Escribe así: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por nosotros” (Ro.8:26,27); “Orando en todo tiempo, con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Ef.6:18). Y a este testimonio Judas agrega: “Pero vosotros amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo” (Jud. 20). De acuerdo al primero de estos pasajes (Ro.8:26,27) se indica que en la esfera de la forma particular de oración designada *intercesión*, que es el acto de ponerse entre Dios y el hombre en favor de otro, el instrumento humano no sabe por lo que él debe orar. ¿Cómo podría él saber cuál es el propósito de Dios para lo que debiera ser en la vida de otra persona? O, ¿cómo podría él saber qué relación existe entre Dios y su amigo? A causa de estas obvias limitaciones, el Espíritu inspira la oración de intercesión, y, además, El, como una Persona de la Deidad, que por sí mismo conoce la necesidad del corazón humano y que, ciertamente, escudriña los corazones, es atendido por el Padre, siendo que El conoce perfectamente las peticiones presentadas por el Espíritu Santo cuando el Espíritu intercede por los santos de acuerdo a la

voluntad del Padre. En cuanto a este plan divino de la oración Dean Alford escribe: “El Espíritu Santo de Dios que mora en nosotros conociendo nuestros anhelos mejor que nosotros mismos, El mismo clama en nuestras oraciones, elevándonos a los más altos y santos deseos de lo que podemos expresar en palabras, que sólo pueden hallar expresión en gemidos y suspiros” (*New Testament for English Readers*, new ed., sobre Ro. 8:27).

De este modo el hombre lleno del Espíritu puede entrar, y entra en una esfera de ministerio efectivo de oración por la intercesión del Espíritu que opera en él.

CONCLUSION

El propósito de este capítulo de Neumatología ha sido presentar y ampliar la verdad revelada con respecto a lo que es operado por el Espíritu Santo en el corazón y la vida de aquel a quien El llama. La llenura del Espíritu resulta en siete manifestaciones de Sí mismo en y a través del hijo de Dios. No hay duda en cuanto a cuáles son los objetivos del Espíritu. Por la clara exposición en el Texto Sagrado, toda experiencia humana en desacuerdo ha de ser rechazada como impertinente, y el cristiano puede auto-juzgarse en modo más práctico con respecto a la medida en que él está lleno del Espíritu. Se ha llamado la atención repetidamente al hecho determinante de que todos estos siete efectos son operados en y a través del creyente hasta que apropiadamente puedan llamarse *manifestaciones del Espíritu*. Estas operaciones no han de ser vistas como concesiones especiales de Dios, sino que son las actividades normales del Espíritu dentro de aquel a quien El llena. Esta verdad nos lleva a la consideración del problema de cuáles son los términos o condiciones, según se revelan en el Nuevo Testamento, sobre cómo un cristiano puede entrar en la realización de esta inapreciable experiencia de glorificar a Dios en la vida diaria.

CAPITULO XV

CONDICIONES O PRERREQUISITOS DE LA LLENURA

Una vez más el creyente ha de ser confrontado con las más sencillas condiciones, y precisamente con las que son requeridas del lado humano, naturalmente, a fin de que pueda ser lleno del Espíritu. Como sucede muy a menudo con los intérpretes, sin embargo, se han aumentado los prerrequisitos de los ajustes trazados por las Escrituras, se han agregado extrañas demandas a las revelaciones que Dios ha dado. Exhibiendo la misma disposición de agregar obligaciones no especificadas, disposición que se exhibe cuando algo se agrega a la única condición para la salvación por la fe sola, los hombres han extendido más allá de la medida las obligaciones humanas supuestas con relación a la llenura del Espíritu. Comunmente se recomienda que se pida o que se ore por la llenura, pues de ello depende. Este error es promovido por la noción de que orar por la llenura del Espíritu es razonable. También algunos que confunden el recibimiento del Espíritu con la llenura, creen que el orar por el Espíritu está ordenado en Lucas 11:13, en donde las palabras del Salvador aparecen como sigue: “Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos; ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidieren?” Previamente se ha demostrado que la dirección que Cristo dio a estas palabras, como se afirma en este pasaje, no se aplica, ni se podría aplicar a los creyentes de la edad presente, y es igualmente cierto que la recepción del Espíritu no es lo mismo que la llenura del Espíritu. El orar por la llenura del Espíritu es un error de grandes proporciones e indica una falta de comprensión de las condiciones en las que se obtiene en la actualidad. La llenura del Espíritu no espera la influencia de la oración. Dios no está reteniendo esta bendición hasta ser reconvenido, o que alguna renuencia de Su parte sea vencida. El espera los debidos ajustes de los requisitos humanos. En otras palabras, espera que el creyente se rinda totalmente a El. Cuando son alcanzadas las condiciones reveladas, que son más razonables, el Espíritu continúa en el corazón del creyente con todas las actividades que juntas constituyen la llenura del Espíritu. No se necesita implorar al Espíritu que haga aquello que él vino a hacer en el

corazón del cristiano; más bien él está implorando al cristiano que despeje el camino para poder hacer su obra de gracia. Los resultados son inmediatos y la bendición segura cuando se cumplen las condiciones; pero la oración por la llenura del Espíritu no es una de esas condiciones.

Siguiendo al error de la suposición de que el orar es una condición para que el creyente pueda ser lleno del Espíritu está el de presumir que todos los creyentes tienen que esperar la llegada del Espíritu, por el hecho de que los discípulos esperaron diez días Su llegada antes del Día de Pentecostés. Esta noción es posible sólo porque no se observa la verdad de que los discípulos no estaban esperando su llenura, sino que esperaban el advenimiento del Espíritu Santo al mundo. Desde que el Espíritu vino como lo hizo en el Pentecostés, ninguno ha tenido la más ligera ocasión de esperar por El; pero ¿cuánto tiempo y con cuánta paciencia el Espíritu ha esperado que las vidas no rendidas se sometan a El!

Similarmente, están aquellos que, continuando un malentendido de hace dos o tres generaciones, sostienen que la llenura del Espíritu depende de alguna crisis o experiencia, al tiempo cuando se pide la llenura con esfuerzo supremo de fe resultando en lo que se piensa ser un estado de espiritualidad permanente. Los hombres han enseñado que los cristianos recibirían la llenura del Espíritu mediante un esfuerzo específico, tanto como si hicieran una profunda aspiración en sus pulmones. Todo esto, aunque sincero, ignora la verdad sencilla de que el Espíritu mora en cada creyente y así el problema ante todo creyente es sólo de ajustarse a fin de que la obra del Espíritu en el corazón y la vida pueda ser sin impedimento.

Al acercarse al tema respecto a los términos sobre cómo el hijo de Dios puede ser lleno del Espíritu, será claro para todos que sólo aquellas instrucciones registradas en las Escrituras han de ser consideradas. Un gran predicador de los dieciocho requisitos tabulados anteriormente que han de ser alcanzados por los que han de ser llenos del Espíritu, según su declaración; no obstante, en su autobiografía, al describir su propia experiencia de ser lleno de esta manera, falló en indicar que él no obró de acuerdo con siquiera uno de estos infundados requisitos. Debe evitarse una cosa tan irreal, y sólo serán consideradas las condiciones que Dios ha revelado. En el Nuevo Testamento se establecen directamente tres condiciones. No hay más ni menos. Siendo que esto es así, es evidente que estas tres representan todo lo que se requiere. De estas tres condiciones, dos son negativas (lo que el creyente no debe hacer) y una es positiva (lo que él debe hacer). Las direcciones negativas son: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios” (Ef.4:30), y “No apaguéis el Espíritu” (1

Tes.5:19), mientras que la condición positiva es: “Andad en el Espíritu” (Gá.5:16). Ahora bien, éstas han de ser consideradas por separado y en el mismo orden.

I. NO CONTRISTEIS AL ESPIRITU

SANTO DE DIOS

En el cristiano mora el Espíritu Santo con el propósito de que la vida divina dirija todos los pensamientos, acciones y sentimientos en vez del pecado que es tan extraño al Espíritu, realmente el extremo opuesto y que es echado lo más lejos de la absoluta pureza y santidad del Huésped Divino. La presencia de pecado en la vida del creyente contrista al Espíritu Santo. Este es el testimonio de la Biblia y es también el abundante testimonio de la razón. Cuando el pecado es tolerado en la vida diaria del cristiano necesariamente el Espíritu tiene que cambiar su ministerio a *través* del cristiano por un ministerio de intercesión *a favor de él*. La Biblia no sanciona la idea, tan frecuentemente sugerida, de que el Espíritu siempre queda lejos contristado. Por el contrario, se asegura que, habiendo hecho su residencia en el hijo de Dios, El mora para siempre (Jn.14:15,16; 1 Jn.2:27). El permanece, pero contristado cuando el pecado está presente. Entristecer al Espíritu viene a ser una experiencia definida en aquel en quien el Espíritu mora, experiencia que tiene una estrecha semejanza a la de su propia alma o espíritu cuando está deprimido. David expresó el sentimiento que le sobrevino después de su gran pecado, diciendo: “Mientras callé, envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día; porque de día y de noche tu mano se agravó sobre mí; se volvió mi verdor en sequedades de verano” (Sal.32:3,4). Todo esto, siendo asunto de la experiencia humana, es factible de malentendido y de falsa interpretación. A menudo las condiciones físicas producen un estado mental deprimido, estado que no tiene relación alguna con la tristeza del Espíritu. Siempre debiera permitirse una indulgencia cuando los nervios están agotados o cuando está baja la vitalidad física. Son muchos los casos cuando la mente (a causa de debilidad de los nervios o del cuerpo) se inclina a imaginar que está separada de Dios, y aun a sospechar que se ha cometido un pecado imperdonable. No obstante, la prueba de todo esto es muy sencilla. El pecado que contrista al Espíritu en el acto se hace conocido. El pecado aparecerá como la causa conocida y reconocida de la carga del corazón. La medicina es confesión a Dios y el que debe confesar no estará dudoso o incierto de lo que ha de ser confesado. Nadie puede ser definido confesando pecados desconocidos. El pecado conocido puede ser confesado en armonía

con ese conocimiento de él que el Espíritu crea en la mente y el corazón. Si un creyente está deprimido sin que un error salte a la vista, es seguro que la causa es física más bien que espiritual. A la luz de la verdad de que el Espíritu es contristado por el pecado y que esa reacción al pecado por parte del Espíritu es experimentada por aquel en quien El mora, bien puede ser objetada si el creyente vive siempre por los dictados de su conciencia después de haber sido salvo. La presencia del Espíritu Santo crea nuevas normas tan altas como la misma santidad divina, y la manera de vida del cristiano en ese plano santo y elevado. El Apóstol testificó que su conciencia le daba testimonio en el Espíritu Santo (Ro.9:1-3). Es probable que el Espíritu emplee la conciencia humana, pero como El ciertamente le ha impartido una nueva norma concerniente a lo que es correcto y lo que es malo. El mandamiento claro dirigido al creyente es que “no contristes al Espíritu Santo de Dios.” Habrá poco argumento de alguna fuente en contra de la verdad de que el pecado en el cristiano es la causa de tristeza del Espíritu Santo; ni hay necesidad de tener que decir contra el hecho de que el hijo de Dios, teniendo una vieja naturaleza, y estando sujeto a incesante conflicto con el mundo, la carne y el diablo, peca y contrista así al Espíritu Santo. El problema práctico es doble: (a) cómo evitar el pecado y (b) cómo poder aplicar la cura provista por Dios una vez que el pecado ha entrado en la vida.

1. PREVENCIÓN DE PECAR EN EL CRISTIANO. Tres factores principales entran en la prevención de pecar en la vida del cristiano.

Primero, la *Palabra de Dios* misma es una protección cuando se guarda en el corazón. El Salmista declaró: “En mi corazón he guardado tus dichos para no pecar contra tí” (Sal.119:11). La Palabra de Dios es no sólo un poder inevitable en guardar del pecado, sino que es un poder para detectar el pecado en la vida. Los cristianos que descuidadamente pecan no se sienten cómodos cuando leen la Palabra de Dios y naturalmente evitan su lectura. Escrito está: “Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (He.4:12).

Segundo, el *Espíritu morador* es la fuente de donde se puede recibir poder abundante para resistir contra el pecado. El hecho de la presencia y poder del Espíritu es la base inmediata de toda vida santa. Relacionado con este aspecto de capacitación divina está el acto de la voluntad humana, la determinación fortalecida para hacer lo que trae honra a Dios. La voluntad es motivada por el conocimiento de las posiciones exaltadas a las que uno ha sido llevado por gracia y es capacitado por el Espíritu Santo para querer y

para hacer lo que a Dios agrada.

Tercero, la *intercesión de Cristo* es ese aspecto de Su ministerio sacerdotal en el cielo por el cual El sostiene a los Suyos que están en el mundo. Tiene que ver con su impotencia, debilidades y limitaciones. Pertenece al pastado de Cristo.

2. REMEDIO DEL PECADO DEL CRISTIANO. Como introducción al tema mencionado sería bueno señalar, y ciertamente es fácil reconocer como fundamental que, en adición a la verdad de la pecaminosidad del pecado, el creyente no debe pecar por cuanto el pecado contrista el Espíritu Santo. En el Nuevo Testamento se le da mucho énfasis a esta última verdad y, como se ha visto anteriormente, Dios ha provisto vitales impedimentos para el pecado; pero aun queda la verdad que por dejar de reclamar la protección que Dios ha provisto, a causa de la fortaleza de los enemigos que hay que afrontar (el mundo, la carne y el diablo), aunque éstos no son tan grandes que Dios no los pueda controlar, y por causa de la debilidad humana, los cristianos pecan en más o menos grado, y por tanto se enfrentan a un problema diferente a la sola prevención del pecado: él debe estar informado con respecto a, y actuar de acuerdo con, el plan divino en cuanto al remedio. A la luz de la posibilidad de algún pecado en su vida, el cristiano que no pide la curación del efecto de su pecado necesariamente llegará al lugar en donde todas las manifestaciones de la presencia y poder del Espíritu son anuladas y se vivirá bajo la nube de la depresión que produce la incesante tristeza del Espíritu. Por eso es un aspecto importante para el creyente, en la realización de la vida espiritual, el entender las provisiones para la restauración de la correcta relación con Dios y actuar sobre estas provisiones con fidelidad inquebrantable. Estas provisiones divinamente preparadas para la restauración del creyente herido por el pecado para estar en perfecta relación con el Espíritu Santo están consignadas en la Biblia en ciertos pasajes especiales y se podría decir que estas provisiones conducen al cristiano que ha sido afectado por el pecado a restablecer su compañerismo con Dios. Al seguir el plan arreglado divinamente para la restauración, los resultados son *absolutos*. Sobre este hecho no se puede enfatizar demasiado, y siempre hay necesidad de repetir la verdad ante la tendencia de suponer que el perdón divino y la restauración están sujetos a las mismas limitaciones que caracterizan el perdón y la restauración tal como los practican los hombres entre sí en base de lenidad y generosidad. Ahora vamos a considerar los pasajes principales respecto al perdón y la restauración divinos.

Juan 13:3-11. "Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios y a Dios iba, se

levantó de la cena y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; más lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos.”

Entre otros aspectos importantes que se presentan en este pasaje de la Escritura y que entran en las relaciones correctas del cristiano con Dios, está una que es la más importante, esto es, que sólo Cristo puede limpiar al creyente de la contaminación del pecado. En los primeros capítulos de este Evangelio se ha presentado el plan de la salvación; pero principiando con el capítulo 13 y continuando hasta el capítulo 17 se declaran el privilegio y la responsabilidad del creyente en relación a Dios. En varios de los principales aspectos que se incluyen en este pasaje o discurso particular, es importante notar que la limpieza de la contaminación es la primera que se menciona y que aparte de la limpieza no puede haber una experiencia normal de las grandes realidades que presenta este discurso. Que Cristo pudiera decir, como en realidad lo dijo más tarde (15:3): “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”, es lo más impresionante. La limpieza, sin embargo, es contemplada por Cristo en dos amplios aspectos diferentes, esto es, la que ha sido efectuada como una parte de la salvación y la que hace posible la limpieza del creyente contaminado. Así en el versículo 10 de este pasaje Cristo declara a Pedro: “El que está lavado (λὸβω —bañado enteramente) no necesita (ser bañado) sino lavarse los pies, pues está todo limpio.” Esta verdad deriva su realidad de la costumbre cuando la gente se bañaba en baños públicos y regresando a casa con los pies desnudos, o con sandalias, a través de calles polvorientas o sucias necesitaban al llegar no un baño completo, sino uno parcial, el lavamiento de los pies. Viniendo a Pedro, se le pone una normal resistencia por parte de éste que no entendía el simbolismo del lavamiento de los pies, y quien había dicho a Cristo unos momentos antes: “Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mt.16:16). Dicha resistencia fue introducida con la observación de Pedro, “¿Tú me lavas los pies?”, a la que Cristo respondió: “Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora; pero lo entenderás después, indicando así que había una lección escondida

en el acto del lavamiento de los pies de los discípulos, un significado que dependía de su comprensión del derramamiento de la sangre de Cristo que sería vertida para la limpieza; pero que los discípulos no podían entender siendo que no creían que Cristo habría de morir (comp. Lc.18:31-34).

Pedro es poco impresionado con algún oculto significado. El sólo mira lo irrazonable de que el Hijo de Dios esté lavando los pies a hombres pecadores. Su respuesta terminante es: "Tú no me lavarás los pies jamás." Esta protesta sacó del Salvador una afirmación que explica mucho más de lo que está implicado. Cristo dijo: "Si no te lavares no tendrás parte conmigo." Aquí se hallan dos palabras que es necesario entender en su verdadero significado. La palabra *lavar* [λύπτω] habla sólo de un lavamiento parcial como el que Cristo estaba efectuando, y está en completo contraste con la palabra *λούω* del versículo 10 que se refiere a un baño completo. La segunda palabra que hay que entender correctamente es *μέρος*, traducida *parte* – "No tendrás parte conmigo." No hay implicación alguna de que Pedro no tuviera relación con Cristo alguna vez; es más bien cuestión de comunión. Pedro no estaría en comunión a menos que fuera removido lo impuro por la sangre purificadora de Cristo. El sacerdote de los tiempos del Antiguo Testamento es el tipo del sacerdote del Nuevo Testamento y cada cristiano es un sacerdote en el Nuevo Testamento. Cumpliendo el tipo, el sacerdote del Antiguo Testamento fue bañado totalmente en un ritual una vez al entrar a su oficio sacerdotal (Ex.29:4). De la misma manera, el sacerdote del Nuevo Testamento, como parte de su salvación, es lavado con el lavamiento de la regeneración (Tit. 3:5). También, así el sacerdote del Nuevo Testamento debe ser limpiado repetidamente cada vez que se contraiga la iniquidad; pero sólo Cristo puede limpiar y aunque se les ordena a los discípulos lavarse los pies los unos a los otros como una evidencia de servicio, ningún ser humano puede limpiar las impurezas espirituales de sus semejantes, ni está en posición alguna, aun simbólicamente, de llevar a cabo una empresa tan grande. Así se establece la verdad de que sólo Cristo puede limpiar las iniquidades del cristiano, y esto porque El murió y derramó Su sangre en sacrificio por el creyente (1 Jn.2:2).

1 Juan 1:7-2:2. "... pero si a n d a m o s en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su

palabra no está en nosotros. Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.”

Juan es el testigo experimentado en relación a una comunión ininterrumpida con el Padre y con el Hijo como se indica en el primer versículo de 1 Juan. En el primer capítulo de esta Epístola se adelanta un mensaje directamente traído del ministerio terrenal de Cristo, que no aparece registrado en ninguno de los evangelios. El mensaje tiene que ver con mantener la comunión con el Padre y con el Hijo. Al contemplar tal relación sería bueno recordar que Dios es luz”, frase que se refiere a la perfección moral o santidad, y es con una Persona tal con quien el creyente tiene comunión. El poner al cristiano en comunión con Dios no se logra por rebajar lo que pertenece a Dios; por el contrario, se alcanza elevando al creyente al nivel sobre el cual es posible la comunión con El. Para uno que dice que tiene comunión con Dios mientras al mismo tiempo está andando en tinieblas, es mentir y no hacer la verdad; pero si el cristiano anda en la luz como Dios está en la luz, es experimentar comunión con El, comunión que es la experiencia moral de todos los salvos. Una comunión tal no es una concesión especial de parte de Dios, sino más bien es lo que está provisto para todos los que andan en perfecta relación con Dios. Toda esta bendición inmensurable está condicionada a “andar en la luz.” Andar en la luz no es convertirse en luz, lo que sería perfección impecable; es más bien el ajustarse a la luz. Cuando la luz escrutadora, la cual es Dios, revela cambios que se necesitan en la vida de uno delante de Dios, entonces uno debe de adaptarse a la voluntad de Dios así revelada a fin de andar en la luz. Cuando se haya adaptado de esa manera, la sangre de Cristo sigue limpiándolo continuamente de todo pecado. La comunión no depende de una perfección imposible, sino de un ajustamiento voluntario a todo lo que Dios desea y comunica. Entonces la confesión, que es la expresión externa de un arrepentimiento interior, llega a ser la condición sobre la cual un hijo de Dios ha sido dañado por el pecado puede alcanzar restauración nuevamente a una comunión inquebrantable. Esa restauración no sólo será absoluta hasta el infinito, sino que la gracia divina que restaura y limpia se perfecciona en una base de justicia al grado infinito. Siendo que el mismo hijo de Dios que ha pecado y con quien él está unido con lazos eternos, El es fiel a esa relación y siendo que Dios ha satisfecho todos los justos juicios contra el pecado en cuestión, El es “justo” para limpiar y perdonar. Así lo fue en el orden del Antiguo

Testamento y siempre debe ser así el trato del Dios Santo con el pecado humano. Los israelitas traían sus sacrificios y era después que el sacerdote ofrecía el sacrificio que el oferente traía por su pecado, que éste era perdonado. Levítico 4:35 declara: “Y le quitará toda su grosura, como fue quitada toda la grosura del sacrificio de paz, y el sacerdote la hará arder en el altar sobre la ofrenda encendida a Jehová; y le hará el sacerdote expiación de su pecado que habrá cometido y será perdonado.” Se hace gran énfasis en el hecho de que la condición para conseguir la restauración del creyente, para la comunión con Dios, es la confesión de pecado. Con mucha frecuencia se sustituye por la oración; pero orar por el perdón no está en armonía con la luz que es Dios. Orar por el perdón realmente asume que Dios mismo necesita ser cambiado en su actitud hacia el pecado.

1 Corintios 11:31,32. “Si pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.”

Llegando al final de esta parte de la Epístola, porción que es dedicada a la corrección de carnalidades en la iglesia de los corintios (1:10-11:34), esta clara dirección relativa a la responsabilidad humana en la curación de los efectos del pecado en ellos es de lo más apropiado. La contribución particular de este pasaje a la doctrina total del andar del creyente con Dios se ve en el orden de los eventos que desarrolla. Aquí se ve al Padre esperando el auto-examen, o confesión de sus hijos que han pecado. Este período de aparente silencio o falta de atención de parte de Dios que sigue a la comisión del pecado del creyente es fácilmente malentendido, y puede ser malinterpretado por el creyente, pensando que Dios no ha observado el pecado cometido. Es la gracia de Dios que así espera que el creyente actúe primero a favor de sí mismo con respecto al pecado. Sin embargo, si el hijo de Dios peca y no se examina de este modo con una confesión completa, se hace necesario que el Padre someta a juicio a Su hijo, ya que El es el perfecto disciplinador. Esta es la fuerza de las palabras del Apóstol: “Que si nos examinásemos a nosotros mismos, cierto, no seríamos juzgados.” El acto voluntario de un auto-examen satisface cada demanda divina y no se impondrá ningún juicio de parte del Padre. Es sólo cuando el cristiano retiene su confesión y por lo tanto asume la actitud de justificación propia con respecto a su pecado, o que por amor a él rehusa conformarse a la santa voluntad de Dios, que el Padre debe llevarlo al lugar de corrección. Otra vez se reconocerá que el caso no es el de mantener unión con el Padre, unión que, como es la filialidad, al ser una vez

establecida nunca puede ser quebrantada; es más bien el aspecto de comunión o compañerismo. En consecuencia, se pregunta: “¿Andarán dos juntos si no estuvieren de concierto? (Am.3:3). Dios no puede andar en las tinieblas con el creyente, ni se puede experimentar el compañerismo cuando el creyente a lo blanco llama negro, y a lo negro, blanco. El creyente debe estar de acuerdo con Dios en que lo blanco es blanco y lo negro es negro. Estando de acuerdo con Dios, no queda obstáculo que impida esa comunión y el compañerismo es restablecido por el perdón y la limpieza que Dios otorga en Su gracia. El pasaje de Pablo sigue diciendo: “Pero siendo juzgados somos castigados del Señor.” En este punto es obvia una distinción entre castigo y condena, o satisfacción. Aun cuando el creyente es castigado, la condena por su pecado no es requerida de él, ya que Cristo ha llevado todo el castigo sobre Sí mismo y nunca se requerirá de nuevo. Con frecuencia los cristianos no entienden la verdad de que no hay ni puede haber ninguna condenación. El castigo tiene por objeto el de traer al creyente a la penitencia y por medio de ella la correspondiente confesión para la restauración. Que el castigo no es penal se demuestra en que la restauración y el perdón se aseguran en seguida aun aparte del castigo cuando sin tardanza se hace la confesión. Si el castigo hubiere de caer sobre el creyente no se demoraría ni podría ser remitido. Habiendo compromiso para salvar al cristiano de toda pena de juicio (comp. Jer.3:18; 5:24; Ro.8:1), y habiendo pactado de perdonar y limpiar instantáneamente y de modo perfecto, basado en la única condición de la confesión, el creyente sólo es castigado cuando resiste a Dios. Descansando en el mérito del Hijo de Dios y habiéndose amparado bajo la eficacia de la sangre de Cristo, el hijo de Dios nunca puede ser “condenado con el mundo.”

Hebreos 12:5-11. “Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige diciendo: Hijos míos, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por El; Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces, sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da

fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.”

La importancia de la doctrina respecto al castigo justifica el lugar que se le da en el texto sagrado. El pasaje citado es céntrico y por este contexto y el de otras Escrituras se puede ver que el castigo o disciplina, comprende más que la corrección de lo malo: puede incluir disciplina, o instrucción, así como sus objetivos. Si estuviera limitado sólo a la corrección del mal en los hijos de Dios, difícilmente se podría decir que tiene un alcance universal. Como por su carácter universal está escrito: “Dios al que ama castiga.” y en su castigo Dios “trata con vosotros como con hijos”, y a menos que seáis castigados (como lo son todos los hijos) “no sois hijos.” El creyente no debiera “menospreciar” el castigo “ni desmayar” bajo Su disciplina. Como en el caso de un hijo terrenal, cada ventaja incrementa al que por “él es ejercitado.” El versículo 6 sugiere una distinción entre castigo y azote. El castigo tan amplio como puede ser en su alcance, puede ser experimentado muchas veces; pero el azote, que parece ser la conquista final de la voluntad del creyente, necesitaría ser experimentado una sola vez. Muchos episodios tristes en la vida del creyente no consagrado se podrían evitar si él sometiera su voluntad a la de Dios.

Aunque en las Escrituras se mencionan varias formas específicas de castigo, y su ejecución divina se ve en acción en muchas de las vidas de los que están registradas en la Palabra de Dios, es posible que, siendo que Dios trate con hijos individuales, sus modos y medios sean múltiples. Pueden variar con la situación de cada individuo. Hasta dónde puede llegar el castigo se describe en 1 Corintios 11:30, hablando de irregularidades en la mesa del Señor y la disciplina que debe acompañar a tales acciones, el Apóstol dice: “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermem.” Así se descubre que el Padre puede emplear enfermedad y debilidad físicas en sus medios de castigo y aun la muerte misma. En otros textos del N. T. se hace referencia a la muerte física en la misma conexión. El pámpano que en Cristo no lleva fruto es cortado y echado de su lugar (Jn.15:2), y hay un pecado que puede cometer el hermano, que lo lleva hasta la muerte (1 Jn.5:16); y en tal caso la oración por su sanidad no es eficaz. Aun Satanás puede ser usado como un instrumento de castigo. El Apóstol declara: “De los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar” (1 Ti.1:20).

Por el consuelo que asegura y por el hecho de la revelación respecto al carácter de Dios, la verdad que el amor es el motivo divino en cada caso donde se emplea el castigo, no puede pasarse por alto. Ningún intento de explicar esta importante doctrina puede hacer

que falte en indicar que el castigo divino surge en la infinita compasión de Dios y es administrado bajo la infinita bondad divina.

2 Corintios 7:8-11. “Por lo cual os ruego que confirméis el amor para con él. Porque también para este fin os escribí, para tener la prueba de si vosotros sois obedientes en todo. Y al que vosotros perdonáis, yo también; porque también yo lo que he perdonado, si algo he perdonado, por vosotros lo he hecho en presencia de Cristo. Para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoráis sus maquinaciones.”

Este pasaje es citado como un ejemplo de un verdadero arrepentimiento por parte de los creyentes. El Apóstol había escrito a la iglesia de Corinto (está a la vista la correspondencia de su primera Epístola), y en ese mensaje, como antes se ha observado, el exhibió sus pecados e irregularidades con el resultado de que ellos fueron convencidos de sus malos caminos, y con el arrepentimiento (que significa un completo cambio de mente) ellos se limpiaron enteramente delante de Dios. Un verdadero arrepentimiento no resultaría en una somera experiencia temporal, que sigue tolerando y repitiendo el pecado; sin embargo, el poder para evitar el retorno no está en el grado del arrepentimiento, sino en una confianza más efectiva en el Espíritu habilitador. Se estudiará este pasaje a la luz de la verdad de que es una norma de lo que Dios tiene derecho de esperar de todos los que El castiga.

Salmo 51:1-19. Este conocido salmo muy extenso para copiarse aquí, presenta a David como un ejemplo sobresaliente de arrepentimiento y de confesión entre los santos del Antiguo Testamento. En la Palabra de Dios, el pecado de David es descrito desnudo (sin rodeos) y con su corazón quebrantado y contrito. El era participante de esa forma de la salvación que había sido acordada por Dios, como debe ser toda salvación que se había establecido para los santos del Antiguo Testamento, la que habiendo sido efectuada por Dios como debe ser toda salvación, él no la perdió. Por lo tanto, David oró que el gozo de su salvación, más bien que la salvación misma, pudiera serle restablecido. Así se indica que David entendió precisamente lo que él había perdido por su pecado. También su testimonio había sido estorbado. Después de suplicar por su restauración y anticipando su beatitud, dijo: “Entonces enseñaré a los pecadores tus caminos y los pecadores se convertirán a tí.” Hasta esta medida los santos del Antiguo Testamento eran similares en sus relaciones con Dios a los santos del Nuevo Testamento; no obstante, deben observarse notables diferencias y tal como se exponen en este salmo. El creyente del Nuevo Testamento nunca debe orar, “Y no quites de mí tu Santo Espíritu, ya que el Espíritu una vez concedido,

jamás es quitado del corazón del cristiano; ni debe pedir perdón y restauración. Después que Cristo murió llevando todo el pecado (los de los cristianos así como los de los incrédulos) y después que la muerte por el pecado ha ofrecido propiciación no queda base para que el creyente pase tiempo pidiendo misericordia a Dios para que le perdone su pecado. El perdona exactamente como lo ha prometido, cuando el pecado es confesado (comp. 1 Jn.1:9). David reconoció, como todo santo debe hacer, que este pecado era primeramente contra Dios. “Contra tí solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”, fue el grito de su quebrantado corazón. Su restauración fue completa basada en su confesión; porque fue a pesar del pecado de David y después de su restauración cuando dijo Jehová, “He hallado a David, hijo de Jesé, un hombre según mi propio corazón” (Hch.13:22; comp. 1 S. 13:14). El pecado de David no había agradado a Dios; pero habiéndose arrepentido y confesado su pecado, él fue restaurado al favor de Dios.

Lucas 15:1-32. El último de los siete pasajes principales que hablan de la cura de los efectos del pecado sobre la vida espiritual de los santos (ya sean del Antiguo como del Nuevo Testamento) se encuentra en Lucas 15:1-32. Esta porción contiene una parábola en tres partes (comp. v. 3). Es la historia triple de una oveja perdida, la dracma perdida, y el hijo perdido. Aunque se encuentran tres incidentes, hay un solo propósito subrayado. El valor particular de este pasaje en la presente conexión, descansa en su revelación de la compasión divina como se ve en la restauración de un santo pecador. Es la revelación del corazón del Padre. El énfasis cae sobre el pastor más bien que sobre la oveja; sobre la mujer, en lugar de la dracma; y sobre el Padre antes que sobre cualquiera de sus hijos. Al considerar este pasaje debe brotar en la mente que lo que aquí se registra refleja las condiciones que se obtuvieron antes de la cruz. Por consiguiente, tiene que ver primeramente con Israel. Ellos eran el pueblo del Pacto del Antiguo Testamento, las “ovejas de su prado”, y su posición no tuvo cambio hasta que el Nuevo Pacto fue efectuado en Su sangre. Siendo el pueblo del pacto, ellos volverían a las bendiciones de su pacto, si esas bendiciones se perdiesen por causa del pecado, sobre la base de arrepentimiento y confesión. De acuerdo a las Escrituras y como se ha visto, esto es cierto de todo el pueblo del pacto. Los pactos de Israel no son lo mismo en carácter como el “nuevo pacto” (hecho) en Su sangre; pero los términos de la restauración dentro de las bendiciones del pacto son los mismos en ambos casos. La efectividad del pacto descansa en la fidelidad de Dios; pero las bendiciones del pacto pueden perderse por la infidelidad de los santos. La bendición es reconquistada también, no por efectuar otro

pacto, sino por la restauración dentro de los privilegios inmutables del pacto original. La triple parábola aquí es en cuanto a los israelitas, a quienes fue dirigida. Cualquier aplicación que pueda hacerse de la parábola a los cristianos bajo el nuevo pacto sólo es posible sobre el terreno del hecho de que el camino de la restauración por el arrepentimiento y la confesión es común para ambos, tanto al Antiguo como al Nuevo Testamentos. Por eso, en la parábola se presenta un cuadro del corazón de Dios hacia cualesquiera y todos los de Su pueblo del pacto, cuando pecan.

La parábola principia así: “Entonces se llegaron a El todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.” Aquí está la llave de lo que sigue. “Publicanos y pecadores” no eran gentiles. Los “publicanos” eran israelitas bajo el pacto hecho con los “padres” que habían traicionado a su nación al punto de hacerse cobradores de impuestos para Roma. Los “pecadores” eran israelitas bajo el mismo pacto que habían dejado de presentar el sacrificio por el pecado como se prescribe en la ley de Moisés. Un israelita era contado “sin culpa” ante la Ley cuando había traído las ofrendas requeridas. Así Pablo pudo decir de sí mismo concerniente a su anterior posición como no más que un judío bajo la ley: “En cuanto a la justicia que es en la ley, ‘irrepensible’”. El Apóstol no está reclamando perfección de impecable. El está dando testimonio del hecho de que había sido fiel en proveer el sacrificio prescrito bajo la ley de Moisés. Los fariseos y los escribas eran israelitas que daban toda su energía al cumplimiento exacto de la ley de Moisés. Pablo fue una vez sólo un fariseo, “un hebreo de hebreos.” Estos hombres no eran cristianos y no serían juzgados como tales. Hay poco en común aquí con los cristianos. Estos israelitas eran sin culpa a través de los sacrificios que predecían la muerte de Cristo. Los cristianos son sin culpa por la fe en la efectividad de la sangre de Cristo, que ya ha sido derramada. La primera es una justificación por obras, inadecuada a causa de su lado humano; la otra es justificación por la fe concerniente a una obra de Dios consumada. Los fariseos y escribas murmuraban al ver que Jesús recibía a publicanos y pecadores, y comía con ellos. Por consiguiente, El pronunció esta parábola para ellos, sus críticos. La parábola es dirigida explícitamente a los fariseos y escribas murmuradores más bien que a todo mundo en cualquier parte. Y muy poco puede entenderse de la verdad en ella contenida a menos que se tenga en mente todo el propósito para el que fue pronunciada. Volviendo a la interpretación de la parábola, debe darse alguna atención a la inmediata impresión de que esta parábola es un cuadro que representa la salvación, mientras ella es un

retrato del corazón de Dios; tiene que ver más evidentemente con Su obra de restauración que con la de la *regeneración*.

La primera división de la parábola se refiere a un hombre que tenía cien ovejas. “¿Qué hombre hay de vosotros que teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?” Esto no es un retrato de noventa y nueve ovejas y una cabra; es el de cien ovejas, y “ovejas”, de acuerdo a las Escrituras, es siempre símbolo del pueblo del pacto. Los israelitas eran ovejas, así también lo son los cristianos en esta dispensación. Cristo, hablando de los que habrían de ser salvos por Su muerte, dijo a los judíos: “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”, (Jn.10:16). Se notará otra importante distinción en esta parábola: La oveja, la dracma y el hijo se habían perdido, pero estaban perdidos solamente al punto de su necesidad de ser *encontrados*. Difícilmente esto puede ser lo mismo que estar perdidos en tal extremo de necesitar la *salvación*. El uso bíblico de la palabra *perdido* tiene al menos estos dos amplios significados diferentes. “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”; pero, en todas las tres partes de esta parábola, él está buscando y encontrando más bien que buscando y salvando. Debiera de observarse, la palabra *salvar* no aparece ni una sola vez en esta parábola. Si ella fuera aceptada como una enseñanza respecto a la salvación no habría modo de escapar el error del universalismo; porque este pastor busca *hasta encontrar* lo que está perdido. Por otra parte, este pasaje presenta una bendita revelación del corazón de Dios hacia su hijo descarriado que necesita ser hallado y no ser salvado. “Noventa y nueve” que están seguras en el redil comparado con una que está perdida es un pobre retrato de la proporción que siempre ha existido en esta era entre los salvos y los perdidos. Si la parábola enseñara la salvación de un pecador, mucho mejor hubiera sido haber cambiado los números con noventa y nueve perdidos en contraste con uno que está salvo en el redil. La parábola continúa: “Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos diciendoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que de noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.”

El pecador aquí mencionado puede no ser otro que un pecador de los del pacto mencionado en el primer versículo del pasaje y que concierne a quienes la parábola es dirigida. El, siendo una persona del pacto, es aquí retratado por el Espíritu Santo como regresando a

base de arrepentimiento, en vez de ser salvado a base de la fe salvadora. Otra vez, así uno con dificultad podría hallar dentro de la iglesia alguna persona que corresponda a los “noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento.” Un caso tal era posible, no obstante, bajo la ley de Moisés, siendo el Apóstol Pablo un buen ejemplo estando bajo el judaísmo. Los mismos fariseos y escribas a quienes fue dirigida la parábola eran también de esa clase. Dentro de las demandas externas de la ley de Moisés ellos no necesitaban arrepentimiento. El arrepentimiento, que significa un cambio de mente, es un elemento vital en la salvación presente; pero ahora es incluido en el acto de creer, porque ciento cincuenta pasajes del Nuevo Testamento condicionan plenamente nuestra salvación presente al acto de creer, o a su sinónimo, la fe. El Evangelio de Juan, escrito especialmente para que podamos creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo podamos tener vida en Su nombre, ni una sola vez usa la palabra *arrepentimiento*. Ahora los incrédulos se salvan creyendo en Cristo que, evidentemente, incluye tal arrepentimiento como puede producirse en aquellos que están muertos “en delitos y pecados.” Arrepentimiento significa un cambio de mente, y nadie puede creer en Cristo sin haber cambiado su mente con respecto a su pecado, su condición perdida y el poner su fe en El.

La segunda división de la parábola concierne a la mujer de la dracma perdida. Es la misma historia de buscar y hallar lo que se había perdido. El énfasis en esta división de la parábola cae principalmente en el gozo de la que encuentra lo perdido. Es el gozo de Aquel en cuya presencia están los ángeles. Otra vez la historia es la de un pecador arrepentido en vez de la de un pecador creyendo.

La tercera parte de la parábola habla de “cierto hombre.” Evidentemente esta historia es referida para revelar el corazón del Padre. Casualmente él tiene dos hijos; y uno de ellos era el tipo de un “publicano y pecador”, y el otro, el de un “fariseo y escriba.” Uno deja las bendiciones de la casa de su padre, (mas no cesa de ser hijo); el otro murmuró, como lo hicieron los escribas y fariseos, cuando el pecador fue restaurado. Es imposible señalar una más profunda degradación que se le podría pintar a la mente de un judío, que la de ser hallado en un campo alimentando cerdos. Aquí tenemos la declaración del Señor, en términos de Su propio tiempo y gente, que un hijo vagabundo puede regresar mediante la confesión, aun de las más bajas profundidades del pecado. Que allí, en ese campo con los cerdos, en donde el hijo “volvió en sí” y se propuso regresar a su padre con una confesión que es únicamente la normal expresión de un sincero arrepentimiento de corazón. Aquí no se menciona la regeneración. Nada se dice de la fe, aparte de la cual ningún alma

podría esperar ser salva, llegando a ser hijo. El era hijo y regresó a su padre como hijo. El sentimiento expresado muchas veces en sermones y en himnos de que un inconverso, cuando viene a Cristo, está “regresando al hogar” es extraño a la enseñanza de la Palabra de Dios. Mas bien la Biblia enseña que los hijos que se han alejado errabundos, pueden volver al hogar y, como perdidos en el aspecto de descarriados, pueden ser hallados. Esto no se podría aplicar a uno que jamás ha sido un hijo de Dios. Los tales están ciertamente perdidos, pero más bien necesitan ser salvos. En esta dispensación los perdidos pueden venir a Dios, pero ellos no regresan a Dios. Cuando el hijo que regresa estaba aún lejos, violó su padre y tuvo compasión de él y corrió y cayó sobre su cuello y besólo. El padre lo vio porque él estaba mirando en esa dirección. No había cesado de mirar desde la hora en que el hijo había partido. Tal es el cuadro del corazón del Padre Dios, expresado aquí, así como en la búsqueda enseñada tanto en el pastor como en la mujer de la dracma. La justicia hubiera requerido que este muchacho al regresar fuera castigado en la forma más severa. ¿No había deshonrado el nombre del padre? ¿No había traído ruina sobre sí mismo? ¿No había desperdiciado los bienes de su padre? Pero él no fue castigado. El hecho que no fuera castigado incluye a los creyentes de esta dispensación y la verdad bendita que, a causa de la obra de Cristo en la cruz, el Padre puede recibir y recibirá a sus hijos sin castigarlos. Los términos en que se puede conseguir la restauración es solamente la confesión de un corazón quebrantado. La culpa del pecado ha caído sobre otro en nuestro lugar.

Es importante notar que el padre besó al hijo aún antes de que él hiciera su confesión. La razón dictaría que el hijo hubiera sido besado después de su confesión. Hasta donde este incidente puede ser correctamente aplicado a las presentes reacciones entre Dios Padre y los cristianos que han pecado, se enfatiza la verdad de que Dios *es propicio*, habiendo hecho propiciación por la muerte todo satisfactoria de Cristo, como substituyó en el juicio impuesto por los pecados del cristiano. En este respecto está escrito: “Y El (Cristo en Su muerte) es la propiciación por nuestros pecados (de los cristianos)” (1 Jn.2:2). El hecho de que Cristo murió como sustituto es que hace posible que Dios reciba a aquellos por quienes El murió, como si toda obligación para con la justicia divina que sus pecados merecen hubiera sido ejecutada, como en verdad las fueron cumplidas por Cristo en lugar de ellos. No son lágrimas, arrepentimientos o ruegos por parte de los que han pecado. Tanto los inconversos como los creyentes que pecan son invitados a acudir a Dios quien es propicio para con todos. Es también de gran

importancia el hecho que, sin reprimendas ni castigos, el hijo fue restablecido a la posición y bendiciones de la casa paterna. La confesión que él había preparado no fue repetida totalmente ante el padre. Las últimas palabras “Y hazme como uno de tus jornaleros” fueron cortadas por el vigoroso mandato del padre, “Traed. . .” Así instantáneamente, cuando se hace una completa confesión se efectúa la restauración, prescindiendo de toda palabra adicional que el penitente pudiera presentar.

La confesión de este hijo fue primeramente hacia el cielo, y entonces a su padre. Este es el verdadero orden de toda confesión. Grande es el poder de la confesión de un corazón quebrantado. Nadie puede creer que el hijo descarriado, después de haber sido restaurado, y después de estar nuevamente descansando en la comodidad del hogar y de la comunión, hubiera pedido inmediatamente a su padre más de sus bienes para volver a su vida de pecado. Una acción tal sería del todo inconsistente con la confesión de su contrito corazón que había hecho. La confesión verdadera es real y reformadora en su poder (comp. 2 Co.7:11). El era un hijo durante todos los días de ausencia del hogar. Si hubiera muerto en la hacienda donde cuidaba puercos, él hubiera muerto como un hijo. Hasta donde esto ilustra el estado de un cristiano en pecado, por este y otros pasajes sobre el tema, se puede concluir que un cristiano imperfecto, tal como lo somos todos, sería recibido en el hogar celestial al morir aunque sufra la pérdida de todos sus premios y mucho gozo y, aunque al encontrarse con su Señor cara a cara, sea llamado a hacer su, hasta aquí, descuidada confesión.

En vista de estos siete pasajes principales, se puede sacar en conclusión que la cura de los efectos del pecado en la vida espiritual de un hijo de Dios es prometida al que con un corazón arrepentido hace una genuina confesión de su pecado. A la vista de Dios el pecado es siempre pecado. No es menos pecado por el hecho de ser cometido por un cristiano, ni puede ser curado de otro modo que en la redención que es en Cristo. Es por el precio de la redención que ya ha sido pagado con la preciosa sangre de Cristo que Dios puede salvar a los pecadores que sólo creen y restaurar a los santos que sólo confiesan sus pecados. Ningún grado del castigo que cayó sobre nuestro sustituto puede jamás caer sobre los santos o los pecadores. Siendo que Cristo lo llevó todo por nosotros, creer o confesar es todo lo que legalmente puede demandarse. Hasta que la confesión es hecha por el que ha cometido el pecado, el tal está defendiendo lo que es malo, estando así en desacuerdo con el Padre. “¿Pueden andar dos juntos si no estuvieren de acuerdo?” Dios no puede estar de acuerdo con el pecado. El hijo puede ponerse de acuerdo con el Padre, y esto

es el verdadero arrepentimiento que se expresa en la confesión. Otra vez permítase decir: Arrepentimiento es un cambio de mente. Por eso, los que han pecado se vuelven de él hacia Dios. La bendición no depende de la perfección inmaculada; es asunto de no contristar al Espíritu. No es el caso de un pecado desconocido. "Si confesamos nuestros pecados El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad." El cristiano que confiesa plenamente todo pecado *conocido* habrá removido uno, si no todos, de los obstáculos de la plena manifestación del Espíritu. "Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios con el cual estáis sellados para el día de la redención" (Ef.4:30).

De la discusión anterior se puede determinar que una de las condiciones por las cuales el creyente puede ser lleno del Espíritu se halla en que sea quitado todo aquello que contrista al Espíritu Santo por una completa confesión, la que es expresión de un corazón contrito. El secreto por el cual este aspecto de la responsabilidad puede mantenerse es guardar cuentas exactas con Dios. Permita que la primera impresión de depresión espiritual sea un signo para descubrir en el acto la causa y estar listo para aplicar el remedio: la confesión a Dios.

II. NO APAGUEIS AL ESPIRITU

El segundo mandato directo que gobierna la recta relación entre el Espíritu Santo y el creyente se establece en 1 Tesalonicenses 5:19, "No apaguéis al Espíritu." Estas son palabras de importancia solemne siendo que ellas implican una más seria responsabilidad en la actitud del cristiano hacia el Espíritu Santo. Al hijo de Dios inteligente se le recuerda de este modo de su responsabilidad celestial y la realidad que impone un inquebrantable compañerismo con el Espíritu Santo, una responsabilidad y un compañerismo que no pueden ser subestimados o evadidos. Aunque las demandas son sobrehumanas, no hay base sobre la que puedan considerarse propiamente una carga o esclavitud para apagar o evitar el Espíritu. Cada demanda que engendra la presencia del Espíritu es en sí un camino hacia las riquezas de bendiciones indecibles. En verdad la presencia del Espíritu Santo y las riquezas de sus beneficios constituyen una importante y anticipada prueba de las inmensurables realidades del cielo. La cordura espiritual o sano juicio no deben mermarse nunca de las obligaciones que crean la vida en relación con el Espíritu Santo. A lo mejor esas relaciones pueden ser cumplidas parcialmente, pero la ambición de cumplir a cabalidad con todo, nunca debe faltar. Una vez más se dirige la atención al hecho que esto, como el primer

aspecto relativo a contristar al Espíritu, es un mandato directo que no tiene opción a aquiescencia. Ambos preceptos son negativos, siendo que demandan cosas específicas que no se deben permitir si ha de realizarse la plenitud de la bendición del Espíritu. Aunque en cierto modo son similares siendo que ellas son dirigidas igualmente a la vida interior del creyente y el poder para reaccionar, ellos en sí son diferentes. Es contristado el Espíritu cuando el pecado ocurre y queda sin confesión. Este aspecto de la verdad está enteramente dentro del aspecto negativo de la vida espiritual. El Espíritu es apagado cuando el cristiano resiste o rechaza la voluntad de Dios para con él, verdad que, según se establece en las Escrituras, se halla dentro del lado positivo de la vida espiritual, aunque es posible apagar el Espíritu al resistir a Dios en relación a aspectos que tienen que ver con la victoria sobre el pecado, así como con aspectos que pertenecen a la vida y al servicio. Los tres requerimientos que condicionan la llenura del Espíritu —(a) confesión de todo pecado conocido; (b) rendición a la voluntad de Dios, y (c) caminar en dependencia del Espíritu Santo— no se basan en un capricho irracional de Dios. Ellos indican lo que es el fundamento de comunión y compañerismo, lo que debe sostenerse entre el Espíritu y la persona en la que él mora. Nada está oculto en el misterio o velado aun para los que son menos capaces para entender. El problema está en aceptar y hacer la voluntad de Dios. Este es totalmente el aspecto central del problema de la vida espiritual. En último análisis, la confesión de todo pecado conocido y el mantenimiento del principio de confianza en el Espíritu en el diario andar dependen de la actitud de la voluntad humana; pero es igualmente cierto y mucho más consecuente que la voluntad humana está fortalecida por el Espíritu Santo, de otro modo no actuaría para la gloria de Dios. Está escrito: “Porque Dios es el que en vosotros produce (ἐνεργέω —ejercita) así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil.2:13). El acto inicial es un sometimiento a la voluntad de Dios, de la cual la voluntad humana puede depender después para cumplir sus responsabilidades según esté capacitado por el Espíritu Santo. En defensa de un calvinismo teórico y como una crítica de la enseñanza de que la vida espiritual depende de la acción de la voluntad humana aunque movida por Dios, el Dr. B.B. Warfield escribió que, por tanto le importó “sujetar todas las obras de gracia de Dios a la determinación humana” (*Princeton Review*, abril de 1919, p. 322). Ningún estudiante serio de la doctrina bíblica dudaría que Dios tiene propósitos soberanos, o que todas las cosas contribuyen hacia la realización de ese propósito, pero debe saberse tanto por pasajes como Romanos 12:1,2; Gálatas 5:16; Efesios 4:30;

1 Tesalonicenses 5:19 y 1 Juan 1:9, que la apelación es a la voluntad humana, con cada presente aplicación que pueda establecer la verdad que, en el plan divino, la voluntad humana determina el curso entero de la vida del creyente. La falla en este punto con los calvinistas extremados surge del hecho que, en su celo por defender la doctrina de la soberanía de Dios, no reconocen cómo la verdadera soberanía de Dios en sus obras utiliza la voluntad humana como instrumento, no obstante, no como en alguna forma de coerción, sino en forma de persuasión que ilumina y engendra deseos a los que la voluntad puede responder y por la cual puede ser motivada. Otra vez aquí debe afirmarse con toda la fuerza posible que cuando se hace una decisión con respecto a algún paso en la vida espiritual, aun bajo las más poderosas inducciones que Dios pueda impartir, la acción de la voluntad humana es soberana y libre en su propia elección. Como se ha demostrado antes, este mismo procedimiento en toda la empresa cuando un alma es salva por fe en Cristo. No importa que la voluntad humana no tenga poder en sí para aceptar a Cristo. El corazón debe ser movido completamente por el Espíritu Santo, o no habrá elección por Cristo; pero cabalmente lo mismo es hecha la elección no debiéndose a la coerción, sino a la voluntad actuando en su soberana libertad. Nadie puede dudar de las implicaciones que afirma el texto: "El que quiera tome del agua de la vida de balde." Es un error el afirmar, como el Dr. Warfield sabía hacerlo, que "cualquiera que Dios quiere puede venir." Esto es verdad, sin embargo, pero no en el mismo sentido que los calvinistas extremistas lo han presentado, especialmente que a cualquiera que Dios compele, vendrá (más bien se debiera afirmar de este modo: que cualquiera que Dios llama con un llamamiento eficaz, llamamiento que es una persuasión suficiente para garantizar la elección determinada; voluntad de su propia soberana determinación). No debe suponerse que esta interpretación de una importante doctrina bíblica presta algún apoyo a la noción arminiana que los hombres no regenerados (por la hipotética de cierto impartimiento universal de la "común gracia"), en cualquier tiempo, bajo cualquier circunstancia y en virtud de su propia visión y determinación, sin ayuda alguna, pueden aceptar a Cristo como salvador si así lo desean. Sólo trágicos errores han sido el fruto de un calvinismo extremista que concibe que la voluntad humana está sobrefortalecida por Dios, y de la falacia del arminianismo que no da lugar en su suposición para la inherente necesidad constitucional de la inmediata acción divina sobre la voluntad humana antes de hacerse una correcta elección. La vida espiritual es presentada en todos los casos como el resultado de la libre elección de voluntad del creyente; pero esta doctrina no debe dejarse que por sí sola se afirme. Otra

doctrina de más vital significado aún es la verdad de que la voluntad ha de ser movida por Dios. Este hecho bien puede conducir a la consideración del problema concerniente a apagar el Espíritu de Dios. Un tema semejante se estudiará bajo cinco divisiones generales como son: (1) la resistencia del Espíritu, (2) la vida rendida, (3) el ejemplo de Cristo, (4) la voluntad de Dios, y (5) la vida sacrificial.

1. LA RESISTENCIA DEL ESPÍRITU. Como se usa en 1 Tesalonicenses 5:19 la palabra *apagar* no significa extinguir en el sentido que el Espíritu pueda quedar extinguido o ser expulsado del corazón. Una interpretación tal estaría en contradicción directa con otros escritos que aseguran que el Espíritu Santo mora en el cristiano para siempre. Se refiere más bien a la supresión de las manifestaciones del Espíritu, o lo que resulta cuando las fuerzas divinas son quitadas de sobre aquel de quien depende la vida espiritual. Como se asegura arriba, el Espíritu es apagado por una actitud de resistencia o indiferencia hacia la voluntad conocida de Dios. En palabras más sencillas, es decir “No” al Señor.

2. LA VIDA RENDIDA. Toda la responsabilidad que descansa sobre el creyente con respecto a apagar el Espíritu, semejante a la que descansa sobre él en cuanto a contristar al Espíritu, se resume en una palabra, *rendición*. En las siguientes divisiones se verá que el requerimiento que asegura la curación de un andar según la carne se concentra en la palabra *andar*, en su relación con el Espíritu Santo. Así en la forma más breve y más vital tres grandes responsabilidades, que condicionan la espiritualidad, se han condensado en tres palabras: *confesión*, *rendición* y *andar*. El contexto en el que se puede encontrar principalmente la vida rendida es Romanos 6:1-23. El tema en ese punto, como se ha notado anteriormente, es la santificación en la vida diaria y sólo mediante el poder del Espíritu Santo. La victoria diaria sobre la carne por medio del Espíritu es hecha posible sobre una base de justicia por el hecho de que Cristo ha sufrido la muerte como el juicio que le pertenecía a la naturaleza caída del creyente. Siguen dos vitales responsabilidades que descansan directa e incesantemente sobre el hijo de Dios: él debe *reconocer* el juicio de muerte que sufrió Cristo, que tenía por objeto la completa ejecución de la naturaleza caída del creyente, y así creer que se ha provisto toda la liberación y hecha posible ahora a un costo infinito; y que él debe *rendirse* a Dios como uno que ha pasado por la crucifixión, muerte y sepultura juntamente con Cristo como sobre su naturaleza caída, y así creer que ahora por la unión con Cristo en la resurrección él es un “vivo de entre los muertos.” El creyente ha de tener los miembros de su cuerpo como instrumentos de justicia para Dios.” Así se ve que la rendición a Dios es más que una

responsabilidad secundaria y aislada. Es tan esencial como toda la doctrina de la santificación experimental que de ella depende. La apelación para vivir la vida consagrada como se presenta en Romanos seis es como sigue: “Así vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, es pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.” El mismo llamamiento se hace otra vez en Romanos 12:1,2, que dice: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.” La presentación total del cuerpo a Dios es llamada aquí un “racional culto”, o quizá mejor: “culto espiritual”, que no es un sacrificio que ha de ofrecerse en muerte, sino un sacrificio viviente que continúa su dedicación a través de toda la vida sobre la tierra. La vida no debe ajustarse al molde de este siglo, sino ser transfigurada por la manifestación de la mente, sin estorbos, divinamente renovada. La Versión Autorizada usa la palabra *transformación* como una traducción de μεταμόρφομαι palabra que probablemente se traduciría *transfigurar* (comp. Mt.17:2; Mr.9:2; 2 Co.3:18). Esta distinción es importante. Una cosa puede ser transformada por una luz que desde afuera brilla sobre ella; pero una cosa es transfigurada solamente cuando la luz es liberada desde el interior. La transfiguración de Cristo no fue desde afuera, sino que fue más bien la brillantez de Su propia gloria, o shekina, esencial. La apelación de Romanos 12:2 es por la manifestación o brillantez de la naturaleza divina que posee el creyente, o sea, la manifestación del Espíritu en la realización de una verdadera vida espiritual. Una consagración tal a la que es llamado, se asegura que daría una plena prueba de lo que es esa *buena*, esa *aceptable*, esa *perfecta* voluntad de Dios. No se puede concebir más rica experiencia que aquella descrita por estas tres palabras descriptivas. Es la vida suprema. Las palabras “Os ruego” con las que principia esta frase (comp. Ef.4:1) están lejos de ser una orden; son una súplica por una específica manera de vida a la que viene a ser el hijo de Dios. No es una súplica por algo que el creyente *debe* hacer para ser salvo, o para mantenerse salvo; es más bien algo que uno haría porque es salvo. La exhortación es para dedicación y no para consagración (como frecuentemente se afirma), siendo que la consagración es un acto solo

de Dios por la cual El toma y aplica lo que se ha dedicado. El cristiano rinde, somete y dedica: Dios debe emplear lo que de esta manera se ha presentado. La llamada reconsagración es también una terminología que se presta a la discusión, aunque ha sido y es generalmente mencionada y practicada. La dedicación, si se hace del todo como ha de ser hecha para Dios, difícilmente habría de hacerse de nuevo. En otras palabras, la dedicación es un acto del todo terminado y no un proceso.

Bien podría hacerse esta pregunta: ¿Por qué a la luz del derecho soberano inherente del Creador sobre la criatura que El ha hecho tendría que haber alguna duda en el corazón humano con respecto a una absoluta conformidad a la mente y a la voluntad de Dios? Como se ha demostrado plenamente bajo la satanología, la primera resistencia a la autoridad de Dios fue introducida por Lucifer, hijo de la mañana, quien, de acuerdo con la Escritura, es el más grande de todos los ángeles. Es él quien capitaneó lo que pudiera haber sido la tercera parte de los ángeles de Dios que le siguieron en su rebeldía contra el Señor, los que llegaron a ser los demonios y poderes malignos de origen sobrenatural, descritos e identificados en el Nuevo Testamento. Este mismo gran ángel entró al Jardín del Edén la degeneración constitucional del primer hombre y la primera mujer, y a través de ellos, la ruina de la raza de la cual sólo podría rescatar la redención del cruento sacrificio del Hijo de Dios. Es evidente que los hombres están caídos y en un estado de independencia en cuanto a Dios, lo que claramente está indicado por el hecho de que es tan difícil, aun para los regenerados, el conformarse a la voluntad de Dios. ¿Por qué ninguna criatura hallaría fácil el ser obediente a Dios? Dios no sólo tiene el derecho inherente y soberano sobre lo que El ha hecho, sino que el más alto destino de cada individuo, sean ángeles o humanos, se encuentra en el cumplimiento preciso de aquello para lo que han sido creados. Nada es tan irracional que suponer que una criatura pueda mejorar su estado o perfeccionar su porvenir confiando la dirección de su vida en sus propias manos. Satanás mismo es el supremo ejemplo de este desatino. Evidentemente, él supuso que estaba mejorando su fortuna al cambiar de su elevada posición y gloria siempre creciente, que por creación le pertenecía, a la de un programa *cósmico* en oposición a Dios. Mas en lugar de su honor y gloria eternos como el más elevado de los ángeles, que en una ocasión era su parte, él tiene que pasar la eternidad en el lago de fuego. En cuanto al destino de Satanás no hay incertidumbre alguna. Ese lago de fuego ha sido hecho “para el diablo y sus ángeles” (Mt.25:41), y es también la respuesta para la criatura que se rebela contra su perfecta autoridad. Si los hombres

han de ir al lago de fuego es porque ellos también han adoptado la filosofía satánica, o independencia de Dios (comp. Ap.20:12-15). A fin de que en tal discusión y en vista de la aplastante derrota y eterna miseria que viene a los enemigos de Dios no dé la impresión de que El hace el papel de un tirano que está dispuesto sólo a destruir a los que se le oponen, se recordará que en el amor de Dios solamente beneficios inconmensurables están preparados para los que hacen Su voluntad; y como un mensaje para los inconversos que el obedecer al Evangelio, conformarse al plan inapreciable de la gracia redentora de Dios, es el primer paso en cuanto a hacer Su voluntad.

3. EL EJEMPLO DE CRISTO. En el aspecto de Su humanidad Cristo vino a ser de esa manera el ejemplo de vida que sólo agrada al Padre. A fin de que El pueda representar el perfecto ideal divino en todo respecto. Aparentemente Cristo no echó mano de Sus propios recursos como miembro de la Deidad, sino que El mismo consintió el ser santo dependiendo del Espíritu Santo, como todo creyente debe hacer. En la misma perfecta conformidad El sometió su vida humana y su mente a la voluntad del Padre. Habiendo entrado en la esfera humana no había otro cauce señalado para El para llegar a ser la perfección del ideal divino. Sobre todo eso, se convierte en uno que entra en la esfera humana para someterse enteramente a la voluntad de Dios. Nada menos que no sea un completo sometimiento, es anarquía en la economía divina.

Regresando por el momento al pasaje respecto a la insubordinación del arcángel, se recordará que su pecado consistió no sólo en rechazar la voluntad de Dios, sino sustituir en su lugar con algo de sus propios designios en vez de esa voluntad. Como una consumación de cinco “yo haré” en oposición a la mente de Dios, Satán dijo: “Seré semejante al Altísimo (Is. 14:13, 14) —como Dios es el único particular en el que la criatura puede asemejarse a El, señaladamente, es actuando en dependencia de Dios; y tal desobediencia es la misma esencia del pecado. Fue la misma desobediencia la que Satán trató de insinuar en la humanidad de Cristo por medio y a través de la triple tentación en el desierto. Como en el caso del primer Adán, no había maldad inherente en la cosa propuesta, así en el caso del postrer Adán las cosas propuestas en sí mismas no eran malas. Como debe ser siempre, el pecado consiste en la desobediencia de la criatura a Su Creador. En esto Su perfecta voluntad vino a ser el modelo de la correcta relación con Dios. De El está escrito con respecto a su venida al mundo: “Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocausto y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para

hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí”, (He. 10:5-7). Al acercarse a la cruz dijo: “Padre, si quieres pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42). Así mismo se ha escrito de El que en la hora más negra de Su separación de un consciente compañerismo con el Padre. Dijo El: “Pero tú eres santo” (Sal. 22:3). El Apóstol escribe de Cristo: “Haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). El, que verdaderamente podía decir: “Porque yo hago siempre lo que le agrada” (Jn. 8:29), y del mismo se dijo: “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (He. 5:8). La absoluta rendición del Gran Hijo a Su Padre, así vino a ser ejemplo de ese sometimiento que es la actitud correcta de todos los que por la obra de la regeneración del Espíritu han sido hechos hijos de Dios. A los tales escribe el Apóstol: “Haya pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Fil. 2:5). La primera palabra de este mandato, ‘haya’, es iluminadora. Por cualquier palabra que se traduzca el vocablo griego, sugiere que la obra de la mente de Cristo se reproducirá en el creyente por, o en lugar de otro, y que la responsabilidad del creyente es la de permitir, o elegir el sentir de Cristo. Una mente de tal modo exaltada jamás podrá ser producida por el creyente mismo, ni sostenida por él; pero el que obra en el hijo de Dios “así el querer como el hacer por Su buena voluntad” (Fil. 2:13) es perfectamente capaz de perfeccionar este gran propósito. Es esencial que los cristianos sepan lo que abarca la mente de Cristo que así ha de ser reproducida en él, de otro modo no puede haber cooperación inteligente en la empresa. De aquí que los elementos esenciales que constituyen la mente de Cristo son enumerados. El pasaje es como sigue: “El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó a lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:6-11). Los siete pasos de humillación seguidos por otros siete pasos de exaltación, que juntamente comprenden esta declaración de la mente de Cristo (comp. He. 12:1-2) no son enumerados meramente para relacionar hechos vitales respecto a Cristo, sino para informar al creyente y así prepararlo para la ejecución de estos grandes valores en su propia vida. Estos siete pasos hacia abajo representan sacrificio, mientras los siete pasos hacia arriba

representan gloria. La cruz es seguida por la corona. No todos los elementos de la mente de Cristo pueden hallar inmediata reproducción en el creyente; con todo se pueden considerar en particular y como representativos de todos. (1) El deseo de Cristo de salir de su esfera nativa y su habitación perfecta y venir, según lo que el Padre eligió lo que El habría de hacer, dentro de este mundo como una expresión de la gracia salvadora de Dios, todo lo cual podría ser expresado con las palabras, "Iré donde tú quieras que vaya", (2) De manera similar también Cristo deseaba ser lo que Su Padre deseaba que fuera, aun el llegar a tener "reputación alguna", y al hacerlo así en efecto, El estaba diciendo a Su Padre: "Yo seré lo que tú quieres que sea"; y (3) en Su obediencia El estaba diciendo virtualmente: "Yo haré lo que tú quieras que haga". Estas y otras palabras similares se cantan muy a menudo, y sin duda al cantarlas es una demanda menor a la de entrar en la directa e inmediata experiencia de todo lo que estas frases encierran. Ciertamente, ésta debe ser la norma de la vida que se ha rendido a Cristo.

En otro ejemplo de la vida rendida es comparada por Cristo a un pámpano en la vid (Jn. 15:1-16). Como antes se ha indicado, el estar en Cristo no es asunto de mantener *unión* con El. Dicha unión mas bien es asegurada por el bautismo del Espíritu y dura tanto como duran los méritos de Cristo, sino que es un asunto de mantener *comunión* con Cristo. Morar en El es continuar en la relación en donde la vitalidad divina puede ser impartida y producir el fruto que honra a Dios. Cuando el cristiano está relacionado con Cristo de este modo, en inquebrantable comunión, la oración es efectiva (Jn. 15:7), el gozo es celestial (Jn. 15:11) y el fruto es perpetuo (Jn. 15:16). Esta vida (que ha de ser anhelada) depende de morar en obediencia. El Salvador dijo: "Si guardareis mis mandamientos estaréis en mi amor; como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y estoy en Su amor" (Jn. 15:10). Una vez más Cristo aparece como el supremo ejemplo de fidelidad. El objeto a la vista con Su propio sometimiento u obediencia a los mandatos del Padre no fue el de mantener la unión, ya que esa nunca podría romperse; sino fue la de mantener la comunión entre el Padre y el Hijo en la esfera de su humanidad. De igual modo, permítase la repetición, el guardar los mandamientos de Cristo de parte del creyente no es para mantener la unión, la que nunca puede ser rota, pero es para mantener inquebrantable la comunión, comunión que depende de encontrar y de hacer la voluntad de Dios. La morada es el resultado de la rendición a la voluntad conocida de Dios, así como Cristo se sometió a la voluntad del Padre. En todo esto Cristo es puesto como el modelo.

Es bueno observar en este punto que el sometimiento a la voluntad de Dios no se demuestra por algún aspecto particular aislado; es más bien asunto de haber tomado la voluntad de Dios como la regla o principio dominante de la vida de uno en su totalidad. Estar en la voluntad de Dios es simplemente estar deseando hacer Su voluntad sin referencia a ningún aspecto distintivo de esa voluntad. Es elegir el que la voluntad de Dios sea la decisión final ante cualquier problema específico que pueda surgir. No es el deseo de hacer alguna cosa, sino la buena voluntad para hacer cualquier cosa cuando, donde y como parezcan mejor a la sabiduría y al amor de Dios. Es tomar una posición semejante a la confianza del niño que consiente libremente al deseo del padre ante cualquier detalle que se presente. La importancia de la distinción es clara. A menudo se dice: "Si El quiere que yo haga cierta cosa, deje que El me muestre qué es y yo determinaré lo que haré al respecto". A esa actitud de corazón nada le es revelado. Debiera ser y debe ser una relación de confianza en la que la voluntad de Dios es aceptada una vez por todas y sin reservas. ¿Por qué habría de ser así? En la mente y el corazón está en acecho el decir: "Señor, te conocía que eres hombre duro . . ." ¿Es El un duro capataz? ¿Hay esperanza alguna de que el hijo de Dios pueda por sí mismo escoger cuál es lo mejor cuando toma enteramente su vida toda en sus propias manos? No es necesario hacerle a Dios ninguna promesa fútil de que ya no pecará más o que los deseos naturales del corazón serán revolucionados sólo en la capacidad humana. El Padre se deleita solamente en lo que es mejor para Su hijo y nunca le impondrá nada ni lo descuidará. Basados en que en todo sentido la voluntad de Dios es lo mejor, hay que convenir que cuando la voluntad es revelada no es difícil ejecutarla. De allí en adelante es Su parte hacer en el creyente "así el querer como el hacer, por Su buena voluntad." Una larga espera puede suceder antes que Su voluntad sea revelada; pero cuando ésta ha sido revelada, no hay lugar a discusión. Dudar es decirle "no" a Dios y apagar el Espíritu.

4. LA VOLUNTAD DE DIOS. De nuevo, un aspecto vital de la vida espiritual (la guianza) debe introducirse en una forma lógica para acercarnos a la verdad que estamos considerando. Ciertas sugerencias generales vienen en orden: (1) La dirección del Espíritu Santo es sólo para los que ya han confiado para hacer la voluntad de Dios. El es capaz de hablar suficientemente alto para hacerse oír de un alma ansiosa. (2) La guianza del Espíritu siempre estará en armonía con las Escrituras que en su aplicación primaria dirige la vida del creyente en esta dispensación. El Cristiano que busca ser guiado puede acudir a las Escrituras con oración expectante; sin embargo la Biblia no es una

rifa mágica. La voluntad de Dios no se halla al abrir la Biblia al azar, en el primer versículo que aparezca, y luego dejarse guiar por su mensaje. Tales nociones desestiman la verdad esencial que la dirección es del Espíritu Santo que, siendo el Morador interno, manifiesta Su guianza dentro del corazón y la mente del creyente; pero ahora no por medio de señales o visiones. El Espíritu puede usar cosas externas, eventos, o circunstancias; sin embargo es todavía una cuestión de Su guianza y no del mero instrumento que El puede emplear. Es de desearse un conocimiento general de la Palabra de Dios como un todo siendo que la guianza está más en armonía con todo lo que la Biblia presenta y no centraliza en un versículo particular. (3) No hay reglas que gobiernen la guianza del Espíritu. Dos personas no son guiadas igualmente y del mismo modo. Se pueden enunciar principios generales como los que aquí se indican; no obstante, la aplicación de éstos varía en cada caso. En vista de la importancia vital de la guianza del Espíritu Santo en cada vida cristiana, la habilidad para ser guiado es uno de los factores de mayor consecuencia en esa vida. Esta capacidad se alcanzará sólo por atención y experiencia personal. Cada Creyente debería de aprender a exaltar la realidad de la morada y presencia del Espíritu y debiera familiarizarse con las maneras del Espíritu en relación a su propia vida. A la luz del hecho de que la guianza del Espíritu prueba así al individuo, es obvio que el buscar dirección aun de los mejores hombres es más peligroso. Dios puede elegir el uso de hombres para dar la dirección que el creyente necesita; todavía, repetimos, no es la guianza del hombre, sino del Espíritu a través de tales hombres. El ser guiados por el Espíritu es ser movido por las más delicadas relaciones que el corazón puede conocer. El ser guiado por la tierna mirada de Su ojo —El dijo: “. . . te enseñaré el camino en que debes andar; sobre tí fijaré mis ojos” (Sal. 32:8)— es mucho más deseable que el “ser sujetado con cabestro y con freno” (comp. v. 9). La apelación a una conciencia mórbida, impresiones equívocas acerca del deber, o una falta de entendimiento de la Palabra de Dios pueden desviar, pero a menudo el error es detectado por el hecho de que la falsa guianza es tediosa, dolorosa y desagradable, mientras que según Romanos 12:2 “la voluntad de Dios es buena, agradable y perfecta”. Dios es quien está obrando en el creyente “lo que es agradable delante de El por Jesucristo” (He. 13:21), porque “El que en vosotros produce así el querer como el hacer, por Su buena voluntad” (Fil. 2:13).

5. LA VIDA SACRIFICIAL. El hacer la voluntad de Dios debe ser siempre voluntario de parte del creyente. El fue salvo de la esclavitud del pecado y trasladado a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Se

le manda estar firme en la libertad con la que Cristo le ha hecho libre. Cristo no es dueño de esclavos. Su sangre redentora no los compró para transferirlos de una esclavitud a otra. El puede decir, no obstante, como a un siervo hebreo en el Antiguo Testamento se le permitió hacer: “Yo amo a mi señor . . . no saldré libre” (Ex. 21:5), y así, por una dedicación enteramente voluntaria viene a ser un siervo de Cristo. Fué así como Cristo vino a ser siervo en la relación humana con el Padre. La frase “has abierto mis oídos” (literalmente, perforado u horadado; Sal. 40:6 R. V. margen), indudablemente relaciona la auto-dedicación de Cristo al tipo establecido en Exodo 21:5, 6. El más alto motivo para someterse a Dios no es meramente un deseo de victoria en la vida diaria o de poder o de bendición; ha de realizarse por la vida de Cristo, que es sacrificial. Sacrificial necesariamente no significa dolor; en este caso es simplemente descriptivo en cuanto a hacer la voluntad de Otro. Algún dolor puede ocurrir en el camino, pero la nota prevaleciente es la de gozo y la experiencia del corazón es de paz.

Entonces, cada hijo de Dios definitivamente debe someterse a El, no con respecto a algún aspecto de su vida diaria, sino de todas las cosas como una aptitud permanente delante de Dios. Aparte de tal auto-dedicación, no hay modo de escapar de la mano disciplinadora del Padre, porque El no puede ni podrá, y no dejará que Su hijo siga viviendo sin las inapreciables bendiciones que Su amor anhela impartir a los que necesariamente están condicionadas para los que han rendido su voluntad. Satán y Cristo están en oposición en cuanto al asunto de hacer la voluntad de Dios. Satán por medio de cinco odiosos “yo quiero” repudió la voluntad de Dios; Cristo, en tantas diferentes declaraciones se encomendó a Sí mismo a la voluntad de Su Padre. Cada voluntad no rendida sólo perpetuará el pecado de Satán. Para ser espiritual y lleno del Espíritu el creyente no debe decir “No” a Dios. “No apaguéis el Espíritu”.

III. “ANDAD EN EL ESPIRITU”

Avanzando en el estudio de la tercera condición para experimentar la llenura del Espíritu Santo habría de reafirmarse que esta condición es de carácter positivo, mientras que las dos que se han considerado son negativas con respecto a lo que no debiera permitirse. El requerimiento positivo concierne a lo que ha de ser ejecutado en la vida por el Espíritu Santo e incluye cosas de largo alcance. La traducción de la Versión Autorizada (en inglés) de un versículo conclusivo, como Gálatas 5:16 es ambigua. Por esta forma de traducción parece que el versículo impone sobre el creyente la

responsabilidad de mantener un andar en el Espíritu Santo, mientras que una traducción más adecuada del texto asigna al Espíritu la ejecución del andar y encarga al creyente la actitud de depender del Espíritu Santo. Es obvio que el cristiano dentro de sí mismo no tiene poder, a pesar de la nueva naturaleza, por el que pueda iniciar, promover o mantener un andar en el Espíritu. Es por causa de esta incapacidad innata que le es dado el Espíritu para que habite en él. La situación completa es contraria y se sugieren imposibles suposiciones cuando se le exige al creyente que ande en su propia capacidad más bien que el andar en el Espíritu Santo. La responsabilidad que descansa sobre el cristiano no es la de intentar el andar; es más bien la de conservar una actitud de confianza y de expectación hacia el Espíritu Santo, dependencia que hará una bendita realidad la de andar movidos por el Espíritu. Una interpretación de este pasaje de Gálatas implica que el creyente ha de guiar o dirigir al Espíritu Santo, mientras que el punto de vista más defendible enseña que el creyente ha de ser guiado en una senda que es de la propia elección divina y que ha de recibir el poder del Espíritu para toda buena obra. La promesa inmediata al creyente es la de que al andar en el Espíritu, los deseos de la carne no llegarán a realizarse. En el mismo contexto (Gá. 5:16-23) en el verso 18 se declara que los que son guiados por el Espíritu no están bajo la ley. Esta declaración es más que una aserción de que el creyente al ser guiado por el Espíritu está libre del sistema mosaico de méritos; más bien se implica que la guianza del Espíritu se abre a un campo de responsabilidad enteramente diferente, campo que abarca toda la voluntad de Dios, un campo más extensamente vasto respecto a lo que incluye, antes que una mera conformidad a normas y leyes. En la esfera de la dirección del Espíritu es contemplada cada fase de la vida personal y del servicio, y se asegura su realización. "Andar en el Espíritu" significa depender del Espíritu. Es propia la figura literaria del acto de andar para representar la continua responsabilidad de vivir diariamente para la gloria de Dios. Cada paso en el proceso del andar físico es una incipiente caída. En cada paso el cuerpo se sale de su balance y avanza fuera del soporte físico dependiendo del paso del pie que se adelanta para recobrar el balance y el soporte. Así el andar en el Espíritu es no sólo una serie de traslados, sino una entrega constante de uno mismo al Espíritu con la confianza y la anticipación de que todo el sostén necesario se efectuará. Todo esto sugiere intimidad personal con el Espíritu Santo. Su presencia ha de ser una actualidad en la experiencia y debe mantenerse la práctica de depender consciente y habitualmente de Su poder capacitador. Esta manera de vida específica es enteramente distinta de los modos y

prácticas de los hombres. El andar por medio del Espíritu es una empresa que pide atención incesante y progreso paciente, buscando su realización. Todos los que nacen en este mundo tienen que aprender a andar como una función propia del cuerpo físico; no es de extrañarse que se requiera que los regenerados aprendan a andar por experiencia y práctica por medio del mismo Espíritu. Debe esperarse que un niño gatee antes de andar y que experimente muchos fracasos antes de ser capaz de caminar libremente. Es igualmente razonable esperar que ocurra cierta cantidad de esfuerzo y fracasos en la senda antes de que el andar en el Espíritu sea perfecto. Indudablemente es sólo una consideración teórica sin experiencia en la mente de la gran mayoría de los creyentes en quienes el Espíritu ha hecho Su morada en el corazón. Para los tales llega a ser un día de un descubrimiento maravillosos cuando quizá con una débil fe depositaron en El sus cargas y descubren por experiencia propia que El está allí, listo y deseoso para efectuar lo que se le ha encomendado. No es preciso ir más allá para demostrar que si el poder del Espíritu ha de hacerse efectivo uno tiene que pasar del campo de las teorías de Su Persona preciosa aún para dar el primer paso en el andar en el Espíritu. No se puede dar ningún paso inteligente hasta que se establezca en la mente alguna distinción en cuanto a la diferencia en método y práctica entre el andar dependiendo de uno mismo o sea, de la carne, y andar en dependencia del Espíritu. Otra vez aquí las reglas son de poca ayuda. El andar en el Espíritu debe ser el resultado de la experiencia personal —no el intento de imitar a otros, sino el resultado de la prueba de fe de uno mismo. Es probable que como un método general hacer por la mañana un encarecimiento de todo lo que le espera a uno durante el día es efectivo, aunque a menudo se necesitan otros especiales mientras el día avanza. El aspecto importante está en el carácter de dicho encarecimiento. No es meramente pedir la ayuda necesaria para el día (práctica muy común entre creyentes espirituales); es entrar en un pacto de entendimiento definido con Dios en el que se renuncia a las habilidades y recursos naturales y se ejercita la confianza en el Espíritu de que El mismo actuará y motivará la vida entera. Estos ejercicios de fe han de ser suficientemente definidos de modo que produzcan una verdadera expectación y se observe un tiempo de evaluación y de acción de gracias al finalizar el día. Una verdadera confianza en la mañana requerirá una supervisión y un recuento al pasar el día. Entonces, a la luz del éxito o fracaso, se pueden aprender lecciones acerca del verdadero progreso de uno en un andar espiritual.

Aquí sería de orden agregar una palabra sobre lo que anteriormente se ha presentado en relación al aspecto experimental

de andar en el Espíritu, especialmente en lo relativo a la experiencia del creyente, no hay indicación, manifestación o identificación, ya sea de la presencia o de la actividad del Espíritu más allá de los resultados perceptibles que El ejecuta. La mente humana continúa pesando todos los aspectos, las afecciones y deseos que todavía dominan, y la voluntad actúa con libertad y responsabilidad normales. El punto que hay que notar es que el Espíritu, enteramente aparte de cualquier intromisión de sus propias facultades está operando —excitando— en el creyente así el querer como el hacer de lo que agrada a Dios (Fil. 2:13). El hecho y la fuerza de la energía del Espíritu se verán en la calidad de los resultados y no en el reconocimiento de alguna de sus maneras de obrar. Con todo, el creyente verdaderamente sincero de corazón y por causa de los verdaderos resultados será impelido a la acción de gracia cuando esa vida sea así perfeccionada. En muchas ocasiones la vida espiritual ha estado mal fundada y por lo tanto, mal comprendida. Se ha creado la impresión que las funciones naturales de la vida humana han de ser desechadas y que han de adormecerse la mente y voluntad, a fin de que el Espíritu pueda ejercitar Su propia mente y voluntad. Tal noción es extraña a los planes de Dios tal como se revela ese propósito en el Nuevo Testamento. Como lo hizo con Gedeón, el Espíritu se reviste del cuerpo y las facultades del creyente y, sin manifestarse a sí mismo, obra en y a través de esas facultades. Aunque de este modo oculto en cuanto a la observación, así actúa el Espíritu sencillamente, sin complicaciones. En vista del tremendo aspecto y resultados en la vida del creyente es evidente, en definitiva, que la mayor importancia está en la actitud de confianza del creyente.

Con esta introducción del tema en la mente, se puede prestar atención al descubrimiento que el cristiano encara incesantemente, en el lado negativo de su vida espiritual, a tres enemigos superiores: al mundo, la carne y el diablo; y en el lado positivo de la vida espiritual él está ante la sobrehumana responsabilidad de llenar la medida de perfección en todo lo que entra en esas manifestaciones que juntas constituyen la llenura del Espíritu. Una gran parte de este volumen se ha dedicado al estudio de estos elevados aspectos que constituyen la vida y servicio del creyente. No es necesario repetir todo este aspecto de la verdad. Sin embargo, nos resta ver que la victoria, tanto en la esfera del conflicto con los enemigos, como en la manera de vida y de servicio que honran a Dios dependen enteramente de una relación con el Espíritu, la que no es estorbada por la presencia del pecado y que confía activamente en El para la ejecución de Su perfecta voluntad. De este modo se ve al hijo de Dios nuevamente frente a la

cuestión de su verdadera dependencia del Espíritu morador. Puede fácilmente llegar a ser el principio de una vida espiritual efectiva por parte de un cristiano que cree y practica la Palabra de Dios con respecto a las provisiones que le pertenecen, que le han sido dadas por el Espíritu. El racionalismo está directamente opuesto a la fe. Hay quienes se rebelan contra la enseñanza de que la salvación es por la fe sola. Se rebelan ya porque no conocen o porque no creen la Palabra de Dios. Igualmente hay quienes se rebelan contra la enseñanza de que una inquebrantable victoria en la vida diaria del creyente se obtiene sólo por la fe, y esto también es porque no saben, o no creen, las Escrituras. La doctrina concerniente a una santidad de vida producida divinamente no se apoya en uno o dos textos para probarse. Es uno de los grandes temas, si no el más extenso, de todas las epístolas; porque no sólo se enseña la doctrina en su extensión, sino que cada requerimiento al cristiano está basado sobre principios exactos revelados en la doctrina. Es uno de los más vitales elementos de las provisiones que caracterizan la edad de la gracia.

1. EL MUNDO. El sistema satánico del *cosmos*, llamado el *mundo* ha sido extensamente definido en anteriores capítulos de esta obra. En este sistema del *cosmos* los cristianos deben vivir y aun guardarse sin mancha de él (Stg. 1:27). No se puede definir bien el límite que separa el mundo y lo que es la esfera correcta de la vida espiritual. Nada sino una dirección personal del Espíritu determinará la solución de este problema. Es aquí en donde los cristianos necesitan aprender a tener gracia los unos con los otros. Las Escrituras afirman que los que son fuertes están en libertad para hacer lo que los débiles no pueden hacer con éxito. Así, los débiles deben evitar el juzgar a los fuertes, y es esencial que éstos eviten el poner tropiezo en el camino de los débiles. El Apóstol declara: "Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones, porque uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, come legumbres. El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; pero Dios le ha recibido." Nada puede ser más definido que esta enseñanza, que afirma que cada hombre en sinceridad ha de estar persuadido en su propia mente. Si por casualidad alguno cometiera un error bajo estas circunstancias, hay que recordar que los cristianos han de rendir cuenta a Dios y no los unos a los otros al fin de cuentas (comp. Ro. 14:4). Tal es la necesidad ciertamente que se ha presentado, tanto de la dirección del Espíritu Santo con relación a todo lo que surja como un conflicto entre el creyente y el sistema mundano, y también una provisión definida por la que el creyente puede clamar sobre el principio de fe para ser capacitado del poder del Espíritu Santo para vencer las tentaciones del sistema mundano.

Para andar en el Espíritu Santo en su relación con el *sistema mundano*, irremisiblemente se requiere poner en práctica una positiva dependencia del Espíritu.

2. LA CARNE. Lo que dentro del cristiano codicia contra el Espíritu Santo, creando varios problemas, en el Nuevo Testamento es llamado *la carne*. Los cristianos descuidados no están interesados en la Persona y obra del Espíritu, o en los exactos distintivos que condiciona la verdadera espiritualidad; pero estos distintivos y verdades apelan a los que realmente desean una vida que agrade a Dios. Satanás tiene fosos e imposturas en el campo de las más profundas realidades espirituales. La mayoría de estas falsas enseñanzas están basadas en una errada comprensión de la enseñanza bíblica acerca del pecado tal como éste se relaciona con el creyente. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16, 17). De igual modo, en la misma Epístola se insta a los creyentes a fin de que puedan “estudiar” y “dividir correctamente” la Palabra de verdad. Hay que notar que dos de los cuatro valores de la Escritura en la vida del “hombre de Dios”, como se halla en el pasaje anterior, son de reproche y corrección. Muy pocos de los que han abrazado un error tienen un espíritu presto para aprender! Parece que una de las características de los que han abrazado los errores satánicos es que jamás se inclinan a reconsiderar honestamente sus bases. Ellos solamente leen su literatura sectaria y desorientadora y evitan a menudo oír cualquier enseñanza correcta de la Palabra de Dios. Esta dificultad es aumentada en gran manera cuando su error los ha llevado a asumir alguna posición injustificable con respecto a una supuesta liberación del pecado, o de logros personales de la santidad. A los tales les parece que una “corrección” o “reproche” es una insinuación hacia la apostasía, y nadie que tenga una mente celosa escogería tal proceder. Muchos errores medran en este sentido sin ningún otro impulso que el celo humano, siendo la Palabra de Dios distorsionada persistentemente a fin de sostener sus humanas teorías. Muchos de estos errores son reprobados y corregidos cuando se reconocen la distinción fundamental entre la *posición* del cristiano en Cristo y *experiencia* en su vida diaria. Todo lo que Dios ha hecho por los creyentes en Cristo es perfecto y completo; pero tal perfección no debe confundirse con la conducta imperfecta de la vida diaria.

3. EL DIABLO. La Biblia representa a Satán como el enemigo de estos santos de Dios, y se ve que esto es la verdad especialmente en los santos de esta dispensación. Entre Satanás y los inconversos no

hay controversia, porque ellos son parte de su sistema mundano. Ellos no han sido liberados del poder de las tinieblas y trasladados al reino del Amado Hijo de Dios (Ef. 2:2), y Dios es el poder vigorizador de los salvos (Fil. 2:13). Todo ser humano está o bien bajo el poder de Satanás o bien bajo el poder de Dios. Esto no quiere decir que los cristianos no puedan ser influenciados por Satán o que los perdidos no puedan ser influenciados por el Espíritu de Dios, sino que la vida de cada hombre está ligada a uno u otro dominio; y más aún, el dominio de Satán no está caracterizado en todo sentido por cosas que son inherentemente malas como se estima la vida del mundo. El vital propósito de Satán es “ser como el Altísimo” (Is. 14:14), y él aparece como un “ángel de luz” y sus ministros “como ministros de justicia” (2 Co. 11:13-15). Sus seguidores, en su papel de “ministros de justicia” predicán un evangelio de reformación y una salvación lograda por el carácter y comportamiento humano, en vez de una salvación que ha sido alcanzada sólo por gracia desconectada de toda virtud humana. Por tanto el mundo, a pesar de todas sus normas morales y su cultura, no está necesariamente libre del poder y control energético de Satán. El es quien siempre promueve formas de religión y de excelencias humanas aparte de la redención que es en Cristo, y el mundo, evidentemente, está movilizándose para intentar lo mismo. El ha cegado a los incrédulos, pero sólo en relación a una cosa: Están ciegos para que la luz del glorioso evangelio no les resplandezca (2 Co. 4:3, 4). La enemistad de Satán siempre ha sido dirigida contra la Persona de Dios solamente y no contra la humanidad como tal. Sólo cuando los hombres han sido “hechos participantes de la naturaleza divina es cuando tienen que enfrentarse con este poderoso enemigo. Los disparos de sus “terribles dardos son dirigidos realmente contra Dios quien vive en ellos. Sin embargo, el conflicto no es menos real y el enemigo es sobrehumano.” “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos de la coraza de justicia” (Ef. 6:12-14). Estos gobernadores de las tinieblas de este siglo, los poderes espirituales de iniquidad de los que aquí se dice que sostienen un constante conflicto en contra nuestra, no pueden ser vencidos por la estrategia o poder humanos. La Biblia no sanciona la torpe suposición de que el Diablo huirá ante la mera resistencia de determinada voluntad humana. Nosotros debemos “resistir al diablo”, pero debe ser hecho mientras “estemos

firmes en la fe” y “sometidos a Dios” (Stg. 4:7; 1 P. 5:9). Satanás, por razón de creación, siendo superior en gloria a toda otra criatura, no puede ser vencido por ninguna de ellas sin ayuda especial. Aun de Miguel el Arcángel se dice que no usó de juicio de maldición en contra suya cuando “contendió con el diablo”, sino que dijo: “El Señor te reprenda”. El Arcángel Miguel no contendió con Satán sin previa autorización. El, más bien tuvo que depender del poder de Otro, actuando así sobre un principio de dependencia. Ciertamente, un cristiano con todas sus muchas limitaciones actuales, debe apelar al poder de Dios en el conflicto con este poderoso enemigo, y, desde luego, él es amonestado a hacer esto: “Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (del malo V. R.) (Ef. 6:16).

El conflicto del creyente con Satán es tan feroz e incesante como solo ese ser superhumano puede hacerlo. Delante de él los cristianos en sí mismos son como nada; pero Dios se ha anticipado a este desamparo y ha provisto una perfecta victoria por medio del Espíritu que mora en el creyente. “. . . porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Jn. 4:4). Por causa del poder de su nuevo enemigo un cristiano debe “andar en el Espíritu” si quiere ser vencedor sobre el diablo.

CAPITULO XVI

DOCTRINAS RELACIONADAS

Siendo que el problema de la influencia de la carne en el cristiano es interno y siempre presente, hay tres importantes doctrinas involucradas en esta discusión, como son: (1) la doctrina de la participación del creyente en la muerte de Cristo, (2) la doctrina de la perfección, y (3) la doctrina de la santificación. Estas están estrechamente relacionadas, especialmente las dos últimas; y la primera viene a ser la base sobre la cual las dos últimas son hechas posibles, como se verá. Se habrían evitado muchas suposiciones sin garantía y fanáticas nociones con respecto a la perfección y la santificación si se hubieran observado las Escrituras que tratan de estas doctrinas. De nuevo aquí deben tomar un lugar importante la reprobación y la corrección (2 Ti. 3:16, 17) si así se le permitiese.

Aunque ya se ha tratado ampliamente en páginas anteriores, hay que llamar la atención en primer lugar a los términos “hombre viejo” — *παλαιὸς ἄνθρωπος* — y “pecado” — *ἁμαρτία* — con referencia a la vieja naturaleza. La palabra *carne* tiene un significado lato, y dentro de sus límites y cosas concernientes están estos dos factores: el “hombre viejo” y el “pecado”. Aunque estos factores son similares al grado que pocos pueden hacer la diferencia entre ellos, es bueno prestar atención a los pasajes que se relacionan con ellos.

El término “hombre viejo” se usa sólo tres veces en el Nuevo Testamento. Una tiene que ver con la *posición* presente del “viejo hombre” a través de la muerte de Cristo (Ro. 6:6). En los otros dos pasajes (Ef. 4:22-24 y Col. 3:9) el hecho de que “el viejo hombre” ha sido quitado para siempre viene a ser la base de apelación para una vida santa. Está escrito en Romanos 6:6: “Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.” Aquí no puede haber referencia a la experiencia del cristiano, sino más bien a una co-crucifixión con El, y más evidentemente al tiempo y lugar en que Cristo fue crucificado. En el contexto este pasaje sigue inmediatamente a la afirmación de la transición del primer Adán al postrer Adán como su cabeza federal (Ro. 5:12-21). El primer Adán, como si se hubiera efectuado en el creyente, fue juzgado en la crucifixión de Cristo. El “hombre viejo”,

la naturaleza caída heredada de Adán, *fue* crucificada con El. Esta crucifixión, como se ha visto, es de la mayor importancia, de parte de Dios, en hacer posible una verdadera liberación del poder del “hombre viejo”. Debe lograrse un justo juicio contra la naturaleza pecaminosa antes de que una obra divina pueda ser realizada en pro de la liberación. El juicio ahora está asegurado por la cruz, y el camino queda abierto para la bendita victoria mediante el Espíritu. En el segundo pasaje en donde se usa el término “hombre viejo”, el hecho de que el “hombre viejo” ya fue crucificado con Cristo es la base de una apelación para pasar al siguiente: “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de verdad” (Ef. 4:22-24). En el tercer pasaje la posición en Cristo sugiere nuevamente una experiencia correspondiente: “No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:9, 10). *Posicionalmente* el “hombre viejo” ha sido quitado para siempre. *Experimentalmente* “el hombre viejo” permanece como una fuerza activa en la vida que sólo puede ser controlada por Dios. Los mismos cristianos se benefician de la suficiencia cuando renuncian enteramente al pensamiento de tener compromiso con, o la tolerancia del fruto de la vieja naturaleza y por fe contar con la agencia divinamente propuesta para la victoria por la dependencia del Espíritu. El resultado de “reconocerse” como muerto y “hacer morir vuestros miembros” será preparar el camino para que el Espíritu produzca en la vida las manifestaciones del “nuevo hombre.” Eso, no obstante, ha sido hecho por Cristo en su lugar. Ni puede él controlar al “hombre viejo”. “Vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Ro. 13:14). El fruto del “viejo hombre” y el fruto del “nuevo hombre”, se recordará, están claramente contrastados en Gálatas 5:19-23: “Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disenciones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes... Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley (control propio V. R.). No hay base bíblica para hacer distinción entre la “naturaleza adámica” y la “naturaleza humana”. El hombre natural no tiene sino una sola naturaleza, mientras que el regenerado tiene dos. Hay sólo una naturaleza caída, que es la de Adán, y no hay sino una sola naturaleza que viene de

Dios, la “nueva”. El “hombre viejo”, entonces es la naturaleza adámica que ha sido juzgada en la muerte de Cristo. Todavía habita con el salvo como un principio activo en su vida, y su victoria *experimental* sobre ella será realizada únicamente a través de una confianza completa y definida en el Espíritu morador. “El hombre viejo” es una parte, desde luego, pero no todo, de la “carne”.

En ciertas porciones de las Escrituras, especialmente Romanos 6:1-8:13 y 1 Juan 1:1-2:2, hay también una importante distinción entre dos usos de la palabra *ἁμαρτία*, *pecado*. Serán obvios los dos significados si se recuerda que la palabra algunas veces se refiere a la naturaleza adámica, y otras, al mal resultante de esa naturaleza. El pecado, como una naturaleza, es la raíz de los pecados que se cometen. *Pecado* es la raíz que produce su propio fruto en pecados, que es mala conducta. *Pecado* es el “hombre viejo”, mientras que *pecados* son las manifestaciones en la vida diaria. Pecado es lo que el individuo es por nacimiento, mientras que pecados es el mal que él comete en la vida. Hay abundante testimonio bíblico en cuanto al hecho de que la “carne”, el “hombre viejo” o “pecado” son la fuente del mal, y quedan en la vida del hijo de Dios tanto como él permanezca en el cuerpo. Los creyentes tienen un bendito tesoro en la posesión del “hombre nuevo” como morador; pero ellos tienen este “tesoro en vasos de barro”. Lo terrenal es el “cuerpo de nuestra humillación” (2 Co. 4:7; Fil. 3:21). La personalidad —el ego— queda con su misma individualidad a través de todas las de la gracia, aunque se experimente el más grande avance posible, transformación y regeneración desde su estado de perdición en Adán hasta el de perdonado, justificado y salvo en las posiciones y posesiones de un hijo de Dios en Cristo. Lo que estaba perdido se dice que es perdonado, justificado, salvado y recibe la nueva naturaleza divina, que es vida eterna. Lo que estaba muerto es nacido otra vez y llega a ser una nueva criatura en Cristo Jesús, aunque queda la misma personalidad que nació de determinados padres según la carne. Aunque nacido de Dios y poseedor de una nueva naturaleza divina, la debilidad de la carne y la disposición de la naturaleza pecaminosa mora hasta que llegue el cambio final de su residencia de esta tierra al cielo. En 1 Juan 1:8 y 10 se hace una clara advertencia contra cualquier presunción concerniente al pecado. En primer lugar se advierte a los cristianos que suponen no tener ya la naturaleza pecaminosa: “Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.” Esta es distintivamente una palabra que concierne a la naturaleza pecaminosa del cristiano y que en modo alguno tiene aplicación a los perdidos. Es dirigida a los creyentes, y a todos los creyentes. No debe suponerse

que en el pasaje se hace referencia a alguna clase de cristianos desafortunados, ignorantes o no santificados. Aquí no hay distinción de clases sean cuales fueren. Es el testimonio del Espíritu de Dios con referencia a *toda* persona regenerada. Si alguno dijere que no tiene naturaleza pecaminosa significa que el tal se engaña a sí mismo y la verdad no está en él. Evidentemente, este pasaje se propone corregir a aquellos cristianos que proclaman ser libres del pecado innato y que pueden haberse hecho creer que lo son en realidad. Una mente auto-satisfecha no es necesariamente la mente de Dios. En el mismo pasaje también se advierte a los cristianos en contra de andar diciendo que ellos no tienen pecado, siendo que los pecados son el fruto de la vieja naturaleza: “Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a El mentiroso y Su palabra no está en nosotros (1 Jn. 1:10). Nada puede ser más específico que esta declaración. Es posible que a un cristiano se le pueda haber enseñado a decir que él no ha pecado; pero aquí hay una palabra de reproche cuando se le coloca frente al testimonio del Espíritu de Dios. Otra vez, no se dice esto con relación a cierta clase de creyentes no consagrados; es algo concerniente a todos los cristianos. Alejarse de la clara enseñanza de este gran pasaje correctivo es “hacer a Dios mentiroso” y descubrir que “Su palabra no está en nosotros”. La fuente de pecado es, entonces, la naturaleza pecaminosa, y no la nueva naturaleza divina. Esta importante verdad está señalada en la misma Epístola un poco más adelante en un pasaje que en primer lugar enseña que los cristianos ahora no *practican* el pecado ilegalmente como lo hacían antes de haber recibido la nueva naturaleza divina; pero también enseña que no puede adjudicarse el pecado a la naturaleza divina como su fuente: “Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente (es decir, la naturaleza divina) de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (3:9). Es evidente que la nueva naturaleza es algo que ha sido engendrado de Dios y por causa de la presencia de esta naturaleza aquel en quien El mora ahora no practica el pecado como lo hacía antes de ser salvo, ni jamás el pecado puede ser producido por la nueva naturaleza que procede de Dios. El pasaje no enseña que los cristianos no pecan, ni aun que algunos cristianos no lo hacen; ya que no hay aquí a la vista alguna clase de cristianos, lo que aquí se dice es cierto en cuanto a todos los que han sido “engendrados de Dios”. En las Escrituras se enseña mucho más, siendo que hay dos naturalezas en el creyente, hay un conflicto entre la nueva naturaleza, operado por el Espíritu, y la vieja naturaleza, que trabaja a través de la carne. “Digo pues: Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne, porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la

carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieres” (Gál. 5:16, 17). Otro aspecto de esta verdad es tratado extensamente en Romanos 7:15-8:4. En este pasaje al viejo “yo” se le ve en activa oposición al nuevo “yo”. Algunas veces se aboga en favor de que este pasaje se refiere a una experiencia en la vida del Apóstol antes de ser salvo. Esto da lugar a serias discusiones. Un conflicto tal no puede relacionarse bíblicamente a Saulo de Tarso, y por ende a ninguna otra persona inconversa. Saulo de Tarso no era un “hombre desdichado”, él fue un fariseo auto-satisfecho, viviendo “con toda buena conciencia” y “en cuanto a la justicia que es en la ley irreprochable”. Fue sólo cuando él empezó a “deleitarse en la ley de Dios en el “hombre interior” que fue experimentando el más profundo conflicto. Así también algunas veces el alegato es hecho en relación al tiempo cuando Pablo estaba en una ocasión únicamente bajo la ley de Moisés y así no podría aplicarse a ningún gentil, ya que la ley de Moisés no se dirigía a los gentiles. Es muy cierto que la ley no fue dada a los gentiles. El propósito primario de este pasaje no es el de establecer alguna característica distintiva de un judío convicto bajo la ley; representa plenamente a un santo de la actualidad confrontado ante la imposibilidad revelada de Dios, no solo por causa de la impotencia humana, sino a causa de un principio activo que se opone y que se halla en la “carne”. Como se ha visto, la mente y la voluntad de Dios para el creyente bajo la gracia es infinitamente más imposible en la fuerza humana que la ley de Moisés. Tanto más se encuentran cristianos que son “hombres miserables” cuanto procuran afrontar su propio conflicto sin más ayuda que el “brazo de carne”. La Ley de Dios, como se indica en el Nuevo Testamento, algunas veces significa su propia voluntad a favor de Su pueblo más bien que la “ley de Moisés” simplemente. Es claro que el conflicto en este pasaje de Romanos es entre el *mal* y el *bien*, en términos generales, más bien que un asunto de la ley de Moisés. Si los creyentes bajo la gracia no están a la vista en Romanos capítulo 7, ni se encuentran en el capítulo 8, porque pasando de un capítulo al otro no hay discontinuación en el desarrollo de la doctrina ni en su aplicación. En contraste con este punto de vista se ha señalado que hay una crisis particular indicada por las palabras de 7:25: “Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, más con la carne a la ley del pecado.” Como quiera que ésta realmente no es una palabra de gratitud por la salvación, sino que es una palabra de alabanza por la liberación del pecado reinante. Y es la liberación de uno que pudo decir en seguida: “Así con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado”. Esta afirmación difícilmente puede describir la experiencia de un

hombre no regenerado. Arriba en el contexto la ley de Moisés ha sido puesta a un lado como la regla de vida para un creyente de hoy (6:14-7:6), y la nueva ley de Cristo (1 Co. 9:21; Gá. 6:12; Jn. 15:10), la “vida en Cristo Jesús” (Ro. 8:2), o la que es reproducida en el creyente por el Espíritu (Ro. 8:4) ha aparecido a la vista. No se hace mención del Espíritu en este pasaje. Por tanto, no es ni siquiera un conflicto entre el Espíritu y la “carne”; es mas bien uno entre el nuevo “yo” y el viejo “yo”. Es el nuevo “yo”, el hombre regenerado, aislado por ese tiempo, del poder capacitador del Espíritu, y viéndolo enfrentarse solo en sus propias fuerzas ante la ley de Dios (vs. 22, 23, 25). Aquí se levanta una cuestión vital: ¿Puede el hombre regenerado, aparte del Espíritu, cumplir toda la voluntad de Dios? La respuesta es clara. Aunque él se “deleita” en la ley de Dios (en lo que ningún hombre no regenerado se deleita (comp. Ro. 3:10-18; 1 Co. 2:14), él debe descubrir el poder divinamente provisto para vivir lo que es únicamente por la muerte de Cristo (v. 25), y a través del poder del Espíritu (8:2). Aparte de esto aún para él no hay sino una continua derrota.

El pasaje, con algunas interpretaciones, como se ha presentado anteriormente, es como sigue: “Por lo que yo (a causa de la vieja naturaleza) hago (a causa de la nueva) no lo alcanzo; por que lo que yo no quiero (el nuevo), eso hago (el viejo). Y si lo que no quiero (el nuevo), esto hago (el viejo), apruebo (el nuevo) que la ley (o voluntad de Dios para mí) es buena. De manera que ya no soy yo (el nuevo) quien hace aquello, sino el pecado (el viejo) que mora en mí. Y yo sé que en mí (el viejo), esto as, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí (el nuevo), pero no el hacerlo (el viejo); porque no hago (el viejo) el bien que quiero (el nuevo), sino el mal que no quiero éso hago (el viejo). Y si hago (el viejo) el mal que no quiero (el nuevo), ya no lo hago yo (el nuevo), sino el pecado (el viejo) que mora en mí. Así que, queriendo yo (el nuevo) hacer el bien, hallo esta ley (no una ley de Moisés): que el mal está en mí (el viejo). Porque según el hombre interior (el nuevo) me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros (el viejo), que se rebela contra la ley de mi mente (el nuevo que se deleita en la ley de Dios), y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros (el viejo). ¡Miserable (cristiano) de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (vs. 15-24).

La respuesta a esta gran pregunta y exclamación de desaliento con que el pasaje termina se da en un versículo siguiente (8:2): “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”. Esto es más que la liberación de la ley de Moisés, es la inmediata liberación del pecado (el viejo hombre) y de

la muerte (su resultado; comp. Ro. 6:23). El efecto de esta liberación se indica por la bienaventuranza registrada en el capítulo ocho, en contraste con la miseria registrada en el capítulo siete. Es todo lo del desamparado y vencido “yo” en un caso, y del suficiente y victorioso “yo”, por la capacitación del Espíritu, por otra parte. Los cristianos, entonces, han de ser libertados por la ley o poder del Espíritu. Pero hay que llamar la atención de nuevo al hecho, como se afirma en 7:25, que es posible solamente “por Jesucristo, Señor nuestro”. Los creyentes son liberados por el Espíritu, pero puede efectuarse justamente por Jesucristo Señor nuestro, por causa de su unión con El en Su crucifixión, muerte y sepultura.

I. LA PARTICIPACION DEL CREYENTE EN LA MUERTE DE CRISTO

La doctrina que exhibe la participación del creyente en la muerte de Cristo ocupa un lugar en las Epístolas de San Pablo y es la base sobre la cual la vida cristiana es hecha posible. Nada puede ser más explícito o determinante que la palabra del Apóstol en Gálatas 5:24, que declara: “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.” En este texto se hace referencia a ese aspecto especial de la muerte de Cristo que fue y es un juicio de la naturaleza pecaminosa del creyente y sobre la base en la cual el Espíritu Santo, que vive en el creyente, está en justificada libertad para tomar control de la naturaleza pecaminosa. Todas las formas de perfección y de santificación (que pronto han de ser estudiadas) que relacionan a la experiencia diaria en la cuestión de la liberación de la naturaleza pecaminosa, se derivan enteramente de esta muerte sustitutora de Cristo tomando el lugar de la naturaleza pecaminosa. La liberación es efectuada por el Espíritu solo y la libertad del Espíritu para vencer la naturaleza pecaminosa depende enteramente de la verdad de que ella ha sido juzgada por Cristo en la cruz. No obstante, lo que Cristo ha efectuado es provisto para, y espera una inteligente apropiación de parte del creyente.

En Romanos 6:11-13 se introducen tres verbos que presentan en orden lógico la responsabilidad de los cristianos al dirigir la acción de su propia voluntad.

Primero, *considerar*: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (v. 11). La exhortación presentada en este pasaje significa simplemente creer estos hechos revelados de la unión con Cristo, considerándolos como a uno mismo, y creerlos suficientemente tal como para actuar sobre ellos con confianza.

Segundo, no *permitir*: “No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que le obedezcáis en sus concupiscencias” (v. 12). *No deis sanción al pecado* es el pensamiento aquí, pero la prohibición que se halla en las palabras “No reine” implica que el plan seguido está de acuerdo con la promesa de Dios de vencer al pecado por una dependencia del Espíritu Santo.

Tercero, *presentar*: “Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.” (v.13). Esta exhortación presenta desnuda la misma esencia del acto de depender del Espíritu. “Presentad vuestros miembros por instrumentos de justicia” como harían los que se fundan en el terreno de la resurrección.

En una reconsideración de la muerte de Cristo relacionada con la naturaleza pecaminosa —reafirmación que parece obligada para completar esta declaración de la verdad respecto al andar por medio del Espíritu Santo, y para concluir el estudio de la porción más extensa de la Escritura relativo a la vida espiritual— se puede decir que por la muerte de Cristo tanto la *pena* de los pecados cometidos fue llevada por todos los hombres, y el *poder* del pecado fue destruido y juzgado para los hijos de Dios. El cumplimiento de todo esto fue un problema de infinitas dimensiones, porque el pecado es en primer término contra Dios, y únicamente Dios puede tratarlo. La Biblia retrata el pecado desde el punto de vista divino. También descubre un problema de Dios, que fue creado por el pecado, y describe Su manera y método exacto de solucionarlo.

El tema que estamos considerando concierne a la muerte de Cristo solamente en el sentido en que ese sacrificio se relaciona con el juicio divino del pecado y la sublime revelación de que la obra del juicio ahora es enteramente cumplida a favor del creyente se relata en Romanos 6: 1-10. Este pasaje es el fundamento de, así como la llave a la posibilidad de un “andar en el Espíritu.” Incluso se declara que los cristianos no tienen que “continuar en el pecado; sino, por el contrario, deben andar “en novedad de vida.” “El pecado no se enseñoreará de vosotros”, se declara, y el hijo de Dios no debe ser un esclavo del pecado por más tiempo. Con este fin El ha efectuado Su obra en la cruz. Entonces, cuán importante es ante Sus ojos la calidad de la vida diaria del cristiano; porque la muerte de Cristo no sólo contemplaba su eterna beatitud en gloria, sino también su andar presente. La vieja naturaleza debía ser juzgada a fin de que Dios tuviera libertad de tratar con ella en la vida diaria del creyente aparte de cualquier juicio futuro. ¡Cuán tremenda destrucción caería sobre el inconverso si Dios tuviera que juzgarlo por sus pecados antes de

que pudiera ser salvo! “Castígame, oh Jehová, más con juicio; no con tu furor, para que no me aniquiles” (Jer.10:24). ¡Cuán grande es su misericordia! También El ya ha tomado el asunto del pecado y lo ha solucionado a favor de todos los hombres en la muerte de Cristo, el sustituto. Es por esto que El puede ahora salvar del castigo del pecado. Aún así, cuán lejos ha ido Su misericordia, siendo que también El ha entrado en el justo juicio del “viejo hombre! Y por esto ahora Dios es capaz de librar del *poder* del pecado a Sus hijos. Se dice que “el viejo hombre ha sido crucificado con El” y que ha “muerto al pecado” juntamente con Cristo y que “ha sido sepultado con El”, así mismo que participa de Su vida resucitada. Se ha revelado que todo esto fue para servir un gran propósito: que también nosotros “andemos en novedad de vida”, así como Cristo “fue levantado de entre los muertos para la gloria del Padre”, ¡qué liberación y qué andar pueden experimentar siendo que todo es de acuerdo con el poder y gloria de la resurrección!

Puede agregarse que la resurrección no es meramente la antítesis de la muerte; es la introducción al poder y al ilimitado campo de la vida eterna. En esa nueva esperanza y por ese nuevo poder ahora pueden andar los cristianos.

El pasaje empieza así: “¿Qué, pues diremos? ¿Perseveraremos en pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera; porque los que hemos muerto (nosotros que hemos muerto al pecado- V. R.) ¿cómo viviremos aún en él? Así también los versículos 7,8,11 y Col. 2:20 y 3:3, tratan el mismo asunto. En los capítulos precedentes de esta Epístola a los Romanos se ha presentado la seguridad de la salvación. Al principio de este pasaje se presenta la cuestión de la salvación al punto de la santificación de la vida diaria. Este segundo aspecto de la salvación se provee únicamente para el que ya es salvo y seguro. “¿Perseveraremos (los que ahora somos salvos y seguros) en pecado?” No *volverían* ellos a hacerlo así, como hijos de Dios, y no es *necesario* que ellos lo hagan siendo que ahora están “muertos al pecado.” Pero ¿quién está “muerto al pecado”? Es la verdad que todo cristiano siempre ha experimentado el estar muerto al pecado? Jamás ha habido ninguno. Pero se dice que la muerte mencionada en este pasaje ha sido efectuada para cada creyente. Aquí se dice que todos los cristianos han muerto al pecado. Una muerte que los incluye a todos no podría tenerse como *experimental*. Es más bien *posicional*. En relación a su naturaleza pecaminosa, Dios *reconoce* a todo creyente el haber muerto *en* Cristo; pues solamente así pueden ellos “andar en novedad de vida” como los que están “vivos en Dios.” No es necesario pecar por más tiempo. Los cristianos no pueden defender el poder de una tendencia que ellos no pueden

controlar; pero Dios ha provisto la posibilidad de una completa victoria, así como la libertad, habiendo juzgado la vieja naturaleza y dádoles la presencia y el poder del Espíritu, pues ellos todavía tienen la tendencia y más de lo que pueden controlar. Entonces continúa la importante explicación de la presente relación del creyente con la muerte de Cristo, que forma la base de su liberación del poder del pecado. Primero se da un bosquejo (6:3,4), y entonces se repite la misma verdad, pero más detallada (vs. 5-10). No entra en el propósito de esta discusión el considerar la importancia de un sacramento cuyo objeto sea presentar la verdad de la muerte del creyente con Cristo. A lo mejor eso no sería sino la sombra de la substancia. Lo que aquí se describe no puede ser efectuado por ninguna ordenanza arreglada por el hombre. El bautismo del Cristiano *en* Cristo no puede ser otra cosa que el acto de Dios de colocarlo en Cristo (comp. Gá.3:27). Es evidente que esto es un bautismo efectuado por el Espíritu en Su cuerpo (1 Co.12:13); porque en ningún otro sentido son *todos* bautizados en Cristo Jesús. Estando unidos vitalmente y colocados “en El” por el bautismo del Espíritu los que son salvos participan de lo que El es y de lo que El ha *hecho*. El *es* la justicia de Dios, y la Biblia enseña que ellos son “hechos justicia de Dios *en El*” (2 Co.5:21) y *hechos aceptos en el Amado* (Ef.1:6). Todo esto es cierto porque ellos están “en El.” Así también, El ha hecho por ellos la sustitución y lo que El ha hecho les es reconocido a ellos porque ellos están “en El”, o, en otras palabras, ellos son bautizados en Cristo.

El argumento en este pasaje de Romanos 6 está basado en la unión vital por la que los cristianos están unidos a Cristo por ser bautizados en Su Cuerpo: “¿No sabéis (o ‘sois ignorantes’ R.V.) que los que sois bautizados en Jesucristo fuisteis bautizados en Su muerte?” Tan seguro como los creyentes están en El, ellos participan del *valor* de Su muerte.” Así también lo afirma el pasaje: “Porque somos sepultados juntamente con El para muerte” (comp. Col.2:12). Entonces se declara que también los cristianos son participantes de Su crucifixión (v. 6), muerte (v. 8), sepultura (v. 4) y resurrección (vs. 4,5 y 8), y tan esencialmente como ellos participaron en esta unión, así han sido crucificados, muertos, sepultados y resucitados. El ser bautizados en Cristo Jesús es la *substancia* de lo que son los *atributos* de la crucifixión, muerte, sepultura y resurrección juntamente con El. Una es la *causa*, mientras los otros son los *efectos*. La concordancia de todas estas cosas tienen por fin la realización de un gran propósito, como sea, que “como Cristo resucitó de entre los muertos para la gloria del Padre, así también andemos en novedad de vida”, o por un nuevo principio de vida. Entonces, el “andar” de la vida cristiana es el objetivo divino. Cristo

murió en lugar del creyente. El juicio le correspondía sufrirlo al creyente, pero Cristo vino a ser su sustituto. Así él es contado como un coparticipante en todo lo que su sustituto hizo. Lo que El hizo satisfizo para siempre las justas demandas de Dios contra “el hombre viejo” y abrió el camino para un “andar” agradable a Dios (comp. 2 Co.5:15). Según prosigue el pasaje, esta verdad de la co-participación del creyente en Cristo se presenta otra vez y con mayores detalles: “Porque si (o, como) fuimos plantados (rejuntados, unidos, crecidos juntos; la palabra es usada una sola vez en el Nuevo Testamento) juntamente con El en la semejanza (es decir, individualidad, comp. Ro.8:3; Fil.2:7) de Su muerte, así también lo seremos (ahora y eternamente) en la de Su resurrección.” El cristiano ya está unido a Cristo por el bautismo del Espíritu (1 Co.12:13), que lo coloca posicionalmente más allá del juicio del pecado y por eso él es libre para entrar en la experiencia del poder eterno y victoria de la resurrección. “Sabendo esto (o, porque sabemos esto), que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El (y por el mismo propósito divino antes afirmado), para que el cuerpo del pecado sea destruido (nuestro poder de expresión es a través del cuerpo. Este bien conocido hecho es usado como figura con respecto a la manifestación del pecado. El cuerpo no es destruido, sino el poder y el medio de expresión del pecado pueden ser anulados (comp. v. 12), a fin de que no sirvamos (ser esclavos de) más al pecado (esto es, al hombre viejo). Porque el que es muerto (justificado, R. V.) ha sido justificado del pecado (es decir, los que una vez han muerto al pecado, como lo ha sido el creyente en Su Sustituto, ahora está libre de sus demandas legales). Y si morimos con Cristo (o, siendo que hemos muerto con Cristo), creemos que también viviremos con El (no sólo en el cielo, sino también ahora). Hay tanta certidumbre para *vivir* en El como la hay por haber *muerto* en El; sabiendo que Cristo (porque nosotros sabemos, R. S. V.) habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la *muerte* no se enseñoreará más de El (por tanto, el cristiano es animado a creer cuanto le es concerniente). Porque en cuanto murió, al pecado (es decir, a la naturaleza) murió una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios vive (y de aquí que el creyente es, puede vivir para Dios).” Tales hechos están registrados en las Escrituras, concerniente al significado y valor de la muerte de Cristo y la presente posición del cristiano en Su ilimitada gracia y reto a entrar en la vida victoriosa. Hasta aquí en este pasaje nada ha sido dicho tocante a alguna obligación humana, ni aun se ha hecho referencia a obra humana alguna. Es toda la obra de Dios para los hijos de Dios, realmente, y la conclusión de este gran pasaje es a efecto de que él sepa que en el plan de Dios ya se ha provisto la

liberación de la esclavitud del pecado. Basados en este conocimiento de la Palabra respecto a todo lo que Dios ha hecho en Cristo, al pasaje que consideramos sigue inmediatamente un mandato que presenta la responsabilidad cristiana: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.” No se le exhorta a reconocer que la naturaleza pecaminosa está muerta, sino a reconocerse él mismo estar muerto a ella.

Literalmente la muerte de Cristo destruyó el poder del “viejo hombre” de modo que el creyente pueda no tener la disposición al pecado? No, porque el pasaje sigue adelante para afirmar: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal para que le obedezcáis en sus concupiscencias.” Entonces, evidentemente, el “viejo hombre” quedará activo, si no es suficientemente controlado. La unión con Cristo ha provisto la liberación posible; pero se ha de entrar a ella y ser reclamada por un acto de como lo que expresan las palabras “reconoced”, “no reine”, y palabras adicionales que siguen en el pasaje: “sino someteos a Dios como vivos de los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia; porque el pecado no se enseñoreará de vosotros (es decir, la naturaleza); porque no estáis bajo la ley (que no provee poder para su cumplimiento), sino bajo la gracia” (que proveyó para su cumplimiento el Sustituto suficiente y la capacitación ilimitada del Espíritu de Dios). Se ha hecho toda provisión. “No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para que le obedezcáis en sus concupiscencias.” ¿Quién es capaz de medir la verdad contenida en la palabra que encabeza esta súplica — “por tanto”? Se refiere a toda la empresa divina en la muerte de Cristo por la cual el cristiano se ha unido a El a fin de que pueda recibir los valores eternos de Su Crucifixión, muerte, sepultura y resurrección. Todo esto fue ejecutado a su favor antes que naciera. “Por tanto, a causa de todo esto que ahora es ejecutado y provisto para él, el creyente tiene un incentivo ilimitado para entrar en el plan y propósito de Dios para su liberación. La fe, que cree que la victoria es posible porque reconoce que el “viejo hombre” ha sido juzgado, es el resultado normal de una revelación semejante. A los cristianos en ninguna parte se les manda el repetir Su crucifixión, muerte, sepultura y resurrección; pero son alentados por la revelación de lo que ha sido hecho para que *reconozcan* los requerimientos divinos para su liberación del “viejo hombre” y ser hallados perfectos y creer que por esta causa, ahora ellos pueden andar en novedad de vida.”

¿Habrá alguna Escritura que justifique la pretensión de algunos cristianos de que ellos han muerto al pecado como una experiencia personal? Algunos pasajes del Nuevo Testamento se refieren al

creyente como ya muertos. Ninguno de ellos, no obstante, señalan una experiencia; se refieren más bien a una posición, a la que el creyente ha sido traído por su unión con Jesu-Cristo en Su muerte de cruz. “Porque si habéis muerto con Cristo” (Col.2:20); “Porque muertos sois” (R. V.), y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col.3:3); “Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gá. 2:20); “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz del Señor Jesu-Cristo, por lo cual el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo” (Gá.6:14); y “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus afectos” (Gá.5:24). En el último pasaje, como en los demás, se hace referencia a algo que ha sido efectuado en todos los que son de Cristo. Por lo tanto, no se podría referir a alguna experiencia, el resultado de una santidad especial o particular por parte de unos pocos. Este pasaje, ya que se refiere a todos los creyentes, no puede tener sino un solo significado: en su unión con Cristo la “carne con sus afectos y concupiscencias” *posicionalmente* ha sido crucificada. La palabra “crucificado” relacionada con los creyentes está siempre en pretérito, lo que implica el hecho judicial y no una experiencia espiritual. El creyente puede “mortificar”, que significa reconocer que está muerto; pero él nunca es llamado a crucificarse a sí mismo. Aun mortificarse es posible únicamente por el poder capacitador del Espíritu. “Mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Ro.8:13). En la Escritura está plenamente establecido que la crucifixión fue efectuada una vez por todas. En vista de esta básica operación divina, se exhorta al hijo de Dios a “reconocerse, someterse, mortificarse (contarse por muerto); quitar, no permitir, echar, tomar toda la armadura de Dios; poner la mira en las cosas de arriba; vestirse del nuevo hombre, que es renovado según la imagen del que lo creo; negarse a sí mismo; estar en Cristo; pelear; correr la carrera; andar en amor; andar en el Espíritu; andar en la luz; andar en novedad de vida.” Tal es la responsabilidad humana en cuanto a la liberación que Dios ha provisto a través de la muerte de Su hijo, y que ahora se propone perfeccionar por el Espíritu. Entonces, el objetivo divino en todo lo que está escrito en Romanos 6:1-10 en un “andar en novedad de vida.” Por medio de Cristo Dios ha encarado cada demanda de Su santidad para el creyente, todo el juicio contra la naturaleza pecaminosa que El jamás podría demandar. Ahora para el creyente se dice que tiene que entenderlo y creerlo. “Sabiedo esto” o, “porque él sabe esto”, él es justificado al creer que puede “andar en novedad de vida” por medio del poder capacitador del Espíritu. ¡Cuánto descanso, paz y victoria sería la parte de los hijos de Dios si ellos supieran realmente que “el viejo hombre” fue crucificado con Cristo y así, del lado divino les es hecho posible vivir

en donde el poder del pecado y sus manifestaciones pueden ser constantemente anulados!

Toda la exposición doctrinal concerniente a una posible liberación de la servidumbre del pecado según se halla en Romanos 6:1-8:4, está resumida y concluida en los dos últimos versículos del contexto (6:3,4). En estos dos versículos siete factores que entran en la revelación relativa a una posible victoria sobre el pecado y que han sido el tema de todo lo que se ha dicho antes. Los siete factores son: (1) “la ley” (8:3) que aquí representa la perfecta voluntad de Dios, porque no se limita a la ley de Moisés (comp. 6:14; 7:4,25), la que pasó como una regla de conducta (7:1-6; 2 Co.3:7-18; Gá.3:24,25). Antes bien, incluye aquello que el Espíritu produce en aquel que es espiritual (8:4; Gá.5:22,23). Intentarlo, en la mera fuerza humana para asegurar la perfecta justicia por medio de la obediencia a cualesquiera preceptos, siempre terminará en fracaso. La gracia provee el poder energético del Espíritu. (2) Siendo “débil por la carne” (8:3), o la completa incapacidad de los recursos humanos ante los requerimientos espirituales (7:14-23; Jn.15:5). (3) “El pecado en la carne” (8:3), o aquello en la carne que es diferente a “debilidad”; aquí es lo opuesto al Espíritu (7:14-23; Gá.5:17). (4) Cristo vino “en semejanza de carne de pecado” (8:3). El tomó el lugar del pecador en una unión vital, al participar de la naturaleza humana no vino a ser un pecador, ni a participar de la naturaleza pecaminosa (He.4:15; 7:26). (5) “Y por el pecado, condenó (o, juzgó) el pecado en la carne” (8:3). De este modo El afrontó toda la demanda de justicia de Dios contra el “viejo hombre” (6:10; 7:25). (6) “Para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros” (8:4; 7:22 y 25), aunque nunca cumplida *por* nosotros (6:4,14; 7:4,6). Es por tanto, “el fruto del Espíritu” (8:4). Tal es la condición humana para un “andar” victorioso. Tiene que ser efectuado por el Espíritu (6:11-22). Se ha hecho una completa provisión por medio del juicio divino de la carne y del viejo hombre para la vida espiritual de cada cristiano, aun el cumplimiento de toda la voluntad de Dios en él por medio del Espíritu. Pero estas provisiones llegaron a ser efectivas sólo para aquellos que “no andan según la carne, sino según el Espíritu.” El creyente tiene clara revelación e instrucción de parte de Dios, y es peligroso descuidar o confundir, o fallar en la exacta responsabilidad que a él se le encomienda.

II. PERFECCION

Estrechamente relacionada a la doctrina de la vida espiritual y especialmente la muerte de Cristo como parte de ella, son las dos

doctrinas afines de la perfección y la santificación. Aquí es necesario hacer una breve referencia a cada una de ellas.

En la Palabra de Dios la perfección es presentada bajo siete aspectos: (1) El uso de la palabra en el Nuevo Testamento aplicada a personas. Esta palabra en el Nuevo Testamento tiene el significado de “sincero” y “recto.” Noé fue “perfecto” (Gn.6:9); Job fue “perfecto” (Job 1:1,8); a Israel, al evitar los pecados de las naciones gentiles, se le pidió “ser perfecto” (Dt.37:37); así también la orden de los santos del Antiguo Testamento aparecerá como “el espíritu de los justos hechos perfectos” (He.12:23). La Biblia no enseña que tales personas fueran impecables.

(2) Perfección posicional con Cristo. “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (He.10:14), es decir, los que han sido apartados para Dios por su salvación. El alcance y fuerza de este mensaje se verá más claramente si la palabra *salvos* se sustituye por la palabra *santificados*. Claramente este es un versículo sobre la perfección de la obra de Cristo a favor del creyente, y así no debe relacionarse con la vida diaria del cristiano.

(3) Madurez y entendimiento espiritual. “Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez” (1 Co.2:6; comp. 12:20; y 2 Co.13:11; Fil.3:15; 2 Ti.3:17).

(4) Perfección progresiva. “¿Tan necios sois? ¿Habiendo principiado por el Espíritu ahora vais a acabar (o, a ser hechos perfectos) por la carne?” (Gá.3:3).

(5) Perfección en algo en particular. (a) En la voluntad de Dios: “. . . que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere” (Col.4:12). (b) En imitar un aspecto de la plenitud de Dios: “Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt.5:48). El contexto es del amor del Padre por Sus enemigos y así el mandato es a efecto de que este aspecto de la bondad del Padre sea perfeccionado. (c) En servicio: “Os haga aptos (perfectos) en toda buena obra” (He.13:21). (d) En paciencia: “Mas tenga la paciencia perfecta su obra para que seáis perfectos (o, maduros) y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Stg.1:4).

(6) El final de la perfección del individuo en el cielo. “A quien anunciamos, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” (Col.1:22; Fil.3:12; 1 Tes.3:13; 1 P. 5:10).

(7) La final perfección de la integración de los creyentes en el cielo. “Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef.4:13; y 5:27; Jn.17:24; Ap.14:5).

El nombre *perfección* como se encuentra en el Nuevo Testamento

es una traducción de las raíces griegas, *τέλειος*, que significa *maduro* y *καταρτίζω* que significa *ajustar*. Y es obvio que ninguna de estas palabras, consideradas etimológicamente, tiene referencia alguna a impecabilidad. Estos hechos deben estimarse más cuidadosamente por quienes hayan procurado formar una doctrina sobre la palabra *perfecto*, cuando por esa palabra se implica la incapacidad de pecar.

III. SANTIFICACION

Una vez más, la doctrina no debe hacérsela exceder a lo que es propiamente expresado por el uso bíblico de su palabra fundamental, *santidad*. Para descubrir el alcance completo y significado de esta palabra es necesario incluir todos los pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, en donde se usa, y agregar a éstos así mismo, todos los pasajes en donde se usan las palabras *santo* y *sagrado*, ya que estas tres palabras ordinariamente son traducciones de la misma raíz, tanto en hebreo como en griego. El significado básico de *santificar*, *santo* y *sagrado* es tal que una persona o una cosa por medio de ella se dice que son apartadas, o clasificadas ordinariamente como pertenecientes a Dios. Aunque estas palabras y la verdad que expresan se hallan a través de toda la Biblia, ahora la discusión tiene que ver sólo con ése aspecto de la enseñanza que se aplica al hijo de Dios bajo la gracia. Aquí se encontrará que los creyentes son objeto de una triple santificación.

Primero. Santificación posicional. “Pero de El sois vosotros en Cristo Jesús, quien ha sido hecho para nosotros por Dios . . . santificación” (1 Co. 1:30); “Por el cual somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una sola vez” (He. 10:10). De este modo, también, el Apostol se dirige a todos los creyentes como *santos* y como *santificados* ya, y en las Escrituras se hace referencia a los “santos profetas, santos hermanos, sacerdocio santo, santas mujeres, una nación santa”. Lo son así por su posición en Cristo. Pablo se dirigió aun a los creyentes de Corinto como a *santos* y como a ya *santificados* (1 Co. 1:2; y 6:11); aun su misma carta a los Corintios fue escrita para corregir a los creyentes a causa del pecado (1 Co. 5:1, 2; 6:1, 7, 8). Ellos eran santos y santificados en Cristo, pero estaban lejos de ser tales en la vida diaria.

Segundo. Santificación experimental. Este segundo aspecto de la obra de santificación de Dios a favor del creyente es *progresiva* en algunos de sus aspectos estando así casi en contraste con la Santificación *posicional* “hecha una sola vez”. Esta es realizada por el poder de Dios por medio del Espíritu y por la Palabra: “Santifícalos

en tu verdad; tu palabra es la verdad” (Jn. 17:17; vea también 2 Co. 3:18; Ef. 5:25, 26; 1 Tes. 5:23; 2 P. 3:18). La santificación progresa de acuerdo a varias relaciones. (1) En relación al sometimiento del creyente a Dios. En virtud de presentar su cuerpo como un sacrificio vivo, el hijo de Dios es por ello apartado para Dios, y así es santificado experimentalmente. La presentación puede ser absoluta y así no admite progresión, o puede ser parcial y entonces requiere un desarrollo posterior. En ambos casos es una obra de santificación experimental. (2). En relación al pecado. El hijo de Dios puede encomendarse a El en cada condición de la verdadera espiritualidad al experimentar toda la liberación provista y la victoria del poder del pecado o, por otra parte, el puede no estar experimentando sino una liberación parcial del poder del pecado. En ambos casos él es apartado y así santificado experimentalmente. (3) En relación al crecimiento cristiano. Este aspecto de santificación experimental es progresivo en cada caso. Por tanto, en ningún modo debe confundirse con una rendición incompleta a Dios, o victoria incompleta sobre el pecado. Significa que el conocimiento de la verdad, la devoción y la experiencia cristiana están naturalmente sujetas a su desarrollo. De acuerdo a su estado presente de desarrollo como cristianos los creyentes son apartados para Dios. Ese desarrollo debería avanzar con cada día que pasa. Y así una vez más el cristiano está sujeto a una progresiva santificación experimental.

Tercero. Santificación final. Aun la santificación *experimental* será perfeccionada cuando los santos sean reunidos ante la presencia del Salvador en gloria: “Cuando El apareciere seremos semejantes a El porque le veremos como El es” y “hechos conformes a la imagen de Su hijo” (1 Jn. 3:2; Ro. 8:29).

Entonces, la enseñanza bíblica con respecto a la santificación es: (1) que todos los creyentes son santificados posicionalmente en Cristo Jesús “una vez para siempre” en el momento de ser salvos. Esta santificación es tan perfecta como El es perfecto. (2) Todos los creyentes *están siendo* santificados por el poder de Dios por medio de la Palabra, y esta santificación es tan perfecta como lo es el creyente. (3) Todos los creyentes *serán* santificados y perfeccionados en gloria a la misma imagen del Hijo de Dios. Por tanto, la Biblia no enseña que ningún hijo de Dios sea enteramente santificado experimentalmente en la vida diaria antes de aquella final consumación de todas las cosas.

IV. LA ENSEÑANZA DE LA ERRADICACION

Que hay una naturaleza pecaminosa en el cristiano que Dios

reconoce como tal y por la que El ha hecho completa provisión a fin de poderla tratar de manera satisfactoria a Su infinita santidad, es una aparente y solemne verdad que la revelación descubre, y con la que cada real y verdadera experiencia necesariamente debe estar en armonía. La revelación es igualmente tan explícita con respecto al plan divino que hay que seguir para la santificación, como en relación a las provisiones divinas que han de emplearse para que esta naturaleza pueda ser conducida al lugar de control que Dios le ha designado. Por otra parte, el racionalismo, en forma velada y piadosa y haciéndose pasar por superespiritual ha propagado una doctrina o teoría respecto a la disposición de la naturaleza pecaminosa. Ninguna Escritura, interpretada correctamente, enseña esta teoría racionalista, y ninguna experiencia humana jamás se ha conformado verdaderamente a ella. El tema entero es metafísico en grado avanzado y en su consideración la opinión humana, o supuesta experiencia, no puede probar ni establecer nada. Es el testimonio claro y directo y la instrucción que se encuentran en el Nuevo Testamento los que deben aceptarse. La teoría supone que es el propósito de Dios erradicar la naturaleza pecaminosa y es esto lo que cada creyente debe buscar. De aquí que muchas ideas y raros requerimientos extraños a las Escrituras se han introducido. Las verdades y las doctrinas son distorsionadas y carentes de base enteramente a fin de sostener una infundada noción humana. Esta crítica no es meramente la opinión de una persona enfilada contra la opinión de otra persona. Pero los que enseñan la erradicación de la vieja naturaleza no la pueden basar, y por lo tanto, no se apoyan en la Palabra de Dios. Ellos no sólo ignoran la enseñanza de la Escritura de que la naturaleza pecaminosa permanece con su poder activo, a pesar del hecho que ya ha sido juzgada en lugar del creyente por Cristo en Su muerte, así mismo ignoran la gran cantidad de pasajes que se dirigen al creyente para obtener una constante liberación mediante el poder del Espíritu morador. En efecto, si la erradicación fuera el método divino para tratar con la naturaleza caída, prácticamente no hay necesidad de la obra presente del Espíritu Santo. Así toda esta obra divina perjudica la teoría, mientras que la teoría en sí es peligrosa para las almas sinceras. Siendo que no tiene base bíblica en qué apoyarse, esta teoría es afirmada de tantas maneras como maestros que la promueven. La presente discusión puede tener que ver solamente con los principios incluidos que de allí han de derivarse. Una sincera determinación que ha de ser agradable a Dios sin duda induce a muchos a promover la idea de la erradicación; sin embargo, la doctrina Bíblica de una incesante victoria por el poder del Espíritu Santo en respuesta a una definida dependencia del

Espíritu, es diametralmente opuesta y contraria a la idea de la erradicación. Si una es la verdad la otra no puede serla. La consideración de algunos aspectos involucrados pueden servir para hacer conclusivos estos acertos de la crítica.

Primero, la erradicación no es el método divino de tratar con estos tres grandes enemigos. Como se ha indicado antes, ellos son el mundo, la carne y el diablo. Nadie jamás ha indicado un plan para librarse de la influencia del mundo que pueda conseguir erradicar al mundo. Tan cierto es que la carne en su más extenso campo de acción y realidad, que incluye la naturaleza pecaminosa, nunca se dice que ha de ser erradicada, pero definitivamente se dice que hay que ponerla en sujeción por el Espíritu cuando a El se le encomienda el andar cotidiano (Gá. 5:16, 17). Ni tampoco persona alguna jamás ha sido relevada de la influencia satánica por la erradicación de Satán. ¿Por qué, entonces, y con cuál gran ventaja para sí misma al quedar sola, sería la erradicación de la naturaleza pecaminosa, que es sólo una parte integral de estos poderosos enemigos, ninguno de los cuales jamás puede ser erradicado?

Segundo, la erradicación no es acorde con la experiencia humana. Aunque algunos atrevidamente proclaman la erradicación de su pecado innato, pocos han demostrado una vida inmaculada muy exitosa. El ácido de la prueba de esta presunción se haría si un hombre y una mujer que creyeran que ellos mismos (y sobre las mejores evidencias conocidas de semejante pretensión) han tenido la experiencia de la erradicación, se casaron y tuvieron hijos, ¿nacerían éstos sin pecado original? No, y simplemente por el hecho de que de ninguno de los padres ha sido quitada la naturaleza pecaminosa, a pesar de la suposición de ellos. Algunos han alegado que la erradicación los regresó al estado de inocencia de la que cayó Adán; pero ese estado, si alguna vez se lograra, no se mantendría por un momento “bajo las presentes tensiones de la vida”. El primer error necesariamente regresaría al supuesto inmaculado al estado de caído. No obstante, la Escritura nada sabe de otra caída de parte de un ser humano aparte de los primeros padres, pero afirma que la redención se ha efectuado para todos y que se ha asegurado un camino de liberación de la naturaleza caída heredada para los hijos de Dios por medio de la muerte de Cristo y por el poder del Espíritu Santo.

Tercero, la erradicación desconoce la gran verdad que presenta la obra vencedora del Espíritu Santo en el creyente y el aspecto más profundo de la muerte de Cristo que sirve de base a toda liberación. Esa muerte al pecado que es posicional y que incluye a todo creyente, por otra parte, se interpreta como que fuera experimental y limitada a unos pocos que han alegado un estado del que nada

conoce el Nuevo Testamento. No obstante, todo lo que Dios ha efectuado es con el fin de que el creyente pueda “andar” sobre un nuevo principio de vida (Ro. 6:4). La responsabilidad humana en este andar es quitada, realmente, de lo que sería si por casualidad la naturaleza pecaminosa fuera efectivamente quitada. En tales circunstancias no se podría hallar lugar para las palabras, “reconoced, someteos, no reine el pecado, quitad, haced morir, o habite”. No es tanto reconocer que la naturaleza está muerta como que el creyente está muerto a ella.

Cuarto, la erradicación magnifica la experiencia humana al punto que ellos descuidan cualquier revelación que no concuerda con su experiencia. ¿De qué valor es la revelación, piensa alguien, cuando uno ha tenido una experiencia, especialmente si ésta revelación tiende a corregir o a contradecir la experiencia?

Quinto, el Nuevo Testamento advierte especialmente contra el error de la erradicación. En 1 Jn. 1:8 se dice: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros”. Aquí se hace referencia a una naturaleza pecaminosa, mientras en el versículo 10 se refiere al pecado que es fruto de la mala naturaleza. El decir como una suposición que uno no tiene una naturaleza pecaminosa puede ser debido a un auto-engañó; sin embargo, a quien tal cosa afirma se le declara: “La verdad no está en él”. El reclamo básico de la erradicación se afirma bien sobre las palabras: “No puedo pecar porque mi naturaleza pecaminosa está erradicada”, mientras que el testimonio del que sigue la provisión y la norma divinas es: “A causa de la muerte de Cristo y el poder inmediato del Espíritu yo puedo no pecar”. Las dos teorías, entonces, no pueden reconciliarse. Porque los creyentes, de acuerdo con una teoría racionalista han de ser relevados de la tensión por una abrupta remoción de la disposición a pecar, remoción que termina con todo conflicto futuro con la naturaleza pecaminosa, y exalta a los beneficiados al supuesto nivel elevado de existencia a donde la Palabra de Dios no se aplica a ellos con respecto a la liberación por el Espíritu Santo a través de la muerte de Cristo. Por otro lado, el Nuevo Testamento enseña una perfecta victoria sobre todo mal (el mundo, la carne con todos los aspectos que la integran, y el diablo), por el poder constante y capacitador del Espíritu Santo. Ni aun hay lugar para discusión en cuanto a determinar cuál de estas dos proposiciones es lo que la Biblia enseña.

CONCLUSION

Entonces, la tercera condición por la cual uno puede ser espiritual

es una definida confianza en el Espíritu, que significa “un andar en el Espíritu”. Una confianza tal en el Espíritu es imperativa por causa del imposible (hablando humanamente) llamamiento celestial, el poder anti-espiritual del mundo, el poder opuesto de Satán, y la continua presencia de la “carne” con su naturaleza adámica. El hijo de Dios no puede hoy afrontar aspectos del mañana. El andar es algo que se efectúa paso a paso y esto demanda una apropiación constante del poder de Dios. La vida cristiana jamás es semejante a una ascensión en la que uno puede subir espiritualmente sobre el nivel terrenal una vez por todas y no tener problemas o tentaciones aquí de nuevo. Es más bien un “andar, una carrera, una lucha”. Todo esto habla de continuación. La buena batalla de la fe es la de una actitud continua de confianza en el Espíritu. Para los que así caminan con Dios, está abierta una puerta a la “comunión con el Padre y con Su Hijo Jesucristo”, y a una vida fructífera y de servicio con cada manifestación de poder espiritual para la gloria de Dios. Entonces, ¿qué es la espiritualidad? Es la manifestación no obstaculizada del Espíritu morador. En todo son siete aspectos de manifestación. Todas estas benditas realidades son provistas con la presencia y poder del Espíritu y serán producidas normalmente por el Espíritu en el cristiano que no lo está contristando, sino que confiesa todo pecado conocido, y que está andando en el Espíritu con una actitud de dependencia de Su poder solamente (Gá. 5:22, 23). El tal es espiritual porque está lleno del Espíritu. El Espíritu tiene libertad para cumplir en él todo el propósito y deseo de Dios para su vida. No hay nada, en la vida diaria y en el servicio, que desear más allá de esto. “Gracias a Dios que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

“Nuestro amado y bendito Redentor
En Su postrera y tierna despedida
Para estar con nosotros de por vida
Nos dio un guía y fiel Consolador . . .

Y todas las virtudes de su gente
Y cada victoria aquí obtenida,
La santidad que ya en su mente anida,
Son suyas solamente”.

CAPITULO XVII

UNA ANALOGIA

Aunque dentro del aspecto positivo de la vida espiritual se puede trazar una comparación entre aquellas cosas que son donadas o impartidas al ser salvados y la manifestación del Espíritu en la vida diaria del cristiano lleno del Espíritu, hay también varios aspectos bien definidos de comparación que sugieren una analogía entre liberación de la penalidad del pecado de los que están sin Cristo y la liberación del poder del pecado, por parte de aquellos creyentes que se acomodan a las condiciones que gobiernan la vida espiritual. Sin lugar a dudas, los beneficios positivos recibidos cuando Dios salva son de importancia primaria; aun la analogía que ahora perseguimos, como se sugiere atrás, contempla nada menos que dos formas de salvación —la una de la penalidad, y la otra del poder del pecado. Quizá sea necesario señalar el hecho de la servidumbre del pecado como una distinta forma de salvación. Como se esperaría de la carta a los Romanos, epístola que declara el aspecto completo de la salvación, tanto de la penalidad como del poder del pecado hacia la absoluta seguridad eterna, allí aparece en la misma estructura principal del libro, esta diferenciación entre salvación de la penalidad del pecado para perdón, justicia imputada, y justificación a través de la muerte de Cristo (Ro. 1:1-5:21) por una parte, y salvación del poder del pecado, hacia la santificación, la posicional y la experimental, hecha posible por la muerte de Cristo (Ro. 6:1-8:27) por otra parte. Esta misma estructura de la parte doctrinal de la epístola a los Romanos servirá para enfatizar la fuerza de la quíntuple analogía que sigue.

I. EL ESTADO DE PERDICION

La Palabra de Dios presenta una amplia descripción del estado de todos los inconversos en su necesidad de salvación de la culpa y penalidad del pecado. De ellos se dice que están “perdidos”, condenados y (espiritualmente) “muertos”; “no hay justo ni aún uno”; “todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios”. Pero detrás de todo esto está la revelación de que en ellos mismos están desamparados y sin poder para alterar o mejorar su condición.

Su única esperanza está en depender enteramente de Otro por Su poder y gracia salvadora. “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo . . .”

De la misma manera, las Escrituras revelan el estado de los regenerados en relación al poder de la naturaleza pecaminosa en cuanto a su impotencia y desamparo: “Yo se que en mí (es decir en mi carne) no mora el bien”; “así que queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí”. La esperanza del hijo de Dios en su salvación del poder del pecado también está unida a una completa dependencia del poder y la gracia de Cristo. “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”; “Hijitos, vosotros sois de Dios, y lo habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo”; “Si andáis en el Espíritu, no satisfaceréis la concupiscencia de la carne”.

II. EL OBJETIVO E IDEAL DIVINOS

Existe el mayor de los contrastes entre el estado del inconverso y el estado de la misma persona después de ser salvado. Sólo la eternidad puede medir esta transformación. Para él el perdón es infinitamente perfecto, a tal grado de purificación que califica al hijo de Dios como libre para siempre aun de la sombra de pecado en la presencia de Dios; así mismo, le da el derecho de ser hijo de Dios en verdad y eternamente, la justicia divina que le es imputada, la perfección una vez para siempre, la justificación sin un proceso, la recepción de la verdadera *πλήρωμα* o llenura de la Deidad por la que El se va conformando a la misma “imagen del Gran Hijo”, por no mencionar sino unas pocas bendiciones de la posición en Cristo.

No menos que con un perfecto ideal divino a la vista, el cristiano es llamado a un elevado modo de vida celestial y de victoria, por la muerte de Cristo a la naturaleza de pecado y del poder capacitador ilimitado del Espíritu Santo. Al creyente se le ruega a “andar como es digno de su gloriosa posición que le pertenece mediante la gracia y poder infinitos. Se le “reta a andar en la luz”.

III. EL DON DE DIOS

La salvación debe ser de Dios solamente, porque cada aspecto de ella está más allá del poder y la fuerza humanos. De los muchos grandes milagros que, tomados en conjunto, constituyen la salvación de la culpa y la pena del pecado, ninguno de ellos podría aun entenderse, menos el ser ejecutados por el hombre. (El evangelio de

Cristo) “Es el poder de Dios para salvación . . . ; para que El sea el Justo y el que justifica al que cree”.

De la misma manera es cierto que el creyente es incapaz de librarse a sí mismo del poder del pecado. Solo Dios puede hacerlo, y El se propone hacerlo de acuerdo a Su revelación contenida en Su Palabra. No hay poder en el hombre cualquiera que sea, para librarlo del mundo, la carne y el diablo. “Si andáis en el Espíritu, no satisfaceréis la concupiscencia de la carne”; “Dios es el que obra en vosotros así el querer como el hacer por Su buena voluntad”; “La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”; “Finalmente, hermanos, confortaos en el Señor y en el poder de Su fortaleza”; “Quién me librará . . . ? ¡Gracias a Dios por Jesucristo, Señor nuestro! ”

IV. LA OBRA DE LA CRUZ

Si el pecador estuviera desamparado y Dios tuviera que juzgarlo directamente por sus pecados, ninguno podría ser salvo. Es sólo porque Dios ya ha juzgado la vida del pecador en un Sustituto que El puede salvarlo de los juicios consumidores; ciertamente, siendo que esa sustitución fue perfecta y completa, el creyente ahora es salvo de todo castigo o pena, así como para una infinita perfección en Cristo. Una salvación satisfactoria tanto para el amor de Dios por aquel a quien salva como glorifica a Dios para siempre. Siendo que no queda ningún obstáculo moral para impedir al amor divino de su máxima expresión, Dios procede a ejecutar todo lo que El puede hacer de manera infinita —El hace que el salvo llegue a ser semejante a Jesucristo, Su Hijo. Una maravilla de la gracia divina como ésta no puede efectuarla Dios sobre otra base que no sea la sustitución que Cristo ha efectuado. También es esencial que el pecador tenga conocimiento de la base sobre la que él es salvado. Entonces él debe venir voluntaria e inteligentemente a Dios por medio del Salvador propuesto. Por la muerte de Su Hijo, Dios queda en libertad para salvar al primero de los pecadores, por ejemplo, para transformarlo a Su semejanza, recto y puro. En semejante caso, para el cristiano no habría salvación del poder del pecado si Dios primero no hubiera juzgado a la carne con su naturaleza pecaminosa, con su “hombre viejo”. Ciertamente, la condición del creyente sería sin esperanza si Cristo primero no hubiera juzgado así la naturaleza pecaminosa. Como en el caso de la pena por el pecado, la obra del juicio sobre la cruz se efectúa ahora y Dios es hecho propicio tanto hacia los pecadores como para los santos. El hombre viejo fue juzgado en una crucifixión, una muerte y una sepultura juntamente con Cristo.

“... Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con El”. Siendo que Cristo ha muerto a la naturaleza de pecado, perfeccionando todos los juicios divinos en contra de ella, ahora Dios está en infinita libertad para controlar la carne y su naturaleza de pecado, a fin de que pueda llevar a cabo la liberación de los santos de la esclavitud del pecado. Todo esto ha de ser *reconocido* por el creyente, que es cierto, y que lo es sobre la base aceptada del juicio de Cristo en lugar del “hombre viejo”, sometiéndose él mismo a Dios.

V. EL LUGAR DE LA FE

Siendo que la salvación es siempre y únicamente una obra de Dios, la única relación que el hombre puede tener con ella es la de esperanza en El que puede sólo sobrellevarla y ejecutarla. La salvación de la culpa y la pena del pecado para el inconverso se efectúa en el mismo momento que él cree. Está condicionado a *un solo acto* de fe. Los hombres no son salvos o permanecen salvos de las consecuencias de los pecados porque ellos continúen en su fe. La fe salvadora relacionada con este primer aspecto de la salvación, es una transacción completa. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que Dio a Su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El crea no se pierda, más tenga vida eterna” (Jn. 3:16). “De cierto, de cierto os digo, el que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna y no vendrá a condenación, más pasó de muerte a vida” (Jn. 5:24). Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa” (Hch. 16:31).

La salvación para la santidad de la vida diaria es igualmente una obra de Dios, y la única relación que el hijo de Dios puede sostener con ella es una de expectación hacia Aquél que solo es capaz. Habrá también un ajuste de la vida y de la voluntad a Dios, y esta salvación debe entonces, ser invocada por fe; pero en este caso todavía es una actitud de fe. Los creyentes son salvos del poder del pecado al creer. El que ha sido justificado por un acto de fe puede de ahora en adelante *vivir* por fe. Hay una multitud de pecadores por quienes ha muerto Cristo que todavía no son salvos. Por el lado divino, ha sido provista cada cosa y ellos sólo tienen que entrar por fe a Su gracia salvadora, y para ellos es asequible en Cristo Jesús. También, del mismo modo, hay una multitud de santos cuya naturaleza pecaminosa ha sido juzgada perfectamente y se ha hecho toda provisión por parte de Dios para una vida de victoria y de gloria para Dios, los cuales actualmente no están viviendo la vida victoriosa. Ellos sólo tienen que entrar por fe en dicha vida victoriosa que puede lograrse para la liberación del poder y del dominio del pecado. Este

paso los introducirá a la realidad de “un andar, una carrera, una lucha”. Todo esto significa una actitud constante. Se pide a los cristianos “pelear la buena batalla de la fe”. Los pecadores no son salvados mientras no confíen en el Salvador, y los creyentes no son vencedores hasta que confíen en el libertador del poder reinante del pecado. Dios ha hecho posible este rescate a través de la cruz de Su Hijo. La salvación del poder del pecado debe reclamarse por fe. Discutiendo este quinto aspecto de la analogía el Obispo H. C. G. Moule de Durham, Inglaterra, escribe:

El primer caso es en su naturaleza uno y singular: una admisión, una incorporación. El segundo es en su naturaleza, progresivo y de desarrollo: adelantándonos con la ocasión, el descubrimiento de la grandeza de los recursos de Cristo para la vida. El último *puede*, no *debe*, así incluir una gran crisis en la conciencia, un acto espiritual particular. Es mucho más seguro incluir muchos puntos iniciales, desarrollos críticos, avances notables. El acto de sometimiento de fe al poder de Cristo para la limpieza interior de la voluntad y los afectos puede ser, y a menudo realmente lo es, *como si fuera* una nueva conversión, un nuevo “llamamiento efectivo”. Pero es seguro, si el hombre se conoce a sí mismo a la luz de Cristo, que ha de ser seguido por hechos y reiteraciones hasta el fin; no un mero regreso a y principios desde el antiguo nivel (ciertamente no es el plan de Dios que tuviera que ser así), sino un definido desarrollo debido al nuevo descubrimiento de la necesidad personal y del pecado, y de más de las correspondientes “riquezas en Cristo”. Con cada adelanto tal, la sagrada promesa de la *llenura del Espíritu* se recibirá con una santa y feliz realización. *Outlines of Christian Doctrine*, 2a. Ed. Rev. pág. 199.

El Espíritu, cuando salva del poder reinante del pecado, no despoja de su personalidad al individuo. Meramente toma posesión de las facultades y poderes del individuo. Es el poder de Dios actuando a través de las facultades humanas de la voluntad, emociones, deseos y disposición. La experiencia del creyente que está siendo investido de poder es sólo la de ser consciente de su propio poder de elección, sus propios sentimientos, deseos, y disposición como relacionados consigo mismo. La fuerza que él posee, no obstante, es “en el Señor y en el poder de Su fortaleza”.

CONCLUSION

Por el hecho de que hasta aquí esta discusión ha tenido que ver con la teoría o doctrina de la vida espiritual, la adición de unas pocas sugerencias prácticas pueden no estar de más. Siendo que una vida en el poder del Espíritu depende de una actitud continua de

reconocimiento y de apropiación es importante para la mayoría de cristianos el tener un tiempo de trato definido con Dios en el que puedan examinar sus corazones en cuanto al asunto del pecado y su necesidad de consagración, y en el que puedan conocer tanto su insuficiencia como su suficiencia según lo revela el Espíritu. Entonces en ese tiempo particular, ellos pueden reclamar Su poder y fortaleza que suplante su debilidad. La Biblia no formula reglas en cuanto a tiempo o condiciones. Es un caso del hijo individual, en todos los aspectos de su exclusiva personalidad, tratando con su Padre.

La espiritualidad no es un ideal futuro; es para experimentarse *ahora* mismo. La cuestión vital es, “¿Estoy andando en el Espíritu ahora?” La respuesta a esta pregunta no dependerá de la presencia o ausencia de alguna manifestación rara de lo sobrenatural. Mucho de la vida de cada uno será vivida no de modo eventual, sino en la vida ordinaria; pero aún allí el creyente tendría convicción de que él anda en rectitud delante de Dios y en su compañía ininterrumpida. “Amados, si nuestro corazón no nos reprende tenemos confianza en Dios” (1 Jn. 3:21). Así mismo, el hijo de Dios no confundiría el agotamiento nervioso, la debilidad física o la depresión, con la falta de espiritualidad. Muchas veces dormir es más necesario que orar, y la recreación física, que el escudriñar el corazón.

Hay que recordar también que sus provisiones son siempre perfectas, pero la forma de allegarse los cristianos a dichas provisiones a menudo es imperfecta. No hay duda que hay demasiada charlatanería con referencia a las actitudes y acciones humanas en relación con Dios, como si ellas fueran absolutas, de tales cosas como consagración absoluta, absoluta rendición y absoluta devoción. Si hay condiciones bien definidas sobre las que el creyente puede llegar a ser espiritual, permítasele recordar que, desde el punto de vista del infinito Dios, su condescendencia con esas condiciones a menudo son imperfectas, pero los ajustes de los cristianos son humanos y por lo tanto ordinariamente sujetos a mejoramiento. No obstante, el hecho de la posible liberación del cristiano que depende sólo del Espíritu Santo, no cambia. El hijo de Dios tendrá tanto en cualquier tiempo cuanto él lo haga posible al Espíritu el otorgárselo.

Normalmente el cristiano espiritual estará ocupado en servicio efectivo para su Señor. Esto, sin embargo, no es una regla. Los cristianos sólo necesitan tener el cuidado de estar rendidos y estar listos para hacer cualquier cosa que El quiera elegir. “Descansar en el Señor” es una de las victorias esenciales en una vida espiritual. “Venid vosotros aparte . . . y reposad un poco”. Un hijo de Dios es tan espiritual cuando está descansando, orando, durmiendo, o incapacitado, si esa es la voluntad del Señor para con él, como cuando está sirviendo.

La vida espiritual no es pasiva. Muy a menudo es así mal juzgado por el hecho de que uno, para ser espiritual, ha de cesar de todo esfuerzo propio con respecto a logros espirituales y aprender a vivir y servir por el poder que Dios ha provisto. La verdadera espiritualidad poco sabe de quietismo. Por el contrario, es una vida mucho más activa, abundante y vital, porque es vigorizada por el ilimitado poder de Dios. Los cristianos llenos del Espíritu están casi listos para quedar exhaustos físicamente al fin de cada día. Están fatigados *en* el trabajo, pero no fatigados *de* el trabajo.

La vida llena del Espíritu nunca está libre de tentaciones; pero “Dios es fiel que no os dejará ser tentados más de lo que podáis llevar; antes os dará juntamente con la tentación la salida para que podáis aguantar. La enseñanza clara de esta promesa, en armonía con toda la Escritura sobre el referido tema, es que las tentaciones como los fenómenos que le son “comunes al hombre” atacan a todos los cristianos, pero que, además, hay un camino de escape divinamente provisto. El hijo de Dios no tiene que someterse a la tentación. Siempre hay la *posibilidad* de pecar, mas nunca la *necesidad* de hacerlo. Bien se ha dicho que los creyentes son honrados con la lucha en las trincheras del frente de combate. Allí es donde se siente la más fiera presión del enemigo. Pero ellos también tienen el privilegio de testificar de la aplastante derrota del enemigo. ¡Tan abundante es el poder de Dios! Y así el creyente espiritual es altamente honrado. El vivir de irrealidades es un impedimento para la espiritualidad. Cualquier cosa que sepa a una ‘pose religiosa’ es dañina. En un sentido muy particular, el que ha sido cambiado de lo natural a lo espiritual algunas veces necesita cambiar de nuevo a la naturalidad —es decir, a una naturalidad de maneras y de vida, por supuesto. La verdadera vida espiritual presenta una latitud suficiente que permite al creyente estar muy cerca a toda clase de gente que nunca lo separan de Dios. La espiritualidad evita el pecado, pero nunca impedirá la amistad y la confianza de los pecadores (Lc. 15:1). ¿Quién puede mirar mejor los fracasos de otros más que uno que tiene una visión espiritual? Y a causa de esto, ¿quién necesita más del poder divino para guardarlo de tornarse un crítico, con todo lo que de eso se deriva? Los cristianos necesitan estudiar más cuidadosamente la adaptación practicada por el Apóstol Pablo como lo revela en 1 Corintios 9:19-22. Si la clase de espiritualidad de uno no hace a Cristo atractivo a otros, necesita algunos cambios drásticos. ¡Que Dios salva a sus hijos de asumir un tono de voz de santidad, una santa expresión de rostro, o un garbo santo (si por esto ellos quieren aparentar santidad)! La verdadera espiritualidad es un adorno interior. Es lo más sencillo y natural y sería una atracción y deleite para todos.

No procurará ideales *impersonales*, o la *imitación* de otros. Precisamente aquí está el gran peligro al analizar experiencias. Algunos son inducidos fácilmente a tratar de imitar a alguien. Lo que da a un cristiano una distinción inapreciable es su propia personalidad, y él no puede agradar a Dios más que siendo lo que El ha planeado que sea. Algunos cristianos están dispuestos a transitar por vidas irreales, repitiendo frases piadosas, la realidad de las cuales ellos nunca han experimentado. Esto siempre debe contristar al Espíritu.

Los hijos de Dios tratan siempre con su Padre. Muy a menudo se piensa que el andar en el Espíritu es una cosa mecánica. El creyente no está tratando con una máquina; él está tratando con el Padre más amante y tierno de corazón en todo el universo. El más profundo secreto de su andar es precisamente el conocerlo a El, y así confiar en el corazón de su Padre, que él puede expresar sus fracasos sobre Su tierno pecho, si es necesario, o hablarle a El claramente en alabanzas por cada victoria alcanzada. Cuando los cristianos conozcan la consolación y el descanso de tal comunión, tendrán menos ocasión de apelar a cualquiera otro. A ellos concierne el decirle exactamente lo que sienten, así como lo malo que tienen en el corazón —y aun su más dura incredulidad. Hacer esto sólo abre el corazón para que El envíe su bendita luz y fortaleza. La separación de una tan estrecha comunión es lo primero a que uno debe temer, y la primera ayuda en cada accidente espiritual es el simple acto de decirle a El todo de manera contrita. Habiendo hecho confesión, el creyente reconocerá su perdón restauración completamente consumada e inmediatamente volverá a Su comunión y a Su gracia.

La enseñanza de que “pájaro con el ala rota nunca volverá a remontarse tan alto” es lo más antibíblico. Por el sacrificio de Cristo ningún castigo queda ahora para el pecador o el santo (si el primero lo recibe como Salvador). Más bien, “el pájaro con el ala rota puede remontarse más alto; pero no hay que complacerse con el fracaso o la derrota por esa razón, desde luego”.

Los cristianos nunca son santos maravillosos de los cuales Dios pueda enorgullecerse justamente; ellos son Sus hijitos, inmaduros y llenos de necesidades, con quienes El es infinitamente paciente y sobre quienes se ha complacido en poner todo Su infinito corazón lleno de amor. El es maravilloso y no los cristianos.

Creed lo que está escrito. Recordad las palabras vitales de Romanos 6:6, 9: “Sabiendo esto . . .” o, “porque sabemos esto”. Uno es siempre justificado actuando sobre buena evidencia. Entonces, ¿dónde hay una palabra de testimonio más segura que en la imperecedera Palabra de nuestro Dios? De esa misma Palabra los

creyentes *saben* que Dios ha provisto un sacrificio perfecto por sus pecados y por su pecado, y que el camino está expedito para una vida rebozante en el poder del Santo y bendito Espíritu. El creyente debiera saber que una vida tal es Su amante propósito para con él. Este debe creer su infalible promesa. Antes de ser una imposición el reclamarle esta gracia el fallar en reclamar todo lo que El en Su amor le confiere le lastimaría más que nada.

La verdadera espiritualidad es una gran realidad. Es todas las manifestaciones del Espíritu en y a través de uno en quien El vive. El manifiesta en el creyente la vida que es en Cristo. El vino no para revelarse a sí mismo, sino para hacer real a Cristo *al* corazón, y a través del corazón, al hombre. Así el Apóstol Pablo podía escribir: "Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda la familia en los cielos y en la tierra, para que os de, conforme a las riquezas de Su gloria el ser fortalecidos en el hombre interior por Su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longura, la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a El sea gloria en la Iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén."

INDICE DE TEXTOS SAGRADOS

El Indice de Textos Sagrados sólo incluye aquellos que se les da un comentario interpretativo. Los demás textos que se mencionan con el fin de apoyar la presentación de las doctrinas no se incluyen.

GENESIS

1:1	I, 312, 412
1:2	II, 861, 900
1:26	I, 586
1:26-27	I, 273, 554
2:7	I, 563
2:17	I, 780
3:1	I, 625
3:1-7	I, 632
3:1-19	I, 674
3:5	I, 248, 275
3:15	I, 535, 940, 1006 II, 307, 350, 638
3:21	I, 938
4:4	I, 933
6:3	II, 862, 901
6:6	I, 226
8:20-22	I, 933
8:21	I, 718
11:6-9	II, 851
12:3	II, 417
14:17-24	I, 938
14:18	II, 691
18:19	II, 160
22:1-14	I, 939
26:5	I, 687 II, 161

EXODO

3:14	I, 271
6:3	I, 270
12:3,6	I, 848
16:14-22	I, 939
17:5-7	I, 939
19:3-8	II, 166
21:1-6	I, 903
25:6	II, 883
30:17-21	I, 775

LEVITICO

2:1	II, 882
2:4-5	II, 882
2:7	II, 882
14:1-7	I, 936
14:4-7	II, 691
23:10-11	II, 692
25:25-27	I, 368

NUMEROS

6:24-26	I, 314 II, 852
6:24-27	I, 305
17:8	II, 692
19:1-22	I, 775
20:7-13	I, 939
23:21	I, 479

DEUTERONOMIO

4:2	I, 101
6:4	I, 274
	II, 851
18:15,	I, 104, 363 ,
18-19	831
30:1-8	II, 748
30:3	II, 477

I SAMUEL

16:14	II, 962
28:7-14	I, 537

II SAMUEL

7:16	I, 366

JOB

1:9	I, 494
9:32-33	I, 873
20:4-5	I, 627
26:13	II, 901
27:3	II, 902
33:4	I, 405
	II, 902

SALMOS

2:1-3	I, 489
2:1-12	II, 347
2:6-9	II, 749
2:1-9	II, 585
8:3	I, 864
8:5	I, 588
16:9-10	II, 692
22:4-5	II, 636

22:6-8	II, 636
22:22-31	II, 693
40:6	II, 1095
40:6-8	I, 903
45:8-15	II, 582
51:1-19	II, 1077
51:5	I, 719
51:11	II, 904, 963
96:11-13	I, 337
98:7-9	I, 337
118:22-24	II, 119, 694
138:1	I, 275

ECLESIASTES

12:1	I, 307
	II, 851

ISAIAS

6:3	I, 310
	II, 851
6:9-10	I, 110
6:10	I, 249
7:14	I, 357
9:2	I, 111
9:6	I, 840
9:6-7	I, 341, 357
	II, 477, 782
11:1-4	I, 413
13:1-22	II, 362
14:12-14	I, 247 , 484,
	672
14:12-17	I, 464
14:13-14	II, 1090
32:15	I, 415
40:1-2	II, 295
40:1-3	II, 478
40:3	I, 340
	II, 461
44:3	I, 415

50:6 II, 639
 52:13-
 53:12 II, 637
 53:1 I, 864
 53:4 I, 850
 53:5 I, 849
 54:5 I, 307
 55:6 I, 1218
 59:20 II, 759
 59:21 I, 415
 60:1-5 II, 759
 61:1-3 I, 414
 II, 308
 63:1-6 II, 348, 751
 63:2-3 II, 972
 65:20 I, 746

JEREMIAS

17:5,9 I, 719
 23:5-6 I, 339
 II, 479
 33:14-17 II, 477
 33:14-26 I, 367

EZEQUIEL

20:33-44 II, 414
 28:1-10 I, 460
 II, 352
 28:11-12 I, 461
 28:11-15 I, 668
 28:11-19 I, 459
 28:13 I, 461
 28:14 I, 462
 28:15 I, 462
 28:16 I, 463
 28:17 I, 463, 483
 28:18-19 I, 463
 33:7-8 I, 1115
 37:21-28 II, 783

DANIEL

2:1-49 I, 337
 2:34-35 II, 752
 7:13-14 II, 760, 783
 9:1-27 II, 342
 9:27 II, 353
 12:1 I, 440
 12:2 I, 569
 12:2-3 I, 414

OSEAS

3:4-5 II, 784

JOEL

2:28-29 I, 414

MIQUEAS

5:2 I, 358

ZACARIAS

1:4,9,16 II, 478
 9:9 II, 478
 12:10 I, 339, 415
 II, 576, 639
 13:6-7 II, 639
 14:1-4 II, 754

MALAQUIAS

3:1 I, 335
 II, 309
 3:1-3 II, 761
 3:1-6 II, 415

MATEO

1:1 II, 784
 1:23 I, 341
 II, 461
 3:1-2 II, 299, 515
 3:6 II, 515
 3:11 II, 515
 3:15 II, 508
 3:17 I, 363
 5:1-12 II, 220
 5:1-7:29 I, 834
 5:3-12 II, 553
 5:13-16 II, 223, 554
 5:17-48 II, 224, 554
 6:1-18 II, 558
 6:8-15 II, 225
 6:13 II, 523
 6:14-15 I, 772
 6:19-24 II, 559
 6:25-34 II, 227, 559
 7:1-6 II, 560
 7:7-11 II, 560
 7:12-14 II, 560
 7:13-14 II, 228
 7:15-29 II, 560
 7:24 II, 229
 8:16-17 I, 850
 10:32 I, 1207
 11:10-11 II, 297
 11:27-28 II, 940
 12:29 I, 532
 13:1-8 I, 1118
 13:1-58 II, 56, 358,
 807
 13:11 II, 807
 13:44 II, 392
 16:18 II, 44
 16:27-
 17:13 II, 535
 16:28-
 17:8 I, 122
 17:5 I, 363

18:23-35 I, 1115
 20:22 II, 520
 21:1-10 I, 336
 21:42-44 II, 65
 23:37-39 II, 566
 24:1-3 II, 568
 24:1 -
 25:46 I, 835
 24:4-8 II, 570
 24:9-28 II, 570
 24:13 I, 1115
 24:14 II, 740
 24:22 II, 375
 24:29-31 II, 325, 575,
 585
 24:31 I, 444
 24:32-36 II, 576
 24:34 II, 321, 743
 24:37-39 II, 577
 24:37 -
 25:13 II, 578
 24:37 -
 25:30 II, 136, 415
 24:40-42 II, 579
 24:45-51 II, 580
 25:1-13 I, 1125
 II, 135, 581
 25:10 II, 581
 25:14-30 II, 583
 25:31-46 I, 986
 II, 5, 348
 27:63-64 II, 697
 28:9 II, 694
 28:18-20 II, 843
 28:19 I, 309

MARCOS

1:4-5 II, 515
 1:9 II, 515
 9:1-9 II, 762
 9:1-13 II, 535

10:38-39 II, 520
16:15-16 I, 1209
16:16 II, 983

24:47 I, 1205

JUAN

LUCAS

1:30-33 II, 309
1:30-35 I, 358
1:31-32 II, 784
1:31-33 II, 798
3:3 II, 515
4:1-13 I, 472
II, 528
4:5-7 I, 500
4:18-19 II, 308
9:27-36 II, 535
10:18 I, 465
11:1 II, 612
11:13 II, 905, 963
11:24-26 I, 1118
12:35-36 II, 402
12:35-40 II, 764
12:50 II, 520
13:24 II, 228
15:1-2 II, 1079
15:1-32 I, 1049
15:3-7 II, 1080
15:8-10 II, 1081
15:10 I, 447
15:11-32 II, 1082
16:16 II, 218
17:20-21 II, 182
17:21 II, 796, 800
18:13 I, 908, 1219
19:11 II, 374
22:19-20 I, 869
22:31 I, 466
22:31-34 I, 1157
22:67-71 I, 341
24:27-32 I, 9
24:37-39 I, 433
24:39 II, 122

1:1-2 I, 303, 822
1:1-2, 14 I, 59, 358
1:1-4, 14 I, 330,
II, 482
1:3, 10 I, 349
1:12-13 II, 946
1:14 I, 822
1:15, 30 I, 327
1:16-17 II, 245, 645
1:19-28 II, 506
1:29 II, 643
1:32-33 II, 519
2:19 II, 857
3:3 I, 1033
3:5 I, 126
3:14 II, 645
3:16 I, 498, 817, 1223
II, 946
3:22-23 II, 516
3:29 II, 133
4:14 II, 885
5:19 I, 832
5:22 I, 342
5:25-29 II, 381
6:33, 38, 41, 50-51, 58 I, 327
II, 482
6:39-40 II, 923
6:44 I, 1034
II, 924
6:51 I, 869
II, 647
6:63 I, 832
7:37-39 II, 196, 957
8:24 I, 1013
8:31 I, 1119
8:37-39 II, 317
8:44 I, 484

ROMANOS

1:16-17	I, 895	6:1-8:13	I, 911
2:12	II, 242	6:2-5	II, 99
2:12-16	I, 212	6:3-6	II, 659
2:13	II, 244	6:6	I, 577, 783
2:14-15	II, 242		II, 1103
2:25	II, 244	6:10	I, 910
3:9	I, 1051		II, 659
3:10-12	I, 891	6:11-12	II, 660
3:10-18	I, 1031	6:11-13	II, 1109
3:21-22	I, 895	6:14	II, 197, 245
3:23-26	II, 655	7:2-6	II, 245
3:25	I, 918	7:4	II, 133
3:31	I, 895	7:4-6	II, 660
	II, 245	7:6	I, 405
4:5	I, 896, 1020		II, 956
4:11	I, 896	7:15-24	I, 790
4:13-16	I, 896		II, 1107
4:13-24	II, 240	7:15-25	II, 1020
4:14	II, 244	7:16	II, 245
4:16	I, 1048, 1142	7:18	I, 611
4:23-24	I, 896	7:24	I, 578
4:25	I, 702	8:1	I, 1166
	II, 92, 658, 705	8:2	I, 790
5:1	II, 1042	8:2-8	I, 1169
5:5	II, 959, 1037	8:3-4	I, 791
5:6-8	I, 869		II, 661
5:6-10	II, 658	8:4	II, 197
5:7	II, 1045	8:5-13	I, 612
5:10-11	I, 905	8:9	II, 959
5:12	I, 573, 669, 730	8:9-13	I, 1172
5:12-21	I, 729	8:12-13	I, 792
5:13	II, 161	8:14	II, 1060
5:13-14	I, 735	8:14-17	I, 1172
5:15-19	I, 736	8:16-17	II, 944
5:19	I, 897	8:23	II, 960
5:20	I, 738	8:28-29	I, 1174
5:21	I, 738	8:28-30	I, 1141
6:1-4	II, 977		II, 924, 945
6:1-10	I, 1059	8:30	I, 991
	II, 1024, 1110	8:30-33	I, 1175
6:1-14	I, 787	8:32	I, 869
			II, 661
		8:34	I, 1157, 1177
			II, 661

8:56-59 I, 272
 8:58 I, 328, 347
 8:58-59 II, 482
 10:1-42 II, 59
 10:11 II, 647
 10:15 I, 1018
 10:34-35 I, 86
 10:40 II, 516
 11:49-52 II, 647
 12:24 II, 649
 13:1 II, 1038
 13:1-17:26 I, 835
 13:3-11 II, 1070
 13:4-10 II, 598
 13:8 I, 1132
 13:34 II, 191
 14:1-3 II, 616, 736
 14:2 I, 427
 14:6 I, 100, 488
 14:12-14 II, 612
 14:16-17 II, 602, 905,
 923, 958
 14:20 I, 1064, 885
 II, 595
 14:25-26 I, 88
 14:27 II, 1042
 15:1-10 II, 600
 15:1-16 II, 1092
 15:1-27 II, 61
 15:2 I, 1121, 1133
 II, 600, 997,
 1076
 15:6 I, 1120
 15:7 II, 615
 15:10 II, 600
 15:12 II, 191
 15:13 I, 869
 II, 650
 15:25 II, 247
 15:26-27 I, 88
 16:7-11 I, 419, 1036
 II, 603, 867,
 927
 16:12-13 II, 734

16:12-13 II, 734
 16:12-15 I, 88, 117
 II, 606, 1056
 16:13 II, 870
 16:23-24 II, 616
 16:24 II, 559
 17:1-26 I, 1157
 17:4 I, 899
 17:5 I, 302, 331
 II, 483
 17:11 I, 1148
 II, 609
 17:20 II, 595
 17:21-23 I, 1075
 II, 617, 986
 18:37 I, 370
 20:17 II, 122, 405
 20:22 I, 405

LOS HECHOS

1:6-7 II, 270
 1:8 II, 196
 1:9-11 II, 731, 758
 2:25-31 II, 785
 2:30-31 I, 610
 2:38 I, 1211
 3:21 II, 430
 4:10-11 II, 88, 119
 5:32 II, 964
 8:14-20 II, 964
 11:17 II, 959
 11:18 I, 1205
 15:10 I, 895
 II, 524
 15:13-18 II, 272, 737,
 786
 15:16-18 II, 758
 15:17 II, 423
 17:30 I, 917
 19:1-6 II, 965
 20:21 I, 1205
 26:20 I, 1206

8:35-39 I, 1178
 9:1-3 II, 1039
 9:6 I, 814
 9:17 I, 87
 10:4 I, 892
 10:9-10 I, 1207
 11:1-36 II, 273
 11:13-25 I, 110
 11:15 I, 904
 11:20 II, 778
 11:21 I, 1129
 11:25 II, 778
 11:25-29 I, 919
 11:26 I, 814
 11:26-27 II, 317, 327
 11:32 I, 750
 12:1-2 II, 68, 1088
 12:2 II, 535, 808
 12:19 I, 798
 14:1-4 II, 206
 14:5 II, 713
 15:8 II, 798

PRIMERA CORINTIOS

1:9 I, 1076
 1:18 II, 662
 1:22-24 II, 662
 1:22-25 I, 206
 1:23 I, 854
 1:23-24 II, 924
 2:2 I, 348
 2:9-10 I, 122
 2:9-12 II, 1058
 2:9-13 I, 53
 2:9-3:3 II, 608
 2:9-3:4 I, 115
 2:10-11 II, 858
 2:12 II, 960
 2:14 I, 1032
 II, 922
 2:14-15 II, 1001

3:1-2 I, 112, 1046
 3:1-3 II, 1002
 3:1-4 I, 611
 3:9-15 I, 1069
 II, 412
 5:7 II, 663
 6:2-3 II, 830
 6:19-20 II, 193, 960
 7:14 I, 720
 8:11 II, 663
 9:20 II, 244
 9:20-21 II, 998
 9:27 I, 122, 1131
 II, 413
 10:11 I, xxxii
 11:29-32 I, 1133
 11:30-32 II, 411
 11:31-32 I, 770
 II, 1074
 12:4-7 II, 197
 12:7 II, 1050
 12:12-13 II, 975
 12:13 II, 961
 13:8 I, 105
 13:12 II, 942
 15:1-2 I, 1118
 15:3 II, 664
 15:20-23 II, 128
 15:20-26 II, 382
 15:23-26 II, 268
 15:24-28 II, 829
 15:25-28 I, 802
 15:26 II, 820
 15:35-57 II, 128
 15:36-44 I, 570
 15:42-44 I, 575
 15:44 I, 432, 603
 15:45 II, 714
 15:49 I, 818
 15:51-53 I, 569
 15:52 I, 571
 II, 382

SEGUNDA CORINTIOS

1:21-22 I, 1163
 II, 966
 1:22 II, 969
 3:6 I, 406
 II, 195, 956
 3:7-13 II, 246
 3:9 I, 748
 3:17 I, 406
 3:18 II, 535
 4:3-4 I, 111, 756,
 1032
 II, 604, 923
 4:4 II, 808
 5:1-5 II, 421
 5:1-8 I, 576
 5:5 II, 961
 5:9-10 II, 413
 5:10 II, 383
 5:14 I, 869
 5:14-16 II, 201
 5:14-21 II, 664
 5:16 II, 1041
 5:17 II, 705
 5:17-18 I, 754
 II, 98, 705
 5:19-20 I, 904
 5:21 I, 860, 869,
 897
 7:8-11 II, 1077
 7:10 I, 1199
 8:9 II, 666
 10:3-5 II, 197
 11:2 II, 132
 11:13-15 I, 526
 11:15 I, 479
 13:14 II, 852

GALATAS

1:4 II, 666, 808

2:20 II, 667
 3:2 II, 962
 3:8 I, 87, 897
 3:13 I, 869
 II, 667
 3:14 II, 234
 3:19 II, 165
 3:22 I, 751, 1051
 II, 241
 3:22-25 II, 168
 3:23 II, 244
 3:27 II, 976
 3:27-28 II, 98
 4:4-5 II, 667
 4:6 II, 962
 4:9 II, 165
 4:9-10 II, 114
 4:19-31 I, 897
 II, 133
 4:21-31 II, 235
 5:1 I, 898
 5:4 I, 1134
 5:16 I, 764
 II, 197, 1095
 5:16-17 I, 792
 II, 1020
 5:17-21 I, 720
 II, 1034
 5:18 II, 247, 956 ,
 1004, 1096
 5:22 II, 858, 1046
 5:22-23 I, 1189
 II, 198, 223 ,
 1035
 5:23 II, 1047
 5:24 II, 1023
 6:14 II, 667
 6:15 II, 98
 6:16 II, 318

EFESIOS

1:3 I, 1086

1:4-5 I, 1062, 1146
 1:7 II, 670
 1:13 II, 966, 969
 1:13-14 I, 1164
 1:19-21 II, 707
 1:20-23 II, 730
 2:1 II, 923
 2:1-2 I, 640, 756,
 1067
 2:1-3 I, 1033
 2:1-22 II, 74
 2:2 I, 248
 2:4-5 I, 214
 2:4-6 II, 100
 2:7 I, 818, 1047
 II, 186
 2:8-10 I, 817
 2:10 II, 98
 2:13 II, 671
 2:14-18 I, 926
 2:15 II, 98
 2:19-20 I, 831
 2:20 I, 105
 3:1-21 II, 78
 3:18-19 II, 137
 4:1-6 II, 610
 4:4-6 II, 979
 4:8-10 II, 730
 4:11 I, 830
 II, 1051
 4:11-12 I, ix
 II, 71
 4:13-16 II, 74
 4:20-24 II, 1027
 4:21-24 II, 98
 4:22-24 II, 1103
 4:30 I, 1164
 II, 969, 1068
 4:32 I, 773
 5:1-2 II, 673
 5:2, 25 I, 869
 5:6 I, 1014
 5:8 I, 1083

5:25-27 II, 674
 5:25-33 II, 134
 6:2 II, 214
 6:10-11 II, 197
 6:10-12 II, 1101
 6:10-17 II, 1028
 6:12 I, 501
 6:16 II, 1102

FILIPENSES

2:4 I, 380
 2:5 I, 381
 II, 1091
 2:5-8 I, 379
 2:6 I, 331, 381
 II, 484
 2:6-8 I, 358
 2:6-11 II, 1091
 2:7 I, 384
 2:8 II, 675
 2:10-11 II, 430
 2:12 I, 1135
 2:13 I, 248
 II, 197, 1029
 3:10 II, 676
 3:21 I, 578
 4:7 II, 1042

COLOSENSES

1:12 II, 987
 1:13 I, 756
 1:13-17 I, 359
 1:15 II, 460
 1:15-18 I, 473
 1:15-19 II, 472
 1:16-17 I, 431
 1:20 II, 430
 1:20-23 II, 676
 1:21-23 I, 1130

2:6 II, 197
 2:9-10 I, 1085
 2:9-13 II, 978
 2:11 I, 1071
 2:11-12 II, 1026
 2:13 I, 1058
 2:14-15 I, 474, 1040
 2:15 II, 931
 2:16-17 II, 112
 3:8-10 II, 1027
 3:9-10 I, 783
 II, 1104
 3:13 I, 773

PRIMERA TESALONICENSES

1:9 I, 1202
 1:10 II, 679
 4:16 I, 571
 5:9-10 II, 679
 5:19 II, 1084, 1086

SEGUNDA TESALONICENSES

1:7-10 II, 752
 2:1-12 I, 489
 2:3 II, 358
 2:3-10 II, 919
 2:4 I, 515
 2:4-10 II, 355
 2:6-7 I, 418
 II, 378
 2:6-8 II, 868
 2:8-12 II, 755
 2:11 I, 249
 2:13-14 I, 989

PRIMERA TIMOTEO

2:5-6 I, 869
 II, 679

3:6 I, 483
 3:16 I, 359, 832
 4:1 I, 105
 4:1-2 I, 525, 1116
 4:1-3 I, 536
 5:6 I, 640
 5:8 I, 1135
 5:21 I, 437
 6:10 I, 1135
 6:16 II, 701

SEGUNDA TIMOTEO

1:10 II, 701
 2:18-19 I, 991
 2:20-21 I, 1074
 3:1-5 I, 524
 3:7 II, 1056
 3:16 I, 22
 II, 865
 3:16-17 I, 80
 II, 1100
 4:10 II, 808

TITO

2:11-14 II, 186
 2:14 II, 679
 3:5 I, 1062

FILEMON

1:13 I, 869
 1:17-18 I, 725

HEBREOS

1:2 I, xiii
 1:2-4 I, 320

1:3 I, 283
 2:9 I, 869
 2:9-18 II, 682
 3:6, 14 I, 1119
 4:4 II, 114
 4:12 I, 124
 4:15 I, 399, 848
 II, 532
 6:4-9 I, 1125
 6:9 I, 1045
 7:9-10 I, 733
 7:23-25 I, 1158
 7:25 II, 735
 7:27 II, 683
 9:14 II, 857
 9:16-18 II, 122
 9:23-24 II, 722
 10:1-2 I, 621
 10:1-37 II, 684
 10:4-7 I, 396
 10:5 I, 364
 10:5-7 I, 705, 902
 II, 531
 10:10 II, 683
 10:12 II, 683
 10:13 II, 736
 10:14 II, 688, 1117
 10:26-29 I, 1127
 11:3 I, xiii, 263
 12:1-2 I, 695
 12:2 II, 683
 12:3-4 II, 533
 12:3-15 II, 411
 12:5-11 II, 1075
 12:22-24 I, 806
 II, 135, 426,
 823
 13:2 I, 433

SANTIAGO

2:5 I, 507

2:14-26 I, 1120
 3:17 II, 1044
 4:4 II, 1014
 4:7 II, 1102

PRIMERA PEDRO

1:18-19 II, 680
 1:20 I, 848
 1:24-25 I, 610
 2:9 I, 1071
 II, 714
 2:24 I, 849
 II, 681
 3:18 I, 970
 II, 681, 857
 3:21 II, 983
 5:9 II, 1102

SEGUNDA PEDRO

1:10-11 I, 1123
 1:16-18 II, 538
 1:20 I, 122
 II, 866
 1:21 I, 83
 II, 887, 908
 2:1 I, 525
 2:1-22 I, 1116
 3:3-4 II, 765
 3:7-13 I, 807
 3:8 II, 765
 3:10-13 II, 765

PRIMERA JUAN

1:1-2:2 I, 914, 1153
 1:2 I, 303
 1:4 I, 768
 1:5 I, 1083

1:5-7	II, 597	1:24	I, 1191
1:5 - 2:2	II, 1072		
1:6	I, 492, 768		
1:7	I, 759, 771,		

APOCALIPSIS

	1083		
	II, 650	1:5	II, 652
1:8	I, 910	1:8	II, 304
	II, 1105, 1122	1:19	II, 302
1:9	I, 771, 1216	1:20	I, 423
1:10	I, 910	2:1 - 3:19	II, 358
	II, 1106	3:10	II, 375
2:1	I, 777	3:14	II, 475
2:1-2	II, 735	4:4	II, 377
2:2	I, 761, 771, 909	4:6 - 5:14	I, 438
	II, 651	4:8	I, 314
2:15	II, 1036	5:9	II, 653
2:19	I, 1106	6:1 - 19:21	II, 348
2:20	II, 967	7:1-8	II, 573
2:27	II, 920, 958, 967	7:14	II, 653
3:4-10	I, 689, 695	12:7-12	I, 477
3:9	II, 1106	12:9	I, 518
3:10	I, 1124	13:1-8	II, 355
3:16	II, 652	13:8	I, 373
3:20-22	I, 621		II, 654
3:24	II, 962	17:1-18	II, 359
4:4	I, 419	18:1-24	II, 362
4:10	II, 652	19:7-8	II, 135, 383
4:13	II, 962	19:10	II, 303
5:4	I, 764	19:11-16	II, 766
5:4-5	I, 1129, 1185	19:15	II, 348
	II, 1016	20:1-3	I, 480
5:11-12	II, 704	20:3	II, 818
5:16	I, 1133	20:11-	
5:19	I, 502, 756,	22:7	I, 805
	1033, 1051	20:12	I, 1014

JUDAS

1:3-19	I, 1117	21:4	II, 820
1:9	II, 1102	21:8, 27	I, 1135
1:14-15	I, 444	21:24-26	II, 6
	II, 747	22:16	II, 787
		22:18	I, 96
		22:19	I, 1128